Juan Padrón

# Vampiros en La Habana

Casa Editora Abril

JUAN PADRÓN

---

# VAMPIROS EN LA HABANA

JUAN PADRÓN

# VAMPIROS EN LA HABANA



Traducción: *Miriam Voliam Ajaparitoš*
Título del original en zarapunker: *Malefiskeints drein Javanna*

Edición: *Lilian Sabina Roque*
Ilustraciones: *Juan Padrón*
Diseño y realización: *Enrique D. Medero Cambeiro*



ISBN 959-210-445-X

Casa Editora Abril
Prado 553 entre Dragones y Teniente Rey,
La Habana Vieja, Ciudad de La Habana, Cuba
e-mail: editora@editoraabril.co.cu
http://www.editoraabril.cu

*Para David, Berta, Ian, Silvia, Tania,*
*Lázaro y demás miembros de la tribu*



# I

Los vampiros semidesnudos bajaban dando gritos y alaridos de alegría entre el torbellino y las ráfagas heladas de la tormenta, como papalotes a bolina. Hablaban excitados en zarapunker, el dialecto que entendían los vampiros de todo el mundo. Después de un largo rato, se posaron en la nieve. Era el buen año de 1905 y los vampiros europeos celebraban el Nuevo Ciclo, las fiestas de cambio de siglo. Se iban a las montañas a gozar del mal tiempo y disfrutar el encuentro con viejos conocidos, amigos y enemigos, desde hacía cientos de años.

En las más altas cordilleras de los Cárpatos, bebiendo distintos tipos de sangre mezclada con vino, vodka o aguardiente de uvas, los maléficos estaban reunidos en una gran caverna iluminada con hogueras, excitados, en espera de que empezara la primera pelea de Kälte Boxe del Nuevo Ciclo.

El Kälte Boxe, o Boxeo Frío, es la actividad deportiva favorita de los vampiros europeos. En el interior de la caverna ya habían preparado un cuadrilátero con estacas de madera que sobresalían amenazadoramente de las esquinas y el centro.

Los maléficos de cada región, como clanes, se dejaban guiar por sus líderes, que a su vez, se subordinaban al Gran Líder de los



vampiros. Aunque ahora se empinaban garrafones de sangre y licores, junto a una mesa decorada con manteles y servilletas negras, había una ligera tensión en el ambiente, que ni la gritería y la borrachera podían disimular.

Respetando siempre la jerarquía, se agrupaban por razones políticas. Los vampiros más ortodoxos sentían desprecio e indignación ante los rumores de la creación de un Banco Central Vampiro, una cadena de periódicos, votaciones y otras tonterías copiadas de los humanos. La idea del Banco Vampiro era para muchos una intromisión inaceptable en la manera de manejar sus riquezas. Esto se debía a que un grupo de vampiros jóvenes influía en el Gran Líder. Los ortodoxos miraban con desdén a estos, pues la mayoría eran altos, apuestos y usaban irritantes capas cortas, ahora de moda. Muchos de los ancianos se habían empecinado en torturar humanos y habían sido eliminados.

Para controlar eso estaba la Comisión de Represión e Interrupción, que trataba de poner fin a los desmanes de los vampiros más violentos contra los humanos. Si un vampiro no hacía caso de las advertencias, se le presentaban los chicos de la Comisión. Lo más probable era que, después de la visita, el vampiro desapareciera.

El Conde von Drácula, y su enclenque hermano Werner, eran dos de los progresistas. El Conde, alto y risueño, miró de reojo a los ortodoxos, se sirvió un tempranillo con 0 positiva y se dirigió hacia el grupito. Susurraban entre sí, haciendo muecas. El Conde le echó la mano por el hombro a Mihail Aimedascu, el líder rumano.

—¿A quién apuestas, Mihail? –dijo alegre–. ¡No será al húngaro!

Todos se habían sorprendido por la decisión de Werner de competir en el Boxeo Frío.

—Pues... ¡sí! –dijo el rumano y el grupo se partió de la risa.

—Yo también, Conde –dijo Krispádov, un vampiro cosaco–. ¡El húngaro convertirá al pobre Werner en una albóndiga!

Miraron a Werner, flaco y encorvado, mientras trataba de pinchar una aceituna negra. La aceituna saltó fuera de la mesa y Werner la buscó sobre el mantel mirando con torpeza a través de sus grandes gafas de fondo de botella. Tumbó una jarra. El grupo ortodoxo se rió con ganas. Estaban recostados con sus copas de plata junto a unos prisioneros humanos totalmente borrachos, traídos para la ocasión desde Croacia.

—Pues, pago seis a uno a favor de Werner –dijo el Conde.



—Pagarás, pagarás –dijo el cosaco; y señaló a la mole musculosa que era el húngaro.

El Conde se fue sonriendo, aunque en realidad no estaba seguro de que su hermano pudiera vencer a tan fuerte oponente, Werner le había asegurado que ganaría la pelea con un método científico y moderno. Si ganaba, habría más seguidores de la renovación. El Conde bebió un largo trago. El viento hacía un ruido agradable contra el techo de la cueva.

Aunque los vampiros envejecen con lentitud, se podía apreciar que había una gran diferencia entre los modales y la energía de los jóvenes y la mostrada por los más viejos. Estos últimos se habían reunido aparte, cerca de las hogueras, huían del bullicio y buscaban el calor.

Otro de los problemas que oponía a los dos grupos era la esclavitud de los criados, llamados *pasmati*. La tradición del Nuevo Ciclo les impedía a los vampiros asistir con ellos a las celebraciones, por eso contaban con hombres y mujeres-lobo para asistirlos.

El grupo de ancianos, con caras que parecían traseros de elefantes blancos, bebía discretamente, entonando canciones machistas que habían hecho furor en el siglo xv. Lo hacían para demostrar su desdén a la llamada modernidad de los vampiros jóvenes, que pensaban que el mundo debía evolucionar.

El promotor principal de las nuevas ideas de cambio había sido el Conde von Drácula, cuya influencia en el Gran Líder era muy fuerte: por primera vez en un Nuevo Ciclo se había permitido la presencia de vampiresas. Las hembras formaban un grupo compacto, asustadas por las fijas y agresivas miradas de los machos.

Gianni Terrori, un joven vampiro italiano, se movía sonriente entre los invitados. Se acercó al líder rumano y chocaron las copas. El Conde los vio desde su puesto. Le llamó la atención que hablaran ocultando sus bocas. Los vampiros leen perfectamente los labios; y por eso, se consideraba una falta de ética, cuando estaban reunidos.

Se oyó un murmullo general y el Conde se volvió hacia el cuadrilátero. Dos hombres-lobo estaban junto a los postes. Se rascaron, escupieron y luego aullaron tres veces. Los vampiros soltaron una ovación. Enseguida, apareció flotando, con una capa roja, el griego Kítalos Peroponeso, Gran Líder de los vampiros europeos. Abrió los brazos hacia los espectadores y sonrió con malicia.



—¡Qué empiece la fiesta! –gritó.

Gritos y aullidos de placer. El Gran Líder flotó suavemente y se sentó cerca del Conde. Enseguida apareció Werner y se paró en el cuadrilátero. Las vampiresas chillaron y silbaron, lo que produjo un breve silencio entre los machos.

El joven Werner estaba desnudo de la cintura para arriba y sus manos estaban forradas de tiras de cuero. En la mano izquierda, llevaba un aditamento que hacía sobresalir, de su puño, una pequeña estaca de madera; en la derecha, un escudo en forma de cazuelita. Su contrincante, el húngaro Miklóset Stuklóset, entró de un salto en el cuadrilátero, con un equipo semejante, provocando la ovación cerrada de los más reaccionarios, y fingió que se rascaba la espalda para mostrar que tenía una bella musculatura.

Werner buscó a su hermano en el público. Cuando sus miradas se encontraron, el Conde levantó la copa y Werner sonrió. El Gran Líder agitó una mano y los contendientes se retiraron a sus esquinas.

Un vampiro esloveno, de ademanes solemnes y pausados, emergió sobre el cuadrilátero luciendo la capa blanca de árbitro. Revisó los puños de los peleadores y, cuando estuvo satisfecho, se fue a una esquina y levantó lentamente un brazo.

—*Ynisiul!* –gritó en zarapunker–. ¡Comiencen!

Los peleadores se engrifaron, escupieron y soltaron terribles chillidos que electrizaron al público. Enseguida les brotaron enormes alas de murciélago en las espaldas, con húmedas y suaves membranas que, de inmediato, se volvieron rígidas. Era una demostración de dominio del Frío, el estado psicológico de pelea vampiro, la agresividad pura. Recibieron el aplauso del público pues, su velocidad al sacarlas, demostraba una sangre fría apreciable.

Las vampiresas soltaron una exclamación emocionada con un evidente toque de lascivia. El patagio de las alas del húngaro era tornasolado, con un ligero tinte rojo, señal de gran potencia sexual. Las alas de Werner, tirando a moradas, eran bastante cobarditas en comparación.

Dando innecesarios y violentos aletazos, el húngaro subió hacia el techo de la caverna y se quedó flotando sobre el cuadrilátero, conocedor de la admiración que despertaban sus alas.

Werner saltó y aleteó con torpeza frente al húngaro e imitó con sus brazos el vuelo de un pájaro cansado.



—Píchu píchu, cuarc cuarc –dijo Werner y le sonrió al húngaro.

Los ancianos abuchearon la payasada. El húngaro escupió con desprecio hacia Werner.

Súbitamente, se atacaron con ferocidad. Se tiraban puñetazos y patadas que sonaban crac, estúp, estúp, cuando hacían impacto en sus cuerpos y caplín, cuando las estacas daban en los escudos. Se movían con gran rapidez, perdiéndose de vista por segundos a los ojos de los hombres-lobo, que no disfrutan de la visión estroboscópica de los vampiros.

El húngaro conectó un golpe a Werner en la cabeza y lo hizo titubear un segundo. Luego giró por detrás de él y le clavó la punta de la estaca en la nuca. Pero Werner se puso de cabeza y salió hacia el techo de la cueva, haciéndole una larga herida al húngaro con su estaca, desde el estómago hasta la barbilla.

—Cuchi cuchi... –dijo Werner con voz aflautada.

El público rugió de placer y el húngaro escupió otra vez y se lanzó contra Werner. Fingiendo un resbalón, Werner cayó hacia el cuadrilátero, inclinado hacia la derecha, y empezó un espasmódico pataleo contra la cara del húngaro; luego hizo unos giros en espiral hacia arriba, que provocaron la risa de los espectadores. El húngaro se engrifó y babeó mostrando a Werner su puño con la estaca.

Werner cerró las alas y se dejó caer de cabeza delante del húngaro; de pronto las abrió, flaps y frenó en seco. El húngaro lo miró extrañado. Estaba cada vez más enojado con las monerías de Werner, quien, por sorpresa, le pegó una patada en las nalgas.

El húngaro hizo un remolino furioso y subió hasta el techo. Los ojos le fulguraban. Werner se zafó las tiras de cuero del brazo izquierdo, se quitó la estaca y la tiró hacia atrás con expresión de desdén. Luego hizo la parodia de montar a caballo en el aire. Su oponente salpicó saliva y se lanzó hacia él. Werner esquivó milagrosamente los golpes, hizo la pantomima de correr en el lugar, tiró un paso de ballet y se elevó, apartándose a tiempo de un estacazo que lo habría partido en dos.

En lugar de eludir a su enorme contrincante, Werner, aleteando con suavidad, fingió tocar un violín con expresión triste en el rostro, a manera de burla. El húngaro chilló y lo atacó con los pies por delante. Werner le agarró una pierna y giró en círculos con rapidez, le mordió el pie con furia, gruñendo como un perro. Werner recibió

un escudazo en la cabeza, soltó al húngaro pero envolvió la cara de su rival en una nube de saliva, después, se le encimó como un rayo y, deliberadamente, golpeó el pecho del húngaro con el puño izquierdo; entonces fingió estar sorprendido de no tener la estaca en el puño e inicio una fuga. Si hubiera tenido la estaca, lo habría puesto fuera de combate. Esto irritó al húngaro tanto como las payasadas. El público rugió de placer y se oyeron carcajadas.

Fue demasiado para el húngaro, que tuvo un espasmo de ira y se lanzó de cabeza sobre Werner. De pronto, las alas del húngaro sonaron, cracracrá, y con un bamboleo se le volvieron a meter en la piel de la espalda. Por un instante, se quedó mirando incrédulo y aterrorizado a Werner, que se encogió de hombros. Werner le había hecho perder el Frío –pura sangre fría, cero emoción–, que es lo único que les permite mantener rígidas sus alas.

—¡Hijo de…! –gimió con la boca llena de espuma rosada.

Sin sus bellas alas, el húngaro cayó a plomo sobre las estacas del cuadrilátero y quedó empalado por el cuello, el vientre, una cadera, un omóplato y una pierna. En vano intentó levantarse, con su furia solo provocó la risa chota de los espectadores. El árbitro llegó enseguida y miró con ternura al húngaro. Giró, estudiando su rostro. Levantó una mano.

—*Conclusionulul!* –gritó y clavó una enorme estaca en el pecho del húngaro Miklóset, quien se quedó inmóvil, con los ojos abiertos y la boca en A. El público, que se había mantenido en silencio, se volvió loco. Había sido un encuentro memorable, que había durado solo dos minutos.

El árbitro se puso junto a Werner y le descontó seis puntos para los récords por pelear demasiado limpio. Hubo un murmullo de aprobación. Werner miró a su hermano que aplaudía orgulloso. Werner le había dicho que provocaría la pérdida de Frío al húngaro con payasadas. Se basaba en el hecho de que, aunque los vampiros ríen con gusto, no tienen sentido del humor si las bromas son contra ellos.

Dos hombres-lobo tomaron al húgaro Miklóset, lo levantaron con cuidado y lo empalaron del ano a la boca con una estaca de oro. Salieron aullando y el público los siguió hacia el fondo de la caverna. Allí, en una profunda abertura hecha en la piedra, había una especie de momia, llena de polvo y telarañas. El árbitro dio unos manotazos, limpió la momia y descubrió a otro joven vampiro empalado. Pare-

cía de cera, y en alguna fiesta lo habían usado de blanco pues tenía agujeros en la frente. Unos oxidados dardos ingleses le colgaban entre las piernas y los huevos. Le habían tatuado palabras obscenas en el vientre, pintado de rojo las uñas de los pies y teñido de azul el cabello. Un bromista le había puesto un cigarro en un orificio de la nariz y unos ajos en la boca.



—¡Este es Heinrich Getringen, perdedor del Ciclo de 1805! –dijo el árbitro.

La momia recibió el abucheo y el aplauso del público. El árbitro hizo un gesto y la empujó de una patada. El cuerpo cayó hacia el público, que chilló alegre. En su lugar en el nicho, pusieron al húngaro Miklóset. El árbitro le cerró los ojos. Se aclaró la voz y levantó solemne una mano.

—Miklóset Stuklóset... nos vemos en el próximo Ciclo.

Todos los presentes aullaron y chillaron contentos. Empezaron a echar monedas de oro a los pies de Werner, que estaba sonriente, junto a su hermano.

Un vampiro anciano se mojó un dedo y vertió gotas de sangre pura sobre Heinrich Getringen. El joven despertó y dio un salto, sorprendido. Arrebató la copa al anciano y se la bebió de un trago. Le dieron unos sonoros manotazos de simpatía mientras le arrancaban los dardos.

Werner, rodeado de vampiresas que querían morderlo y lamerlo, ya tenía puesta la capa violeta de ganador. Ser ganador le otorgaba el privilegio de dirigir bromas pesadas, escoger parejas para divertirse, organizar una chupadera y el honor de hacer el brindis del Nuevo Ciclo.

—¡La chupadera, la chupadera! –gritaba un grupo.

Werner hizo un gesto negativo con la mano y los entusiastas por ir a cazar humanos para chuparlos directamente, como en los viejos tiempos, se quedaron atónitos. Entonces se dirigió con lentitud hacia una roca pintada de color oro viejo y tomó una copa

plateada que estaba sobre ella. La contempló unos segundos y la llenó de vino mezclado con sangre AB. Los espectadores no se lo podían creer, por tradición, era la hora del descontrol y la algarabía total. Un grupo de vampiresas y mujeres-lobo, que esperaban participar en una gran orgía, soltaron gruñidos y silbidos. Los vampiros españoles, ilusionados con inducir a Werner a que le quemara una pierna entera al italiano Gianni Terrori, empezaron a murmurar y a gruñir. ¡Werner iba a hacer el discurso, saltándose toda la diversión!

—¡No, no pueden ser normales estos modernos! –dijo haciendo gárgaras de furia el cosaco Krispádov.

—Pero... ¡Habráse visto! ¿Será remariqueta? –escupió Aimedascu.

Seguido por una gran rechifla, Werner levantó la copa y se dirigió hacia el Gran Líder, que se veía disgustado, pues le había echado el ojo a una mujer-lobo de ojos verdes que sería dinamita en el fragor de una orgía. El Gran Líder suspiró y levantó las manos. El abucheo y la rechifla disminuyeron. Por fin se hizo silencio, solo se oían los resoplidos de los viejos y el ajás ajás de los hombres y mujeres-lobo. El Gran Líder hizo un ademán cansado a Werner, quien se subió encima de una mesa y carraspeó.

—Hemos avanzado mucho –dijo Werner alzando la voz– desde que nuestro Gran Líder Peroponeso nos abrió los ojos. Aunque vivamos a miles de kilómetros unos de otros, nos hemos unido. Ahora somos más fuertes; los problemas de unos, son los problemas de todos, gracias a la Comisión.

—¡Lo único que falta –berreó un anciano tuerto– es que proclamen la libertad de los *pasmati!*

Los otros rieron con exageración. Werner, que iba precisamente a condenar la esclavitud de los *pasmati,* se desconcentró, balbuceó... y se calló. Tenían todavía muy poco apoyo. Se hizo un grave y monumental silencio.

Aimedascu, el líder rumano, se abrió paso entre la multitud, se detuvo al pie de la roca dorada... y vertió el contenido de su copa al suelo.

—Jamás brindaré –dijo– por toda esa mierda. Durante siglos, los vampiros hemos hecho lo que nos pide el cuerpo, es nuestro derecho, no somos humanos, ni seremos como los humanos. No queremos ninguna Comisión metiendo las narices en lo que hacemos en nuestros territorios. No queremos que nos administren el oro.

Hubo un revuelo y empezaron a gritarse insultos entre viejos y jóvenes. El Gran Líder chilló de pronto y bajaron la voz.

—Si nos mantenemos separados, rumiando cada cual en su guarida; si seguimos sembrando el terror entre los humanos... a veces solo por diversión... caeremos con facilidad bajo la estaca de nuestros enemigos –dijo el griego–. ¡Ese tiempo pasó! ¡Recuerden a los parientes de Bulgaria!

Todos los presentes se estremecieron. En Bulgaria se había formado una cofradía de cazadores de vampiros, los llamados guelóvniks, a quienes los maléficos llamaban en forma despectiva: leñadores. Eran gente especial, con una sensibilidad extraordinaria para detectar la presencia de vampiros y el suficiente valor para atacarlos. Habían ideado armas especiales, letales para los maléficos. En un año, los temibles guelóvniks habían exterminado a todos los vampiros de Bulgaria, o provocado su huída. Las guaridas y las riquezas de los infortunados vampiros habían ido a parar a manos de terratenientes humanos.

—¡Y ahora hay indicios de que se mueven hacia la próspera Macedonia! –dijo el Gran Líder.

—¡Nos chuparemos a los guelóvniks! –gritó un anciano de Macedonia.

—¡Cretino senescente! –gritó alguien–. ¿Con qué colmillos, imbécil?

—¡¡Más respepetgrhj!! –el anciano tuvo un ataque y se revolcó en el suelo.

La fiesta del Nuevo Ciclo se estaba yendo al desastre. El Conde von Drácula se puso de pie, junto a Werner, y gritó:

—¡Tonterías! ¡Todos sabemos que no somos tan invulnerables! ¡La única manera de que nuestra raza se salve es la unión! ¡Si hablamos de confundirnos cada vez más con los humanos, no quiere decir que nos rebajemos a ser como ellos, ni pretendamos vivir sus tontas vidas! ¡Necesitamos ser propietarios de negocios semejantes a los que ellos tienen... para influir en ellos, para escondernos mejor, para protegernos! ¿Y cómo haremos eso? ¿Flotando sobre ellos, vestidos de negro... soltándoles nuestro aliento lleno de azufre? ¿Aterrorizándolos? ¿Nos ayuda acaso que raptemos, chupemos, esclavicemos y degrademos sin medida a los campesinos? ¡Nos odian! Y ayudarán a los guelóvniks.

—¡Qué se jodan los campesinos! –gritaron los ancianos.



—¡Silencio! –gritó el Gran Líder–. El debate, como marca la tradición, será mañana al anochecer. Ahora salven sus energías... y sigan la celebración.

Los vampiros jóvenes apoyaron al Gran Líder chillando y con una alegría exagerada. Se lanzaron sobre las vampiresas y las mordieron. Se formó una ruda pelea con ellas que salpicó de sangre y distrajo a todos. Se relajó un poco el ambiente. Los ancianos se pusieron a tirarle dardos al empalado Miklóset, entre murmullos y escupiendo de lado.

—Dos de oro al que le acierte en el ojo –dijo uno.

Los hombres-lobo atacaron y despedazaron a uno de los prisioneros humanos y los vampiros les rieron la gracia, aullaron y empezaron a cantar. Sirvieron más sangre y vino. El Conde se acercó a Werner, que todavía estaba con la copa en la mano y la mirada perdida.

—Lo hiciste muy bien –le dijo.

—Me quedó fatal.

—El discurso sí, yo digo la pelea –puntualizó el Conde.

—Sentido del humor –contestó Werner–. Hay que estudiar más a los humanos.

—¿Y tus pruebas?

—Avanzan –respondió Werner–. Necesitaré dinero del Banco y más perros vampiros. Ya he perdido nueve. ¡Pero imagínate cuando esté lista la fórmula...!

—No podrán resistirse –dijo el Conde–. Todos nos seguirán.

—Todos no –aclaró Werner–. Siempre habrá quienes se resistan al cambio.

El Conde siguió con la vista a Pincho Pínchev, uno de los sobrevivientes búlgaros. Pínchev se unió al grupo de Aimedascu, Terrori y el cosaco Krispádov. Reían con gestos brutales y le daban cranque a los ancianos.

—¡Y está claro quiénes son los que se resistirán! –dijo el Conde.

Apareció un hombre-lobo llevando bajo el brazo a dos de las jóvenes secuestradas y se las ofreció con una mirada de picardía.

—¡Ahora no!, más tarde –advirtió Werner.

El Conde tomó a una joven, le apartó el cabello que le caía sobre el cuello y le dio una suave mordida, munnñj.

—Mm, Werner –dijo, saboreándose–. ¡Prueba una de estas croatas!



Unas horas antes del amanecer, los vampiros contrarios al cambio abandonaron la caverna en pequeños grupos. Adentro, los jóvenes seguían la fiesta con las vampiresas y las mujeres-lobo. Casi todos estaban borrachos o en estado de sopor. Habían pasado a las bebidas fuertes mezcladas con láudano, y ya había dos víctimas por la sobredosis.

El Gran Líder, el Conde y Werner se habían reunido en un ala lateral de la cueva con algunos jóvenes de la Comisión. Sospechaban de los reaccionarios. Mientras preparaban medidas para enfrentar un golpe durante el Nuevo Ciclo. No le dieron importancia a la salida de los ancianos de la caverna. Era aceptada la costumbre de retirarse a otras cuevas para descansar y conspirar. También era una cortesía a los más viejos, que así disimulaban su falta de potencia para seguir a los jóvenes en sus orgías.

Pero los ruidos del desenfreno, los vapores de la borrachera y el ulular de la tormenta velaban los sentidos de los maléficos y les impedían sentir que una amenaza bastante letal los estaba rodeando.

Afuera, un guelóvnik búlgaro, de grandes bigotes, se acercó temblando de miedo a una roca, desde donde podía ver la entrada de la caverna. El guelóvnik contemplaba el resplandor de las antorchas y oía, amortiguados por el silbido del viento, los griticos de las vampiresas. Hizo una seña afirmativa a su jefe. Detrás de él, ocho guelóvniks más, de varias nacionalidades, con equipo completo de estacas de cedro y puñales de plata, se movieron en silencio hacia las rocas.

El jefe de los guelóvniks, un enorme albanés llamado Koríssan Haxchis, esperó unos minutos más para tener la ventaja del amanecer. Cuando el sol apareció entre las cumbres nevadas, sin decir palabra, se levantó y avanzó muy guapo hacia la caverna, empuñando dos pistolas. Los otros lo siguieron con decisión, las armas listas.



El corpulento jefe guelóvnik se materializó delante de una pareja que se besaba en la entrada y la mató en el acto con dos disparos de plata. Los guelóvniks se movieron con su acostumbrada eficiencia mortífera. La vanguardia disparaba con facilidad a los lentos maléficos cargados de alcohol. Detrás de ellos los seguía una escuadra entrenada en degollar y rematar con espadas y sables de plata. Siguieron hacia el fondo de la caverna y se enfrentaron a los feroces hombres y mujeres-lobo. Allí cayeron dos guelóvniks. Los sobrevivientes se vengaron atacando el cuerpo inerme del empalado Miklóset, al cual convirtieron en finas brochetas de húngaro.

Entonces se oyó el rugido de los campesinos entrando en la cueva con las cruces por delante. Con sus toscas armas, pinchaban y golpeaban a los maléficos caídos. Tiraron ristras de ajo por todas partes, sin dejar de saltar, presas del terror.

Un sacerdote ortodoxo hizo retumbar la cueva al cantar un conmovedor himno con su profunda voz de bajo. Giró con lentitud y enarboló su crucifijo para que todos lo vieran.

—OOOOYYY, BÓOOOGUI MÓOOOOIII –reverberaba la voz del sacerdote. De repente el religioso abandonó su impresionante tono bajo y chilló un ridículo:

—¡¡YYIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIRRRKKHHH!!

Al mismo tiempo, varios campesinos perdieron el control de sus esfínteres. Era que, flotando pegados al techo de la cueva, el Conde von Drácula, Werner, el Gran Líder Peroponeso y unos treinta chicos de la Comisión, blandían espadas, punzones y brillantes hachas de plata. Tenían caras de muy mala leche.

Cayeron sobre los campesinos y emprendieron una implacable escabechina. Dando tajos profesionales, comenzaron a cortar cabezas y a clavar sus armas en los humanos. Los guelóvniks, que estaban detrás, empujados por los campesinos espantados, no podían apuntar bien sobre los vampiros. Sus disparos fueron al techo y rebotaron por la cueva, dejando rastros plateados.

Algunos campesinos huyeron hacia el exterior. Los guelóvniks sacaron un tosco lanzallamas y se abrieron paso hacia la salida. Dos jóvenes vampiros se vieron envueltos por el fuego. El Conde clavó su espada en el cuello del jefe guelóvnik. Otros tres cazadores de vampiros cayeron gritando de horror bajo los chicos de la Comisión. Los guelóvniks dispararon de nuevo y el Gran Líder de los vampiros europeos, el genial Peroponeso, cayó de golpe sobre

unas rocas con varios agujeros en la frente. Los vampiros chillaron con furia.

Werner persiguió a uno de los últimos cazadores, que huía hacia la salida; y le dio una estocada poco profunda. El guelóvnik cayó de bruces, Werner siguió de largo y agarró de lleno un flachazo de sol. Empezó a humear y regresó a la oscuridad envuelto en un dolor terrible. Unos jóvenes lo bañaron con restos de las bebidas.

Afuera, los cazadores sobrevivientes usaron el lanzallamas contra la entrada de la caverna y algunos campesinos tiraron leña para hacer una especie de hoguera. Unos jóvenes de la Comisión con armas de fuego tomadas a los guelóvniks, dispararon sobre ellos sin puntería, pues, aunque el sol era tímido y tenue, su claridad los cegaba y los obligaba a retroceder. Los vampiros decidieron retirarse al lateral de la caverna. Los vampiros heridos se empezaron a recuperar.

La gran fogata, a la entrada de la caverna, se fue extinguiendo. A mediodía, cuando el sol estaba alto y ya no temían ser perseguidos, los guelóvniks y los campesinos sobrevivientes se fueron.

Cuando cayó la noche volvió a la caverna, para seguir la juerga, un grupito de vampiros, pero como esperaban, ninguno de los aliados del líder rumano Aimedascu asomó la nariz de nuevo por allí. Eso los delataba como traidores, capaces de aliarse con los guelóvniks. Unas mofetas morales.

El Conde dejó a su hermano Werner y a los demás heridos con una pequeña guardia, y salió a darles su merecido. Planeando a unos dos kilómetros de altura, la partida del Conde divisó las siluetas de los renegados cuando se desplazaban en una compacta bandada hacia Eslovaquia.

El cosaco Krispádov siguió hacia su país pero los otros se refugiaron en una caverna de los montes Tatra, donde fueron cercados. Viéndose perdidos, Aimedascu, Pínchev y Terrori negociaron secretamente con el Conde. A cambio de la vida y el exilio, hicieron prisioneros a sus compañeros de armas, los diecinueve ancianos vampiros más ricos del mundo, y los entregaron al grupo del Conde. Los tres cabecillas fueron escoltados a Düsseldorf. Los ancianos, derrotados, se resignaron a soltar todo el dinero y el oro necesario para fortalecer la reserva del Banco Central Vampiro Europeo. Una vez concluídas las operaciones legales y el papeleo, los ancianos fueron trasladados de nuevo, con toda la pompa que

su alto nivel les otorgaba, a la cueva de los montes Tatra, donde fueron empalados.

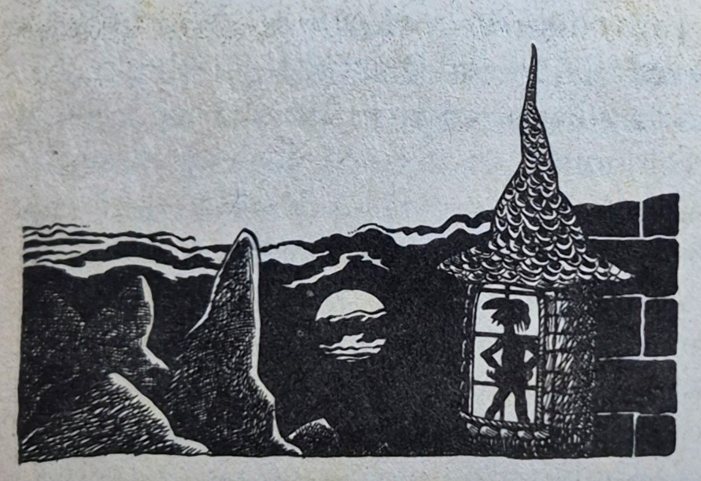
Un mes después, el Conde Rudolf Viktor von Drácula fue elegido Gran Líder de los vampiros europeos.

Los disidentes Aimedascu, Pínchev y Terrori se largaron a Estados Unidos de América con numerosos simpatizantes. Años más tarde crearían la sociedad llamada Capa Nostra.

—¡Puente de plata! –había exclamado el Conde.

El Conde von Drácula, ahora con el camino libre –debido a la desaparición del Gran Líder Peroponeso– se empeñó en lograr una mayor unión de los europeos. Hacía largos viajes para convencer a los titubeantes y seleccionaba delegados en todos los países.

En el castillo, cerca de Düsseldorf, Werner continuaba con sus experimentos. La exposición al sol había mellado el físico del científico. Estaba todavía más delgado que antes. Su cabello se volvió rojo y comenzó a padecer de ataques de picazón, que lo enloquecían. Se envolvía en talcos que él mismo preparaba en su laboratorio. También tuvo que usar lentes de más graduación, y se le había trastocado el sistema nervioso. Le apareció un tic involuntario en un labio y terminaba muchas palabras en ene.



Una noche, Werner salió del laboratorio con el tic totalmente fuera de control; voló y se paró en la punta de una de las almenas del techo. Miraba desesperado hacia el horizonte, giraba inquieto y mascullaba por lo bajo. Su hermano estaba por regresar de una reunión con los vampiros de la zona de Italia pero se retrasaba demasiado.

Por fin, apareció en el cielo, junto a la bella estela del Cometa Halley, una capa negra con la diminuta silueta del Conde. Por los giros y banqueos que hacía entre las pompas de niebla, Werner podía

adivinar que había bebido de más. Se posó con los brazos abiertos y se abrazó a Werner, eufórico.

—¡El hermano! –saludó el Conde.

—Bienvenido –anunció Werner.

—¡Vamos a tomar algo! –añadió el Conde.

—¡Rudolf! –respondió Werner– ¡Lo hen lográdon!

El Conde miró a Werner, se puso serio y poco a poco fue perfilando una gran sonrisa.

—¡No! –exclamó asombrado.

—¡Síiinnn! –dijo Werner. Como muestra de alegría, se dejó caer de cabeza desde el techo y emergió sobre la terraza. El Conde lo imitó y flotó a su lado de cabeza.

—El pérron Adolf –dijo Werner–. ¡Tienes que vérlon! ¡Ya resísten... dos minútonn!

—¡No!

—¡Sínnn!

—¡Dos minutos! ¡Werner, esto cambia todo!

Había empezado, de verdad, un Nuevo Ciclo en la vida de los vampiros. Pero, en realidad, tuvieron que pasar otros cuatro años más de pruebas y nuevos experimentos con perros vampiros, para revelar el invento de Werner.

La noche, que luego se conocería como El Día de von Drácula, era perfecta. En lo alto de la colina, el viento helado silbaba por las esquinas de los vitrales anaranjados del castillo. A veces, las ráfagas traían velos de cellisca, que golpeaban y hacían retumbar los cristales.

Desde su balcón, el Conde disfrutaba de la vista. El negro bosque, hundido en la espesa neblina, parecía un bulto de ropa sucia. Un par de lobos le soltaron a la luna unos terribles, lentos y largos aullidos hambrientos.

—Una noche hermosa –habló para sí.

Entró en la recámara y tomó su banda negra y violeta de Gran Líder. Se la colocó con cuidado, se puso ante el espejo y revisó su apariencia. Ajustó el frac con unos tironcitos y se pasó la mano por la barbilla. Se había afeitado con esmero con una de las nuevas navajas de seguridad hechas de acero inoxidable. Satisfecho, caminó hacia la reunión.

En la biblioteca del castillo, representantes de las comunidades de vampiros más notables, lo esperaban bebiendo la clásica 0 positiva caliente, en vasos de oro.



El Conde los había citado a su castillo días antes para hacer un anuncio extraordinario. Ahora era el Gran Líder indiscutible de lo que muchos años después sería el Grupo Vampiro Europeo. Pero por aquellos días no eran más que vampiros asustadizos que se aliaban y unían para poder enfrentar el poder económico de la Capa Nostra, que empezaba a desarrollarse como un hongo incontrolable.

El vampiro líder de la región de Prusia, Heinrich Getringen –el perdedor de Kälte Boxe de 1805– se paseaba impaciente, dando lentos taconazos junto al fuego del hogar. Se detuvo en seco al ver entrar a Werner. Getringen tenía la convicción de que el joven pelirrojo de gafitas diminutas estaba completamente cucú, o sea, loco de remate.

—Muy buénan por aquín –dijo Werner.

Traía una caja gris con probetas; y sus inevitables guantes de caucho rojo. Nino Ciupafino, delegado por Italia, miró de reojo al británico Sir Winstein Thanews, y ambos a Getringen, que se mordía los labios. Sabían que la costumbre del joven científico de pronunciarlo todo terminado en ene, irritaba al alemán.

El representante español, Camil Dolors de L'Ospitalet, se chasqueó la lengua contra un canino y miró el reloj en la pared. Como a la mayoría de los vampiros, le molestaban las reuniones que se extendieran hasta casi el amanecer. Y ya pasaban las dos.

Todos siguieron en silencio, mientras el joven Werner ponía las probetas encima del piano y metía las narices en una especie de coctelera dorada. En la puerta asomó la cara verdosa de Bruno, una mole de dos metros, que era el mayordomo del Conde. Vestía un uniforme elegante, pero tres tallas más pequeñas que la suya; estilo que luego pondría de moda la película sobre el monstruo Frankenstein.

—DENKRH-MÁASTAJHH –gruñó, dando rápidas pataditas en el suelo.

Bruno era el clásico caso de seres humanos que comenzaron su tránsito por la sombría vereda del valle de los no-vivientes, después de ser mordido en el cuello. La mayoría de los mordidos, devienen vampiros. Pero también, por motivos desconocidos a la ciencia, unos pocos, a mitad de camino, se desvían, se detienen o retroceden, convirtiéndose –en lugar de vampiros– en monstruos de muy variadas formas. Era una criatura que los vampiros ingleses denominan *underdone soul* y los italianos, *pasmati*.



Los delegados se pusieron de pie. El Conde entró en tres largas zancadas, luciendo su capa nueva.

—Los envuelvo a todos en un abrazo fraternal –dijo.

Se notaba a las claras que estaba eufórico. Werner miró a su hermano. Desde que fue nombrado Gran Líder, había cambiado. Estaba borracho de poder. Intentaba reemplazar así título a Gran Líder Indiscutible. Se transformó en un vanidoso.



—Los he citado para hacerlos testigos privilegiados de un momento histórico, amigos y colegas –dijo solemne.

Hizo una seña a Bruno y este comenzó a quitar los pestillos de los ventanales de la biblioteca. Los invitados se miraron preocupados. Los ventanales estaban pintados de negro mate, pues, por allí entraba el sol del amanecer. Por los chirridos que hacían al moverse, los pestillos no se tocaban desde hacía siglos.

—Mi admirado hermano Werner ha creado una maravilla, un portento, una cosa realmente... importante, remarcable... una... o sea... ¡No tengo palabras! –dijo el Conde moviendo las manos de manera que los presentes pudieran admirar su capa nueva.

Todos clavaron la vista en Werner, quien revolvía con lentitud un líquido color turquesa en una de las probetas que se calentaba sobre un mechero.

—Un elíxir que cambiará el curso de la vida de todos y cada uno los vampiros del mundo –agregó el Conde.

El ventanal se estremeció con unos lamentables crujidos y se abrió. Uno de los cristales pintados cayó al suelo. El viento levantó papeles, tumbó una copa de 0 positiva y puso a tintinear las lágrimas de la enorme lámpara que colgaba del techo.

Afuera, en la terraza, atada a una columna, una rubia maciza y con una batica mínima, dormía inconsciente. Tenía los ojos vendados y el viento le revolvía los cabellos. A su lado, atado con una

cuerda mohosa, yacía Adolf, el negro perrito de Werner –una cabezona con dientes y seis paticas pitiminías– tan contento, que parecía que se le iba a desprender la cola.

Aunque la rubia era un bocado irresistible, los invitados prefirieron retroceder con discreción hacia los costados de la habitación. Se miraban ansiosos.

El Conde Rudolf von Drácula se paró junto a Werner y le puso una mano en el hombro.

—Un invento de Werner que le dará a nuestra comunidad, el poder de dominar la noche… y el día. Un elíxir que nos permitirá, señores, resistir… la luz del Sol.

Los vampiros europeos se apretaron aún más contra las paredes. Algunos mostraban síntomas de gran agitación. El Sol siempre fue obstáculo invencible para los vampiros. La opción de suicidio más romántica entre ellos. Más que la herida de un arma de plata o la tosca estaca de madera en el corazón, la exposición al Sol era la más horrible y temida de las segundas muertes: quemarse bajo la luz solar hasta desintegrarse dolorosamente, envueltos en nubes de azufre.

—Bueno, bueno… –dijo Getringen–. Esto amerita una reflexión… una discusión previa…

—*Veramente* extraordinario *ma* no estamos preparados para una noticia tan intempestiva e inesperada –manoteó nervioso hacia el ventanal Ciupafino, que estaba más pálido que de costumbre.

—*Count, sir, please* –dijo Sir Winstein–. ¡Cierre el ventanal!

—¡Tranquilos, amigos! –dijo el Conde–. Faltan minutos para que amanezca.

El Conde se abrió la capa, con un gesto teatral y señaló las probetas.

—Beberé el elíxir, caminaré hacia la terraza y me chuparé a esa doncella… iluminado gloriosamente por el Sol. Me verán hacerlo y al principio no lo creerán. Pero dentro de muchos años, cuando se recuerde este hito de la ciencia vampírica, cada uno de ustedes podrá decir emocionado: ¿El Día de von Drácula? ¡Sí, sí… yo estuve allí!

—¡Cagüen los muertos! –gimió Dolors. Dejó su copa en una mesita y se metió detrás de una cortina. Sacó la cabeza y miró ansioso.

—Conde, por favor… ¿Cómo puede exponerse así? ¿Cómo puede estar tan seguro de que ese… esa cosa… funciona? –dijo Getringen.

—¡Perros! –dijo el Conde.

Los presentes le clavaron la vista y tosieron, incómodos.

—Oncen de ellons –dijo Werner–. Experimentén, con varias razas de perros vampirons, diferentes combinaciones de la fórmulan. Unos duraban mán, otros menon… hasta que di en el clavon. La resistencia permanenten. Adolf es la pruebannn.

El joven levantó una probeta con líquido verde humeante. La mano le temblaba debido a la emoción.

—*Vampir… coloidem… solis* –dijo Werner–. Versión número nuéven de la fórmulan.

El Conde tomó la probeta de la mano de Werner y dio unos pasos hasta el centro de la habitación.

—Werner quería hacerles esta demostración él mismo. Pero quiero ser yo el que dé el primer paso hacia una nueva era.

Bruno comenzó a escupir consonantes y a dar más pataditas.

—Ergssh-táimm… –dijo. A lo lejos, el cielo comenzó a ponerse rojo.

El Conde Rudolf Viktor von Drácula los miró uno a uno a los ojos, sonriendo. Con gran lentitud, se llevó a los labios la probeta y de un trago, se la zampó. Un hilito de humo ondulante le salió por la nariz; el Conde dejó de sonreír y se estremeció. Se llevó la mano al cuello, haciendo ruidos asmáticos, la barbilla encajada en el pecho.

—Íijhh... íjhh... –gimió.

Todos se acercaron a sostenerlo pero él los detuvo con un ademán enérgico. Se enderezó y tomó aire por la nariz, mirando al techo. Se volvió y los miró con una expresión neutra. Tragó en seco.

—Sabe a mierda... turbinada –dijo.

El Conde tiró teatralmente la probeta al hogar y giró hacia la terraza, la capa haciendo una bella verónica tras él.

—Los que lo deseen, pueden beber el elíxir y seguirme.

Los delegados miraron las probetas listas sobre el piano, pero ninguno se movió.

Werner limpió sus gafitas con el borde de la bata y se las colocó de nuevo sobre la nariz. Se bebió una probeta de un trago. Los invitados se apartaron de él.

El Conde, con la mirada fija en la terraza, se balanceó tres veces hacia delante y hacia atrás, indeciso. Al fin, soltó aire por la boca y salió.



Imitando a Dolors, la mayoría de los europeos comenzó a colocarse junto a las cortinas, listos para cubrirse con ellas.

Lentamente, el débil Sol otoñal asomó sobre el bosque. Con cada vez mayor intensidad, la luz bañó los cabellos de la rubia y dibujó un intenso resplandor en el pelo engominado y en la negrísima capa del Conde Rudolf, quien, con delicadeza, bajó la bata de la rubia para descubrirle el cuello… y un hombro lleno de pequitas. Adolf metió unos ladridos, alegre:

—Jóunk, jóunk…

El Conde brillaba dentro de un halo –parecía una postalita religiosa–; dio unos rápidos besitos en el hombro de la rubia y se volvió hacia los invitados con una sonrisa de oreja a oreja… luego, de oreja a cabello pues, inesperadamente, se le cayó una.

La sonrisa del Conde se dobló hacia abajo por las comisuras y la otra oreja se le desprendió, humeando, con menos elegancia que la primera.

—¡Non, nonn! –gritó Werner. Se mordió los guantes de caucho.

Los europeos miraban hacia la terraza con ojos desorbitados, agarrados a las cortinas.

El Conde comenzó a temblar. Abrió la boca en una mueca distorsionada por el dolor y su tren delantero dental cayó al suelo con un ruido de porcelana rota. Se enderezó, abrió los brazos como si fuera a volar y –en un instante– sus ropas, excepto la capa, se prendieron en una llamarada azul. Adolf empezó a gemir y llorar.

—¡Zuuiinnk… íijzm…!

Werner saltó hacia la terraza y agarró la capa del Conde con intención de entrarlo a la biblioteca… pero su cabello y su bata estallaron en llamas. Werner gritó de dolor y retrocedió a la sombra, revolcándose y tratando de apagarse.

El Conde Rudolf se deshacía en trocitos cuadrados, como de sopa, y en retorcidas y siseantes tiras de piel. Sus ojos se colorearon de gris, sonaron pops, y se escurrieron como clara de huevo sobre sus mejillas. Nubes de gases amarillos se desprendían de sus codos y rodillas. Se abrió un boquete en su pecho, que escupió pedazos de hueso y vísceras, seguido de un sopletazo de fuego verde.

Con un rugido gargajoso y aterrador, el Conde fue enroscándose sobre sí mismo, chasqueando y saltando agónicamente, cayó de golpe al suelo como un inesperado vómito de chicharrones.

Adolf se inclinó y empezó a lamer el tren delantero dental del Conde.

Bruno se acercó a lo que había sido su amo y se le quedó mirando sin comprender por qué soltaba humo y sonaba tips-tipss... chips.

—¡El ventanal, idiota! ¡Ciérralo! –gritaba Getringen presa de pánico.

La luz se iba haciendo más intensa y avanzaba hacia la biblioteca.

—¡Cierra, *figlio di mignotta!* –aullaba Ciupafino.

—¡Joder, nos quemaremos! –gemía Dolors.

Por fin, Werner se incorporó a medias y comenzó a empujar una de las alas del ventanal para cerrarlo.

—Bruunon –logró pronunciar el adolorido Werner.

Bruno se movió arrastrando sus zapatones, agarró amorosamente a Werner con una mano y lo levantó en vilo. Con la otra mano enorme empujó las hojas del ventanal y lo cerró con un golpe ensordecedor que retumbó en ecos por todo el castillo.

Después, tomó impulso y lanzó a Werner sobre las cabezas de los invitados, estampándolo contra uno de los libreros.

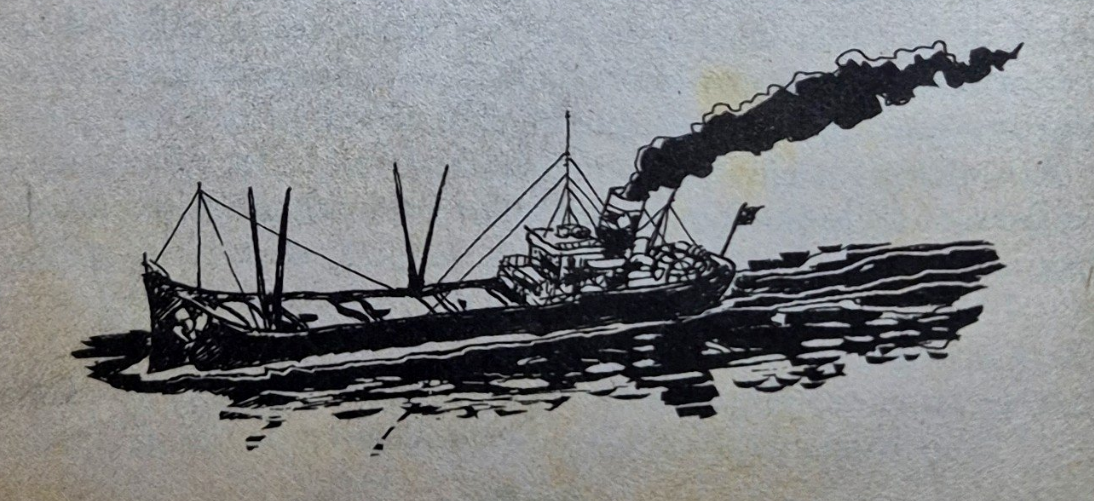
Werner, antes de perder el sentido, vio los rostros llenos de odio de los vampiros.

—¡Un elíxir para perros, puah! –oyó decir a Getringen.

Dos semanas después del fatídico Día de la Cagazón de los von Drácula, como fue conocido el incidente por la prensa vampira de Europa, todos los vampiros del mundo tenían numerosos chistes sobre Werner y su elíxir, sobre el Conde, sobre el perro Adolf... y acerca de la rubia maciza de pequitas. Años después, cuando se creó la Radio Vampiro Internacional, se emitió una cancioncita picarona que fue *hit parade* por muchos meses.

Los europeos eligieron como nuevo Gran Líder a Getringen, que hizo todo lo posible por humillar y ridiculizar al joven científico.

Una noche de invierno, Werner Emmanuel von Drácula embarcó secretamente en un oxidado mercante panameño hacia su destierro. Lo acompañaban el *pasmati* Bruno, su fiel perro vampiro Adolf, la capa algo chamuscada del Conde en un estuche de lujo y –dentro de un maletín– su sobrino huérfano de ocho años de edad, Joseph Amadeus von Drácula.





# II

Los historiadores vampiros especularían durante decenas de años acerca del motivo, las razones científicas, que llevaron a Werner a seleccionar La Habana para su destierro. Escribirían cientos de tomos explicando sus teorías. Algunos afirmaban que la decisión del genial científico se basó en la situación geográfica de la isla de Cuba, la influencia del Golfo de México en las temperaturas medias anuales y la humedad relativa que, según ellos, fueron claves para lograr la mezcla armónica de la fórmula de Werner. Otros, sostenían que el científico necesitaba aprender la técnica tradicional cubana para la destilación de mieles de purga, en las materias primas tropicales de la región; claras y evidentes en la composición del antisolar.

En realidad, el científico había escogido para su confinamiento la ciudad de La Habana, pues conocía de su producción de rones ligeros –necesarios para sus experimentos– y porque le gustó la imagen de la suavemente emplumada india Havana, cuando de niño jugó con una caja de puros que olía a gloria.

La casona de Werner Emmanuel von Drácula estaba muy cerca del mar. La había comprado a través del Bank of Bombay, desde Munich, y era más fea de lo que esperaba encontrarse, aunque tenía un buen sótano para ocultarse durante el día.



Dedicó las primeras noches, con Bruno, a pintar de negro los cristales de las ventanas. Más tarde, Bruno construyó una trampa para murciélagos sobre el techo y en el patio una letrina especial de su uso personal.

Cuando de inmediato llegó a La Habana, Werner no pudo volver a trabajar en sus experimentos. La segunda exposición al Sol lo había dejado tarado mentalmente, había perdido el cabello y padecía de fogajes, hipo y una molesta acidez.

Por las noches vagaba por la playa, acompañado de Adolf, rumiando fórmulas, preguntándose qué había hecho mal en su *vampir coloidem solis*... y cómo era posible que la gente pudiera vivir en la maldita isla, con semejantes calores. Por el día, se quedaba acostado en su viejo ataúd de caoba, meditando, sin poder dormir. A veces, sacaba una pequeña caja con teclado –que sonaba como un clavicémbalo– y pasaba horas plin, plin, plin.

No había vecinos colindantes. Estaban lejos de la ciudad, y el asentamiento humano más cercano se encontraba a unos novecientos metros. Era un grupo de casitas de madera perteneciente a unos pobres pescadores. Hacia el sur, había otro caserío con un kiosko y una tiendecita, propiedad de unos vascos.

La casona era la única vivienda, en toda la zona, que contaba con electricidad y teléfono. Los mensajeros de las tiendas de La Habana –donde compraba por teléfono– solo veían a Bruno al hacer las entregas, y se imaginaban que era el dueño de la casa.

Una mañana, dos señoras negras del caserío vecino, pasaron junto a la cerca de madera que rodeaba el portal. Bruno barría, levantando nubes de polvo. Una señora se recostó un momento para arreglarse la chancleta. Por cortesía comentaron con Bruno acerca del clima y luego, curiosas, indagaron de donde venía. Bruno contestó en monosílabos a las preguntas de las señoras y, para que perdieran interés, empezó a hablar en zarapunker. Las señoras se despidieron con la discreción natural de los isleños y, por la tarde, ya todo el caserío conocía que eran oriundos de cerquita de Polonia, o por allí, que Bruno tenía que atender a su pobre padre inválido, que no podía salir de la casa, y bañarlo y darle la comida y todo eso, el pobre; que Bruno no se había podido casar nunca por eso y que la única novia que tuvo murió de una enfermedad y que Bruno, lo más probable, por ese dolor, se había vuelto medio pajarito y se dedicaba a la bebida, y todas

las mañanitas tocaba el oboe con melodías que dedicaba a su novia desaparecida.

Bruno, que ahora usaba jipijapa, guayaberas y mecánicos (seguía usando tres tallas menos), no atrajo a más nadie. Solo provocaba que a dos kilómetros a la redonda los perros se pusieran a ladrar histéricos, cuando salía al portal y soltaba unos gases feroces y escandalosos. Así que Werner tuvo unos meses de total tranquilidad y aburrimiento.

Compró un Packard, que Bruno conducía todos los meses al edificio de la Cruz Roja en La Habana donde adquiría plasma y sangre, por debajo de la mesa. Con ellas, Werner preparaba sus raciones, que guardaba en un refrigerador, para él y para el fiel Adolf.

Adolf era una mezcla de bull terrier con dogo alemán y reservaba su dos paticas adicionales para correr; mientras tanto, las mantenía en alto, como dos banderillas que le salieran junto a la cola. Se metía en el mar y nadaba durante horas pegado a la orilla. Podía trepar a una velocidad increíble y atrapar, a los sorprendidos gatos, en los árboles.

Tenía un fino olfato, y era sordo como una tapia. Tenía tres agujeros en su helada nariz, de la que siempre goteaba un líquido pegajoso. Veía a través de sus raros ojos amarillos, el derecho, era dos veces más grande que el otro.

Su cabezota negra era vez y media más grande que su cuerpo y estaba dividida en dos grandes mandíbulas armadas de ciento ochenta y dos dientes afilados. Medía treinta y seis centímetros de largo y veinte de alto.

Inclinaba la cabeza a un lado para mirar, y daba la impresión de que colimaba a sus presas con una sonrisa.

Dos caninos gigantescos arriba y dos abajo le servían para sujetar con firmeza a sus víctimas. Luego movía la lengua como si fuera una paleta de turbina y se hinchaba de sangre. Werner sabía cuándo Adolf se estaba atiborrando, porque sonaba igual que un motor de agua.

Por lo general, los perros vampiros se alimentan de sangre una o dos veces al mes, pero Adolf comenzó a ir a cazar todos los días a una ceja de monte cercana a la casona. Eran unas ratas enormes, que dejaba en puro ojos y pelos.

Una noche muy calurosa, Adolf se fue nadando hasta Jaimanitas, al oeste de la casona y salió al trote sobre las rocas en

dirección a un caserío. Olió un fuerte perfume que le encantó. Se acercó a un muro de cemento donde un soldado vestido de amarillo le hacía el amor a una trigueñita. El soldado tenía puesta la gorra con la visera hacia atrás y en una mano sostenía las pantaletas rosadas de la muchacha.

Adolf se subió en el muro y estudió el rostro sudoroso del soldado. El soldado, que tenía los ojos en blanco, oyó unos silbiditos insistentes, parpadeó y vio a Adolf, a quien le chiflaba el hocico mientras olía el perfume.

El soldado se desinfló y cayó sin sentido encima de la muchacha; se deslizó sobre ella hasta llegar al suelo.

—¿Qué te pasa, papi? ¡Ay, pero papi! –dijo la muchacha.

El perfume estaba en la saya. Adolf saltó detrás de la trigueñita y le agarró de un mordisco la punta de la saya. La mujer empezó a dar gritos y alaridos, arrastrando a Adolf. La saya se le desprendió y Adolf se enredó con la tela, endrogado por la fragancia del perfume. De puro placer, la hizo trizas a mordidas. Se había vuelto adicto para siempre, sin saberlo, al Siete Potencias.

Adolf siguió hacia el caserío, sin rumbo fijo. Se detuvo, atraído por otro nuevo olor apetitoso y comenzó a seguir un rastro. Junto a un platanal vio a un perrazo enorme que custodiaba el lugar. El perrazo, un mastín de color gris claro, lo olfateó y empezó a ladrarle y a erizarse.

Adolf trotó hasta el platanal y ladeó la cabeza, sonreía y jadeaba, con su lengua azul colgándole hasta la tierra.

El peligroso mastín, que tenía un collar de cuero con pinchos de acero, se le acercó con insolencia.

—GOF, GAF, GOF... ¡WOFF! –exhalaba un aliento hirviente.

Adolf miró indiferente hacia otro lado, se rascó detrás de una oreja y puso sus paticas adicionales en posición. El mastín le gruñó; y después de dar unos saltos y colocarse en sus poses más amenazadoras, se acercó al pequeño Adolf y le olió debajo del rabo. Como un resorte, Adolf saltó hacia atrás, se metió toda la cabeza del mastín en la boca y CRANCH, apretó.

El mastín no dijo ni pío; con sus potentes patonas corrió fuera de sí unos metros, con Adolf encima.

Chocó con una mata de plátano, se revolcó desesperado y trató de quitárselo, arañándolo y empujándolo con las uñas.

El perrazo movió las patonas con menos fuerza cada vez... y se quedó quieto. La turbina se puso en acción y Adolf se fue hinchando. Su pancita se ponía como un globo.

Una vez satisfecho, Adolf se relamió, excitado. Miró jadeante al enorme perro y resopló. De pronto, hizo algo que nunca antes había hecho un perro vampiro: se empezó a comer al mastín.

Los huesos del animal sonaban como palitroques mientras los masticaba junto a grandes bocados de carne.

Caminó hecho una mancha sangrienta, ahíto, hasta la playa, donde devolvió pedazos del mastín y de la correa. Se metió en el mar y nadó a casa.

Dos semanas después, en la arena rastrillada de uno de los clubes exclusivos de la playa, Adolf siguió el rastro de una rojiza perra Doberman en celo. La perra, Yusita, acababa de llegar, importada de New Jersey, y se dirigía hacia un bote, con un trotar insinuante.

Yusita llegó al bote, que estaba con la quilla hacia arriba y calzado con un burro de madera y se metió debajo a comer unos restos de pan con lechón.

De repente, sintió que algo muy frío le resbalaba hacia adentro y una sierra de acero la atenazó por el cuello. Adolf le hacía el amor con tanta pasión que la cabeza de Yusita sonaba PUMpa, POMpam, contra la madera.

La perra salió de debajo del bote atontada, con Adolf encima de ella, lamiéndole la herida del cuello. Adolf se dejó caer en la arena y miró de medio lado a Yusita. Decidió que la perra le había gustado mucho. La mató de una mordida y la arrastró de nuevo bajo el bote. Comió una buena parte de ella, disfrutando el sabor. Esa vez no devolvió.

Ahora Adolf devoraba enteras a las ratas, masticándolas con placer. Como no le gustaba el pelambre de los gatos, sólo les comía la cabeza y chupaba el resto.

En otra escapada hacia el oeste, ahora por Santa Fé, al perro se le llenó el hocico de aquel olor, el del Siete Potencias; lo encontró tan delicioso, que aulló por largo rato y jadeó excitado. Saltó por un sembrado de hortalizas, cruzó un terraplén y se aproximó a unas casas que entraban en el mar. El olor se había disipado con un cambio de viento. Se trepó a un árbol junto al terraplén y examinó la zona.

Un flaco asiático, con un sombrero de corcho y una lata plateada, seguido por su pequeño hijo, caminaban hacia el caserío. Entonces el perro olió el perfume de nuevo.

Un mulato de perilla, cuadrado a base de pesas, como de dos metros de ancho, les salió por detrás a los chinos. Olía a terminado de bañar... y al perfume Siete Potencias.

—Psst, tss, tss... pérate ahí, paissa, eh –dijo el mulato. Escupió, con los dientes apretados por una esquina de la boca.

Los asiáticos se dieron vuelta y se pararon en seco; el niño le agarró una pierna del pantalón al padre.

—Narra... ¿Qué vueta la tuya, nagüe, con mi gallo?

—Chino táa decil a ti ayel talde. Chino no tiene ahola dinelo.

—Venacá, narra... ¿Tú me ve a mí careee chaaanfle o qué, nagüe?

El chino no dijo nada y quedaron mirándose unos segundos. No podían imaginar que esa noche iba a ser crucial, que cambiarían sus vidas.

El mulato usaba una camisa a la que había cortado las mangas, para que se le notaran bien los hombros y los bíceps. Escupió otra vez y le metió un dedo en el pecho al chino. Casi lo perfora.

—¡Tú me debe noventa kilo, coño, y me vaja dal un peso, vaya, ora mímmo!

El chinito empezó a llorar.

—¡Ya chino ti lijo no tiene...! –dijo el chino, pálido.

El tipo lo empujó y lo sentó en la calle, tumbándole la lata. El chino se puso de pie de un salto y sacó un cuchillito de su espalda.

El grande le pateó la mano y el cuchillito voló. Agarró al chino por la camisa y le embaló un gancho bestial con la derecha. El chino cayó bocarriba, cao; y el niñito subió el volumen.

El mulatón le revisó todos los bolsillos y contó unas monedas. Luego abrió la lata del chino, sacó un cucurucho de maní, lo abrió y se lo echó entero en la boca. Agarró la lata y salió a paso lento, escupiendo cascaritas, en dirección al árbol donde babeaba como un arroyo el ansioso Adolf.

El chinito se arrodilló junto al padre y dejó de llorar. Apretó los puños y miró con odio al mulato. Esa noche tomó la decisión de dominar el Legado del Templo Sagrado de Shao Lin y juró ser Gran Maestro en Kung Fú. El tipo abusador también tomaría una importante determinación en la vida... pero más adelante.

El mulato se detuvo, casi justo debajo del árbol; trataba de mirarse la mano a la luz de la luna. Se había hecho una herida en los nudillos, de donde sacó la astilla de un diente chino.

—¡Cagüen la puta madre Critto! –dijo.

Adolf cayó sobre él desde el árbol y le dio una centelleante mordida ensalivada.

El mulato sintió un fuerte ardor y se llevó la mano al hombro. Al oír un ruido detrás de él se volvió rápido. Vio una mancha negra que arrastraba un brazo suelto con una lata de maní, tin tilintún tolonpín, por el terraplén; cosa que le dio gracia. Tardó unos segundos en darse cuenta de que se trataba de su brazo. Se le nubló la vista, se le derrengaron las piernas y cayó de medio lado detrás del árbol.

Werner pensó que el calor afectaba de manera negativa al perro. Soltaba, sin ningún motivo y sin previo aviso, enervantes ladridos. Luego, empezó a escapar por las mañanas y regresaba con el hocico manchado de sangre.

La casona comenzó a apestar. El hedor los puso a investigar... y Bruno descubrió que Adolf había tirado, al techo, los cadáveres chupados de cerca de cincuenta y tres gatos. En otra ocasión lamió, y luego tiró al tejado, los cuartos traseros de una perra Doberman. Rieron la gracia, pero una semana más tarde, raspó la puerta con un sonido metálico. Cuando le abrieron, arrastró dentro de la casa un destrozado brazote, que empuñaba una lata de cucuruchos de maní. Decidieron encerrarlo; alguna otra tontería del perro podría atraer a los vecinos o a las autoridades.

Pero dentro de la casona, se volvía muy agresivo. Mordía las patas de los muebles hasta hacerlos trizas, raspaba peligrosamente la pintura negra de las ventanas, se comía las cortinas, y marcaba su territorio por todas las esquinas y puertas.

Werner había comenzado a capturar pequeños mamíferos y a crear –con métodos basados en la ciencia– distintos tipos de *pasmati*; no como Bruno, sino mascotas de baja intensidad, que mantenían la casa limpia de cucarachas. Esta simple distracción provocó un conflicto con el perro.

Adolf gruñía con ferocidad a los *pasmati*, que corrían despavoridos por todas partes, a cualquier hora del día, provocando el des-



orden dentro de la casona. Seres que se impresionaban con facilidad, los *pasmati*, en su huída, dejaban todo decorado con unas heces dificilísimas de oler y limpiar.

Una tarde, el perro la agarró con un *pasmati* muy simpático que solía ñañañear temas de Mozart, con suma suavidad, al tiempo que movía la cabeza para llevar el compás de la melodía.

Werner oía divertido al *pasmati*, hubo un silencio... y apareció Adolf tan campante. Ladró:

—¡Juark!

Y vomitó la cabeza del *pasmati*.

Werner, exasperado, dio órdenes de congelar al perro. Bruno agarró una estaca, y un martillo de seis libras y lo emboscó, usando una bella rata destripada como carnada. Bruno lo oyó venir y miró hacia la puerta.

Adolf entró con una goma toda jorobeteada del Packard entre los dientes y trotó con ella hasta la sala. Al ver la rata soltó la rueda, fue hacia ella y la mordió con rabia.

Bruno saltó sobre él y lo volteó. Adolf casi le arranca la mano, pero Bruno lo inmovilizó y le clavó –de un solo golpe– la estaca en el pecho.

—Herkgrh –eructó Adolf. Se quedó rígido, con los ojos abiertos y las seis paticas estiradas como palos.

Werner tomó al perro tieso y lo cargó. Lo pondría en su laboratorio, encima de...

El sabio Wernera solo se acordó del viejo maletín que contenía a su sobrino Joseph Amadeus unos días después de haber llegado a la casona. Bajó al sótano a toda carrera y encontró el maletín debajo de una tonga de cajas y maletas. El chico estaba bastante maltrecho

y débil cuando lo sacó. Pobre Joseph. Era producto de un desliz del Conde muchos años atrás... Sucedió en Italia. En el Abruzzo reinaba un feroz invierno... El entonces joven Conde Rudolf Viktor von Drácula celebraba el haberse convertido en Gran Líder de los vampiros de Europa. En la pequeña comunidad de Sulmona, hundida en la nieve, el joven Conde bebía Centerbe, un fuerte licor hecho de hierbas aromáticas, pasaba unas noches de lujuria, desenfreno y explosiva catarsis de maldad; lo que llamaríamos, unas vacaciones con todas las de la ley.

El Conde terminó su tercera botella de Centerbe y la tiró a la nieve. Entonces vio, por primera vez, a Massima Caterina Forleo, la hija de un panadero local. Massima, un poco pasadita de peso y de gruesos labios, pasó muy cerca del Conde, mascullando y resoplando, con una cesta de pan para los *carabinieri* destacados en la villa. Sus grandes ojos negros, llamaron la atención del vampiro. Eran, en realidad, lo único llamativo de la joven pues, en las fotos que se conservan, puede verse que era bastante mal encabada, un poco zamba; y con un tupido bozo en el labio superior.



El Conde la emboscó cuando regresaba del cuartelito de carabineros. La abrazó por detrás y Massima sintió, por primera vez en su vida, el arrebato sexual. La mordió en el cuello y le chupó unos cuantos gramos de sangre. Cuando la dejó caer en la nieve, Massima empezó a mover las nalgas y los muslos con tanta sensualidad, gemía en un tono tan sexy, que el Conde la cubrió con su bella capa y le hizo el amor varias veces, con la vista clavada en sus ojos. Lo más probable es que haya sido un efecto secundario del Centerbe.

La noche siguiente, von Drácula había decidido chuparse a una turista austriaca, de mejillas coloradas y bellas piernas rozagantes. Estaba oculto detrás de una estatua en el parque, cuando apareció Massima. Se abalanzó sobre él y lo abrazó con pasión. Sus besos húmedos le cubrieron la cara. Massima, había sucumbido a la llamada *Grosseichelbohreringster,* cualidad única que tienen los vampiros de emitir una fuerte vibración ahí.

El Conde, hastiado, la paralizó con un grito y voló como un rayo al campanario de una iglesia. Juró no probar más el Centerbe.

Von Drácula no tuvo una noche de respiro. En los altos tejados, en las zanjas, en los intrincados bosques, en la espeluznante bóveda del cementerio, allí aparecía Massima, a entregarse eufórica, en cuerpo y alma, a von Drácula. El vampiro se fue pitando a Düsseldorf y olvidó el incidente.

Dedicó sus energías a organizar y unir a los vampiros en un sistema europeo fuerte e influyente. Cuatro años más tarde, Massima apareció de nuevo en su camino. No se sabe cómo, había encontrado la guarida del Conde en Düsseldorf y traía el fruto de su noche de amor.

Massima dejó al niño en la puerta del castillo, estuvo cerca de una hora vociferando diatribas y maldiciones en italiano y, cuando quedó ronca, desapareció por un sendero, de la misma forma misteriosa a como llegó. Debió haber sido una experiencia traumática para ella criar a un vampirito que le mordía los pechos y le secaba la vida.

Hacía unos cuatrocientos años que ningún vampiro había procreado con una humana, así que von Drácula, por pura vanidad, le cambió el nombre de Giusseppe por Joseph Amadeus y lo mantuvo, como un simpático trofeo, por los corredores del castillo...

Bajo la mirada de Bruno, Werner calentó, en baño de María, unas cucharadas de 0 positiva y se las hizo beber a Joseph con una cucharita. Sintió lástima por el pobre vampirito chupadito.

Para siempre sería un niño. Pensó que era una crueldad criarlo en un país soleado, sin las largas noches invernales y oscuras de Europa. Era más piadoso terminar con su miseria. Y una preocupación menos. ¿O no? ¿Y si...? Mmmm...

Werner tuvo una inspiración. Reorganizó su laboratorio y comenzó a trabajar sin descanso en su invento otra vez. La necesidad de reemplazar algunos productos europeos tradicionales hizo que experimentara con melado, después con guarapo, con ron de caña y jugo de hicacos, que abundaban junto a la playa. También se aficionó al ron añejo, que mezclaba con AB o con la exquisita 0 positiva.

Estudió una muestra de la sangre de Adolf, y vio con alarma que la fórmula antisolar había dañado la composición de la hemoglobina del perro; encontró rastros de sustancias que no se habían disuelto en la sangre. Al final se percató de que su fórmula *parecía*

mezclada pero no era así. En realidad, uno de los componentes estaba en pequeñas partículas dentro del líquido... pero en realidad, no estaba disuelto.

Una batidora eléctrica resolvió el asunto.

Comenzó a dar biberones con la nueva fórmula a Joseph –en secreto–, pues Bruno lo había sorprendido una vez y había vuelto a estamparlo contra la pared. Era evidente que le disgustaban los brebajes del sabio. Bruno no podía olvidar que terminaron con su querido amo, el Conde.

El niño comenzó a reanimarse y Werner advirtió que había crecido unos centímetros en pocas semanas. ¡Algo imposible! Las manos le temblaron de emoción durante tres noches.

Justo antes del amanecer de un día de agosto, Werner le dio una ración doble de fórmula al niño, colocó el maletín abierto –con Joseph todavía adentro– en el patio de la casona y entró a toda prisa en el laboratorio.

Por una ranura cubierta con cristal ahumado observó ansioso la salida del Sol, que pronto iluminó el patio y el cuerpo de Joseph.

Durante un minuto no sucedió nada, pero entonces Werner vio que el niño abría los ojos y se incorporaba. Joseph salió del maletín con un saltico y se quedó mirando las guanábanas del patio.

Antes que Werner pudiera hablar, Bruno resopló a su espalda, lo alzó en vilo y lo zarandeó, alternando rápidos gruñidos y escupidas –también era tartamudo– como un motor en baja. Lanzó al científico contra uno de los estantes, la emprendió con las probetas y dejó el laboratorio hecho un asco.

Bruno salió al patio a llorar las cenizas del niño pero se detuvo y empezó a gruñir por lo bajo y a dar pataditas.

Joseph miraba hacia la playa cubriéndose los ojos con las manos. Giró la vistahacia Bruno. El color de su piel era de un rosado intenso.

—*Gutten Habend...* –dijo Joseph y señaló una guanábana–. *Was is das?*

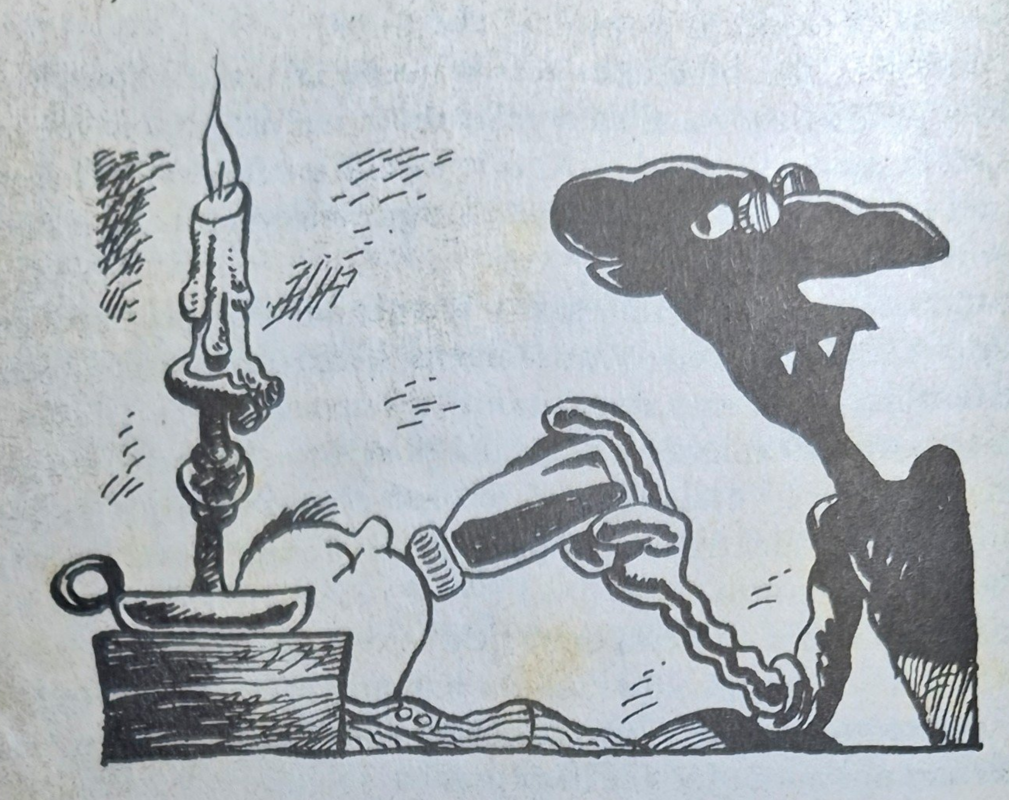
Bruno vio que el cabello de Joseph comenzaba a despedir un humito amarillento y enseguida, su trajecito de marinero empezó a quemarse. Lo cargó y corrió hacia la casa, tumbando puertas y muebles, hasta el baño. Lo metió bajo la ducha.

—*Danke* –dijo Joseph.

Apareció Werner, encantado.



—¿Has visto? ¡Funcionan, Brunon! –exclamó en alemán.
Bruno le gruñó.
—Mejorarémon la cósan, no te preocupen –dijo Werner.



Con un riguroso registro de todos sus pasos, Werner fue incrementando cada semana las dosis que bebía Joseph. Estudió hierbas nativas y agregó pasiflora, bejucubí y cailimón a la fórmula antisolar.

Se convirtió en una rutina que el niño saliera unos minutos –bajo la vigilancia de Bruno– al patio por las mañanas. Joseph caminaba entre los hicacos y cuando el humito aparecía en su cabeza, Bruno lo metía en la ducha.

Un año más tarde, Joseph era capaz de andar un par de horas, entre la tarde y el anochecer, vagando por la playa desierta, solo. Tres horas, si se ponía un jipijapa de Bruno y unas gafas oscuras muy antiguas.

Una tarde, cuando se mojaba los pies en la playa, Joseph oyó voces enardecidas. Aunque había aprendido español con el tío, tardó bastante en entender los gritos.

—¡Te vamo a estimbalal tó, niche'sgraciao!

De pronto, detrás de unas matas, apareció un negrito semidesnudo, que corría hacia Joseph con una mano de platanitos

manzanos bajo el brazo. Detrás de él, venían a toda velocidad, unos blanquitos troncudos y colorados.

—¡Gonorrea! –gritaba el negrito–. ¡Tu mamás mu fea!

—¡Párate ahí, niche! –gritaba uno.

El blanquito que iba más adelantado se paró, se impulsó hacia atrás y zumbó una piedra. El negrito hizo un gesto con la cabeza y la piedra pasó por encima de él... y le pegó en el pecho a Joseph. Algo se disparó en Joseph, que se contrajo y siseó con furia.

El negrito tropezó, dio unos traspiés y cayó de boca en la arena. Los dos troncudos llegaron a tiempo para no dejarlo levantarse.

—¡Cabrón! –dijo uno. Empezaron a darle puñetazos.

Joseph metió un chillido agudo y saltó varios metros, plantándose junto a ellos. Los blanquitos lo miraron asustados. Joseph, muy pálido, mostraba unos labios violetas y temblorosos. Un hilo de saliva amarillento le bajó por la barbilla y tenía los ojos inyectados. Los blanquitos soltaron al negrito como si de pronto se hubieran dado cuenta de que era portador de la peste bubónica. Se alejaron unos metros y empezaron a buscar piedras por el suelo.

El negrito, escupiendo arena, sin soltar los manzanos, agarró a Joseph por una manga y tiró de él.

—¡Huye, huye, que son malo cantidá! –dijo.

Corrieron hacia el mangle, haciendo zig-zags para eludir las pedradas, y se escondieron de los blanquitos. Joseph se había calmado pero el negrito respiraba sofocado.

—Oye, gracia, mi helmano –dijo.

Joseph miraba los manzanos con curiosidad. El negrito los levantó. La mitad estaban aplastados pero olían... apetitosos.

—Na, muchacho, uno vasquito ahí que no le fían ni a su madre, en la tiendecita fulastre esa que tienen.

Mientras caminaban, el Sol se puso. El negrito tropezaba a cada paso y Joseph, que veía sin problemas en la oscuridad, lo guió hasta llegar muy cerca de unas casitas de madera alumbradas con chismosas.

—Aquí ya sigo yo –dijo el negrito–. ¡Ere jun báibaro!

—Zoy alemánen –dijo Joseph.

—Ah, por eso tú no conoce los platanito, claro.

El negrito arrancó unos manzanos y se los dio a Joseph. Joseph miró uno y abrió la boca.



Alquiló un Skoda rojo convertible y se instaló en una amplía suite del apartado Hotel Cecil, en la Avenida de los Presidentes y Calzada. Se relajó a conciencia y puso en marcha toda su sensibilidad, husmeando por los centros nocturnos durante una semana.

El resultado fue su íntima y bella amistad con Marino Margarito Barredo, alias Rosa Náutica, un negro altísimo y fuerte como un toro, que se entregó a la tarea de asistirle. Marino conocía los rincones más exóticos de la ciudad y tenía tendencia a codearse con gente bastante extraña. Yósip sabía, por experiencia, que la gente se conoce en pequeños racimos, conectados unos con otros y a la larga, si uno los sigue con cuidado, la cosa da fruto.

Un día muy nublado, Yósif y Marino paseaban por Punta Mangle, al oeste de La Habana, buscando un lugar para bañarse en el mar, cuando empezó a llover. Se refugiaron en un kiosko; una estructura azul con techo de guano, sin paredes, donde pidieron cervezas. Empezó a tronar.

Por la calle de gravilla vino corriendo bajo la lluvia un mulatón enorme, con un solo brazo. Yósif lo miró con gran atención. El mulatón saludó a Marino con un dedo.

Marino levantó las cejas muy despacio y de pronto dijo:

—¡Pargo! Ayyy, pero niiiiño, no te conocí, por tu viiiidaaaa. Ay, ¿qué te pasó en el brazo, oye?

—Un rayo –dijo el mulato y asintió varias veces, como afirmando que era increíble, pero que era verdad.

—¡Ayy, qué horriiible, poreeecito, niño! –dijo Marino, impresionado– Te presento a Yósif, un amigo.

Yósif le estrechó la mano.

—Tome una cervieza con nosotros ¿Sí? –dijo Yósif.

—Rigobelto Hinojosa para sedvile. Gracia, pero no tomo.

—¡Ay, Pargo! ¡Qué tú no tomas! ¿De cuándo acá? –dijo Marino y soltó una risita terminada en i.

—Hace tre jaño que no tomo ni fumo. He cambiao mi vida, gracia ja la voluntá de Dió –dijo.

—Tome un refriesco entonces –dijo Yósif.

Rigoberto pidió una gaseosa de limón.

—¡Ay, no! ¡No me lo puedo creer! ¡Me lo han cambiao. Tú no eres Pargo!

—La vida da mucha vueltas, Ros... Marino. Vi la lú y ya.
—¿La del rayo tú dice?
—La lú de Dió, que me cambió mi pelsonalidá malvada mía de ante.
—¿Cómo fue eso, Sigoberto? Cuente –dijo Yósif.
Rigoberto se tomó de un buche su vaso de gaseosa.
—Yo, vaya, era un abusadol, era malo y tenía malo jintinto... ¡Este sabe! Jodedoool, bebedoool, bronquero, malablao... ¡Oiga! ¡Cajcañal de indígena!... Vanidoso con mi cuelpo... ¡Este me conoce! Pueee... una noche voy aonde un chino y le digo ¡Chino, venacá! Y voy y le cobro el barato a un pobre narra ahí, vaya, el pobre, que me debía una tonga e peso y no me lo quería devolvel, un dinero que le había prestao y le bajé un pin...
Rigoberto tiró el codo hacia atrás como para dar un puñetazo y luego bajó el brazo.
—Un trastazo pol la boca, al pobre... ¡Lo destrocé! Y su hijito... ahí llorando, el pobre... ahí al lao de su padre, llorando y yo... –se le aguaron los ojos, eructó–. ¡Peldón!...y yo ahí, sin ningún remoldimiento le quitél dinero y le llevé su lata de maní, al pobre, un pobre chinito ahí, que no tenía ni donde amarral la chiva, sin que me remoldiera nada pol dentro y al revé, pensaba que yo era un bálbaro y que lo que yo hacía era así bien, vaya, que estaba bien hecho, sin na pol dentro... y levanté el brazo y dije la veldá ques toy trinquete y dije una irreverencia contra Dió y Dió dijo ¡Ah! ¿Sí? ¡Tú vaja vel! ¡Oiga! Sentí arremolinalse encima mío uno nubarrone negro... ¡Yo me erizo! Y aquello empieza a ponelse negro, ni luna ni na, ni se veía na, ni la mano de uno mimmo puesta así, no se veía na. Y un úuuuuuu así como una vo lejana y de pronto ¡Suávana! –Rigoberto dio un latigazo con los dedos–. Y bajó así como de la luna un fogonazo plateao, con etrellita, que menpesó a dal vuetta por el brazo y me agarró ¡suávana! pol brazo y se lo llevó asíiii... –Rigoberto miró hacia el techo y levantó despacito la mano para indicar la velocidad del vuelo de su otro brazo hacia el cielo–. Entonce todo me empezó a dal güelta jigüelta... y cuando me despelté, no botaba ni sangre ni na ¡Me erizo! Y vaya, una vo jadentro de mí me dijo, oe, que me muera ahora mimmo, oe... que era un cadtigo pol habedle levantao la mano a ese pobre hombre.
—¡Jesús de mi corazón! –dijo Marino.
—Y he cambiao mi vida. Fui, le dievolví el dinero al hombre y vaya, le regalé una cadena de oro ahí que yo me ponía lo domingo.



En fin, más bien me gusta hacel el bien, que te lo diga la gente poraquí, y to los día en la iglesia voya pedil peldón por haber abandonao a mi porecita tíabuela cieguita, una santa, oe, que yo tenía tan malo jintinto que la... la llevé pa Pinal y... la dejé perdía, tirá nel monte, joeputa que yo era, Dios mío... pa que no pudiera... no pudiera reglesal af jim... –se interrumpió y empezó a sollozar, tapándose la cara con la mano.

Yósif le agarró el cuellote y le dio unas palmaditas comprensivas.

—Yas...yas...

Marino miró hacia el mar, arrugando la frente. Rigoberto se calmó.

—Sieguro con este tempo te duele la herrida –dijo Yósif.

—Me duele siempre –dijo Rigoberto.

—¿Me dejas ver el hombro?

Rigoberto se bajó media camisa y le enseñó la herida. Tenía unos feos surcos y queloides abultados en la piel, como soldaduras con acetileno.

—No sabía que tú eras médico –dijo Marino.

Yósif lo miró un momento y se volvió hacia Rigoberto. Le subió la camisa al mulatón, que se veía muy deprimido. De pronto, Rigoberto, cortado, se despidió y se fue bajo la lluvia.

—Pober hombre –dijo Yósif.

—¡Ay, hijo! No te engañe. ¡Oye! Rigoberto era la Reina de la Colchoneta. Una perra yegüísima y mala.

Se tomaron otras dos cervezas y cuando amainó, volvieron al Skoda. Marino no habló una palabra en todo el recorrido hacia el hotel.

Yósif se desnudó y se metió en la ducha. Marino se puso a hojear una revista, tendido sobre la cama. Yósif sirvió dos vasos con ron y cola y se sentó en la cama. Marino tomó un vaso.

—¿Conióces desde mucho a Sigoberto?

—¿Qué? ¿Te gustó el mulatón vulgal ese? ¡Un poco má y le da jun beso y te vas a rezal con el degenerado ese!

—Eso no fue rayio ni nada, Mari. Suna mordida cavterizada con saliva maléfica.

Marino se incorporó y abrió mucho los ojos.

—¡Una moldida de vampiro! –dijo Marino, en tono misterioso.

—Que puede llievarnos hasta... Él.

Bebieron. Marino miró con admiración al serbio.



—Sigoberto dijo... hace tres años... ¿Sí? Un rastro fresco.
—¡Ay, qué excitante! –dijo Marino.
—¡Muchos billetes vierdes, Marino! –dijo Yósif.
—¡Huuuuyy! –dijo Marino.

Pepe nunca había oído hablar del béisbol. En La Habana había tres equipos: el Habana, el Almendares y el Marianao. Negro declaraba su amor por el Almendares, que se vestía de azul. Pepe no entendía nada del juego; cosa que indignaba y preocupaba a Negro. Se lo pensó y decidió que Pepe era un niño desgraciado, con una infancia sin béisbol. Una ignominia.

—¡Ah, claro, no sabe... polque tu ere alemán! –decía Negro.

Negro consideró su deber, enseñarle el juego más grande, el más emocionante, el más sabroso del mundo. Empezó a llevarlo a que viera en acción a los muchachos mayores, que jugaban al duro.

Sentados a la sombra, miraban hacia el campo y Negro le iba señalando a los jugadores y explicándole las jugadas.

—Mira, tigre –le decía a Pepe–, esto e fácil. Un equipo silve y el otro batea. Cuando el que silve saca tres ao, se pone a bateal y el que bateaba, se pone a selvil. Hay cuatro base, el jom, que e desde donde se batea y luego, mira pa'llí, están primera, segunda y telcera. Si un pelotero corre las tre base y pisa jon, es jonrón. Carrera. El que tenga más carrera, en nueve inin, gana.

—¿Que ez un inin?

—¡Inin! E... un inin e... cada ve que los do equipo batean.

—Ya. ¿Cómo ez el nombre del tipo de la careta?

—Quéchel y el que tira, pícher. Pero también tiene careta el ampaya de jon, que e el que dice si el tipo es ao o no, si es bola o estrai.

—Negro, nunca me voy a aprender todo ezo.

Negro pasó al trabajo práctico. Lo enseñó a fabricar una pelota de béisbol en dos patadas. Hacía una bola de papel periódico y luego, con la mano, cortaba en cuatro una cajetilla de Competidora Gaditana, creando anillos de cartón que mantenían apretado el papel. Negro bateaba la pelota con la mano, hacia arriba.

—¿Cómo se llama ese batazo?



—Flai –gritaba Pepe, corriendo a capturarla. Casi siempre se le caía de las manos.

—¿Y este? –decía Negro, mandando la pelota por el suelo.

—Fao, digo rolin.

—¿Y este?

—Línea –jadeaba Pepe, y la pelota se le escapaba. La agarraba y se la lanzaba a Negro... muy alta o muy baja.

Negro se partía de risa con los torpes y erráticos movimientos de Pepe.

—¡Tigre, tú ere un ao vestío e pelotero!

Después de unos días, Pepe podía recitar los nombres de las posiciones en el campo.

—Quécher, pícher, primera, segunda, sior, tercera, lefil, centerfil, raifil.

—¡Ere un genio, tigre! –dijo satisfecho Negro.

Pero nunca dejaba jugar a Pepe en su equipo.

—Tú obselva na má, hasta que tú esté maduro pa jugal.

A Negro no le gustaba perder; cada carrera del contrario la sufría como una afrenta personal. Para alivio de Pepe, él no contribuía a las derrotas del equipo, así que no tenía que aguantar la gritería, ni fajarse con Negro.

Pepe era muy pacífico pero si algo lo molestaba –como por ejemplo, que Negro le escupiera semillas de mamoncillo en la oreja– se volaba como una cafetera nacional. Aparecía algo malo en su mirada, palidecía y siseaba y lo hacía parecer más impresionante el hecho de usar las gafas oscuras y el enorme jipijapa. Negro dejó de hacerle bromitas.

Se sentaban en la arena de la playa y Negro dibujaba con un palito figuras que según él, echaban un palito. Pepe las miraba sin entender mucho, prefería los comanches a caballo y los elefantes que Negro trazaba en un dos por tres sobre la arena mojada.

Negro admiraba los saltos de Pepe; era como si no pesara nada. Pepe veía en la oscuridad como si en lugar de ojos tuviera linternas.

Pero lo más fascinante de Pepe eran sus meadas. Negro lo retaba a ver quién de los dos orinaba más alto, o más lejos. Pepe podía soltar sin mucho esfuerzo su chorro a dos metros de altura y a seis de distancia, dependiendo del tipo de competencia. Pero la parte mágica estaba en la orina. Hacía tanta espuma como una libra de detergente, se veía verde en la oscuridad y roía, como el ácido, dis-

tintos tipos de materiales. Podía podrir la madera en pocos días o secar un cocotero en una semana.

—Tú tas jodío, blanco –le decía Negro.

Pero en la olimpíada de emisión de gases y eructos, Negro era campeón indiscutible.

—Vete al doktor urgente, negro –le decía Pepe.

Con los años, el aprendizaje de Pepe incluyó el perfeccionamiento del español hablado en Cuba, a dominar juegos como la quimbumbia, el pegao; silbar con dos dedos metidos en la boca, silbar halándose el labio inferior, hacer ruidos extraordinarios con palmadas frente a la boca abierta, presionándola con el brazo hacia abajo con fuerza.

Dominó el arte de doblarse los párpados hacia arriba y las orejas hacia abajo; hacer que las lagartijas les mordieran los lóbulos de las orejas, o los labios, para dejarlas colgadas de sus caras.

Algunas noches, cazaban cocuyos en las matas para hacer linternas de una tenue luz verde. Consistían en pomos de vidrio, llenos de los negros insectos, que batuqueaban para aumentar la emisión de luz. Si apretaban el culo a un cocuyo, los ojitos verdes aumentaban en intensidad y esto servía para hacerse señales antes de emboscar a los conquistadores españoles. Colocaban un cocuyo patas arriba en la tierra y este se abría y se cerraba tic, tic, tratando de enderezarse: la cantidad de saltos para lograrlo era igual al número de novias que iban a tener. Eso ya lo sabían los indios y el mismo Hatuey comprendió así que se casaría con Guarina. Los cocuyos habían sido socios de Hatuey, así que no los maltrataban jamás.

Pepe conoció a otros niños al gordo Abelito, a Rafa el albino. Pero su sintonía amistosa era con Negro. Jugaban a toda hora. Pepe regresaba a la casona empapado de sudor y saludaba al tío.

—Le ronca el merecumbey, mi querido tíbiri-tábara.

Y ponía al científico a hojear el diccionario español-alemán durante horas. Pero la transformación más importante fue su digestión. Negro le hizo probar un helado de mantecado, un hicaco y un mango. Pepe siempre devolvía.

—Tú tas jodío, blanco.

Pepe, que se veía que comía con los ojos, no dejaba de probar. En otra ocasión, le dio una mordidita de nada a una suculenta fritura de malanga. Escupió y empezó a dar saltos; el ajo de la fritura



le tuvo la boca hinchada casi una semana. Desistió durante un par de meses de pedirle mordiditas a Negro.

Pero tiempo después, Pepe –que no sabía que su raro malestar se llamaba hambre– decidió probar un trozo de queso crema de la tienda de los vascos. El queso se veía muy apetitoso y Negro se lo comía despacio, saboreando cada pedacito.

Negro se lo dio y pegó un saltico atrás, en espera del buche. Sin embargo, Pepe se lo tragó y luego se zumbó el queso entero.

—¡Ñój, compadre, eso me codtó do kilos prieto! –se quejó Negro. Se refería a las monedas norteamericanas de un centavo, hechas de cobre.

Pepe se buscó en los bolsillos y sacó tres kilos se los mostró alegre a Negro y giró hacia la tienda a buscar más queso.

—Tigre, prueba más cosa.

Negro lo llevó a descubrir otros manjares. En una casita de guano, había una especie de quincalla que manejaba un señor sirio. Compraron raspadura, coquitos, besitos de mango y boniatillo. Pepe descubría el placer de saborear.

Pepe llevaba el menudo de su casa y se aficionaron a dejar relucientes sus kilos prietos antes de gastarlos. El procedimiento era simple: se los daban a tragar a Barbarita, una de las tres hermanas de Negro. Luego los lavaban en el mar, restregando la carita de Lincoln con arena, hasta que las monedas quedaban rojizas.

Pepe se volvió adicto a los chúgar candis, al pan con timba y a las minutas. Un día se comió veintitrés pitoauxilios. Pero el manjar más exquisito era el queso crema.

Werner, que le hacía tomar 0 positiva, embarajada con champola o malta Trimalta, vio con preocupación que el joven repelía las bebidas. ¡Rechazaba la sangre! Un hecho científico era que –aparte de la sangre– los vampiros solo digieren algunos que otros entremeses livianos, infusiones calientes… o buenos palos de alcohol.

Después de comerse todo un platazo de harina de maíz, sin sal ni nada, en casa de Negros y una alita de murciélago frito en la suya, Joseph pedía con insistencia a Bruno que le preparara algunos platos. Tuvieron que empezar a comprar pequeñas facturas en la tienda de los Goicochea.

Joseph… comía. ¡Algo imposible! ¡Un hecho anticientífico! ¡Una abominación del mito vampiro!



El sabio estaba impresionado. Llenó cientos de folios con anotaciones sobre la rara transformación del joven vampiro. Sacó nuevas muestras de sangre al empalado Adolf y concluyó que lo mismo podía haberle sucedido al perro; recordó sus matanzas de gatos y... Se alarmó. El joven Joseph podría también ser víctima de tan desagradable efecto secundario de la fórmula antisolar.

Con vista a evitarlo, hizo ligeras variaciones en la fórmula, para tratar de detener el repulsivo proceso. ¡Puaj... comer! Werner se estremecía de imaginarse a sí mismo en el proceso de engullir lentejas, llevándose a la boca buñuelos que goteaban... ¡Uagh! ...almíbar...

Pero Joseph seguía alimentándose una y otra vez –en pequeñas dosis– de harina de maíz, tostones, arroz con frijoles, picadillo, tasajo, ropavieja... y todas esas porquerías que comían los nativos. Ni una gota de sangre más.

*La cosa se me ha ido de las manos* –escribió en su diario Werner, una madrugada, y recordó la patética imagen de Pepe, a horcajadas sobre una mata de guanábana, hartándose de fruta a las dos manos. Se le llenaron los ojos de lágrimas..

Rigoberto, el manco, estaba de rodillas, rezando bajo el árbol donde Dios le había llevado el brazo para el cielo. Marino le dio cuerda a una camarita Pathé de 8,5mm y se puso a filmar el lugar.

Yósif observaba con detenimiento la corteza, a través de una especie de pantallita negra que deslizaba por el tronco del árbol. Era un lente especial estereoscópico Durán, para detectar fluídos de maléficos. Cuando el serbio encontraba algo interesante, guiñaba un ojo y se inclinaba a mirar por el visor, dándole a una ruedita dorada. Yósif chasqueó la lengua, se volvió y le hizo una seña a Marino.

—Retraita esto, por favor –dijo, y señaló una especie de hongo azul que cubría toda una parte del árbol.

—¡Ay, ya casi no hay lú! –dijo Marino.

Marino enfocó los visores de la Pathé. Rrrrrrr, filmó.

Yósif sacó un trozo de la corteza que tenía color azul y se agachó con mucho cuidado, sosteniéndolo en la palma de la mano. Con la



otra, abrió un maletín de cuero y sacó una linterna Ráskov-Igoa. Con un dedo hizo presión en la culata de la linterna y le sacó una tapa, que descubrió un orificio. Puso el trocito de hongo adentro y volvió a cerrar la culata. Dio golpecitos a la linterna contra su pierna, para que el trocito de hongo bajara hasta el final.

—Ahora sí ya no hay lú –dijo Marino.

Atardecía con rapidez. Yósif se volvió hacia Rigoberto, que había terminado de rezar y le puso la mano en el hombro.

—¡Gracias! –le dijo–. ¡Ha sido uno privilegio!

Sacó cinco pesos y se los dio. Rigoberto se guardó el dinero en un bolsillo.

—¡Lámeme cuando quiera! ¡Dió lo bendiga!

El manco hizo un gesto de despedida y lo vieron irse por un trillo. Marino se dio un manotazo en el muslo.

—¡Cinco peso! ¡Niño, estás demente, oye!

Yósif se colgó el maletín en un hombro. De una batería de nueve voltios, sacó unos cablecitos y los enchufó a la linterna. Movió la cabeza de la linterna, que giraba sobre unos numeritos y símbolos, hasta que leyó la cifra que buscaba. Dio más golpecitos a la linterna y suspiró, suirrr.

—Prende cigarrilo, anda –dijo–. Cielo tiene que ser más oscuro.

Marino encendió un cigarro de papel amarillo, le dio unas cachadas y se lo pasó. Empezaron los grillos a llenar el ambiente. Cayó la noche.

Yósif apretó un botoncito y la linterna se encendió con una luz roja. La enfocó al suelo y empezó a buscar.

—Increíbel la foerza que tienen, por Jristo... ¡tres años y ahí están!

—Yo no veo nada, niño.

—Los ojos míos tienen la experiencia; los tuyos, belleza nada más ahora.

Marino frió un huevo, halagado. Yósif podía ver las pintas rosadas por todo el terraplén. Se acumulaban allí, se espaciaban... era el espectro de la saliva de Adolf aquel día en que convirtió en manco y creyente a Rigoberto.

Caminaron hasta la costa por una especie de guardarraya. El rastro de goticas rosadas se perdía en el mar.

—¿Bueno, qué, Yósi? ¡Ya estoy nelvioso de pensal que nos íbamo a encontrar al vampiro ese detrás de una mata!



Yósif se rió.

—Algo tenemos –dijo–. Es un animalito mult malo que seguimos hasta ahí.

Caminaron de vuelta hasta el árbol. Marino, casi encima de Yósif. Estaba impresionado. Yósif alumbró el árbol. Toda la parte llena de hongos azules, brilló de un intenso color rosado bajo la luz de la linterna.

—Lo que ves rosado, es hongo azul. Hongo azul... es huella de saliva de animal maléfico.

—¿Y la baba esa sigue ahí despué de tanto tiempo? ¡Qué horrible, por tu viiiida!

—Tienen una foerza extraordinaria. Verás.

Yósif metió la linterna en el maletín y luego sacó un tubito. Se echó una pomadita en el dedo y lo pasó por el hongo del árbol. El hongo cambió de color de azul a rosado. Las manchas del hongo se colorearon lentamente.

Tomó a Marino por el brazo y caminaron hacia el auto. Yósif le explicó que ahora tendrían que buscar por el mar. Iban a alquilar un bote con motor y Marino se excitó con el proyecto. Yósif le apretó la mano.

—Miremos –dijo y se volvió. Marino lo imitó.

A lo lejos, el árbol ardía con ráfagas de color, desde las ramas hacia abajo, sin llamas ni humo, en silencio; un árbol que parecía hecho de intensa luz rosada en medio del monte negro.



Marino se pegó a Yósif. Se puso una mano en la mejilla.

—¡Por tu víiida!

Goicochea, el dueño de la tiendecita, y varios comerciantes de la zona, habían puesto un poco de dinero y acondicionado un viejo kiosko para que sirviera de escuela pública para los niños más pobres. Como eran la mayoría, se inscribieron casi todos.

Negro le dijo a Pepe que su madre había hablado con la maestra; y que aprendería a leer y a escribir. Pepe decidió que él también quería ir. Se lo dijo una noche a Werner. Pero el científico meditó durante un largo rato. ¿Qué le podían enseñar los humanos a Joseph? Con toda seguridad, tonterías. Así que comenzó a revisar su biblioteca. Werner se lanzó a la educación del pequeño Joseph, según la tradición draculiana. Primero, masaje a su masa cerebral con lecturas apropiadas.

Escogió unos libros que lo habían fascinado cuando era un adolescente; y empezó a leerle el tratado del jovial escritor vampiro

DR. FRITZ KANDOM

ANÁLISIS DEL EFECTO GOLEM EN LAS CULTURAS DRACULIANAS CENTROEUROPEAS DE FINALES DEL PERIÓDO HASFIANO MEDIO BAJO Y SU REPERCUSIÓN EN LOS RITOS DEL NUEVO CICLO EN LA EUROPA DE LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL. UNA DICOTOMÍA

...que era tan divertido, que Werner apenas podía leer un párrafo sin soltar largas carcajadas. Joseph se reía de ver reír al tío. Disfrutó mucho las primeras sesiones.

Fritz Kandom, le dijo Werner a Joseph, había estudiado el sentido del humor de los humanos y lo había adaptado a la cultura vampira. Viendo que Joseph empezaba a cansarse de la sátira psicosocial, probó a concentrarlo con un libro infantil para vampiros. Una sentimental novelita de

LOUISE LOURENCE

UNA CLAVIJITA TÚ... UNA VUELTECITA YO

un canto a la participación de todos los miembros de la familia maléfica, hacia el dominio del fino arte de someter al campesinado por medio del terror; de cómo los papás debían enseñar a sus niños.



Las escenas donde la familia aprende a usar, unida, un potro de torturas, eran muy tiernas. Luego mostraba cómo sacar mejor partido de las clavijas y ruedas del aparato. Las descripciones de cómo afectaban a las víctimas esos ajustes, hacían estremecer a Joseph; Werner dejó de leérselo. El niño empezó a tener pesadillas y a llorar por las noches.

Sin su amigo el Negro, Joseph vagaba aburrido por la playa hasta la tarde y empezó a tener perretas por ir a la escuela pública. Werner probó a interesarlo con un toque de aventura.

AVENTURAS DE
H.P. JIM
por
YANOS RASKPÁRON

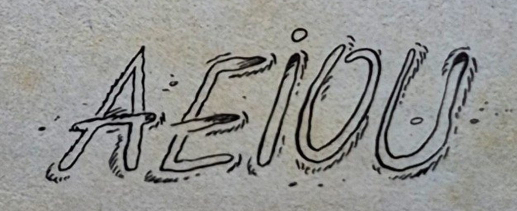
Trataba del joven Tim que, en busca de venganza, es ayudado por un vampiro, un tal Harry Preston Jim, a rescatar a su novia de unos lapones, que la raptan hasta Laponia.

Eso sí atrapó a Joseph. Werner le leía todas los días, al amanecer, la persecución, ambientada en los bosques nevados; con rebaños de renos, lobos y osos; saltándose las escenas de torturas y violación; las descripciones pornográficas y las canciones y poesías en lapón.

Cuando llegó a la escena en la cual Tim y su amigo H.P. Jim encuentran a la joven raptada y acorralan a los lapones, dio por terminada la novela. Joseph estaba contentísimo y dio saltos de victoria sobre la cama.

Werner no tuvo valor para leerle el verdadero final, en el cual H.P. Jim torturaba a los lapones y a Tim violaba a la joven, a Tim y a los lapones... en fin...

Pepe esperaba a Negro en la playa y hablaban del vampiro H.P. Jim de las cosas que se decían en la escuelita. El Negro tomó un palito e hizo unas letras en la arena.



Pepe fue como un volador de a peso a la casona y se quejó de que Negro ya sabía escribir. El tío Werner resopló y sacó un cajón con material de oficina.

Lo enseñó a preparar pergaminos prensados y a diluir barras de tinta china en platos de cerámica. Le mostró cómo hacer distintas puntas de escritura, cortando adecuadamente la punta de una pluma de ganso, colocándole luego un muelle de reloj debajo, para concentrar la tinta y a tirar elegantes y bellos trazos con ella.

Le hizo dibujar círculos, líneas onduladas, garabatos en forma de humo, siluetas de animales y plantas.

En unas semanas, Joseph copiaba párrafos enteros en alfabeto griego, cirílico, armenio y latín; de los cuales no entendía ni jota.

Zarapun

Maléfico

Дракул

Werner siguió su entrenamiento, haciéndolo escribir en alemán, con un complicado alfabeto gótico. Al ver el esfuerzo que se reflejaba en el rostro del niño, los manchones de tinta y cómo se le agarrotaban los deditos, comenzó a ponerle tareas en español.

Los textos eran traducciones que Werner hacía de memoria, recordando sus días de estudiante, encadenado en las mazmorras de Transilvania.

Eran pequeñas lecciones de ética, educación moral y cívica.

*viejo vena niña arteria cuello anemia colesterol*

*La niña tiene anemia, pobre Tina.*
*Su vena no puedo chupar.*
*La dejo recuperar... su hemoglobina.*

*El viejo tiene arteriosclerosis.*
*¡Muy malo tiene el sabor!*
*¡Oh, qué feo el colesterol!*



Y luego, poco a poco, haciendo más complicada la redacción...

*La niña espera al maléfico, la luna es una bolita.*
*Niña fuerte y rosadita, ñam, ñam, ¡te voy a chupar!*

*¡Qué bello vuela el maléfico, aleteando hacia la niña,*
*oh, pillo, directo planea... hacia el rojo de su boquita!*
*Pero, espera, choca... ¡oh! choca, con el ventanal;*
*se raja completa, la frente al bajar.*
*¡Plaf, crash! ¡Baña a la niña toda de infame cristal!*

*El maléfico que choca, es que no sabe volar.*
*...O que está con tremendo pedal.*

Una clara advertencia al exceso de alcohol en la mezcla con sangre. También le enseñó cosas que enaltecían el orgullo de la raza maléfica, como esa oda, traducida libremente del dialecto zarapunker, que decía:

Canción de Draculito

*¡Capa negra levanto a la luna,*
*realzando mi bella figura!*
*¡Negro patagio tienen mis alas,*
*mi cabello en la noche fulgura!*
*Al guelóvnik que en vano amenaza,*
*¡Garras blancas!*
*¡Pecho firme!*
*¡Plata dura!*



*Los colmillos me babean,*
*la capa me da calor.*
*Miro, toco, dejo intacto,*
*tu cuello sin que me vean.*
*Muerdo abajo con amor,*
*al borde del infarto,*
*tu nalga sabe mejor.*



Pero Negro le dibujó en la arena la isla de Cuba, Isla de Pinos y los Jardines de la Reina; le enseñó una suma, una resta y le recitó un par de Versos Sencillos. Le contó cómo los indios amarraban por el rabo a un pescado y así agarraban a los otros pescados; pues... el pescado del cordel se pegaba a ellos y no los soltaba.

—Mentira.

—Oye, que ettá en los libro –dijo Negro–. Mira lo que me encontré botao.

Negro se sacó del bolsillo un revólver de juguete. Era solo el esqueleto y estaba hecho de calamina. Negro apuntó con él.

—¡Páwata!

La mirada de envidia de Pepe le llegó al corazón. Negro carraspeó, agarró el revólver y le dio unos golpes contra una piedra. El revólver se abrió a la mitad, en dos lascas. Le dio medio revólver a Pepe.

Otro día, le contó las aventuras del cacique indio Hatuey. Según Negro, los indios cubanos vivían suave, y habían inventado el béisbol, que llamaron batos; los juegos se llamaban areítos. Hatuey era champion bate de la tribu. Pero llegaron los conquistadores peste a pata y tuvo que irse a pelear contra ellos; machacaba a los españoles, que se fajaban haciendo trampa siempre, con caballos, trabucos y armaduras.

—Puaah, los peste a pata le querían quital a su jevita Guarina –dijo Negro– Y el tipo agarró un hacha india así de ete tamaño y le fue pa'rriba a los tipo. Él sí no creía en almaduriiiita ni na. El tipo se llevó un caballo blanco de los que tenían los ejpañole, y se lo llevó pa su palenque en la montaña. Muchacho, y le dio al caballo ese un trozo de yuca con mojo. El caballo se la comió. Imagínate, era un caballo ejpañol que nunca había probao na deso. Se vodvió loco quimbao arrebatao a la yuca. Hatuey le puso Guadongo, y fue el caballo pa siempre de guerra de Hatuey.

Negro se quedó mirando hacia el horizonte. Pepe se impacientó con el silencio.

—Bueno, sigue.

—Mañana la maetra telmina el cuento –dijo Negro.

Pepe le dio una perreta al tío Werner y al otro día Bruno llevó a Pepe, que se había hecho su mejor peinado, a la escuela.

La maestra era una joven mulata, flaquita y descomida, de ojos grandes e intensos. A Pepe le gustó enseguida.

La escuela tenía el techo de guano, y tres paredes con dos ventanas. El piso era de tierra y cenizas apisonadas. En la pared sin ventana había una pequeña pizarra negra. Encima habían clavado un dibujo de José Martí, tomado de una revista. Los pupitres eran para dos niños pero casi todos tenían tres. Las niñas a la izquierda, los varones a la derecha. El mejor pupitre era para los vasquitos, que habían crecido y estaban más troncudos.

Los niños se divirtieron con la cara que ponía la maestra mientras hablaba con el enorme Bruno. Bruno miró a los niños y se callaron. Por fin Bruno se fue arrastrando los pies, y la maestra le pasó la mano por la cabeza a Pepe.

Pepe se sentó en un destartalado pupitre, junto a Rafa el albino y su hermano, detrás de los Goicochea. La maestra terminó la historia de Hatuey, quemado en la hoguera por los españoles.

—Y un sacerdote le dijo al cacique que se arrepintiera, para que, al morir, se fuera al cielo. Hatuey le preguntó si en el cielo había españoles. Cuando le dijeron que sí, dijo que no quería ir al cielo, para no tener que ver nunca más a ningún conquistador.

A los Goicochea les dio gracia la cosa y soltaron unas risitas pero Negro y Pepe se miraron tristes. Pepe levantó la mano hacia la maestra.

—¿Y qué ze hizo de Guadongo?

Negro se encogió en su asiento. Los otros niños hicieron la mañana con Pepe.

Pepe regresó por la tarde, feliz; dejó la libreta sobre su cama y se fue a jugar. Cuando cayó la tarde, Werner subió a su habitación y revisó los trazos de Joseph. ¡Por supuesto! No podían enseñarle sino estupideces.

mi mamá me ama
mi mamá me mima
yo amo a mi mamá

Erre con erre, cigarro
Erre con erre, barril
Rápido corren los carros
por la línea del ferrocarril

La maestra pidió ayuda para que los padres donaran materiales escolares. Pero solo aparecieron dos lápices y un pomito de goma de pegar, por la mitad.

Pepe llegó con una bolsa donde Werner enviaba a la escuela seis plumas de ganso, dos barras de tinta, doce pergaminos, una barra de lacre, un cortaplumas, dos muelles de reloj, nueve lápices Mikado HB, un sacapuntas, tres gomas de borrar tinta, cuatro carpetas de argolla, un abrecartas y un cuño seco.

La maestra estaba encantada y empezó a usar las bellas carpetas del tío Werner. Pepe le enseñó a poner los muelles de reloj en la base de las puntas de las plumas de ganso. La maestra empezó a escribir con las plumas de ganso y los niños se reían del ruido que hacían sobre el papel.

Entre los comerciantes que habían cedido el local de la escuelita, había uno que daba una merienda gratis: un cuadradito de panetela.

Para establecer distancia, los vasquitos sacaban unos sandwiches de pierna que ponían a todos a babear durante el recreo. La maestra, un día, les pidió que se apartaran para comerlos, pero los vasquitos sabían quienes eran los que controlaban la situación allí. Al otro día, la madre de los Goicochea fue a regañar a la maestra.

Después de las clases, jugaban pelota. Se ponían en un descampado junto al camino de tierra y al fondo había un palmar. Las bases eran tres pesadas piedras. A eso, le llamaban el «terreno».

Los Goicochea llevaban un bate, tres guantes y una pelota de poli. Tenían que morir a jugar con los niños de la zona, pero como ponían los equipos, ellos eran jugadores, y además, los ampayas. Si un vasquito decía que alguien era ao, lo era. O se acababa el juego.

Un tarde, Negro estaba al bate. Picheaba Rogelio, el vasquito más grande. Le lanzó a Negro una pelota que se fue a la izquierda. Negro no le tiró, era una bola mala.

—Estrai, tu –dijo Rogelio. También cantaba las bolas como estrais, si quería.

—¡Oye, tigre, no jeringue! –dijo Negro.

El albino, que recogía las pelotas detrás del jom, la devolvió a Rogelio. El albino era corto de vista y estaba condenado a ser una especie de quécher para los dos equipos: el Yanqui, de los vasquitos; y el Hatuey.

—Dije que estrai, Negro. Voy pa ti.

Lanzó una bola de globito que picó delante de Negro.



—¿Y esa? –gritó Negro.

—Bola buena y no le tiratte. ¡Estrai tri, ao!

Negro tiró el bate con furia, dio una patada contra la tierra y se fue. No estaba tan emberrechinado como para atacar a Rogelio, que le llevaba una cabeza y el triple de peso; pero estas cañonas de los vasquitos, minaban la moral del equipo Hatuey.

Le tocaba entrar al cuarto bate del pitén, el gordo Abelito, pero en ese momento su madre salió al camino y le gritó que fuera para la casa. Abelito tiró el bate y se fue al trote, bajo la rechifla del grupo.

Rafa el albino, que ya estaba hasta los timbales de recoger los lanzamientos y que se moría por terminar el juego de una vez, le hizo señas a Pepe para que jugara.

—¡Juega, rubio!

Pepe, como pelotero, era lo más malo del barrio, según Negro. Rogelio, que vio la cara de angustia de Negro, cuqueó a Pepe.

—Dale, polaco, ponte ahí, no sea gallina.

—No, no, no –dijo Negro–. El alemán no sabe na de pelota.

—Pues pierden por fao fil –dijo Rogelio–. ¿Va?

Negro se encajó, emperrado, la gorra hasta las cejas. Su equipo llevaba una de ventaja pero Pepe iba a provocar que perdieran.

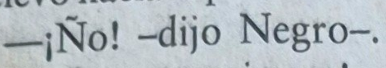
Abelito y Negro habían jurado con solemnidad y en total secreto dos cosas: una, ganarle aunque fuera una vez a los vasquitos, de forma tal, que se tuvieran que comer sus guantes y sus pelotas, y por carambola, vengar la horrible muerte del cacique Hatuey en la hoguera.

Pepe miró a Negro y este hizo un gesto desolado con la mano. Pepe recogió el bate y se puso frente a Rogelio. Pepe estaba feliz. Se limpió las gafas oscuras y se pegó unos batazos en los zapatos, para quitar la tierra acumulada en los espaics, como había visto hacer a los grandes.

Negro recordó los desesperados y angustiosos movimientos de Pepe al intentar agarrar una bola de flai. El desastre. Se sentó y metió la cabeza entre las rodillas.

Pero el antisolar, que circulaba diariamente por su sangre, había estabilizado el sistema nervioso de Pepe. El vampirito hizo unos suines con el bate y clavó la vista en Rogelio, con la expresión seria del bateador concentrado. Los vasquitos y su equipo, que siempre eran tipos escogidos por pesados y abusadores, se rieron. El center fil se revolcó en una nube de patadas. Negro se mordió un brazo y cerró los ojos. No iba a mirar esta ignominia.

Por fin dejaron de reírse y Rogelio le lanzó más fuerte que a los otros jugadores. Pepe, con su aguda vista de maléfico, vio venir la pelota en cámara lenta. Le hizo suín con toda su alma y la conectó con la punta del bate tacn. La bola se elevó hacia el palmar.



—¡Ño! –dijo Negro–. ¡Pa llá, Pepe, pa primera!

Pepe, que había empezado a correr hacia tercera, viró y se fue hacia primera.

—¡No vale jonrón! –gritó Rogelio–. Tamo jugando al flojo.

—¡Qué no vale qué! –gritó Negro–. ¡Puede correl toda las base hasta que utede cojan la pelota!

Rogelio le dio un empujón a Negro, que se calló. De los files llegaron gritos de que no encontraban la pelota. Por fin, la dieron por perdida y se acabó el juego. Negro saltaba satisfecho.

—Do a una, juuuu, perdieron, vasquito –gritaba.

Rogelio vino hacia Pepe y lo hizo bailar de un empujón.

—Comemiedda, si no aparece la pelota me la tiene que pagal –le dijo.

Israel, el otro vasquito, se puso a mirar a Pepe con cara de guapo y a escupir. Por fin, con un caminado rutinero, se fueron. Negro y Pepe corrieron hasta el bohío del gordo Abelito y celebraron la victoria con palmadas y brincos.

Pero los Goicochea no trajeron más los equipos. Dos días sin béisbol.

Negro echó mano a una pelota de cartón y echaron unos pitenes. Bateaban con el palo plástico de un destupidor. Abelito conectó la bola y gritó «¡Cao!»

Todos se quedaron inmóviles. La añoranza por el bate de madera y el choque con la bola de poli fue demasiado.

Como adictos con el mono, Negro, Pepe y Abelito se pasaron una tarde tras la pelota de los vasquitos; hasta que la encontraron, encajada entre dos ramas, en una mata de mango. Abelito fue el encargado de llevarla a la tiendecita de los Goicochea.



La tarde siguiente, juego. Manoseaban los guantes y los acomodaban dándoles puñetazos, hacían suines con el bate. Fue una cosa memorable: Pepe la botó cuatro veces. Agarró dos batazos de aire, un roletazo espectacular, y volvieron a derrotar a los contrarios.

Pepe rechazó pasarse del Hatuey al Yanqui y los vasquitos decretaron que, al botar las pelotas, Pepe echaba a perder los juegos. Si Pepe jugaba, se iban. Pepe quedó de observador para el resto de la temporada.

Pero un 28 de enero, los comerciantes benefactores fueron a la escuelita con un cake. Estaban, junto a la maestra, el panadero de la merienda, un policía que nunca habían visto, las señoras de los comerciantes y el padre de los Goicochea.

Cantaron el Himno Nacional y la maestra habló de José Martí; luego mostró trabajos de dibujo. La mayoría de los niños habían calcado caras de Martí publicadas en revistas, pero Negro llevó un dibujo del cacique Hatuey en la hoguera. De la cara de Hatuey, como en las historietas, salía un globo de pensamiento donde estaba Martí, con un machete en la mano.

Picaron el cake y repartieron caramelos rompequijá. La mamá de los vasquitos rifó una cajita de talco perfumado entre las niñas. El padre, como por arte de magia, sacó un guante de primera base y una flamante pelota de poli.

—¡Caballeros, esto es para el pitén que gane el juego de hoy!

Los varones le agradecieron con una gritería y los adultos con un aplauso. Era una sorpresa también para los vasquitos, que estaban mudos de cólera.

A Negro se le salían los ojos cuando miraba el guante, de bello color carmelita, con unos nudos de cuero, elegantes y profesionales; y la pelota de poli, todavía blanca, impoluta, con unas costuras perfectas, color rojo vino.

Negro y Rogelio discutieron cuál equipo quedaba de jom club por el método del bate. Rogelio le tiró el bate a Negro, que lo agarró por la mitad. Colocaban los puños o solo unos dedos, encima unos de otros –según convenía mejor– en la lucha por sujetarlo con firmeza. Negro apretó la mano con toda su fuerza pero Rogelio logró meter dos dedos en el final del mango y se quedó con el bate.

Entonces Negro pateó el bate, para tratar de tumbárselo de los dedos. Rogelio lo agarraba con toda su alma y Negro le dio la tercera



patada, sin lograr nada. Dos dedos de basura. Estaban muy bien co midos los vasquitos. Los del Yanqui rugieron alegres.

Bajo la mirada orgullosa de los adultos, los vasquitos no podía meter cañonas; ansiosos por lucirse al bate, se iban con cualqui bola. Negro picheaba bastante bien y lograron sacarle ao en u rápido uán tu tri.

Pero en el cuarto ínin, el Hatuey ya perdía dos a cero. Era la ete na lucha del jamón y la potajada contra la modesta harina de maíz

Negro miró a Pepe, sentado con toda tranquilidad bajo un á bol, cachánnn, y empezó a gritarle a los vasquitos que le tenía miedo a Pepe, que no lo dejaban batear porque era el nuevo Beib Rú del Caribe. Que eso era una ignominia.

Los adultos se empezaban a despedir, pero Goicochea padr miraba de reojo hacia el juego y le puso cara de interrogación furio sa a Rogelio.

Negro seguía provocándolo; hasta que Rogelio se acomplejó y mordió.

—Oye, no hable ma mie... bobería –le gritó a Negro–. ¡Dale, que juegue, eh, vaya, pss! ¿Qué se cree ette, eh?

Negro, con ojos de loco, le dijo a Pepe que bateara detrás de él. Abelito había llegado a segunda con un rólin de jit pero Negro se ponchó, por gandío y Pepe entró a la caja de bateo.

Rogelio le tiró una bola mala y Pepe la dejó pasar.

—¡Estrai uán! –gritó Rogelio.

Negro dio un salto zulú en dirección al padre de los vasquitos y empezó a gritar trampa, siempre lo mismo, esto es un descaro y una injusticia. Rogelio miró hacia su padre. Goicochea se quitó el saco y caminó hacia el juego.

—Parece que aquí hace falta un ampaya –dijo.

Goichochea se puso detrás de Rogelio, que tenía la cara roja.

—Oiga, pa... –dijo. Pero el padre le dio un cariñoso golpe en la cabeza.

—¡No se discute con el ampaya, señor! –dijo alegre Goichochea.

Los adultos aplaudieron. El policía y el panadero bajaron también al terreno. El policía se proclamó ampaya de primera y el panadero, de tercera.

Rogelio lanzó varias bolas malas pero su padre le dijo que, o picheaba bien o picheaba él para los dos equipos. Rogelio, furioso, tuvo que tirar por jom y Pepe la botó hacia el palmar. Se empataron.

Los adultos aplaudieron. Israel vino desde el raifíl a conferenciar con el hermano. No podían ocultar su mal humor. Israel tenía los ojos aguados.

Goicochea ampayó con justicia el juego, aunque el policía se inclinó por favorecer a los del Yanqui. Pero, a pesar de que declaró ao algunas llegadas limpias a primera y dos torpes intentos de doblepléi de los vasquitos, sudaban cada vez que Pepe iba al bate. Rogelio se ponía al borde del infarto, las orejas le hervían.

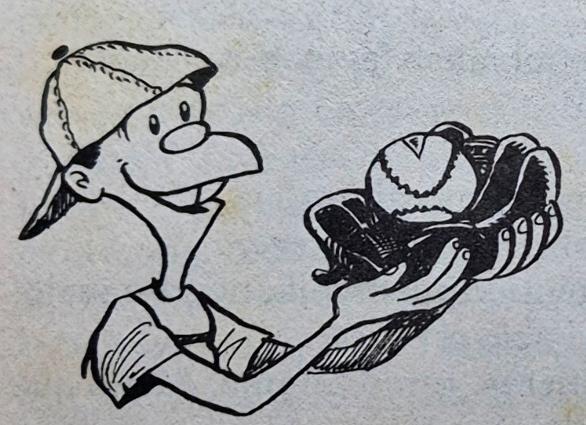
El último batazo de Pepe fue una línea al raifíl. Israel dio unos pasos hacia la pelota, que le picó en el guante, rebotó en su frente clunc, y saltó hacia primera.

Los adultos se pusieron de pie, no por el batazo, sino por la cara que tenía Israel. Entraron dos carreras y el juego se empató. Pero Israel, con un chichón que parecía una guayaba, vino como una exhalación hacia Pepe y le pegó un puñetazo por la espalda. Pepe cayó y el vasquito le dio unas patadas.

El padre corrió hacia él y lo agarró por el cuello, pero Israel lloraba de rabia y quería asesinar a Pepe. Goicochea dijo que el juego se había acabado y empujó a Israel hacia un lado. Para sorpresa de Negro, tomó el guante de primera, la pelota, y se los entregó.

—¡Toma, ganaron! –dijo.

A los vasquitos le dio una sirimba, con tiradera de guantes contra el suelo y, por primera vez en público, lloraron de furia, como magdalenas, cuando vieron el premio en manos de Negro.



Esto enfadó tanto al padre, que les sonó unos cintazos. Acabó allí la reputación de guapos de los vasquitos, la fiesta… y la escuela.

Los Goichochea no fueron más a clase; luego se supo que habían matriculado en una escuela privada. El panadero envió sus panetelas algún tiempo y luego lo dejó.

Un día, entraron sin previo aviso unos señores y hablaron con la maestra, que se puso a llorar durante el resto de las lecciones. Al día siguiente, unos tipos anunciaron que la escuela se convertiría en un bar con una mesa de billar. Sacaron los pupitres, la mesita de la maestra y la pizarra y los pusieron debajo de los árboles.



Los niños espiaban a cierta distancia la mudada cuando llegó la maestra. Lloraba de tristeza. Rescató el retrato de Martí de la pizarra y se despidió con besos. Arrancó despacito por el camino, con las carpetas del tío Werner sobre el pecho, y nunca más volvieron a verla.

Estuvieron una semana recorriendo la costa en una bella lancha de madera pulida, con motor de gasolina. Marino iba al timón, con una boinita roja, mientras Yósif estudiaba una a una las casas con sus potentes binoculares. Yósif le hizo una seña a Marino y este redujo la velocidad hasta dejar la lancha al pairo.

Yósif había visto una casa con todas las papeletas para el gran premio.

Llevaron la lancha hacia la orilla. Yósif tomó un maletín, revisó que su revólver estuviera cargado y dio cuerda a la camarita Pathé. Marino sacó una cerveza, la destapó y se la pasó al serbio. Yósif le dio un sorbo y le devolvió la botella.

—Quédate aquí –dijo Yósif.

—Así no voy aprender ni pitoche, turco.

Pero Yósif le sonrió y salió por la playa.

Una hora después, regresó, se tomó una cerveza en dos tragos y dijo alegre:

—¡Vámonos, Mari!

Marino advirtió que al serbio le temblaban las manos.

—¿Pero, qué? ¡Ay, niño, cuenta!

—Luego. Maneja tú.

Marino hizo una mueca y se sentó junto al timón.

—Siempre un misterio y una bobería, niño, oyeee.

—Haré de ti un verdadero y auténtico guelóvnik, negrito malo.

Arrancaron y la lancha aceleró hacia el este.

—Puedes hacer de mí lo que quieras, turco infame. Meno que me convielta en tu exclavo sersuar.

Yósif lo miró sonriente. Le encantaba como le quedaba la boinita.

Al día siguiente, con el Sol alto, a las once de la mañana, parquearon el Skoda en el monte y caminaron en dirección a la

casona de Werner Emmanuel von Drácula. Marino llevaba unas acuarelas y un block de cartulinas.

—Sí, digo que soy pintor, ta bien...

—Tú, calma –dijo Yósif–. Seguro no veremos a nadie.

Llegaron a unos cuarenta metros de la casona. Solo se oían pitirres y un suave oleaje al fondo.

—¿Y si me dicen pinta algo, a ver? ¿Qué pinto, por tu vida?

Yósif le hizo señas de que se callara y Marino se puso muy serio. Yósif sacó los binoculares y enfocó la casa.

Parecía deshabitada. Movió una ruedita del aparato y enfocó hacia el techo, que estaba cubierto, en parte, por nieve... ¡No! Era algo así como... dos toneladas de restos de pescado... No, señor, no... Eran huesitos de mamíferos blanqueados por el tiempo.

Se secó el sudor de la frente y dirigió su atención hacia uno de los ventanales. Notó los cristales pintados de negro y empezó a respirar agitado.

—Ve diciéndome, niño –dijo Marino–. Si no mesplicas...

—Lo encontremos –dijo Yósif–. Estoy seguro que hemos encontredo al maléfico. Me lo dice el corazón.

—¡Jesús, María y José! –dijo Marino, y se persignó.

Yósif se acercó unos metros más, pero Marino se quedó detrás, mirando sobre su hombro, como si un vampiro le fuera a saltar encima en cualquier instante.

—De día no hay peligro –le había dicho Yósif. Pero el serbio andaba como si el suelo estuviera minado.

Yósif vio en el patio una especie de palomar ruinoso y forrado por delante con un trozo de cerca de gallinero. Estaba tapado con una lona verde. Se detuvo a observarlo con más atención y la lona se movió con un golpe de brisa, solo un instante; entonces, le pareció ver una mancha negra.

Bajó los binoculares y se pasó la mano por la frente. Se sobresaltó al sentir un ruido a sus espaldas. Era Marino, que se puso en



cuclillas detrás de él; tenía más miedo cuando se quedaba solo. Yó
suspiró.

—Explica, niño –dijo Marino.

—No estoy sieguro... pero creo tienen cría de murciélagos –di
Yósif–. Eso quiere decir que tiene criados.

—Por tu viiida –dijo Marino–. ¿Comen eso?

—Los criados, servientes de los maléficos.

—Por tu vida, tulco. ¡Ay, qué asco!

Yósif miró de nuevo el palomar, que era enorme. Si era así, en l
casa había varios *pasmati*. ¡O... un solo *pasmati!* Pero... si había u
*pasmati* que necesitara un criadero tan grande para alimentars
con seguridad sería enorme. Yósif avanzó encorvado y se acercó
la casona. Decidió rodearla un poco más para ubicar el retrete...
retretes, de los *pasmati*, que eran construcciones muy puntuale
iguales en todas partes... y se podían reconocer por la chimene
para gases que se les colocaba en el techo.

De pronto, se acordó de tres cosas importantes: que los *pasmat*
pueden andar al Sol, que también allí estaba la guarida del perr
vampiro... y del brazo viviseccionado del mulato Rigoberto.

Le hizo señas a Marino que se acercara. Quería tener a mano el
revólver con balas de plata de Marino, con todo y que fuera de día.

—Dame rievólver tuyo.

Marino se lo dio y ahora Yósif tenía los dos. Volvió a mirar
hacia la casona. ¡Jristo, baja y mírame! –pensó Yósif–. ¡Otro vampiro a mi cuenta! Será formidable. ¡Jristo! ¡No había perdido ni un
ápice de sensibilidad... sino al contrario: se le había incrementado
Detección del blanco en menos de tres meses. Iba a disfrutar esta
misión, Jristo que sí. Traería a Marino con él y le haría contemplar
la exquisita ejecución del vampiro que comenzaba a tomar forma
en su mente. Miró a Marino y le sonrió.

—¡Estás ensopao en sudol, niño! –dijo Marino–. Ya estoy
asustadísimo, vámono de aquí, por tu vida.

—Un poco más. Miro... y playa –dijo Yósif.

Yósif se adelantó de nuevo. Detrás de la casa había un auto grande. Posiblemente el maléfico lo utilizaba para salir a cazar de noche. Más atrás, en diagonal con lo que parecía la puerta de la cocina, vio un solo retrete para *pasmati*. El criado debía de ser enorme.

Sacó la Pathé y empezó a filmar la casa, el criadero de murciélagos... Se acercó más, escondido entre los árboles, y empezó a dar cuerda a la cámara.

De pronto, un negrito como de nueve o diez años, que fingía montar en un caballo invisible, llegó cerca de la casa. Hizo caracolear al caballo y lo paró en dos patas.

—¡Chéri Yose! ¡Chéri Yose! –gritó–. ¡Lo japache han atacao y se han llevao a su novia Méri!

Por un costado de la casona, salió un blanquito flaquito y pálido, con unas gafas de sol y un jipijapa que le cubría casi todo su cabezón. Yósif los encuadró en la cámara.

El blanquito tenía un mameluco de mecánico y avanzó con las manos a los lados del cuerpo, manoseando las culatas de sus dos revólveres invisibles.

Masticaba –o fingía masticar– un buen trozo de andullo. Se paró junto al negrito, que tenía problemas para dominar su brioso caballo.

—¿Cuántos zon, capitán Güílianzon? –dijo el blanquito, y escupió tabaco invisible.

—¡Puáaj! –dijo el capitán Güílianzon–. ¡Un cojonar! ¡Hay japache, comanche, siboneye y la tribu entera de... de...!

—Cazadore de cabeza bantúe.

—¡Corresto! ¡Tengo a mi jombre esperando nel valle, chéri!

El blanquito silbó hacia la casa, esperó que llegara... y montó de un salto sobre otro caballo invisible, tanto o más fogoso que el del capitán Güílianzon.

—¡Allí van, chéri!

Arrancaron al galope. Fueron en dirección a Yósif, que se escondió detrás de un árbol. Pasaron a un metro de él... y se perdieron en la distancia, hacia la playa, sin dejar de disparar.

—Tuf... tuf... patíinnn...

—Páwata, páwata...

Marino se asomó y buscó con la vista a Yósif. Vio la mano del guelóvnik agarrándose del árbol con temblores y fue hacia él.

Yósif estaba pálido, bañado en sudor y se apretaba con una mano el pecho, como si hubiera recibido un balazo. Temblaba como aguamala encima de un vibrador de gelatina y respiraba como un fuelle.

—¡Niño, por tu madre, ay, turqui! ¿Qué te pasa, mi ángel?

Yósif dijo algo en árabe. Recostó su cabeza sobre el pecho de Marino y se abrió la camisa. Marino le pasó la mano por el cabello encaracolado.

—El niño... –jadeó Yósif–. El niño blanco... ¡Jristo!

—¿Que... tú lo conoce?

Yósif dijo que no con la mano.

—Si tantos añios de experencia no tuviera yo... ¡Voy volverme loco! El niño blanco es un maléfico.

—¡Huy, sí, y el nichito! ¡Los do son horrendo de feo! –dijo Marino.

Yósif se levantó y caminaron hacia el carro. De pronto, se volvió para mirar la casona... y se sintió incapaz de asesinar al tal Werner... con la sola asistencia de Marino.

¡Allí había mucho *vampirfaust*... mucho poder! Y no había duda ni equivocación. El niño era un vampiro del tamaño del *Titanic*. Lo sintió en toda su sensibilidad, lo olió, ¡por Jristo! Él había olido su primer vampiro a los doce años y fue una experiencia inolvidable. Algo inconfundible. Pero esto era algo más... ¡Algo desconcertante y aterrador! ¡Un vampiro al sol! ¡Jristo!

Se recostó al Skoda y los nervios le hicieron vomitar, sin querer, sobre las sandalias de Marino.

—¡Assco, por tu vida, niño, uáj! –se quejó Marino.

Fueron directo a la piscina del hotel. Después de refrescarse y beber unos rones con cola, Yósif subió a la suite. Abrió la pathé y sacó el magazine negro con la película de la casona. Le pegó un papelito y escribió un número uno; tomó otro magazine, con la filmación del manco Rigoberto y el árbol, y le asignó el número dos. En un arranque de buen humor, tomó otro magazine de la mesita de noche, y le escribió el número tres. Metió los magazines con las películas en un sobre amarillo, lo presilló y salió en el skoda hacia La Habana.

En el correo, junto al Centro Español, escribió la dirección de la agencia Joystick en Chigago; y en una esquina del sobre, aunque era agosto, puso:

Blagoslovljen Bozic i
Sretna Nova 1923!

Feliz Navidad y año nuevo...



Era la contraseña que anunciaba que tenía al maléfico en la mira y necesitaba ayuda. En Joystick revelarían las películas y estudiarían el caso.

Sonrió, pensando en las reacciones de sus colegas durante la proyección del magazine número tres: eran planos muy bonitos de Marino desnudo, haciendo la muerte del cisne en la terraza de la suite, con el bello bosque del Vedado al fondo.

Negro llegaba con cierto temor a la casa de Pepe a repasar sus lecciones. El enorme Bruno le abría gruñendo y Negro no podía evitar agacharse para esquivar un manotazo.

Pepe, sentado en el comedor, lo esperaba para merendar. Bruno dejaba dos vasos con café con leche, o jugo, y unos panes con mantequilla o queso crema, tapados con platicos del juego de té. Bruno primero le servía a Pepe un vasito de 0 positiva con vino dulce, la fórmula antisolar y la yema de un huevo. Pepe se lo tomaba de un trago, hacía muecas y mordía un pan.

A Negro siempre le pareció que había bichos acechando debajo de los muebles. Saltaba para descubrirlos, pero desaparecían. Estaba convencido, pero no había visto a ninguno. Cruzaba sus largas piernas debajo de la mesa y mojaba el pan en la leche, mirando los muebles y libreros con admiración pensaba que Pepe era rico, pero buena gente.

Después, aparecía el viejo Werner y se sentaban en la sala. Los ponía a estudiar aritmética y otras materias. Leían en voz alta y tomaban dictados.

La Historia de Cuba iba por Negro, que era un apasionado a la Guerra de Independencia. Negro leía en voz alta los textos y ponía la banda sonora de las batallas.

Una noche, el viejo Werner se quitó la bata de científico y los guantes, se vistió de traje negro y les dijo que iban a ver una película de un tal Tom Mix. Werner regresó fascinado por el invento del cine, e instauró la costumbre de ir a ver películas mudas todos los viernes.

El teatro era impresionante, con las cortinas púrpuras que se abrían lentamente, y la sala se oscurecía poco a poco. Una pequeña agrupación musical empezaba a sonar, siguiendo el ritmo de las películas. Una maravilla. En la pantalla aparecían las imágenes.

¿Estarían detrás los actores? ¿Cómo lograban que cupiera un tren? Pepe disfrutaba casi tanto, o más, a los músicos que acompañaban la película en el teatro. El cine les disparó la imaginación.

Empezaron a jugar a ser egipcios, vaqueros, exploradores, legionarios extranjeros y domadores de fieras. Un pequeño charco cerca del terreno de pelota se convirtió en el África negra, infestada de cocodrilos, leones, panteras, gorilas... y las feroces tribus zulúes. Pero el día que vieron *Nosferatu, el vampiro*, Werner casi tuvo que salir del cine; se ahogaba de la risa, y el público ¡shhh! ¡shhh!

—¡Qué nombren le pusieron, jo jo jó! –dijo Werner–. Creo que había una fábrica de muebles llamada así en Baviera. En fin...

Pepe y Negro se quedaron impresionados por el filme. El tío se parecía un poquito..., pero un poquiiito, al malo. Empezaron a observarlo sin que se diera cuenta. Era impresionante ver cómo movía de forma rara sus manos al leer, o se engurruñaba pegado a las páginas de los libros. Pero el tío era buena gente y no hacía nada malo.

Sin embargo, ya nunca pudieron volver de noche a sus casas sin que sintieran la amenaza, en forma de erizamiento en el cuello, de la mordida de un vampiro. Y si uno de los dos gritaba...

—¡El vampiro!

Corrían disparados hacia sus casas con el corazón agitado por un rato.

Negro y Pepe iban a la playa, por las tardes, a tirarse la pelota de poli ganada a los vasquitos. La pelota ya estaba roja de tierra colorada y media descosida. Otras veces, halaban por sus medios revólveres e imponían la ley y el orden en África, el Oeste o en la turbulenta Niu Yersi, donde eran policías secretos.

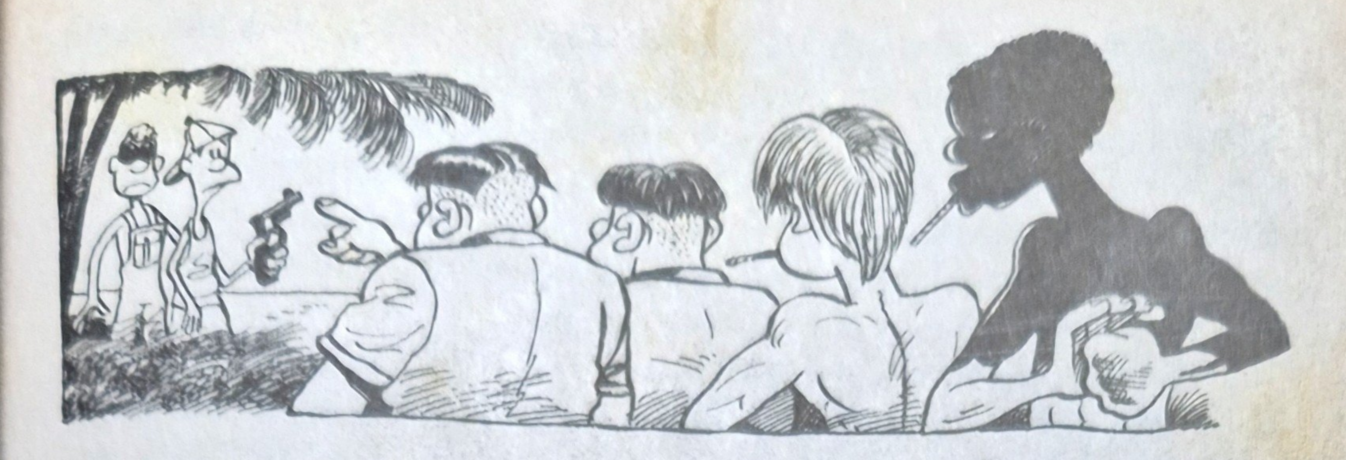
Un día, cuando rescataban por décima vez a la rubia Meri, se encontraron a los vasquitos y a sus dos compinches descamisados. Los Goicochea estaban vestidos con el uniforme de su colegio, unos bombachos azules, camisa blanca y corbata roja. La mirada experta del teniente Negro, le dijo que los compinches habían sido reclutados con las chambelonas que los cuatro venían chupando. Y que habría problema.

—¡Coño, miiiiira, chicooo! –dijo Israel, con gran indignación–. ¡El revólvel quel viejo me regaló en mi cumpleaño!

Negro y Pepe miraron sus medios revólveres de calamina y se los guardaron en los bolsillos.

—¡Sí, sí, no lo escondan! –gritó Israel.





Rogelio se adelantó. Le dio un chupón a la chambelona y se paró frente a ellos.

—¡Devuélvanle a mi helmano la pittola! –dijo.

Negro levantó la mano, como pidiendo paz, al estilo indio.

—¡No te sulfure, blanco! –dijo y se volvió solemne hacia Pepe. Tigre, dame.

Pepe le entregó su mitad del revólver. Negro la tomó con cuidado y juntó las dos mitades con ambas manos. Sonaron clic, y se armó el revólver, aunque sin gatillo. Negro lo hizo girar varias veces en el dedo de una mano, como Tom Mix.

—¡Estos revólvere Col son ligerito cantidá!

Sin previo aviso, salió corriendo hacia la playa y lanzó, con toda su fuerza, el revolvito al mar. Israel y los compinches fueron tras Negro.

Rogelio miró a Pepe con cara de asesino y Pepe emprendió la fuga. Corría más que Rogelio y el vasquito empezó a bufar. Cuando tenía bastante ventaja, Pepe se engrifó y saltó hacia un árbol. Trepó hacia arriba y se escondió en la copa. Rogelio pasó de largo, se detuvo buscándolo unos segundos, y regresó hacia la playa.

Pepe bajó y dio un rodeo buscando a Negro. Lo habían atrapado y tenía la camiseta hecha trizas. Israel le quitó la pelota de poli.

—¡Y esta pelota e mía también! –gritó Israel–. ¡Oye, este negro e jun ladrón, compadre!

Rogelio tomó la pelota y la evaluó.

—¡Dámela! –dijo Israel.

—¡Quita! –dijo Rogelio, y lo empujó.

—¡Esa me la dio tu puro! –dijo Negro–. ¡Es mía!

Los compinches le dieron unas patadas y Negro rodó y se puso de pie. Rogelio pensó que Negro tenía el descaro suficiente para ir a quejarse al padre, que era un tipo legal.



—¡Ve a buscarla! –dijo Rogelio. Y la lanzó al agua, bien lejos.

La pelota golpeó dos veces el agua y se hundió. Los vasquitos se fueron, con las manos en los bolsillos. Negro, llorando de impotencia, se metió en el agua hasta las rodillas. Le tenía terror al mar y hasta ahí llegaba su valor.

Pepe llegó corriendo. Negro maldecía en voz baja. Cuando estaba realmente de mal humor, no gritaba.

—¿Pa dónde cayó? –dijo Pepe.

Negro dio una patada y salpicó.

—Pa llá pa casel carajo.

Pepe se quitó los zapatos y la camiseta. Dejó el sombrero y las gafas sobre la arena, corrió y se zambulló.

Pepe era un valiente. Negro regresó a la arena. Se sentó en la orilla y empezó a imaginarse cómo torturaría a los vasquitos... con astillas de madera, como los comanches. No. Ña ña, amigo: enterrándolos en la arena y echándoles miel de abeja en la chola, para que las hormigas marabuntas del Brasil los dejaran en puro hueso. Tenía un labio hinchado. Era un regaño seguro de la vieja por la bemba rota. Pero le diría, y su padre lo miraría con orgullo, que el militar de honor no entrega su arma sin luchar.

Se quitó los ripios de la camiseta y los tiró en la arena. Ahora, a aguantarle la descarga a la vieja, tú no cuidas na, irresponsable sin fundamento, te voy a dejar andar encuero, cabrón, con tanto sacrificio de tu padre de sol a sol y yo… ¡Partiéndonos el lomo para conseguir la ropa y que ustedes coman! La veía clarito.

Y lo peor... seguro le adaptaba una de las blusas de sus hermanas, como había hecho una vez... en invierno. Negro se había acomplejado con las delicadas florecitas de la blusa y la guardaba en el bolsillo del pantalón, hasta que el frío lo vencía. Entonces, aguantaba la vaciladera de los socios.

—Ay, tú... ¡Flor de lotoooo!

—Comebola, e una camisa jaguayana –les decía.

—Jaguayana de tu helmana.

Qué ignominia. Qué desgracia ser pobre. Y jama pescao y pescao y pescao. Y suerte que el viejo pesca, si no... Harina y harina y harina. El café con leche de Pepe es un desayuno menos en su casa.

El Pepe es buena gente, mi socio de verdad. Hace rato que está nadando bajo el agua. Ahorita se pone el Sol. Pepe se mete bajo el

agua, yo no tengo valor. Nada como un pescao. Y aguanta cantidad. Lleva como diez minutos y no sale. Se va a ahogar pal carajo.

—¡Jones! –dijo Negro y se puso de pie de un salto–. ¡Jones! ¡Peepeeeeee!

Negro empezó a dar carreritas por la orilla gritando. Entró en el mar y caminó valientemente, hasta que el agua le dio por el cuello.

—¡Peepeeeeee!

Se lo habrá comido un tiburón. ¡Ay, mi madre! No puedo estar aquí, me come a mí también. Pepe se me ahogó. Por culpa de la pelota de mierda.

—¡Peeeepeeeeeeee, cojones!

Negro empezó a sollozar.

—¡Pepe, mi socio! ¡Ay, diój!

Negro hizo una mueca, se le saltaron las lágrimas y lloró hasta estremecerse con escalofríos. Se le aflojaron las piernas y se hundió hasta las cejas.

—¡Uahglob! ¡Socorrublegh!

El pánico lo paralizó. Empezó a toser, escupir y a tragar agua salada. Él también se ahogaría... o se lo llevaría el tiburón y nadie sabría qué había sido de ellos, ni su madre ni nadie. Ahogado en la orillita.

—¡Gluru glab puay... uagh!

Con los ojos desorbitados, se volvió para salir a la arena, manoteando con desesperación; chapoteaba y se iba de lado, se hundía y salía. El tiburón le rozó una pierna.

—¡Aaaarrh! –gritó con horror.

Pepe emergió a su lado y le sonrió. Negro se asustó más todavía y empezó a agitarse y a tratar de correr, lo que hizo que se hundiera otra vez. Tragó agua, salió con la cara gris de terror y metió un jipío buscando aire. Tosió, hizo una arqueada... y por fin se enderezó. Salió a la orilla y se puso en cuatro patas todavía turbado. Pepe le sonó unos manotazos en la espalda.

—Mira, tigre –dijo Pepe. Tenía en las manos la pelota y las dos mitades del revólver.

—Jueputa, ere un jueputa –decía Negro como un asmático.

—¿Qué pasa?

—Pol poco me mata, desgraciao –dijo Negro.

—¡Ah, compadre, qué malagradecío! –dijo Pepe. Tiró la pelota y las lascas del revólver en la arena–. ¡Si sé, no busco na!



Pepe se puso el sombrero, recogió la camiseta, los zapatos y se fue caminando. Negro trotó detrás de él y lo agarró por el brazo.

—Peldona, mi socio. Compadre, me asustatte.

—Vamos.

Negro viró y volvió con los tesoros. Le dio a Pepe su mitad de revólver.

—Ensíllate, que hoy vi que hay zulúe en pie de guerra.

Se pusieron las lascas en la cintura del pantalón y se fueron hacia la casona, y durante horas, planearon una venganza contra los Goicochea. Después de un silencio de media hora, Negro chasqueó los dedos.

—¡La tengo, blanco! Cuando Abelito fue a devolvel la pelota a los vasquito, dijo que tenían má. Tenían má cosas guardada en un cualtico detrá de la tienda. ¿Dime?

—¡Cacháaan! –dijo Pepe.

—¡Una misión peligrosa, tigre! ¿Qué tú cree?

—¡La venganza de Hatuey!

Después de una exploración comanche, se acercaron una noche al objetivo, escondiéndose de árbol en árbol, hasta la tiendecita. Llegaron por el fondo, donde había una cerca de alambre envuelta en matas de cundiamor.

Encontraron el cuartico con la reja lleno de latas de galletas abolladas, cacerolas viejas y botellas vacías, donde los vasquitos guardaban los guantes y las pelotas. De la reja, a los equipos, había como dos metros. Estaban colocados de manera que nadie pudiera robarlos con una vara.

—Refuélzate –dijo Negro, y le pasó a Pepe una botella de refresco llena de agua. Pepe se la bebió de un tirón y se tocó la barriga. Miró el blanco, midiendo y planificando el orden de fuego.

—¡Pan comío pa ti, tigre! –dijo Negro en voz baja y guardó la botella para que no quedaran pruebas y, además, valía un centavo.

Cuando se sintió listo, Pepe se pegó a la reja, apuntó... y bañó, con su chorro verde y espumoso, los guantes, el bate y dos pelotas. Al irse, el interior del cuartico parecía invadido por la luz verdosa de un millón de cocuyos.

Repitieron el proceso durante toda la semana y el viernes por la tarde, cuando los vasquitos volvían del colegio, los espiaron desde un árbol. Israel y Rogelio fueron al cuartico, seguidos de sus compinches y abrieron la reja. Entraron.

—¡Qué pette hay aquí, compadre! –dijo un compinche.



—¡Oye, déjate de falte respeto, tú! –dijo Israel.
—Veddá, que hay pette a meao, eh –dijo Rogelio.
Salieron con los equipos. Rogelio le tiró un guante a un compinche, que se lo puso y le dio dos puñetazos, para amoldarlo. El guante se abrió a la mitad. Lo tocó y se quedó con la mitad del cuero en los dedos.
—¡Oye, pero qué tú hace, comemiedda! ¡Joditte el guante! –gritó Israel.
—¡Yo no hice na, eh!
—¡Mira eso, lo desbaratatte!
—Eh, yo no hice na, eh.
Rogelio tomó el otro guante y lo haló por las puntas. Se dividió como si fuera pan de leche.
—¡Mira etto, tú! –dijo Rogelio.
—Será la humedá –dijo Israel. Levantó el bate, que se partió por el mango, crátac. La parte gorda le cayó en la cara a Rogelio y rebotó en su pie, dung.
—¡Coño, comemiedda! –gritó Rogelio y le tiró un manotazo al hermano que le hizo vibrar la cabeza.
—Coño, fue sin querel.
Observaron el bate. Un compinche lo agarró y golpeó una esquina del cuartico. La esquina se rajó hasta la reja y cayó sobre el hombro del compinche del guante.
—¡Vaya, carajo!
Se quedaron mirando el destrozo y, de pronto, el bate se partió en tres lascas en las manos del tipo, crac.
—¡Ahora sí lo joditte! –dijo Israel.
—¡Ya etaba partío, eh!
—A lo mejol se podía pegal o enteipal, comemiedda! –gritó Israel.
—¡Ah, no joda, compadre!
—¡Me paltitte la ceja, comemiedda! –dijo Rogelio, enseñando una mano con sangre. Agarró una pelota de poli y la alzó contra Israel, que se encogió y giró. La pelota le pegó en la espalda, hizo pop, y se le quedó pegada a la camisa. Un compinche la agarró. Parecía de goma, se estiró como una pastilla de altea y se llevó la mitad de la camisa.
—¡Compadre y eran de poli poli!
—¡Qué poli ni poli, la camisa, cojone, la vieja me mata!



Rogelio apretó la otra pelota y la aplastó con facilidad. La pelota estaba llena del orine de Pepe, sonó fisss y salpicó a los presentes.

—¡Jone, qué pette!

—Oye, etto e mal de ojo, brujería –dijo Israel.

—¡A lavalse las mano! –dijo un compinche y los dos salieron corriendo.

—¡Vamo a decílselo al viejo! –dijo Rogelio.

Entraron en la tienda. Enseguida se oyó el grito de la madre.

—¡Pero muchacho! ¡Qué peste! ¿Dónde se meten ustedes, carajo? ¡Por Dios! ¡Goicochea, ven a ver esto, como se han puesto los uniformes nuevos!

Pepe y Negro casi se caen de la mata, reían y pataleaban. Por fin, se fueron hacia la playa con ataques de risa a intervalos de treinta segundos. Se sentaron a reírse en la arena hasta que se calmaron. Pepe sacó dos kilos relucientes.

—¡Ay, casi me helnio de reírme, tú!

—¡Vamos a echarnos algo en el sirio! ¡A cerebrar! –dijo Pepe.

—¡Vamo! –dijo Negro.

Pasaron por el terreno de pelota y volvieron a reírse. Negro se rascó unas picadas de mosquito en la espalda.

—Oye, Pepe... ¿Tú me puede prestal un pulove?

—Claro.

—Ere mi socio.

Entraron en el territorio zulú y sacaron los revólveres, por si acaso. Negro detuvo a Pepe con expresión seria.

—Que no tenga florecita –dijo Negro.

Once días después de mandar el mensaje de fin de año, Yósif fue al muelle a recibir el paquebote procedente de Nueva York. Distinguió enseguida a sus colegas y sonrió orgulloso. Por la pasarela bajaban, muy serios, Rasko Ráskov y Mima Jinádovak.

Se los señaló a Marino, que traía flores para Mima. Marino, amante de la belleza, se mordió el labio. La tal Mima era una señora alta y delgada, de pelo blanco, muy corto. Usaba lentes muy gruesos, con armadura de carey. Su vestido parecía un largo condón negro sobre un palito de escoba. Tenía las paticas finitas y peludas y en los huecos de sus clavículas cabían par de jabones de lavar.

—¡Ay, están en candela! –le dijo Marino a Yósif.

Yósif soltó una risita. Pero no le dijo a Marino que debajo de la pobre imagen de Mima se escondía una rápida y letal asesina de vampiros.

Marino le dio las flores a Mima y la besó. Le dio la mano a Ráskov, una especie de sapo gordo y húmedo con gafitas. Le llegaba por debajo del hombro a Mima y se movía como si se hubiera ensuciado en los pantalones. El maestro Ráskov había diseñado infinidad de delicados instrumentos para la detección y eliminación de vampiros, que todavía nadie había superado.

—¿Qué tal el viaje? –dijo Yósif.

—*Nema problema*, todo *okey* –dijo Ráskov y sonrió con dos hileras de dientes torcidos y separados.

Fueron al Hotel Cecil, y después de almorzar en la terraza, subieron a la suite; se sirvieron rones con cola y empezaron a cuadrar la estrategia.

Los guelóvniks no habían informado nada a Johnny Terrori. Primero, tenían que sopesar la importancia del descubrimiento de Yósif. Un vampiro capaz de andar al Sol era un peligroso hito en la historia, y una amenaza para la humanidad. Habían conocido de los experimentos de Werner y de la muerte del Conde Drácula al utilizar el invento. Evidentemente, el asunto no había acabado ahí. Johnny Terrori, sin saberlo, también estaba amenazado; ese antisolar podría acabar con sus negocios para vampiros.

—Aquí hay mucho dinero en juego –dijo Ráskov.

—Se dice que la primera variante del elíxir la probó en un perro –dijo Mima mientras se fumaba un tabacón–. Así que hay que estar preparados para lidiar con una de esas fieras al llegar... o al penetrar hacia el objetivo.

Yósif palideció, al darse cuenta de que se había jugado la vida al acercarse a la casona, sin pensar que podían habérselo merendado en pleno día. Se sirvió otro ron pero sin refresco de cola.

Mima, mordiendo el tabaco y engurruñada por el humo que le daba en los ojos, desplegó un mapa de la zona de operaciones. Decidieron que eliminarían al sabio, al perro y a los *pasmati* que encontraran.

—Es uno solo –dijo Yósif–, pero enorme.

—No lo has visto –dijo Mima.

—Hay un solo retrete.

—No quiere decir nada –dijo Mima.



—Usaremos una estaca modelo Stoker para Herr von Drácula –dijo Ráskov– y un Peredax para el pequeño.

Yósif asintió. La estaca Stoker tenía un enchape de plata que era muy doloroso para los maléficos y producía resultados casi permanentes; el Peredax era un dardo que inyectaba una mezcla especial con veneno curare, capaz de matar a un elefante y que atontaba a los vampiros durante algunas horas.

Al niño lo llevarían con ellos a Chicago para estudiarlo, así como todo producto químico sospechoso que vieran en la casona.

—Rasko hizo un nuevo lanzallamas –dijo Mima–. Es muy ligero... y quisiera probarlo con el perro. Saben que los detesto.

Marino hojeaba una revista de modas. Como no entendía serbocroata, se aburría. No se enteró de que su misión era cargar al niño dentro de un baúl.

Los guelóvniks sacaron pasajes para embarcar un lunes por la noche hacia Nueva York –incluyendo uno para Marino– y alquilaron una camioneta.

Compraron un baúl español, reforzado, para meter adentro a Joseph y luego, contaron cuidadosamente el dinero que les quedaba. Les daba para pasar seis días y noches seguidos de juerga por la Avenida del Puerto. Descansaron y se relajaron el domingo.

El lunes, a las cuatro de la mañana, los guelóvniks se vistieron de blanco y cargaron la camioneta con los instrumentos y las armas. A las cinco ya estaban en posición. Rasko entregó unas máscaras antigás. Yósif tomó la suya y le pasó otra a Marino.

—Pónte esto cuando entres en la casa –le dijo Yósif a Marino–. Habrá mucho polvo.

Yósif no se atrevió a decirle a Marino que, muchas veces, los vampiros hacían trampas de talco contaminado, que causaban momentáneos y pavorosos ataques de ceguera... y hasta de locura. Marino tomó la máscara. Estaba muy excitado.

Yósif sacó del maletín aguardiente de uva marca SZLEVOVIJDZA, se dieron unos largos tragos en la botella. Como era tradición desde siglos entre los cazadores, se rociaron las caras unos a otros, escupiéndose el aguardiente, fusch, fusch, fuuuusch. Se tomaron de las manos, con el rostro húmedo y se sonaron explosivos besos en la boca. Volvieron a escupir y se persignaron dos veces. Luego, en completo silencio, unieron sus frentes durante unos segundos, con los ojos cerrados.

—Bueno... –dijo Yósif, suspirando.

—Saldremos de esta también –dijo Rasko.

—¡Buena caza! –dijo Mima–. ¡Vamos!

Los cazadores se fueron con toda naturalidad en dirección a la casona. Marino se sentó sobre el baúl, aún empuñaba el revólver que le había devuelto Yósif. Probó el aguardiente. Era intragable y rasposo. Tenían nervios de acero, pensó. Distinguió una rayita blanca desplazarse hacia una mata de chirimoyas y desaparecer tras ella. Era Mima, que había demostrado ser una total descocada en las fiestecitas que hicieron.

Marino se dio otro traguito de Szlevovijdza. El aroma no estaba mal y le calentó el pecho. Empezó a salir el Sol y Marino pudo ver los techos de la casona en la distancia.

Rasko se detuvo entre unas buganvilias y con cautela colocó un silenciador en el cañón se su arma. Dio un amplio rodeo a una zanja y se acercó a la casona por detrás de un retrete de madera que tenía una larga chimenea para desahogar el butano y el sulfuro. Era el típico retrete de un *pasmati*... de considerable tamaño.

Del retrete salió un sonido parecido al que produciría un rastrillo al arañar un escaparate y, de pronto, la chimenea soltó un largo ZIUUUFFFFNN... como un fagot. Una nube amarillenta de espesos y esponjosos gases salió por la chimenea.

Era un hecho científico que los *pasmati* iban al retrete siempre al amanecer. Una fuerza misteriosa les producía retortijones y fuertes contracciones en el tracto intestinal.

Al pensar en las emanaciones del retrete, Rasko se colocó la máscara antigás y montó su pistola Luger. Con paso decidido fue hacia el retrete, caminó con su voluminoso maletín en la mano, lo puso con cuidado en el suelo y, tomando el arma con las dos manos, abrió de una patada la puerta del retrete. Sorprendió a Bruno, que miraba al techo con un dedote metido en la nariz. Estaba sin pantalón.



Le hizo dos disparos rápidos al pecho y otros dos a la cara. Cuando Bruno se cayó de lado, le hizo otro en la coronilla, que sonó TUPÍNNN.

Rasko giró y se quedó alerta unos segundos. Ni rastro del perro vampiro. Fue hacia la casona. Llegó hasta una puerta de malla contra mosquitos, medio abierta. Se quitó la máscara y se asomó con cautela. Vio una cocina muy desordenada. Había copas y vasos con restos de sangre y huesitos de alas de murciélago. El olor era agrio.

—Puáj –dijo.

Rasko puso un nuevo cargador en la pistola y se colocó la máscara, que empezó a inflarse y desinflarse, según respiraba. Yósif, también con máscara, avanzó hacia la puerta de entrada, le disparó con silenciador tres veces a la cerradura, que saltó a un lado; empujó con cuidado la puerta y entró.

Yósif apuntó, dando salticos, a todos los rincones de la sala... Estaba vacía. Avanzó hacia el interior muy despacio. Por una esquina, apareció la gorda silueta de Rasko y le hizo una seña. Bajaron las armas hacia el suelo y se acercaron, jadeantes por la tensión. De pronto, se estremecieron al oír el estrépito de un ventanal rompiéndose en mil pedazos. Los dos hombres dieron un salto el uno contra el otro y a Rasko se le disparó el arma.

—¡El perro! –susurró Yósif–. ¡Atento!

Pero no era el temido animal. Era la loca de Mima, que se había lanzado colgada de una soga sobre los cristales.

Mima, empuñando su arma, entró de un salto por el ventanal y tiró su maletín con desparpajo hacia un sofá. Con la máscara antigás parecía una mosca ensartada en un palo blanco.

—Dodalmente innefesario –se escuchó la voz de Rasko, furioso, detrás de la máscara–. Da puedta eftaba abierda.

—Fero afí ef máf ziversido, ajamf, ajamf, ajamf –rió Mima.

Se le había ido un poco la mano con la SZLEVOVIJDZA.

Rasko sacó una especie de bombilla amarilla con una perita, apretó, con rápidos pellizcos, la perita, pufi, pufi, pufi. Luego observó con detenimiento el cristalito de la bombilla, examinó el aire de la casona y se quitó la máscara.

—Despejado –dijo.

Se quitaron las máscaras y las echaron en los maletines. Rápidamente, Mima encendió el piloto del lanzallamas y ajustó la potencia, dejándole una llamita azul, casi transparente, en la boca. Se ajustó unas correas y los miró con ojos desorbitados.



Rasko y Yósif colocaron linternas de batería sobre sus pistolas. Apuntaron a las paredes y ajustaron las lentillas de las linternas, que dirigían finas líneas de luz hacia el blanco. Era un viejo invento que la policía newyorquina, de 1908, que había adoptado para su arsenal. Se miraron. Listos... Andando.

Bajaron en cámara lenta hacia el sótano, colocaban con mucho cuidado cada pie en los escalones, sin hacer el menor ruido. Yósif alumbraba la escalera, oscura como un pozo ciego. Había humedad, concentraba en forma de pústulas verdosas en las paredes.

Poco a poco, fueron sintiendo el olor característico de los maléficos. Mima avanzaba de costado y apuntaba hacia la retaguardia. No querían una sorpresa. Al llegar a la puerta del laboratorio, se tomaron unos segundos y estudiaron la cerradura. Yósif hizo una seña a Mima, que concentró la llamita en la entrada. Oyeron unos chillidos y se miraron. Había *pasmati* adentro.

Mima retiró la llama y Rasko apretó su pesado cuerpo contra la puerta, que se abrió unos centímetros. Yósif quitó la espoleta a una granada de gas de ajo Ráskov-Pinelli y la soltó por la hendidura. Cuando explotó, subieron de tono los chillidos adentro. Se ajustaron las máscaras y empujaron la puerta.

Las líneas de luz que proyectaban las armas, subieron, bajaron y se cruzaron, cuadriculando el laboratorio. Werner von Drácula debía sentirse muy seguro en La Habana. No había trampas en el suelo, donde uno caía en una maraña de púas envenenadas; ni en el techo de esas que derraman ácidos mortales o dejan caer pesados bloques.

Los guelóvniks avanzaron haciendo un arco. El laboratorio estaba lleno de probetas, matraces, retortas y tubos de Geissler con restos de líquidos asquerosos. Cubiertos de fino polvo, veían libros, cajas, y notas amarillentas llenas de garabatos y numeritos.

Al fondo, vieron el ataúd de caoba del maléfico. Debajo de este había una serie de raras criaturas de ojos brillantes, encogidas de miedo.



Mima dio unos pasos hacia el ataúd y se volvió en un giro, quedando de espaldas a él. Apuntó el lanzallamas, para cubrir la entrada de la puerta.

Rasko puso el arma en la cintura y las manos en la tapa del ataúd. Miró a Yósif, que asintió sin dejar de apuntar. Con lentitud, Rasko empujó la tapa, que crujió roctatatatrac. Alumbraron el interior.

Werner, pálido y amarillento, estaba acostado, muy tieso, sobre un bello forro plisado, azul prusia. Solo se le movían los pelitos que salían de su nariz, al ritmo de su respiración pausada y lenta.

Inesperadamente, el vampiro se estremeció con un feo y sonoro ronquido. Los tres guelóvniks saltaron con el corazón helado. El vampiro masticó dos veces, arrugó la nariz y soltó un largo gas, que hizo que echaran mano a las máscaras antigás.

Mima vio a las criaturitas y con la mirada pidió permiso para carbonizarlas. Los *pasmati* observaban con grandes ojos llenos de miedo a la flaca Mima, que parecía ansiosa por probar el lanzallamas en los bichos y se pasaba la lengua por el labio superior. Yósif le hizo a Mima un ademán de esperar.

Rasko sacó de su maletín la estaca Stocker de base plateada y un martillo de madera. Levantó su máscara, se colocó junto al ataúd y miró hacia arriba; giró tres veces sobre la punta de sus pies, diciendo en voz baja:

—¿*Tuka, tuka*?

Rasko se quedó en pose unos segundos y luego se volvió hacia Mima.

—Mima… ¿*Tuka, tuka*? –dijo Rasko.

—¡Ah! –dijo Mima–. ¡*Tuka!*

—¿*Tuka, tuka?*—dijo Rasko mirando a Yósif.

—¡*Tuka!* –respondió Yósif.

Rasko dejó de girar y sonó el martillo quedamente contra la estaca, tres veces. Luego, con un movimiento de los hombros se acomodó las mangas de la chaqueta… y midió al vampiro.

—*Vampir umirát tuka* –dijo muy solemne y escupió.

—*Tuka, vampir suka* –dijo Mima con desprecio; se levantó la máscara y escupió.

Los dos miraron a Yósif, que estaba emocionado. Yósif se inundó de orgullo. ¡Jristo! Le habían concedido el privilegio de pronunciar la frase que acabaría con el maléfico. Se le aguaron los ojos, tragó, se compuso enseguida y dijo con voz firme:



*—Dracul... koniék tuka. Dracul vampir umirát tuka.*

Rasko apoyó la estaca sobre el pecho de Werner, tomó impulso y la clavó bien adentro del vampiro, provocando una llovizna de sangre azulosa.



Werner soltó un alarido que inundó el laboratorio.

—¡AAAAIIIIIEEEEEEJJJJ! –se arqueó, levantó la cabeza para mirarse el pecho, se retorció, comenzó a temblar y se estiró, rígido.

—¡Furgh, furgh, ekkkkssssss! –soltaba espumarajos.

Comenzó a pararse en el ataúd, como sube una puerta levadiza, apoyado en sus pies desnudos, hacía muecas de dolor y se aferraba a la estaca con las dos manos.

—AAAÑÍSSSSS... ZRR, ZRRR, ZRRR –se babeó, su cabeza se movió en un remolino. De pronto, como en un flachazo, le salieron-escondieron unas alas violetas de murciélago en la espalda. Tuvo espasmos, sacó su fea y humeante lengua azul... y cayó de golpe en la caja. De la boca abierta salió un estertor largo y burbujeante.

Las criaturas creadas por Werner escaparon chillando escaleras arriba, y dejaron estelas de un hedor que se filtraba por las máscaras. Mima les soltó un chorro de fuego pero solo quemó a una de ellas. El pequeño *pasmati* se agarró a la puerta aullando de dolor, y se enrolló como una § en llamas. El sonido era tan enervante y tan alto que Mima le echó otro chorro de fuego. Para irritación de Rasko, el chorro incendió también una esquina de la puerta del laboratorio. Yósif corrió y empezó a apagarla con una cortina.

Rasko abrió el maletín y empezó a llenarlo de notas, frascos y algunas probetas selladas. Echaba mano a una retorta cuando su cuello rozó con un frío y enorme hocico. Dio un grito agudo que los paralizó a los tres. Se volvió asustado y quedó cara a cara con la dentadura sonriente de Adolf, el perro vampiro.

El perro, empalado muy profesionalmente, estaba como adorno sobre un estante.

Se miraron, pálidos... y estallaron en risas incontrolables durante un rato. Ya relajados, fuera de peligro, se quitaron las máscaras y trabajaron con calma.

Yósif subió con Mima a buscar al pequeño vampiro. Entraron en la sala y subieron, sin prisa, la escalera hacia las habitaciones.

Yósif miró a Mima, que se había detenido a prender un tabaco con el piloto del lanzallamas. Se había relajado demasiado. Yósif apuntó la linterna de su arma y pasó a una habitación caldeada, que tenía un ligero olor a vampiro. Vio una cama de metal, de sábanas azul claro. El vampirito dormía vestido con un mameluco, ronroneaba con la boca abierta. Tenía en una mano la mitad, en forma de lasca, de un revolvito de juguete. Se había quedado dormido leyendo una historieta de vaqueros.

Yósif sacó una pistola de aire y le disparó el dardo a las nalgas, tub. El niño se arqueó un instante, soltó el revolvito y se rascó los fondillos. Yósif dio un paso y lo tomó por una pierna. Lo levantó... y lo sacudió con fuerza. El vampirito dormía.

—Perfecto. La dosis adecuada.

—Por supuesto –dijo Mima–, la preparó el maestro.

Pero el maestro Rasko Ráskov había cometido un error: dispararle a un *pasmati* del tamaño y corpulencia de Bruno... con munición de 9 mm.

Bruno despertó de un salto y se llevó la mano a la cara. Se metió un dedo en la bocona y con la uña desprendió una bala de plata que se le había incrustado entre la encía y una muela. Se pasó la lengua por el cielo de la boca y tocó el agujero de otra bala. Le dolía ligeramente la cabeza. La bala en la coronilla no había penetrado en el cráneo... sino que se había aplastado, como una chapa de refresco, contra el hueso. Los otros disparos le ardían en el pecho. Se rascó el ardor y enseguida lo olvidó. Se metió el dedo y terminó de limpiarse la nariz. Resopló satisfecho. Se puso de pie y tomó su pantalón. Levantó una patona y se quedó así..., unos segundos, meditando. Entonces, su cerebro trabajó un poco; y recordó al gordo con la pistola, ojos grandes... y trompita. Intruso en la casa.

—Uuuujkrgh –gruñó molesto.

Soltó el pantalón y, arrastrando los pies descalzos, caminó hacia la casona. Entró y vio que los molestos y pequeños *pasmati* esta-

ban muy agitados... correteaban por la sala y se metían bajo los muebles. Cuando estos vieron a Bruno daban saltos y señalaban hacia la habitación de Joseph. Bruno ni los miró; bajó lentamente hacia el sótano, donde olía al intruso.

Yósif y Mima comenzaban a bajar la escalera hacia la sala, llevando al vampirito cabeza abajo, cuando del sótano les llegó el grito espeluznante de Rasko:

—¡AAAAIIIIIIIIIIIIEEEEEEEEEE! ¡AAY! ¡EAHHRGHHH!

Bajaron a toda prisa. Yósif tiró al niño sobre el sofá. Mima se adelantó de un salto y bajó las escaleras. Yósif corrió tras ella.

En la entrada del laboratorio, Mima tropezó con la cabeza de Rasko, con sus inconfundibles dientes jorobeteados, y dio un paso atrás, chocando con Yósif. El resto del cuerpo era como una avestruz que encajaba el cuello en el piso, con los brazos inertes, tratando frenéticamente de levantarse, pataleaba con desesperación sobre las rodillas, y dibujaba un círculo de sangre en el piso.

Junto a Rasko, Bruno sacaba la estaca Stocker del cuerpo de Werner. Werner soltó un suspiro horrendo y, sentándose dentro del ataúd, chilló de dolor.

—IIIIIIIAAAAASSSSHHH.

Mima apartó a Yósif y apuntó el lanzallamas hacia el ataúd. Bruno se volvió, le enseñó los dientes y caminó hacia ella. Mima levantó el tiro y disparó un largo chorro de fuego hacia Bruno. Las llamas lo envolvieron pero siguió caminando con la Stocker en la mano. Mima pensaba detenerlo con el poderoso chorro pero el bestia dio otro paso hacia ella. Mima soltó el gatillo del lanzallamas y retrocedió un segundo, demasiado tarde. Bruno le clavó la estaca en un ojo, hasta la mitad, haciendo saltar sus espejuelos de carey. Mima dejó caer los brazos y se tambaleó. De un brutal manotazo, Bruno le rompió un bracito, tres costillas, la clavícula y las dos caderas. Mima salió disparada hacia un rincón y el tanque del lanzallamas estalló.

Yósif, petrificado, vio a Bruno quitarse la chaqueta en llamas. Entonces Werner apareció delante de Yósif. Se miraba la herida como evaluando los daños. La luz del fuego se podía ver a través del feo hueco que le había hecho la estaca. Werner levantó la cabeza y miró furioso al serbio. Detrás del maléfico, Bruno gruñía, e intentaba apagar las llamas que tenía en el cuerpo. Parecía que se estaba duchando con fuego.



Yósif le dedicó una mirada a Mima, que hecha unas brasas, soltó, con un pichk, la piel de la cara y le sonrió grotescamente. Yósif gritó y luego soltó un alarido; disparó sin apuntar sobre Werner y Bruno, mientras retrocedía espantado. Se quedó sin balas, soltó el arma y subió las escaleras corriendo.

En la sala, los pequeños *pasmati* arrastraban al vampirito por el piso, para esconderlo debajo de un sofá. Yósif saltó sobre ellos y los obligó a soltarlo. Agarró al niño por una pierna y corrió hacia la puerta.

Werner había empujado a Bruno hacia la escalera, el *pasmati* se arrancaba largas tiras de la piel para apagar el fuego.

Werner salió también por la escalera, trayendo bajo el brazo al fiel Adolf. Puso al perro tieso, patas arriba y tiró de la estaca. Cuando se la sacó, el perro emitió un gorgojeo y se estremeció. Werner lo tomó por la cola y subió, arrastrándolo, hacia la sala. Por fin, Adolf movió la cabeza como un péndulo, ladró y se paró sobre sus seis patas, jadeando.

Werner tomó el arma de Yósif y se la incrustó dos veces en el hocico. Adolf sacudió la cabeza, molesto y soltó un gruñido ronco y malsano.

En la ceja de monte, Marino se puso de pie al ver salir a Yósif con el niño. El serbio corría a toda velocidad, los zapatos casi pegándole en la cabeza.

Marino se adelantó, yéndose de medio lado. El aguardiente lo había herido bastante. Tiró la botella y se apoyó en el baúl. Empezó a tratar de abrir los cierres, que se le resbalaban entre los dedos.

—¡El rievólver! Marino, aprisa... ¡El rievólver! –gritaba Yósif.

Marino se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón, donde guardaba el arma y cayó sentado. Levantó el arma, pero el revólver se le escapó de entre los dedos hacia la hierba. Marino se levantó, riéndose de su torpeza.

Yósif llegó, pálido, y le tiró el niño a Marino sobre el pecho. Eso hizo que Marino se volviera a caer de espaldas. Yósif abrió el baúl, agarró al vampirito y lo tiró adentro. Miró hacia la casona y vio un bultico peludo que estaba olfateando el aire. Oía claramente los chiflidos que hacía el hocico de Adolf. Cerró los broches del baúl.

—¡El rievólver! –dijo Yósif.

Marino le tiró un beso, en pose de maja desnuda. El serbio se puso en cuatro patas, buscando el arma en la hierba con desesperación. Marino le dio una patadita en el culo.

—Ñoñi –le dijo Marino mientras le mostraba el revólver.

Entonces, Adolf los olfateó. Le vibraron los labios, chasqueó los colmillos delanteros y sus ojos hicieron guiños incontrolables.

El serbio se incorporó furioso y extendió la mano hacia el revólver. Marino escondió el arma, poniendo los brazos en la espalda.

—¡Huuyy! –dijo Marino, divertido.

Yósif oyó un aullido y cuando miró, Adolf corría hacia ellos, con las seis paticas.

—[illegible] –gritóYósif. Le arrebató el arma a Marino y lo empujó hacia delante. Marino se golpeó una mejilla contra un árbol, al cual se abracó. Todo le daba vueltas.

—¡Ay, tulco, desgraciao, era jugando!

Agarrado al árbol, Marino miró con rabia al serbio. Pero Yósif lo había dejado solo y corría hacia la camioneta con el baúl.

Marino sintió un olor a pergamino podrido y miró hacia sus pies. Adolf le gruñía y lo envolvía con sus raros ojos amarillos. Un asqueroso charco de baba tibia se formó sobre las sandalias de Marino.

Yósif abrió de un tirón la puerta trasera de la camioneta y se arrojó adentro, con el baúl. Gateó desesperado, saltó los asientos y cayó al timón. Arrancó y aceleró en primera, dejando atrás una nube de polvo colorado. Cuando ponía segunda, oyó los penetrantes y largos chillidos de Marino. Se mordió el labio, sollozando. Pobre y hermoso Marino. ¡Jristo!

Dobló por un trillo y golpeó un árbol con el guardafango trasero. Intentó enderezar, no pudo; el timón parecía atascado. Entonces, inclinándose por encima de la puerta, vio al perro, que mordía ferozmente una goma delantera. Adolf giraba con ella... y el guardafangos saltaba cuando el cuerpecito del perro lo golpeaba por dentro, dum, dum, dum, tung. Yósif frenó... y dio marcha atrás. El perro se soltó, sacudió la cabezota y quedó desorientado. Yósif frenó y vio que el perro lo enfocaba y gruñía, puso primera y le fue encima, pisando a fondo el acelerador.

El perro vampiro saltó hacia el capó y la camioneta lo golpeó de frente, haciendo un ruido metálico, krank.

El perro se le perdió de vista. Yósif frenó de nuevo y se bajó con el arma lista. Las rodillas le temblaban. Caminó dos pasos, buscando a la rabiosa fiera peluda. El golpe había destrozado la careta de la camioneta abriéndole un hueco enorme por donde salía un chorro de vapor de agua. Ni rastro de Adolf.



El serbio se montó, sudaba como una ducha. Siguió en la camioneta por el trillo. Miraba constantemente por el retrovisor tratando de ver al diminuto monstruo. De pronto, frenó y dio una vuelta en U. Decidió que sería imposible huir si no lo despachaba de una vez, aún le quedaban seis balas de plata pura. El motor de la camioneta empezó a fallar.

Manejando despacio, buscaba la mancha negra del perro. El motor cambió de sonido dos veces. De pronto, la paleta del ventilador del motor empezó a golpear chump, tamg, tamg... y un ruido de latón rajándose lo hizo gritar y levantar las rodillas hasta los hombros. El perro se había abierto paso, a mordidas, por la carrocería y apareció rugiendo, dispuesto a despedazar los pedales.

Yósif, aterrado, reptó de espaldas por el asiento y su cabeza se pegó en el techo. Cayó hacia atrás. Le hizo unos disparos al monstruo y el parabrisas se rajó. Apareció la fiera sobre el asiento del chofer. Yósif le había vaciado un ojo. Adolf saltó sobre su cara. Yósif le agarró el hocico y disparó a la panza del animal. Adolf, de una dentellada, le arrancó el codo. Lo último que vio Yósif fueron las monstruosas amígdalas violetas de Adolf.

La camioneta siguió rodando lentamente unos metros y se detuvo contra una palma. El motor se apagó y la camioneta rodó un metro más hacia atrás.

Bruno, desnudo y pintado de desinfectante verde, caminó hacia la camioneta, seguía a Werner. Joseph todavía dormía cuando abrieron el baúl.

Bruno, inclinado sobre la puerta de la camioneta, empezó a reírse y Werner se acercó a mirar. En la oscuridad, los dos cuerpos ensangrentados se confundían: Adolf parecía ser la cabeza del serbio. Werner tiró de las paticas extras de Adolf, y lo separó de lo que había sido la cara de Yósif, kruash.

Werner llevó arrastrado por el rabo al fiel Adolf, con aire solemne. Pese a todo, se trataba –nada más y nada menos– que del pri-



mer perro vampiro en resistir el Sol. Pobre Adolf, las balas de plata lo habían destruído para siempre. Tomó el cuerpo del perro y lo tiró junto a la mata de guanábanas. Lo miró un rato y se fue. Luego, bajo la mirada ansiosa de los pequeños *pasmati*, acostó a Joseph en la cama.

Bruno empujó la camioneta hasta el patio de la casona. Metió adentro los restos de los otros dos guelóvniks y sus equipos. Comenzó a cavar un gran foso. Al amanecer, se detuvo a ver como el Sol disolvía el cuerpecito de Adolf. El perro se fue convirtiendo en trocitos de pelo y cenizas. Bruno gruñó satisfecho. Antes del mediodía, había enterrado la camioneta.

Marino recobró el conocimiento y la luz le hizo explotar la cabeza. Tenía una resaca de tres pares. De pronto, se levantó de un salto, esperando el ataque del monstruo peludo. Enseguida recordó que cuando había visto aparecer aquella especie de araña peluda gigante, ¡por tu vida!, se había aflojado completo. Había corrido despavorido dos kilómetros y solamente lo detuvo el choque contra un cocotero. Tenía un chichón en la frente del tamaño de una mandarina.

Oyó el sonido del mar y fue dando tumbos hasta la playa para lavarse. Se arrodilló en la arena y se mojó la cara, temblando de frío. Yósif lo había abandonado a su suerte. ¡Maldito! Caminó sin rumbo y a lo lejos vio la casona. Retrocedió asustado, dio un rodeo de varios kilómetros y salió por fin a una carretera. Por la noche fue al hotel y esperó a Yósif tres días con sus noches; entonces empacó todas las pertenencias valiosas de él, Mima y Rasko y escapó de la suite con dos maletonas. Lloraba que partía el corazón. Siempre conservó la camarita Pathé como una reliquia sentimental.

Rigoberto y unos seguidores fanáticos, comenzaron a venerar el árbol mágico que brillaba de rosado por las noches. Rigoberto pegaba su muñón al árbol y, extendiendo el brazote, trasmitía energía divina a los enfermos, como una bomba de gasolina viviente. Como no curó a nadie, la secta se disolvió y Rigoberto se castigó a encontrar a su tía abuela ciega por los montes de Pinar del Río.

Werner reconstruyó el laboratorio. Le agregó una trampa en el piso que serviría de vía de escape o refugio, en caso de emergencia, pero no la terminó.

Algunos meses después, la agencia Joystick en Chicago recibió una visita nocturna de la Capa Nostra. No había rastro de los cazadores en el local. En represalia por haberse esfumado con dinero de Terrori, lo incendiaron hasta los cimientos, con todos los equipos sofisticados. De esa forma, no quedó ni el recuerdo de los guelóvniks en Estados Unidos.

Un día nublado y de ventolera, Negro se arrastraba hacia un nido de ametralladora de los colonialistas peninsulares. El sargento Pepe, ayudante preferido del general Antonio Maceo y Grajales, le había dado la orden de volar el nido con una granada.

Pero Negro no estaba para granaditas. Pasaría a machete a los soldados de Weyler, *el Carnicero*, quien había quemado en la hoguera a su socio, amigo y hermano, el cacique Hatuey.

Los españoles estaban tirando sobre los mambises, escondidos detrás de una mata de plátanos. Negro miró al sargento Pepe, que lo cubría con sus certeros disparos.

—Pao pao pao...

Donde ponía el ojo Pepe, caía un colonialista. Negro dejó la arrastradera, saltó y corrió hacia los enemigos.

—¡Viva Cuba Libreeeee... y ñój!

Negro tropezó y cayó de boca al suelo sobre una apestosa maraña debajo de una mata. Se levantó furioso. Se había ensuciado el short. Descarga segura de la vieja. Dio una patada, disgustado, y le pegó a un estuche de latón pintado de blanco. Había pisado una inmunda mina española. ¡No, coño! Era un tesoro. Entre la hierba, también había un pequeño block, con cartulinas húmedas y manchadas. Con el corazón latiéndole emocionado, Negro se sintió como quien descubre un cofre de monedas de oro. Se puso en cuclillas y abrió el estuche.

Dos filas de seis tapitas de distintos colores y un pincelito dorado le pusieron a brillar los ojos.

—¡Soldao! ¿Qué pasa que no avanza? –le gritó Pepe.

Negro le hizo señas a Pepe, que llegó caracoleando sobre su caballo de guerra. Se acuclillaron juntos y susurraron entre sí:

—¿Qué es eso, negro?
—Shh. E juna cosa pa pintal.
—¿Pintura de los comanche?
—Pa pintal paisaje, tigre. Y hoja y todo.
—Oye, tapa eso, que a lo mejor es de los vasquitos.
Miraban de reojo, temerosos de que alguien los viera.
—Seguro –susurró Negro–. Pero me tienen que matal pa que yo suelte eto.

Se fueron encorvados, ocultándose detrás de los árboles, hasta llegar a la casona y se sentaron en el portal. Negro abría y cerraba el estuche. Se metía el pincel en la boca y le hacía una puntica. Pepe trajo una latica con agua. Negro abrió el block y escogió una hoja bien sucia.

Por arte de magia, bajo las pinceladas de Negro, fueron apareciendo comanches a caballo. Mojaba el pincel en los colores y pintaba bellos penachos, rifles y mocasines. Tiró un garabato de agua y se formó polvo amarillento entre las patas de los caballos. Unas pinceladas en rojo eran las llamas de los disparos, que Negro pintaba al mismo tiempo que hacía el ruido de los rifles.

—Cafuá... cafuá... ¡Páwata!

Luego pintó un submarino que era mordido por Moby Dick. Algunos marineros huían por el tubo lanzatorpedos.

—¿Cómo tú sabes hacer eso, Negro?

—¡No sé, Pepe, me salen!

Negro no podía parar. Hizo unas aves raras, un barco de velas rojas, una palma real, un mosquetero. Sonaron unos truenos y empezó a llover. Le costó trabajo soltar el estuche y decidirse a marchar a su casa.

—Oye, me voy antes que empeore el tiempo –dijo Negro–. Guáldame el estuche, que si los viejo me lo ven, me lo van a vendel. Y se ve que eto e caro.

Negro salió corriendo bajo el aguacero.

Pepe entró y puso el estuche y el block debajo del colchón de su cama. Bajó al comedor, donde Bruno estaba amontonando unas tablas y una lata con clavos. Andaba con un martillo entre los dientes, babeándolo. Afuera, arreció la lluvia con un ruido extraño. Por la noche, Werner subió alegre a la sala, con una negra capa de agua sobre la ropa.

—¡Vienen un ciclón! –dijo–. ¡Qué maravillan!



Bruno gruñó y salió al patio. Pegó el Packard contra una pared de la casa. Subió hasta el criadero del tejado y se puso a meter murciélagos en un saco. Dejó el saco en el comedor y empezó a reforzar las ventanas, clavando tablas sobre ellas. El viento silbaba sobre la casa.

Los árboles soltaban las hojas y los cocoteros se balanceaban casi se acostaban sobre la playa. Werner se puso su capa de hule, tarareando. Pepe empezó a mirar con temor hacia el techo, por donde caían algunas goteras. Las ventanas vibraban y traqueteaban. Uuuuuuuuuu... el viento de nuevo y con más fuerza.

Alguien tocó a la puerta. Bruno la abrió y el viento se coló, levantando papeles y tumbando un estante. Era Negro, su madre y sus hermanos, ensopados.

—Ay, con su permiso –dijo la madre de Negro–. Se nos fue el techo de la casa, por amor de Dios. Y el niño me insistió...

Bruno hizo un ruido que Pepe identificó como que estaba molesto. Pero se oyó la voz del tío.

—¡Pasen, pasen! –dijo Werner–. ¡Acomodensen! ¡Son bienvenídonnn!

Pepe trajo unas toallas. La madre de Negro enseñó un saquito.

—¡Traje algo para hacer sopa!

—¡No se preocupen! –dijo Werner.

La familia miraba al enorme Bruno y al raro tío de Pepe. En el piso de arriba los *pasmati* empezaron a chillar.

—¡Virgen de la Caridá! –dijo la madre, y las hermanas de Negro soltaron griticos y subieron los pies sobre el sofá..

—Bah, son rata –dijo Negro. Estaba seguro que eran los bichos que lo miraban desde debajo de los muebles, pero quería tranquilizar a las mujeres.

Negro estaba preocupado por su padre, que se había ido a resguardar el botecito y no había vuelto. A una orden de Werner, Bruno vino con una cazuela humeante llena de chocolate.

Tomaron el chocolate, sobresaltados, mientras ramas sueltas, trozos de otras casas y pequeños animales chocaban contra las paredes.

—¡Con permíson! –dijo Werner. Se quitó las gafas y salió seguido por Bruno hacia el piso de arriba. Se oyó el rugido del viento subir de tono y luego se amortiguó. Bruno bajó, chorreando agua, y se puso a rumiar junto a una ventana. La madre de Negro le sacó conversación pero Bruno no dijo una palabra.

Afuera, Werner estaba sobre el tejado, batido por el ciclón. Se hinchaba de aire y no dejaba de sonreír. Las gotas de agua parecían piedras azotándole la piel, a pesar de la capa de agua. Era una sensación placentera. Abrió los brazos y voló contra el ciclón, subiendo lentamente. Desde ahí arriba podía ver el mar agitándose en olas monstruosas. Una monada. Cuando le pareció que estaba a una altura conveniente, se dejó llevar por el huracán.

—Uuuujaaah –gritó de placer.

La islita no estaba tan mal. El ciclón era tan agradable como las tormentas de montaña en los Alpes, aunque echaba de menos el frío escarchado. Recordó con tristeza y culpa a su hermano el Conde Rudolf, que hubiera gozado con el torbellino tropical. Rememoró los buenos tiempos, en una horrible tormenta en Suiza, veinte jóvenes amigos vampiros, zumbando en el remolino. Pensó en las peleas de Boxeo Frío en la caverna.

Voló a gran velocidad; el viento rugía y lo empujaba hacia La Habana. Cuando estuvo sobre el Capitolio, bajó a echar un vistazo, eludiendo un tanque de agua que pasó cimbrando, zuuuuunnsss. Luego esquivó un maniquí con minifalda y a un perro pequinés que parecía gozar el viaje. Se enredó con un toldo verde de la Estación Central, que siguió volando hacia arriba, chasqueando en el viento. Bajó y voló a la altura de las azoteas.

La ciudad estaba hecha un asco y a oscuras. El faro del Morro apenas se veía, pues las olas pegaban en la fortaleza y saltaban sobre la torre. Se habían derrengado portales, árboles, postes metálicos... por las ráfagas. Vio volar tejas, tendederas, lonas, bañaderas, palanganas, macetas, jaulas, un anuncio lumínico y vallas de publicidad. Había un auto tumbado sobre un costado de la calle; palmas reales y jagüeyes en fragmentos; muros desplomados. Una gozada de tormenta.



Werner subió de nuevo y haciendo un banqueo, se metió en el ojo del huracán. Se sopló la nariz, en medio de la calma y decidió que iría a los bordes del ciclón. Se dejó llevar de nuevo por el torrente.

Flotando en círculos, bocarriba, con los brazos sobre la nuca, Werner cerró lo ojos y sintió el orgullo de ser vampiro; un profundo sentimiento de amor hacia su especie. Decidió que entregaría –sin ningún tipo de reserva– todo lo mejor de su ciencia. Su invento sería de dominio libre para todos los maléficos del mundo. Se sintió radiante, y como es corriente en los vampiros, se orinó de satisfacción.

Una hora después, había dado la vuelta hasta la provincia de Matanzas. Se acordó de la salida del Sol. Tiempo de volver. Subió de nuevo y se dirigió hacia La Habana. Haciendo picados y espirales, regresó la la casona. El ciclón había limpiado de esqueletos el tejado. Recordó al fiel y ocurrente Adolf, y suspiró; se posó en el patio, pensando en bautizar su fórmula con el nombre de ADOLF ELIXIR.

Dentro de la casa había una gritería histérica. La hermanita de Negro, Barbarita, había abierto el saco de Bruno y cientos de murciélagos se habían soltado. Aleteaban por todos lados, dando chillidos. Para empeorar la cosa, Bruno había cogido uno al vuelo y lo había empezado a mascar distraídamente.

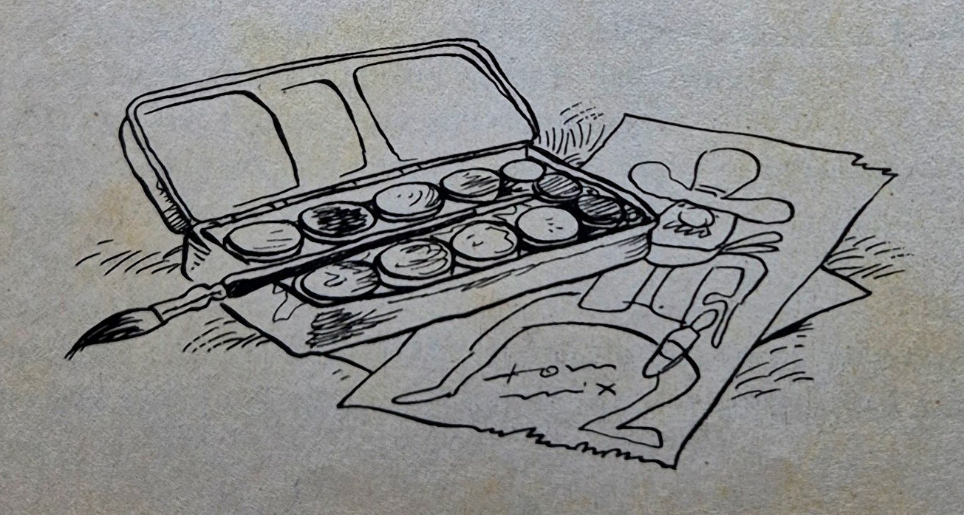
La madre gritó que le parecía haber visto un bicho rojo de ojos violetas. Las niñas se abrazaban a la madre, que le castañeaban los dientes.

Werner las calmó con una sonrisa, pero se asustaron más; la capa negra del científico estaba hecha jirones, como si hubiera sido mordida por un monstruo gigante. Negro y Pepe, que habían decidido cuidar de las mujeres, se habían quedado dormidos. Werner hizo que Bruno se llevara los murciélagos y encerró a los *pasmati* en una habitación del piso de arriba. Se puso un traje seco y elegante y logró aplacar la gritería.

Cuando pasó el ciclón, hicieron café con leche y Negro y su familia se fueron. Pepe caminó con ellos hasta el caserío. No había ni una sola casa entera. Toneladas de escombros y porquería se amontonaban hasta donde alcanzaba la vista; el suelo era un batido de fango. La familia corrió hacia los restos de su casita. El padre de Negro había logrado salvar su botecito y los saludaba desde las ruinas. Estaba sin camisa, recogiendo tablas para empezar a hacer un nuevo techo. Habían desaparecido la mitad de sus pertenencias. La madre se puso a llorar.

Pepe regresó chapoteando por el fango hacia la casona. El territorio zulú ahora se extendía por varias decenas de metros. El palmar había tenido bajas, y el terreno de pelota estaba cubierto de agua, donde flotaba, patas arriba, la mesa de billar.

A la mañana siguiente, Negro vino muy serio a buscar la caja de acuarelas. Logró venderla, dos días después, por medio peso.






# III

En el año veintinueve, Pepe y Negro eran unos muchachones. Seguían flacos, pero a Pepe le había crecido la nariz y Negro tenía un fuerte vozarrón de bajo; parecía que hablaba por un megáfono. Pepe dejó de usar los lentes ahumados y tenía un jipijapa nuevo.

Cuando Pepe miraba a las chiquitas, siempre se ponían incómodas; pero luego, no podían despegar la vista de sus ojos. Se quedaban boquiabiertas, como en trance. Un día que fueron a sacar kilos relucientes, Candelaria, la hermanita mayor de Negro, se quedó mirando a Pepe con la boca abierta. Lentamente, se acercó a él... y le estampó un beso en los labios con sabor a mango.

Negro estaba junto al excusado, discutiendo con Barbarita, empeñada en recibir un pago por pulir las monedas.

—¡Ah, chica, que inconvencible tú ere!

Negro la dejó y salió hacia la casita. Vio a su hermana y a Pepe abracados. No le gustó nada.

—Ejem –dijo Negro.

Pero siguieron en clinche.

—¡Ejem, EJEM, EJEEEMM! –dijo y entonces se soltaron, y Candelaria salió corriendo. Pepe se hizo el sueco y se ajustó el sombrero.



En otra visita, los sorprendió detrás de la cocina de carbón. Pepe la abrazaba por detrás y Candelaria, desesperada, se partía el cuello para besarlo. Una cosa vergonzosa, vaya, una ignominia. Negro tosió como seis veces. Pepe y Candelaria se separaron lentamente, con caras de drogados. Negro llamó a Pepe a la playa y le habló de hombre a hombre.

—Tigre –le dijo muy serio a Pepe–. ¡Con mi helmana sí que no hay quimbe! ¿Ta claro?

Pepe asintió en silencio. Desde ese día, Negro decidió no dejar a Pepe fuera de su vigilancia cuando visitaba la casa.

En el año treinta, comenzaron a frecuentar la ciudad, a ver qué se les pegaba; pues el padre de Negro no logró enseñarlo a pescar ni a tiros. Además, el terror al mar que sufría Negro ponía en peligro la embarcación.

—Chacho, veo el bote na má... y me da una sirimba –decía Negro.

Salían al mediodía desde el Crucero de Playa en un tranvía que los dejaba en San Lázaro. Caminaban hasta el Paseo del Prado y por allí subían hasta Teniente Rey.

José Hamurabi, uno de los nueve hermanos de Negro, trabajaba de pinche en La Estrella, uno de los cafés que había a lo largo de los portales de Prado.

Pepe y Negro lo ayudaban a cargar y picar el hielo, a poner las mesitas que colocaban afuera, a hacer mandados, a subir y bajar toldos a dar frazada al piso de granito. Por la tarde, colocaban cables con racimos de bombillitos de colores en el techo. Trabajaban solo por oír a los músicos, aunque siempre se les pegaban bocaditos y bebidas; a veces, hasta un premio: un plato de chícharos con un trozo de carne disimulado en el fondo.

A las ocho llegaba el sexteto Guaminiquinaje, unos mulatos muy flacos, de Matanzas. Negro estaba locamente enamorado de la directora y cantante, una negra hermosa y dulce a quien llamaban Fénix.

Fénix sentía con pasión las canciones, e interpretaba poniendo los ojos en blanco. Más que interpretarlas, las graznaba con voz rajada.

El sexteto se acomodó sobre una plataforma de madera pintada de verde. Arrancaron con «La tísica».

*Mamá dile a Dolores que*
*me perdo-o-ne,*
*que yo no tengo culpa*
*que Juan me ado-o-re...*



Negro se iba al cielo oyéndola. Pepe admiraba con devoción a Olimpo, el trompetista. Olimpo era el alma del sexteto, era quien lograba envolver las piezas en la mayor de las tristezas... o en una alegría contagiosa, con su sentido magistral del instrumento. Pasaban horas recostados a los faroles de la calle, disfrutando la música.

Los portales se convertían en un hervidero de clientes, camareros, vendedores de maní y tamales. Entraban y salían parejitas, vividores, burguesones con sus querindangas, turistas, una gran variedad de bellas señoritas profesionales tirando el anzuelo y grupos de jóvenes arrancados jodiendo la pita.

Prats usaba unos de espejuelitos tipo Quevedo –de los que se prenden a la punta de la nariz con una presilla–, era colaborador del tabloide *Karikatos*, un semanario de humor. Tenía muchos cartones contra el gobierno de Machado. Siempre les dejaba a Negro y Pepe una prueba de imprenta; ellos buscaban la doble página de Ferrufino, quien dibujaba las mujeres más lindas y rellenitas del mundo.

Bien de madrugada, Pepe y Negro ayudaban a recoger y a botar la basura. Luego se iban con José Hamurabi y algún camarero a tomarse la última por la Avenida del Puerto. Al amanecer, se iban al Salón H, un negocio de tabaco que llevaban unos gallegos en la Manzana de Gómez, donde Negro había conseguido una pinchita fija limpiando el piso. A las ocho, desayunaban sopa china en Cuatro Caminos y volvían a la playa.

Una noche, cuando los músicos afinaban sus instrumentos, Prats, el universitario de *Karikatos*, llegó a La Estrella acompañado de un caricaturista.

—El burro debe estar trinando –decía.

Prats había dado una idea para la portada y estaba celebrando el éxito que había tenido.

El teniente Vives era quien atendía las actividades



—¿Desea algo el señor?
—Otro Presidente.



de *Karikatos*. Ya había encarcelado a varios humoristas. Muchas veces, los del tabloide le enseñaban al policía el emplane, antes de publicarlo, para que lo censurara. Luego, cambiaban los dibujos y textos; lo imprimían... y se daban a la fuga. Vives los odiaba.

Negro tomó el tabloide y lo hojeó, buscando los dibujos de Ferrufino.

—¿Tú crees que Vives se entere del chiste? –dijo el caricaturista. Es una plancha muy sofisticada para él.

—Sofisticás tu mamasita, tarrú –gritó una voz chirriante.

Los músicos se apartaron de la mesa como si esquivaran a un camión y se subieron en la plataforma. Pepe se volvió. Detrás de él estaba Vives, vestido de dril, acompañado de cuatro azules policías.

El caricaturista se paró y corrió alocado entre las mesas. Un agente lo siguió. Prats trató de escapar, pero se enredó con una silla. Un policía lo agarró por el brazo y empezaron a forcejear. Otro policía, que tenía un bigotico a lo Douglas Fairbanks, le dio un sonoro toletazo en un costado con el club y lo dobló. Vives apartó a Pepe de un empujón, le arrebató el tabloide a Negro de un manotazo y trató de metérselo a Prats en la boca.

—¡Ay, abusadores! –gritó Fénix con su suave voz rajada–. ¡Esbirros, sicarios, malhechores!

—¡Cállese, carajo! –se le encaró un policía ñato, a quién llamaban Ñato. El policía quiso sonar su club en la plataforma de los músicos –solo para recalcar sus palabras–, pero el toletazo le dio a Fénix en la punta del dedo gordo de un pie. La cantante soltó un grito de dolor.

—¡Desgraciao, jueputa! –chillaba Fénix.

Negro saltó sobre Ñato, lo agarró por el cuello y se puso a darle trompones.

De pronto, una botella explotó en la cabeza del policía que sujetaba a Prats. El policía se volvió, sin gorra. José Hamurabi lo miraba sorprendido de no haberlo tumbado. Se abracaron.

Abandonando a Prats, Vives sacó la pistola y fue hacia Negro con intención de darle con la culata. Escupiendo papel gaceta, Prats se tiró sobre el agente abracado a José Hamurabi y se enroscó con él en el piso, agarrándolo por el cuello.

Vives trabó a Negro por la cabeza y le sonó un golpe feísimo en la cara con la pistola. Negro cedió, cayó de rodillas y arrastró a Ñato con él.



Pepe, que hasta entonces no sabía a quién atacar, sintió que hervía, palideció en un instante y rechinó los dientes. Saltó sobre dos mesas y cayó sentado en los hombros de Vives. Con las uñas trató de sacarle los ojos y arrancarle la nariz. Vives soltó la pistola y gritó débilmente; se derribó sobre una mesa, desprendiéndose de Pepe. Pepe resbaló entre unas botellas, dio una vuelta de carnera hacia atrás y como un rayo se lanzó de nuevo sobre el ensangrentado Vives.

El policía ñato se había zafado de la llave de Negro y sacó su enorme y reglamentario revólver Colt del .45. Disparó al suelo y la bala rebotó y atravesó una mesa de abajo hacia arriba. Negro, le agarró la mano con el Colt y le dio un derechazo onda upercú. La cara del ñato se estremeció, soltando una nube de caspa. Ñato se desplomó, el Colt en su mano apuntaba al cielo y su brazo lo tenía Negro bien agarrado. De pronto, Ñato se incorporó y se afincó contra Negro. Abracados, parecía que bailaban, los brazos extendidos, el largo cañón del arma enfilaba amenazadoramente hacia todos lados.



La gente, apiñada, se apartaba del enorme Colt, saltaba sobre las mesas, tropezando y empujando. Por fin, Negro y Ñato, que se movían como en patines, cayeron sobre la meseta del hielo, en la cocina.

Dos policías se engancharon a Pepe y con gran esfuerzo lo separaron de Vives, el cual se tiró a recoger la pistola. Al hacerlo, dio un resbalón y chocó de cabeza con la plataforma de los músicos. Hizo un ruido ridículo pero Vives, inmune al papelazo, se arrodilló, montó la pistola y le apuntó a Pepe. Los policías que trataban de sujetar a Pepe se apartaron de un salto. Era conocida la mala puntería de Vives. En ese momento, Fénix agarró la trompeta de Olimpo y la escachó en la cabeza de Vives con toda su fuerza. Vives se llevó las manos a la cabeza y disparó la pistola al aire.

Pepe saltó sobre él y lo haló por la corbata hasta hacerle enseñar casi toda la lengua. Le arrebató la trompeta a Fénix y machucó dos veces más a Vives. Los policías, dando brincos, desenfundaron y apuntaron a Pepe. A la vista de los dos cañones, Pepe se separó de Vives, aunque sin soltar la corbata. En eso, Negro salió del café con el revolvón de Ñato, disparando para todos lados, kapok, kapok, kapok.

—¡Ay, coñiój! –gritó uno de los policías, agarrándose una nalga.

El otro, el del bigotico, se agachó tras una mesa y giró hacia Negro. El policía del tiro en la nalga había soltado el arma y se arrastraba bajo las mesas y hacía contorsiones de dolor. Negro disparaba furioso contra el policía del bigotico pero sus balas pegaron en un farol, en los bombillos de colores y reventaron la goma de un carro que pasaba por Prado. Agotó el cilindro y el policía, pálido, se levantó y amartilló su arma. Apuntó al pecho de Negro, pero no pudo disparar. Pepe le metió un trompetazo por la cara que lo dejó tendido. Prats, sorpresivamente, salió por encima de una mesa, como un muñeco de muelle, y les gritó:

—¡Fuímonos!

Huyeron a toda velocidad por Teniente Rey. Pararon en seco al ver tres perseguidoras que venían por Zulueta, sonando las sirenas. Los tres se metieron debajo de un camión parqueado. Allí estuvieron agazapados durante cuatro horas, medio hipnotizados con una gotica de aceite que caía de la caja de velocidades. Muy temprano, al amanecer, fueron al Salón H. Un galleguito ya estaba adentro.

—¡Manolo, psst, Manolete...! –lo llamó Negro.

El galleguito les abrió. Miraba el revólver que Negro exhibía encajado en la cintura.

—¡Mírame eso, chico! –dijo el galleguito, sorprendido.

—Cuando la patria pide coldobán, gallego, hay que moldel –dijo Negro en pose heroica.

Pepe, todavía con la trompeta abollada en una mano, llamó a Bruno por el teléfono de la tienda. Una hora después, cargando unas cajas vacías de tabacos Romeo y Julieta, para ocultar el rostro, se metieron en el Packard del tío y se fueron.

Estuvieron escondidos en la casona del tío varios días. La Estrella cerró. José Hamurabi se fue de polizón en un barco griego. Vives,



con varios puntos de sutura en la cabeza y la cara, los buscaba día y noche en su negro Cadillac.

En las largas horas de aburrimiento clandestino, Negro manoseaba constantemente el Colt. Le descargaba las vainas y se las volvía a poner. Se lo guardaba en distintas partes de la ropa y luego caminaba, fingiendo despreocupación, hasta una esquina de la sala donde hablaba en voz baja a un policía imaginario.

—Pss, no te me haga, fiana. Sí, hablo contigo misma, esta niña.

Al parecer el policía echaba mano a su arma pero Negro lo sorprendía con su velocidad.

—Páwata ¡Páwata!

O se parapetaba de disparos invisibles.

—Cafuá, piinnn...

Era una suerte que no hubiera munición a su alcance.

Prats hacía misteriosas llamadas por teléfono, colocando un pañuelo sobre el aparato para enmascarar la voz. Cuando no estaba pegado al teléfono, admiraba los viejos libros del tío y a veces conversaba con Werner sobre Historia.

Pepe enderezó la boca de la trompeta y logró sacarle algunas melodías. Le metía una media en la boca, como sordina, por las mañanas. No quería irritar el descanso del tío Werner, que se sentía incómodo con sus amigos. El tío era amable con ellos, pero se retiraba discretamente si los veía comer.

Una noche, llegó un viejo fotingo Ford T y se llevó a Prats. A la mañana siguiente, muy temprano, regresó acompañado de un flaco bien parecido, de raya al medio, que llamaban Carejeva. En realidad era de apellido Tetilla y traía una caja con proclamas antimachadistas, una pistola Browning –que Negro se apropió enseguida–, una escopeta Eibar recortada, un fusil Krag-Jorgesen, de la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana, un atado de dinamita, pedazos de tubería, un coctelito incendiario en botella y diecinueve pesos.

Tetilla, que se decía experto en abrir cajas fuertes, los enseñó a preparar con trozos de tubería unos niples con dinamita, y por las noches salían a tirarlos, junto a puñados de proclamas, cerca de las estaciones de la policía. Gastaron el coctelito dando candela a un puesto de fritas de un chivato.

Si veían agentes de la autoridad por la calle, y si procedía, Negro les hacía disparos con la Browning.



—¡Ayyyy, chico! Poruna pendejésima –decía Negro. Nunca les acertaba. Tetilla manejaba el fotingo a toda la velocidad y volvían a su guarida.

Un sábado, Tetilla se lo pasó enseñando a manejar el Ford a Negro. Por la noche, se fueron los dos a buscar más niples a La Habana.

Cerca del hotel Ambos Mundos descubrieron, en un bar lleno de arecas, la voz inigualable de Fénix. Negro se empeñó en tomarse unos láguers cerca de ella.

Fénix abrió los ojazos al verlos y los saludó con un gesto mientras cantaba:

*...y el árbol,*
*conmovido allán su seno...*

...y puso los ojos en blanco. Negro sintió calor en el corazón. Con un caminado de rutina, se instaló junto a la barra, en pose heroica, haciéndole un gesto de brindis a Fénix con una botella de cerveza Hatuey. La Browning se le zafó de la cintura, le bajó por el pantalón y salió rodando por el piso.

Tetilla le hizo un gesto con los ojos y Negro dejó caer su gorra naranja encima de la pistola. Recogió la gorra y la aprisionó con el sobaco.

Un tipo bajito, de bigote hitleriano, que era conocido en la Quinta Estación como Timbí, le dio unas chupadas a un cabito de tabaco y salió a la calle con las manos en los bolsillos y aire de aburrimiento.

Después de dos canciones, Tetilla le dijo a Negro que oían una más y se iban. Entonces se levantó de la barra y entró al baño. Cuando Tetilla regresó, Negro estaba hablando con Fénix muy acaramelado. Decidió quedarse junto a la entrada del baño, para no sapearlos.

Tetilla iba a prender un cigarro cuando vio al llamado Timbí señalar a Negro... y a dos tipos de traje que se plantaron en parada descansen, frente a la puerta. Segundos después, como en una película americana, el Cadillac de Vives llegó con un frenazo aparatoso.

Los tipos de traje se abalanzaron sobre Negro, quien se enredó con ellos bajo los gritos de Fénix. Se formó un salpafuera. Timbí

buscaba con la vista al otro. Tetilla al descubrir la encerrona regresó al baño, subió a una taza y forcejeando como un loco se escurrió a la calle por una ventanita de poco más de ocho por diez pulgadas.

En casa del tío, Pepe se disponía a tomarse su batido con vitaminas cuando sonó el teléfono. Oyó la voz alarmada de Tetilla, volcó el vaso y salió corriendo a buscar a Prats.

Una hora después, Pepe y Prats llegaron en el Packard del tío Werner y se encontraron con Tetilla en Mercaderes, cerca del bar. Tetilla estaba con la ropa ripiada –por la dichosa ventanita– y a punto de llorar. En el fotingo estaba Fénix. Tenía la gorra de Negro y temblaba.

Tetilla y Fénix contaron lo sucedido a Pepe y a Prats. Y luego todos quedaron en silencio unos minutos.

—Miren… –dijo Pepe de pronto–. Váyanse a casa de Fénix y esperen allí. Déjenme esto a mí.

Prats y Tetilla lo miraron con intención de que explicara qué rayo iba a poder hacer él solo... pero vieron en su rostro a otro Pepe. El fondo de sus ojos parecía tener un raro brillo amarillo, estaba pálido y respiraba muy lentamente.

Pepe caminó en dirección a la Estación de Policía más cercana, por el Teatro Martí. Estuvo una hora merodeando por allí. Luego fue hasta la estación de la Policía Secreta, en Zulueta. Dio un par de vueltas rodeando el edificio... y un zumbido interior le indicó que ahí era la cosa.



Se trepó a una azotea. Desde la altura podía dominar toda la estación, que tenía un patio interior y allí distinguió el Cadillac de Vives. Le vino un sentimiento de furia a la garganta.

Se tendió sobre las lozas, sin dejar de vigilar el edificio. Había un constante llegar y salir de tipos con sombreros de pajilla. Entró una furgoneta,

sintió una vibración eléctrica en la piel y la rara certeza de que transportarían prisioneros.

Al amanecer, las chimeneas de la azotea empezaron a soltar humo de carbón. Pudo ver que Vives y el policía ñato salían al patio de la Secreta. Hablaron unos minutos, y poco después, Vives salió en su carrazo en dirección al mar.

De unos saltos, Pepe pasó a otro edificio, un solar ruinoso. Se metió por una ventana rota y bajó por las escaleras vacías. Ya había mucha gente en la calle. Automóviles, camiones y carros de leche de hielo, tirados por mulos y caballos, pasaban o se detenían frente a los edificios.

En un bar de San Juan de Dios, desayunó café con leche y pan con mantequilla. Se compró un tabaquito de a dos kilos. Ya el Sol estaba arriba, los comerciantes habían bajado los toldos y las calles se habían abarrotado de carros y tranvías. Dio otra vuelta a la Secreta y sintió la vibración en la piel de nuevo. Una furgoneta venía hacia allí con detenidos.

Va a parar –pensó Pepe y avanzó decidido contra el tráfico. La furgoneta se detuvo una cuadra antes. Se bajó un cabo barrigón, y se metió de un empellón entre los clientes de una panadería. Pepe apuró el paso y se deslizó debajo de la furgoneta. Un tipo de chalequito, que salía con una flauta de pan, lo vio y se detuvo.

—¡Eh! –dijo, dirigiéndose a nadie en particular.

Pepe le devolvió una mirada homicida. El tipo del chalequito miró al policía barrigón, que salía de la panadería con dos cofiquéis calenticos y se sentaba junto al chofer; volvió a mirar a Pepe y decidió irse pitando.

La furgoneta siguió hasta el edificio de la Secreta. Se abrieron unas puertas enrejadas y la furgoneta entró y se parqueó en el patio interior, junto a un Chevrolet carmelita.

—Oe, niño, ¿quién recibe etto? ¿No tá Emeterio? –dijo el cabo barrigón, bajándose. Tenía unas botas nuevecitas que crujían todo el tiempo.

—No lo visto –dijo una voz.

—Oe, niño, mira, te dejo las llave, que vamo a desayunal.

—No, cabo. Me voy ahorita.

—Puej que me esperen.

Pepe se metió debajo del Chevrolet carmelita, que era más bajo que la furgoneta. Enseguida el patio se llenó de policías y empezaron



un cambio de guardia. Al rato, se fueron. Como media hora más tarde, llegó el Cadillac. Vives se bajó y se perdió de vista. Regresaron los de la furgoneta.

—Oe, niño, ¿nada?

—¿El qué? –dijo una voz distinta.

—Quién recibe, niño, llevamo una hora aquí.

—Mire a vel con el gualdia, cabo.

—Mira, ve tú, Bille –dijo el cabo barrigón–. Voy al cuatto de la peste.

Pepe vio las botas nuevas caminar hacia una puerta gris. Con mucha lentitud se asomó y revisó el patio. Se paró y se metió detrás de una columna.

Dos tipos, de pajilla, miraban un periódico y el que debía ser el chofer de la furgoneta, Bille, estaba parado junto al centinela. El centinela se volvió para señalar algo y Pepe miró hacia la puerta gris, se engrifó, y saltó a toda velocidad.

Pepe no lo sabía, pero cuando se desplazaba, no hacía bulto. A la vista, era solo una leve estela, un flachazo de color, prácticamente invisible. Era la estroboscopia natural que radiaba del cuerpo de los vampiros en estado de acción, a su máxima potencia. La única forma de poder verlo con nitidez, hubiera sido que la persona que lo observara se pusiera a pestañear a veinticuatro por segundo durante un tiempo. Él mismo, en esos instantes de velocidad, tenía una visión teñida de verde de cuanto lo rodeaba. Pepe se paró en la entrada del baño y estudió el lugar.

Los retretes estaban ubicados junto a un muro, con dos tanques de agua hechos de cemento, encima de las dos esquinas. El muro estaba dividido en cubículos de cartón tabla y las letrinas eran de las de hacer puntería en cuclillas. Oyó al barrigón pujando y respirando fuerte desde un cubículo, donde colgaban su gorra y la chaqueta.

Pepe saltó dentro del cubículo, agarró al cabo y lo levantó en peso, chillando y siseando. Le dio un fuerte golpe contra el muro y el barrigón se desplomó, todavía con unos trozos de papel periódico. Desnudó al policía como si pelara un plátano y –con una mano– lo levantó y lo metió en un tanque de agua. Quedó sofocado y escuchó atentamente si habían escuchado. Salió del baño en puntillas, con el traje de cabo, que le quedaba ancho, sobre su ropa. Las botas crujían como si pidieran auxilio, ¡aquí, aquí, un impostor!



Se puso la gorra encajada hasta las cejas y mordió el tabaquito de a dos kilos. Entró en un pasillo lleno de oficinas cerradas con rejas. Bajó por unas escaleras. En el descanso, había una enorme reja abierta y un taburete. Siguió bajando por la oscuridad hasta llegar a una parte en que había bombillos encendidos. Dos tramos más abajo había una reja negra entreabierta. Sintió... a los prisioneros.

Detrás de la reja estaba la galera un amplio pasillo de techo curvo con muchas puertas de metal. El guardia había recostado su taburete a la pared y se había quedado dormido, con los pies sobre una mesa. Sus botas descansaban sobre una tablilla llena de papeles. A su espalda, había un marco de madera lleno de numeritos y llaves.

Pepe se paró junto al policía y miró la tablilla. En algún lugar del fondo sonó un portazo y chirriaron rejas. El tipo se despertó.

—Dime –dijo el guardia. Se pasó la mano por la cara y se sentó.

Pepe percibió con todos sus pelos... a Negro. El socio estaba por ahí... cerca.

—Dígame –dijo el guardia, cambiando el tono a un poco más de respeto. Había visto sus grados de cabo.

De pronto, bajó las escaleras un retén, un mulatico flaco, con la camisa por fuera, con un jarrito de café. Puso el jarrito sobre la mesa y comenzó a meterse la camisa dentro del pantalón.

—¿No está Emeterio? –dijo Pepe, mordiendo el tabaquito.

—Emeterio e arriba, cabo.

El retén le hacía señas al guardia, y señalaba con la nariz hacia Pepe como preguntándole quién era.

—Me dijeron que vino pa cá. ¿No estará... pa llá trás? –dijo Pepe.

El guardia miró hacia el fondo, indeciso. Pepe caminó con las manos en la cintura y cerró los ojos, concentrándose. El retén le hizo rápidas señales de no a su colega.

—Con todo respeto, cabo... ¡ujúmm! –dijo el guardia, en tono marcial– téngüin truccione precisa y específica del mando de que no se puede accedel al recinto sin olden superiol, mi cabo.

El retén le hizo señas al guardia de ¡muy bien!

Pepe se erizó con la vibración que emanaban los prisioneros... y en el fondo de la galera, se sentía, con claridad, un fuerte... miedo. De pronto, como si pudiera saborearlo, percibió dolor. Estaban torturando a Negro, pero... en otra galera.

—Cabo, permiso, me va meter nun lío.

—¡Tome café, cabo, ta recién colao! –dijo el retén.

Pepe le enfiló los ojos al guardia con intensidad. Lo obligaría a que le abriera las rejas. Los tomaría como rehenes a él y al retén. El guardia vio la mirada de Pepe y palideció.

—Cabo, yo... la pincha quí es durísima y...

Pepe quitó el broche de la cartuchera con disimulo y apretó la culata del revólver.

—¡Le juro que no me va ver maj nunca recostao, se lo juro!

Pepe le hizo seña de silencio. Su mano temblaba como un motor y el guardia no podía apartar la vista del dedo índice de Pepe, que vibraba. El retén se pegó a la pared para hacerse invisible.

Pepe se concentró. Se llevaban al Negro, ahora lo sentía... arriba.

El guardia empezó a sudar y tragó en seco.

—Por su madrecita, cabo, tengo do fiñe –dijo con un gemido.

Pepe lo miró sin comprender. Le hizo un ademán que no quería decir nada y subió las escaleras.

El guardia lo vio perderse de vista. El chirrido de las botas se extinguió.

—Tas jembarcao –le dijo el retén al guardia.

Mientras tanto, en el baño donde Pepe había metido al cabo en el tanque de agua, otro policía del personal saliente de la guardia se había acuclillado en un cubículo y pujaba. A mitad de su objetivo, el policía oyó un grave túmmn en el tanque encima de él y lo bañó un chorro de agua fría. El tanque dijo, con voz de ultratumba:

—MEÓGONNN, MEÓGONNN...

En ese momento entró Bille, buscando al cabo y se detuvo en seco. El policía saliente, sin dejar de mirar hacia el tanque, se agarraba el pantalón. Parecía listo para hacer el esprín de cien con vallas.

La tapa del tanque se levantó, salpicando más agua, y adentro, KNEEEERRRRG, unas uñas monstruosas arañaron el cemento ÍIJJRRRRRRNN.

Bille sacó su arma y apuntó hacia el tanque.

—¡Pa su escopeta! ¡Tremenda rata! –exclamó, lleno de adrenalina.

El otro lo miró con cara de tener horror a las ratas.

El tanque hizo glub– tumm, TUMMMNN...



A Bille se le zafó un tiro. El disparo hizo saltar una gran lasca del tanque y el agua brotó como una ola. Los bordes rajados del tanque parecían mandíbulas, entre las que asomó la pierna del cabo con un agujero sangrante, y por la cascada de agua salió un cofiquéi a medio digerir.

—Meógo, jonemeógonn...

Pepe salió al patio, donde había un revuelo. Pasaron corriendo unos tipos de civil, hacia el molote que se apretujaba en el baño, tratando de ver qué pasaba.

—¡Déelen aire, delen aire, caballero, pa trá, coño! –gritaba Bille.

Pepe vio a Ñato cerrar la puerta de un Chevrolet carmelita y arrancar el motor. Escalofrío. ¡Negro estaba dentro del Chevrolet! Apareció Vives, que iba también hacia el baño. Ñato miró el molote pero Vives le gritó:

—¡Dale, dale, no te mentretenga!

Sin pensarlo, Pepe saltó dentro de la furgoneta. Haló la perilla del cebador, apretó el botón rojo del encendido y la arrancó. Miró hacia el Chevrolet, que ya estaba ante la puerta de rejas, esperando que le abrieran.

El molote se abrió y dio paso a Bille y al saliente que traían al cabo en sillita. El cabo, medio desmerengado, abrió los ojos y vio a Pepe con su uniforme puesto manejando la furgoneta. Lo señaló y jadeó desesperado, como si hablara en catalán:

—¡Esssj... sescáap... sescáap!

—¿Qué dice ette? ¡Espérate, déjenlo hablal, tarrú! –dijo Vives.

Pepe metió un palancazo a los cambios, sin apretar el cloche. El chirrido de la caja herida de la furgoneta hizo que el molote se sobresaltara. La furgoneta dio un salto hacia atrás y se incrustó en el radiador niquelado del Cadillac de Vives. Otro palancazo a los cambios y Pepe hizo que la furgoneta se disparara en segunda hacia la puerta, dejando rastros de goma quemada y agua, que salía del Cadillac.

Dos policías, que ya estaban cerrando la reja de la entrada, se apartaron de un salto. La furgoneta embistió las rejas y las abrió de par en par, dejando un farol de recuerdo; se fue contra la acera de enfrente, giró, raspó una pared y salió chirriando gomas. Chocó contra un carrito de madera que traqueó y desparramó un arcoiris de frutas. Vives y el molote, que habían permanecido petrificados, de pronto gritaron y corrieron hacia las perseguidoras.

—¡Atajaa! ¡Alarma!

Salieron tres perseguidoras, sonando las sirenas, sobre un patiñero de naranjas y frutabombas a la salida de la estación.

Como Pepe iba haciendo de las suyas en la furgoneta de la policía, la gente aprovechaba para gritarle insultos a todo pulmón. Iba aferrado al timón, pisando hasta la tabla y en segunda.

—¡Desgraciao!

—¡Yegua!

Pepe se metió entre los tranvías y autos, subiéndose a las aceras, invadiendo todas las sendas, entre frenazos y peatones saltarines que, en aquella época, cruzaban las calles por donde les venía en gana.

—¡Chanfle!

—¡Anormal!

—¡Jueputa!

Pepe vio al Chevrolet doblar hacia Monserrate seguramente iban en dirección al castillo de Atarés. Dobló sin frenar, en dos ruedas, haciendo un amplio arco. El Chevrolet se metió delante de un tranvía.

—¡Cuidao comemiedda!

Un policía de tránsito, que parecía una I almidonada debajo de un parasol de lona, dejó pasar a sus colegas del Chevrolet y levantó los brazos en T, pitando.

El tranvía, y un convertible blanco, que se le puso al lado, frenaron ÍIIIIIIIIIIIIIIIIIIK.

Pepe dio un corte mal medido, le dejó el guardafango trasero al convertible hecho un saludo nazi y siguió recto hacia el policía. El policía de tránsito escupió el silbato y saltó como una X. La furgoneta se lo llevó de a viaje.



Se oyeron sirenas y el tráfico que venía por Muralla frenó, algunas máquinas se dieron por detrás. Las perseguidoras pasaron chillando gomas y se acercaron a la furgoneta.

Pepe sacó el pie del acelerador y la furgoneta aminoró e hizo explosiones



por el tubo de escape. Dobló de nuevo, tratando de despistar a los policías.

—¡Paragüero!

—¡Animal!

—¡Mariqueta!

Ni rastro del Chevrolet. Aceleró un poco más. Hubo un tung y luego un chitúp y se abrió un hueco en la carrocería, sobre su cabeza.

Pepe miró para atrás y vio las perseguidoras, tac, tac, disparando sobre él. La perseguidora que venía a la cabeza, se acercó a la furgoneta pero, de pronto, Pepe la hizo doblar, sin tocar los frenos.

Pepe gritó de horror. Se oyó un chanmp y un billetero con la boca abierta apareció volando, muy rígido, entre cartones y papeles, sobre la furgoneta; hizo un bello arco sobre el techo de esta y se incrustó en el parabrisas de la perseguidora, que frenó y se encajó entre un poste y un guardacantón. El claxon competía con la sirena: Peeeeeeeeeeeeennnn.

La segunda perseguidora, comandada por Vives, adelantándose a toda velocidad, se pegó a la defensa trasera de la furgoneta. El chofer de la perseguidora, Bille, como protección, se puso su medallita de la Caridad en la boca. Aceleró e hizo un numerito para destacarse ante Vives: frenó, redujo a segunda en una curva, doble cloche a tercera, acelerón... y el carro dio unos brincos y se apagó.

Otra perseguidora que les seguía frenó con un largo chirrido, les dio un golpe seco, escachando el maletero, y su sirena se apagó. Vives, que se había impactado contra el parabrisas con el corcoveo, le gritó a Bille:

—¡Paragüero que ere, tarrú! ¡Dale, chico!

Bille arrancó, mordiendo su medallita y salieron disparados tras la furgoneta. Pepe, que no veía el Chevrolet por ningún lado, doblaba esquinas a izquierda y derecha, desorientado. Agarró contrario por Alambique. Siguió hacia Atarés. Por fin, desembocó en Egido y más adelante vio las chimeneas de la moderna planta eléctrica de Tallapiedra. Pero entonces aparecieron de nuevo las perseguidoras.

La furgoneta hizo un alarde y se les separó, dobló por Fundición. Los tres carros aceleraron por la amplia avenida. Pepe sintió que se le quemaban los pies; miró los pedales y vio que el motor le escupía aceite hirviendo sobre las botas. Vives sacó medio cuerpo por la ventanilla y le disparó a las gomas de la furgoneta. Tac... tac... Explotó una... y la furgoneta hizo una S y se fue de lado, dejando un rastro de

aceite. Pepe se abracó al timón y el motor sonó como si estuviera aclarándose la garganta. Enderezó el vehículo con gran esfuerzo hasta que chocó con un contén y salió disparado hacia el agua. Desapareció el traqueteo del carro con las ruedas en el aire, el motor se fue de revoluciones, explotó e incendiando la gasolina.

Pepe se dio cuenta de que volaba en una bola de fuego y vio que le venía encima un barco mercante. Se engrifó y se dejó masajear por unos violentos escalofríos. Se contrajo y se lanzó hacia el parabrisas,



lo atravesó y voló sobre el capó de la furgoneta, más rápido que esta. Pepe, en el aire, percibió todo como en una película en cámara lenta. El mercante venía hacia él y detrás de él, la bola de fuego. Inclinó el cuerpo hacia la derecha y se zambulló de costado en una mancha de aceite junto al mercante. El agua estaba tibia y apestosa. Se hundió hasta los soportes del muelle, llenos de filosas conchas negras. El fondo era una colección de objetos museables sobre una melcocha oscura donde se encajaba una enorme ancla. Se agarró de la gigantesca cadena del ancla y miró hacia la superficie. Sobre la mancha de aceite vio la luz de fuego de la furgoneta estrellándose contra el mercante.

Bille pisó el freno para evitar el contén... pero la perseguidora patinó en el rastro de aceite que había dejado la furgoneta y se volvió un trompo, con Vives agarrándose del ventilete para no salir despedido. La perseguidora se metió un tanganazo espectacular contra un enorme bolardón del muelle. Bille se tragó la Caridad del Cobre.

Sumergido bajo la mancha de aceite, Pepe se quitó el uniforme. Sentía que era poderoso e inmortal. Nada lo detendría para salvar a Negro. Nadó por el costado del mercante hacia la popa.

Cuando los policías se asomaron al borde del muelle, la furgoneta era una cosa negra que se hundía, soltando volutas de aceite. De pronto una de las botas que había usado Pepe subió a la superficie y flotó unos segundos, bluab, antes de volver al fondo.

—¡Pal carajo! –dijo un policía–. ¡Ñámpiti gorrión, el pobre!



—¡El pobre de que cojone, tarrú, ese era un sulbelsivo! –dijo el capitán Vives.

—¡Veldá, jefe, es que me confundió la bota del cabo!

—¡El desgraciao hip nojiso peldel hip una pila de carro nuevos, eh, jefe! –dijo Bille, que no dejaba de tragar saliva.

—¡Como si los pagara tú, guataca! –dijo el primer policía.

—¡Bueno, vamo, caballero, llamen a los buzo y esa güelta! –dijo el capitán Vives.

A las ocho de la noche, el bar La Marina estaba medio mosqueado. Unos negros jóvenes en una esquina tocaban en una mesa un guaguancó bajito:

*Le dijo el sapo a la rana,*
*le dijo el sapo a la ra-na,*
*a la orilla del río...*

Conducidos por Timbí, llegaron unos tipos con sombreros de pajilla y dos policías de franco, uno de ellos Bille, y el otro, un narizón. Los de pajilla tenían escrito en la frente que eran de la Secreta y estaban a media nota. Se pararon en la barra y pidieron ron Pantera. Había un tipo con la cabeza sobre los brazos, durmiendo en una mesa. Era Pepe, que estaba extenuado por seguir a los policías toda la tarde.

*...chica, no seas tan haragana,*
*tápame, que tengo frío.*

El barman puso una botella con una etiqueta que tenía una pantera negra encima de un bohío cubano, luego puso las líneas y unos vasos con agua fría y se fue a una esquina.

Uno de la Secreta, miró para los lados y se metió una línea.

—Uák... pss, jel tipo e un negrito cabeza clavo con tipo comemiedda y mira ehhhh... resurta que e un gallo tapao, resurta que el tipo e un peje gógdo, psss –dijo–. Intento de regcate y todo, mulato.



Hablaban en voz baja, pero Pepe, en la mesa, los oía claramente.

—Vive le sacó la vida, pss, y no sabía ni pitoche –dijo otro y después se dirigió al barman:

—¿No tiene aceituna, chén? –El barman dijo que no con la cabeza.

*Yo me puse a descubril,*
*yo me puse a descubril,*

—Ejte paí sestá hundiendo, pss.

—Mucha subversión hip –dijo Bille.

*un nuevo descubrimiento,*
*me faltaba el instrumento...*
*...y me puse a maldecil.*

—El tipo cayón la bahía –dijo Timbí–. ¡Mejol pa él, sss, mejol ahogalse que quel Vive se te encarne, que sepas!

—¿Ahogao? –dijo el de las aceitunas–. ¡Achicharrao, mi herma! ¡Quedaron na más las bota y echas miedda!

—Siro, y me, hip, jodió la pincha pod ladgo tiempo –dijo Bille.

*la maldición que meché:*
*que ojalá rico me viera,*
*quel río Almendares creciera*
*de vino tinto y jeré...*

—¿Y el niche que quiso rescatal? –dijo el de las aceitunas.

Timbí lo miró con lástima, como si el tipo fuera una monjita boba.

—Pa la sopa e pescao, chico, ¿Paónde vas tal? ¿Tú no conoce a Vive? –dijo Timbí–. Vive me dijo si quería il, pero esta noche nos toy pa eso.

—¿Cuando é? Yo sí quielo ver eso –dijo el policía narizón.

—¡Llegaste talde, marqué! –dijo Timbí–. Yastá del lao de allá.

—¿Cabaña?

—Morrongonato de potasio.

—¡Eh? –dijo Bille– ¡Hip!

—Morro On Gonato de Potasio –dijo Timbí y se tomó una línea.



—Ya –dijo Bille.
— Pue... otra ve será vel el choucito de Vive.

*...rociado con Triple cé*
*y con ginebra holandesa,*
*que lo charco e cerveza...*

—Me guá dolmil, caballero –dijo el narizón–. Tengol túdno la mañana.

Terminaron las líneas, soltaron unas monedas en la barra y salieron.

*...me sirvieran de jabón,*
*y me tirara e cabeza,*
*en un manatial de ron.*

Pepe levantó la cabeza, puso las manos sobre la mesa y se puso de pie. Los jóvenes se callaron y lo miraron. Pepe le pagó al barman y salió a la calle.

Hacía fresco y olía a pescado. Caminó unos metros hacia la bahía. Miró fijamente al Morro, al otro lado de la bahía.

A medianoche, la patana con la basura de La Habana salía de la bahía hacia mar afuera seguida por una partida de tiburones que esperaban tragarse alguna inmundicia. Al llegar a la altura del castillo del Morro, Pepe, encorvado sobre los malolientes desperdicios, brincó desde la patana hasta los arrecifes que estaban al pie de la fortaleza. Un limpio salto de cien metros. Agarrado a las rocas, se quedó unos segundos escudriñando la costa y hasta el fuerte de La Punta, en el malecón, donde había un par de soldados de guardia. Nadie lo había visto.

La llovizna de las olas rompiendo contra las rocas lo cubrió una vez. Trepó por la pared del Morro y miró hacia el faro. Así como había saltado, casi volando, otros obstáculos, Pepe se engrifó y tuvo magníficos escalofríos. Era una sensación muy sabrosa... se fue dejando llevar por ella y, cuando sintió mucho frío, se encogió y saltó.

El farero, que una vez que prendía el aparato bajaba a las rocas a pescar, en ese momento echaba una mirada de control al reflector. Le pareció ver en las alturas una estela blancuzca subir disparada hacia la baranda que rodeaba la punta del faro. Se quedó observando, pero luego siguió con su pesca. Una ilusión óptica.

Pepe había franqueado limpiamente otras decenas de metros. Agarrado al techo metálico del faro, respiraba entusiasmado. Desde allí podía ver toda la fortaleza: las baterías, las postas y el semáforo, lleno de mástiles y astas de bandera. Enfrente, al otro lado de la entrada a la bahía, el malecón habanero y La Punta. Las boyas que marcaban la entrada a los barcos, se mecían y hacían guiños con sus luces. La brisa le movió las orejas y casi le vuela el sombrero. Pepe se concentró en las vibraciones de los prisioneros pero no sintió nada.

Se puso de pie y vio la patana en la distancia. Había abierto sus compuertas del fondo y soltado la carga. Distinguió las aletas de los tiburones metiéndole mano a la basura. Se decía que los tiburones luego se acercaban al Morro a ver si tiraban prisioneros al mar.

A las cuatro de la mañana, Pepe vio a unos soldados con jarritos de café relevando las postas de la fortaleza. Comenzó a relampaguear. Cerca de las cinco, la vibración en la piel volvió, Pepe se puso a tope y percibió a los tipos antes de verlos. Eran varios militares y policías que caminaban por uno de los anchos muros de la fortaleza. Traían bultos que parecían alfombras, hierros y sogas. Los militares llevaban metralletas en bandolera.

Con otro salto rápido, Pepe se situó sobre un techo lleno de tuberías y antenas de radio de la Marina, a unos sesenta metros de los bultos. Reconoció a Vives, vestido de dril. Luego al Ñato y al policía que Negro había herido en el culo durante la bronca del café. El tiro de Negro le había hecho una herida larga, profunda y



horizontal; sus compañeros lo empezaron a llamar Cuatronalga, o Cuatro, para abreviar.

—¡Pa cá, pa cá! –decía Vives–. ¡Cuatro, pónganmelo pa cá!

Traían a Negro, amarrado fuertemente. Tenía la cara hinchada, un labio roto y un ojo chino. Ñato y Cuatro lo dejaron caer con brusquedad pero Negro ni chistó.

Los militares, alumbrándose de naranja con una linternita de polvorín, habían amarrado unas pesadas vigas oxidadas a los pies de los bultos. Eran prisioneros muertos, enrollados en lonas.

—Tamalito se va –dijo un militar y lanzó una viga de acero al mar.

El prisionero, arrastrado por el peso, salió despedido hacia las olas que rompían abajo y desapareció. Luego soltaron al otro.

Los militares empezaron a preparar a Negro, escogieron para él un pesado proyectil de cañón que tenía un aro soldado en la punta. Una vez que lo colocaron se retiraron unos pasos.

—Último chance, vaya –dijo Vives– y te salva, vaya.

—No sea comemiedda, niche –dijo Ñato a Negro–. Te stá poniendo la buena, cariño. Habla. ¿Quienés el blanquito que staba contigo?

Negro no dijo nada y Cuatro le dio unas patadas en la cara. Luego se paró sobre el vientre de Negro y saltó. Negro soltó un gemido raro. Vives frió un huevo, contrariado. Hizo una seña a los militares.

—¡Vámono, mi gente resuelve lo del niche! –dijo Vives y los militares lo siguieron.

—Eh, capitán, ¿hoy no tira carnada? –dijo un militar y se rió.

—No estoy de humol –dijo Vives–. Y va llover.

Pepe se puso de pie y vio que Negro lo había descubierto y le indicaba, con un movimiento negativo de la cabeza, que no hiciera nada. La linternita naranja de los militares y Vives desaparecieron en una rampa.

Los policías, ahora solos, se sentaron con parsimonia junto a Negro y prendieron unos cigarros. Chuparon y soltaron humo. Ñato escupió sobre su hombro y por encima del muro. Frió un huevo y movió lentamente la cabeza.

—Compadre, peldiste la oportunidá de tu vida –dijo Cuatro–. El Vive te iba a tiral pa bajo y cuando te ahogara un poco, ahhhh, tao, tao, te subíamo, hablábamo y chau, de nuevo pa bajo. Ahh tao tao, te subíamo y así, pa asustarte na má. Pero ahora te jodiste ¡Y peol! Porque está lloviznando.



—¿Tú ve, niche? Comite miedda y ahora te van a jamal lo pescaíto –dijo Ñato mirando a Negro.

—Oe, recapacita, chaldo, tú dice na má un pal de nombre y le aviso a Vive y te salva, vaya –dijo Cuatro.

En el techo, Pepe se contrajo calculando su jugada y le surgieron los escalofríos. Se preparaba para saltar sobre los policías y tirarlos a los dos de un palo al mar... pero para eso tenían que colocarse en una posición de... De pronto, sin darle tiempo a reaccionar, Cuatro y Ñato cargaron a Negro.

—Aguanta la reppiración, no te vaya jahogal, cariño.

Y con un gruñido, lo lanzaron al mar.

Negro, congelado por el miedo, no tuvo ni el instinto de gritar. Vio el agua tenebrosa que se le acercaba, con los brillitos macabros de la luna haciéndole guiños, a toda velocidad. El estómago se le subió al cuello y el viento le silbó en los oídos, zuuuuu, durante la larga caída. El agua lo envolvió en un puñetazo helado.

Ñato y Cuatro giraban para irse cuando una masa pasó entre ellos, con un zumbido parecido a un latigazo. Saltaron asustados.

—¡Cojoyo! ¿Qué fueso? –dijo Ñato.

Pepe entró de cabeza al mar y pensó que el planazo con el agua le había arrancado la nariz. Siguió sumergiéndose con el impulso de la caída.

Abrió los ojos y distinguió perfectamente a Negro, que iba como un torpedo hacia el fondo. Pepe se estiró en pose de volar pero, alarmado, sintió que no avanzaba, sino que volvía a la superficie. Se puso a mover brazos y piernas con frenesí y empezó a bajar.

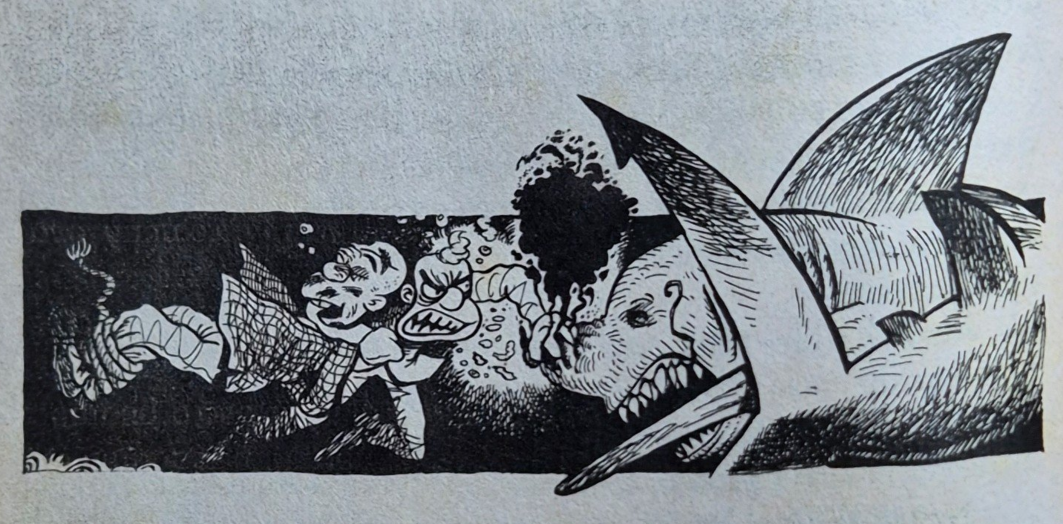
Negro llegó al fondo con un golpe contra las rocas llenas de latas, gomas de carros, unas chapas oxidadas, medio piano de cola y bloques de cemento. Le empezó a salir un hilo de sangre de la espalda. No había rastro de los otros prisioneros. Negro se contorsionaba sangrando, con los ojos apretados.

Pepe llegó junto a él y agarró la soga con el proyectil en la punta. No tenía con qué cortarla. Un tiburoncito que miraba de reojo, pasó cerca de ellos y Pepe le tiró una patada. Falló, rozando al bicho con la pantorrilla. La piel del tiburoncito era papel de lija y comenzó a salirle sangre, como una banderita roja, encima del calcetín. Agarró con las dos manos la soga y la mordió con furia. Era una soga dura y la habían untado con grasa. Pepe abría y cerraba las mandíbulas, soltando burbujas y sangre. Creyó que se le iba a quebrar la dentadura.



La soga empezó a deshilacharse poco a poco. El tiburoncito pasó de nuevo, pero más alejado, siempre de reojo. Llegaron otros tiburones de más desplazamiento a evaluar las presas. Un tiburón gordo y grande, que tenía encajado un trozo de alambre de cobre entre los dientes, le dio una vuelta por arriba, midiéndolo.

La soga cedió y Pepe abrazó a Negro, que parecía dormido. El tiburón del alambre los atacó a toda velocidad. Pepe hizo un giro centelleante y lo agarró con una mano, enfurecido, por el hocico. Los ojos del tiburón tuvieron un tic muscular y se puso bizco. Pepe apretó el morro del tiburón con toda su fuerza y metió un chillido bajo el agua, soltando burbujas amarillentas por la boca. El tiburón daba unos coletazos de peso completo, formando una violenta turbulencia. Pepe sintió sus dedos penetrar la piel del bicho. Lo soltó y el escualo salió disparado hacia el Golfo de México, dejando una estela de sangre que siguieron el tiburoncito y los otros.



Una vez en la superficie del agua Pepe y le sopló aire por la boca a Negro . El aire no le entró. Pepe le metió otra bocanada con toda su alma y creyó oír los pulmones de Negro hacer flop. Negro enseñó los dientes; tenía los ojos nublados. Pepe sintió las ondas y el remolino de los tiburones que se despachaban a otro colega herido. Se lo merendaron en un dos por tres. Luego, todavía masticando, se acercaron y los miraron con detenimiento.

Con nuevos bríos ante la presencia de los escualos, Pepe pataleó vigorosamente hacia la orilla y le sacó medio cuerpo a Negro sobre las olas. Ahora ya estaba lloviendo fuerte. Alarmado, vio que su amigo no tosía, ni echaba un buche. Nada. Empezó a darle manotazos en la espalda.

Desde la altura del Morro, Ñato y Cuatro vieron las cabecitas de los amigos entre la espuma de las olas y oían las palmadas, tas, tas.

—¡No pueséel! –dijo Ñato.

—¡Corre, vamo pal carro que todavía va y los cogemo!

Pepe zarandeó a Negro hasta que abrió la boca y eructó. De la nariz le salió un chorrito de agua. Hizo un bamboleo con la cabeza, abrió los ojos justo un instante para ver las aletas de los tiburones dando vueltas cerca de ellos... y se desmayó.

Pepe lo agarró por las ataduras y nadó como un manco desesperado. Bordeó la boca del Morro, pegado a los arrecifes. Las aletas se agruparon de mayor a menor tamaño tras ellos pero mantuvieron distancia. Pepe llegó dando brazadas hasta el cartel que advertía a los buques: por favor, no echar anclas sobre el cable submarino. Enfrente, al cruzar la entrada de la bahía, estaba la Avenida del Puerto, por donde pasaban algunos carros solitarios salpicados de lluvia. Calculó que podía llegar allí en unos diez minutos y nadó a gran velocidad, cada vez que se erizaba con los escalofríos magníficos.

Se metió entre los cientos de botes que flotaban acoderados junto a la Avenida del Puerto. Revisó a los tiburones pero se habían alejado de unas manchas de aceite que rodeaban a las embarcaciones. Se volvió hacia Negro, que parecía haber muerto. Lo apoyó sobre una goma de automóvil, que colgaba del muro y le sonó unas bofetadas. Le empujó el vientre y el pecho. Le sopló aire por la boca. Negro abrió los ojos y soltó un buche de agua salada, se estremeció y botó flema. Cogió una bocanada de aire y tosió. Luego siguió haciendo jipíos, con los ojos en blanco y vomitando agua como si tuviera una bomba de achique adentro.

Por fin, jadeando, Negro volvió en sí y miró a Pepe.

—Pepe, mi helmanito –dijo Negro, emocionado con los ojos llenos de lágrimas–. ¡Acuéttate con mi helmana!

Pepe oyó unos aplausos desganados y miró hacia arriba. Parados en el muro, con capas de agua amarillas, estaban Ñato y Cuatro, sonriendo satisfechos. Habían bajado del Morro hasta allí a toda velocidad en una perseguidora. A tiempo para ganarse un ascenso.

Alumbraron a Pepe y a Negro con una linterna. Cuatro chasqueó la lengua y movió la cabeza admirado.

—¡A la veddá que ere jun caballo, chiquito! –dijo Cuatro.

—Quédate quietecito, no te vuebva loco, cariño –dijo Ñato. Los apuntaban con sus revolvones.



—¡Oneee-ísss! –dijo de pronto Ñato, chupando aire.

Y Cuatro exclamó:

—Guáck ag, ack...

La linterna y los revolvones cayeron al agua. Los policías abrieron la boca con exageración. Los ojos les dieron la vuelta para adentro. Patalearon de forma bastante ridícula, sacando unas lenguas manchadas de café... y sus botas se elevaron en el aire.

Bruno, haciendo tenaza con dos dedos de cada mano, los tenía agarrados por el cuello. Los hizo girar y estudió sus caras. Una vez satisfecho, soltó a los policías. Cayeron en la bahía. Los tiburones hicieron unos giros espectaculares y cayeron sobre los cuerpos. Formaron un chapoteo bastante grosero y desordenado, con una fea mancha de sangre esfervescente.

El torso de Cuatro salió a la superficie, empujado cor un enorme tiburón que cerró la boca como una tenaza de llevar hielo. Uno de los dientes le entró a la chapa del policía y sonó claramente, clunn. El tiburón se hundió con Cuatro y luego asomó de nuevo unos instantes, como a treinta metros hacia la salida, chuasss. Cuatro levantó la mano como diciendo adiós y se hundió otra vez.

Extendiéndoles sus manotas, Bruno los ayudó a trepar hacia la avenida. Por primera vez en su vida Pepe se alegró de la misteriosa habilidad de Bruno para encontrarlo en cualquier punto de la ciudad. Montaron a Negro en el Packard. Pepe iba a cerrar la puerta pero Bruno lo agarró por el hombro y le puso un termo plateado en la nariz. Mecánicamente, Pepe lo destapó y bebió su vitamina semanal. Tenía una sed horrible.

Ya había aclarado cuando llegaron, todavía lloviendo, a casa del tío Werner. Bruno cargó a Negro y entraron en la sala. Pepe tiró la puerta. Prats apareció con una pistola, escudándose detrás de un libro. Luego asomó Tetilla. De la cocina salió Fénix, secándose las manos.

—¡Ay, pobrecito! ¡Ay, Virgen Santísima! –exclamó Fénix, dando salticos hacia Negro.

Pepe fue hasta la mesa del comedor y apartó una fuente con frutas de cera. Bruno tiró a Negro sobre el mantel.

—¡Tío! –gritó Pepe, luego reaccionó. El tío no salía del laboratorio del sótano hasta por la tarde.

Tetilla se echó encima de Negro y le pegó una oreja en el pecho, le tomó el pulso.

—Respira, pero tiene un pito raro… –dijo con aires de conocedor–. ¡Oye, está herido!

Tetilla se enderezó con la oreja manchada se sangre, y miró asustado a Pepe.

—Sí, tiene un hueco ahí en la espalda –dijo Pepe.

—¡Ay, qué no se nos muera, Virgencita de la Caridá te lo suplico! –dijo Fénix y cayó de rodillas.

—Mi tío es médi… es… ¡Él sabe bastante de esto! –dijo Pepe.

Pepe dio unas zancadas, bajó al sótano y tocó insistentemente en la puerta del laboratorio. Le pareció oír ratas correteando adentro.

—¡Tío! ¡Una emergencia!

Le dio puñetazos a la puerta y le gritó en alemán y volvió a tocar fuerte. Por fin, la puerta crujió unos centímetros y el tío Werner se asomó lagañoso, sin espejuelos y medio dormido. Olía a ron añejo y a medicina. Pepe le explicó; y el tío se rascó la punta de la nariz.

—Dénle dos duchas frías y unan muy caliénten –dijo–. Lo secan al Sol y me lo bajann. ¡Tranquen todas las ventanan!

Pepe salió corriendo. Werner cerró la puerta e hizo señas a los excitados *pasmati* para que se escondieran. Se puso sus gafitas y empujó su ataúd hasta que lo empotró detrás de un estante. Lo tapó con un librero montado en bisagras. Calculó que las duchas a Negro le darían tiempo suficiente para prepararse.

Puso a calentar sangre tipo AB, se quitó los guantes de caucho y se entalcó la cara. Tomó la AB, escondió la copa. De una caja sacó unos guantes de goma, se entalcó las manos y se los puso.

Escogió unos anticuados instrumentos de vivisección y de una patada ocultó algunas botellas vacías de ron. Se abrió la puerta. Entraron a Negro al laboratorio envuelto en una sábana mojada y lo acostaron bocabajo. El tío los hizo salir.

Aplicó anestesia y revisó la herida: una bobería. La desinfectó. La herida empezó a sangrar de nuevo. Hacía años que no chupaba humanos en directo y la vista de la sangre le hizo agua la boca. Con un suspiro, olió que Negro tenía 0 positiva. Mientras lo cosía, disimuladamente, se pasó por los labios un dedo con sangre.

Llamó a Bruno para que se llevara a Negro. Se sirvió un trago de ron; Pepe llegó y le tocó el brazo.

—¿Qué?

—Nada gráven.

Werner, ahora con los espejuelos, dio buen foco y se fijó en los ojos del sobrino. En las ojeras... la piel...

Pepe mostraba huellas que no pasaban inadvertidas a ningún vampiro de experiencia. Pepe... Joseph Amadeus... había sacado afuera... ¡Y había usado... la potencia de los maléficos, había sentido el Frío!

Después que Pepe salió, Werner trancó la puerta con doble seguro y volvió a colocar su ataúd. Se echó dentro, con un largo suspiro...pero no pudo descansar. Si Pepe usaba el don de la potencia... ¿la fórmula le seguiría haciendo efecto? ¿Se había producido un retroceso, una reacción? Estuvo todo el día rumiando; al atardecer, sacó sus notas e hizo nuevos cálculos. Mojó unas plumas de ganso en las tintas y escribió al margen la fecha y...

POTENCIA (USO DE LA)
SIGNOS DE INCREMENTO DE PROTERVIA Y SINESTESIA
EN JOSEPH !!
¿ELIMINAR HIPOSULFITO DE LA FÓRMULA?

Negro tuvo a Fénix de enfermera unos días. Se tomaban de la mano y se daban besitos rechinantes. Cuando se recuperó, se fue a vivir con ella.

Debido a los golpes, Negro no recordaba mucho de la aventura y Pepe siempre respondía a las preguntas del grupo con evasivas. Dio mucha importancia a la actuación de Bruno y no quiso hablar más del rescate.

Pepe estaba preocupado. ¿Qué le había pasado? ¿Se estaba convirtiendo en un monstruo? ¿Cómo era que había manejado un carro, sin saber manejar? ¿Por qué se erizaba y saltaba como una bala? ¿En realidad sería inmortal e invencible? ¿Por qué solo se desdoblaba en momentos de peligro?

Había tratado de engrifarse en otros momentos –bajo la ducha, por ejemplo–, pero no había sentido nada especial. Pasaba horas haciendo muecas frente al espejo pero los labios no se le ponían violetas.



No sabía que, debido a la fórmula antisolar, su organismo había experimentado un aumento de la protervia y de la sinestesia pero la onda le gustaba.

Para él, solo fueron unas inesperadas rachas de furiosa mala leche... y un supersensible y sorprendente sexto sentido.

En el invierno de 1932, el sexteto Guaminiquinaje se disolvió y Fénix formó un grupito nuevo –Ave Fénix–, donde Pepe tocaba la trompeta, siguiendo al maestro Olimpo. Ave Fénix amenizaba el Pérez'Bar, un aire libre de cuarta categoría en Calzada y F.

Negro, después de la experiencia del Morro, andaba armado de una voluminosa Máuser de 9 mm, que escondía en la espalda; un puñal Bowie enfundado en un bolsillo, y un revolvito Bulldog atado a su canilla derecha.

—Pol si las mosca, tigre –decía.

Usaba gorra y ropa oscura. Se dejó una perillita bajo el labio inferior (en relidad porque a Fénix le gustaba) que le daba un aire de ser de una zona de orilla y de fango. Caminaba con rutina de guapo y se mantenía siempre vigilante y alerta, oculto en cuanta sombra se le pusiera a tiro. Saltaba al menor ruidito. Iba al Pérez'Bar poco antes del cierre y luego se llevaba a Fénix en tranvía.

Esa noche había llegado temprano, citado por Prats. Unos minutos más tarde, llegó Tetilla, que se había cambiado el peinado y lucía más Carejeva que nunca. Saludaron en onda clandestina a Pepe, que tocaba una suave melodía con la trompeta y pidieron unos láguers.

Como a las nueve llegó una mulatica muy bien hechecita, con un vestido azul turquí. La joven, que se notaba nerviosa, preguntó algo a Pérez, el dueño. Pérez le dijo que no, y ella se sentó en una esquina. Pidió una copita de VIÑA 25.

Pepe no le quitaba los ojos de encima. Como siempre sucedía, la muchacha sintió su mirada, lo buscó con la vista y se cortó. Se movía incómoda en la silla y estudiaba la copita con el vino. Prats hizo su entrada trayendo un *Karikatos* bajo el brazo.



Se sentó junto a la muchacha. Cuando terminó la música, Prats hizo señitas y los amigos se juntaron en su mesa. Negro tomó el *Karikatos* y se puso a mirar la página con las damas de Ferrufino. Los demás se sentaron. Tras el *Karikatos*, Negro siguió de pie moviendo la cabeza lentamente, escaneando todo el aire libre en busca de malos.

—Ella es Lola –dijo Prats señalando a la mulatica.

Pepe trataba de no observarla. Tenía unas piernas soberbias y pechitos de copa que le cabrían los dos en una mano. Un hoyito en la barbilla...

—Trabaja en casa de Vives –dijo Prats.

Todos la miraron y ella bajó la cabeza. Tenía un peladito corto, que le daba la apariencia de tener un cuello muy largo, y unas orejitas que si uno las...

—Atiende, Pepe –dijo Prats–. El esbirro es ahora gran jefe y pidió una lista de los chivatones que pinchan para las estaciones. Tiene un asesor, oigan esto, un asesor... para el lío de la chivatería. Un tal...

—Timbí –dijo Lola. Pepe se derritió viendo su boquita abrirse y cerrarse.

—Vives le ha puesto candados especiales a toda la casa y Lola hará lo posible para conseguirnos una llave para copiarla. El plan es entrar en la casa y llevarnos esa lista de chivatos.

—Y de paso le inyectamo pal de plomo al tipo en el güiro –dijo Negro–. ¿No?

—Sí –dijo Tetilla, como si fuera el jefe–. ¡Ya que vamo a entrar!

Lola se viró hacia él, parpadeando sobresaltada, con unos ojos para comérsela.

—¡Ay...! –se quejó Lola.

—Esas no son las instrucciones, camarada –dijo Prats.

—Caballero, están asustando a Lola –dijo Pepe.

—¡Ay, sí, caballero! –dijo Lola–. ¡Prefiero sacarle yo los papeles, pero nada de tiroteo, por su madre!

Pepe sintió admiración por Lola. Los brazos de Lola parecían que iban a romper el vestido por las mangas. Pepe tragó en seco.

—¿Tú crees? –dijo Prats a Lola.

—Él se va tempranito y luego la señora, como a las once sale también. Se queda en la casa dos guardias y el cocinero. Saco los papeles y...

—Despué tú tiene quesspantar la mula, niña –dijo Negro.



—Te buscaremo un escondite –dijo Tetilla muy sonriente–. ¡Es má! Yo te puedo enseñar a abrir cualquier tipo de combinación de caja fuerte, bonita. Si tú quiere, empezamo mañana mismo.

Tetilla tocó con la punta de los dedos la mano de Lola y le sonrió, exhibía a lo descarado sus dientes blancos y perfectos de Dientejeva. Pepe se imaginó estrangulando a Tetilla con un alambre de púas oxidado.

—¡Ay, si guarda los papeles en un buró! Es abrirlo y ya –dijo Lola.

Planearon que, a mediodía del lunes, Lola tomaría los papeles, los escondería en una cesta con ropa sucia y caminaría hasta la calle 17. Allí, Prats y Tetilla la esperarían en el Ford.

Prats meditó unos segundos, luego dio un nudillazo en la mesa anunciando que la reunión había terminado. Se levantó.

—¡Okey! Vamos a dejar a Lola en su casa –dijo.

—¡No faltaba má! –dijo Tetilla, todo dientes.

Se pusieron de pie y fueron hacia el Ford. Tetilla hacía girar la llave de un candado que le había puesto al timón.

—Quisiera ir de apoyo –dijo Pepe.

Lola lo miraba con la boca entreabierta. Pepe estaba metido con ella hasta los mameyes.

—Nah, muchacho –dijo Tetilla.

—Yo vivo cerca de allí y...

—Eso está matao, bicho –dijo Tetilla.

—Por si las moscas –dijo Pepe.

—No hace falta –dijo Tetilla.

—El diablo son las cosas –dijo Pepe.

—Es un jamón, chico, no te desgaste –dijo Tetilla.

Se montó ágilmente en el carro y se dirigió a Negro.

—Deme cranque, plis, caballero de color.

Negro le dio un par de vueltas al arranque y el Ford se puso en marcha. El Carejeva Tetilla le daba acelerones a la bartabia aquella como si fuera un Bugatti. Panfletero Dientejeva pintamono, comemiedda y pafití.

Lola montó detrás, saludaron brevemente y se fueron. Pepe y Negro se quedaron mirando al fotingo doblar por G.

Negro le dejó caer el brazo sobre el hombro a Pepe.

—Tigre, esa chiquita te la dibujó el Ferrufino... pa tí na máaa, tigre.



El lunes, que era su día franco, Pepe se quedó en su cuartico de la azotea. Lo había alquilado en una casa de huéspedes en H y 19 por $12.50 al mes, sin comidas. Tenía Sol por los cuatro costados. Pepe había quitado las cortinas y se acostaba en calzoncillos bajo la caliente luz. Después de lo del Morro había quedado asustado y confundido. Aquellos magníficos escalofríos... los saltos... la fuerza demoníaca... Pensó en la sonrisa del tiburón y se estremeció. Tenía miedo y solo olvidaba el asunto cuando estaba a plena luz. Poco antes de las doce se vistió y caminó con paso suave por la acera de la sombra –para no sudarse– por 17 hasta A. Pero no llegó hasta la esquina misma. Se situó detrás de un árbol y se apoyó en él.

Enseguida llegó el Ford de Tetilla y se quedó parqueado a la sombra de un jagüey con el motor en marcha. Al rato apareció Lola, vestida de negro, con delantal y cofia blancos. Llevaba una cestica llena de sábanas. Lola se movía muy bonito. La muchacha se recostó al auto y habló un momento con Prats, que se llevó las manos a la cabeza. Prats se compuso y hablaron un rato. Se despidieron y Lola empezó a caminar hacia 15. Pepe la alcanzó en tres zancadas.

—Lola.

Le tocó un brazo, firme como un embutido. Ella se volvió asustada y dejó escapar un gritico.

—Chica, perdona, no te quería asustar –dijo Pepe.



Lola tenía los ojos cerrados, palideció y luego se fue coloreando rápidamente.

—¿Pasó algo? –dijo Pepe. No se le ocurría algo más inteligente.

Lola miró al suelo, tragó y miró hacia el contén. Le temblaban las manos.

—Nada, que... a Vives le trajeron una caja fuerte grandísima. Había una pila de técnicos... porque debe ser complicada... y nada, que ahora los papeles están dentro de la caja.

—Vaya –dijo Pepe, enjugándose la frente con la mano. Estaba ensopado de sudor.

— Ahora tendremos que sacar la famosa copia de la llave –dijo.

Se quedaron en silencio un momento. Ella lo miró por fin. Unos ojos negros...

—Habrá... quehaceruna copññ –solo pudo decir Pepe, que ya la besaba con fuerza. Lola soltó la cestica y se apretó a él.

AÚUUUUU–ARRRRR... sonó el claxon un carrito tres patás y ellos se separaron con un chasquido de labios.

—Me tengo que ir –dijo Lola–. ¡Ay, Pepe!, ¿qué pensará usted de mí?

—Lola... –pronunció enternecido Pepe.

—Me tengo que ir –dijo Lola, aferró la cestica con las dos manos y salió caminando apurada moviéndose armoniosamente.

Pepe se dio dos alegres cabezazos contra el árbol y soltó aire por la boca. Luego, dio media vuelta y caminó apurado para su cuartico, con el corazón como una bomba de agua V.I.D.A. 3. Cuando llegó a la casa de huéspedes, Olimpo, el trompetista, lo estaba esperando recostado a su raro pisicorre con la carrocería de madera.

—Pepe, compadre, tenemos un especial esta noche –dijo Olimpo–. Con unos alemanes ahí. Pónte el traje de pingüino y te recojo a las ocho.

—¡Cirilo! –dijo Pepe, y tiró un pasillo de danzón–. A las ocho mil y más murieron.

Olimpo se montó en el pisicorre, asombrado de la alegría de Pepe; siempre protestaba si había que trabajar los lunes sin importarle los pesitos extras que ganaban.

En el cuartico, Pepe cepilló un frac que le había tomado prestado al tío, bajó en chancletas de palo hacia los baños hizo la cola y se duchó cantando. Se afeitó con esmero y salió.

—Oye, mi jito, ¡Como te demoratte! –se le quejó una huésped.

Arriba, le pasó un algodón con alcohol a los zapatos y los cepilló hasta el brillo. Se puso unos anchos calzoncillos matapasión, muy amarillos; se colocó unas ligas en los tobillos, ajustó a ellas unas medias negras y se vistió. Fantaseaba que se ponía elegante para llevar a bailar a Lola al Yacht Club.

De pronto, la imaginó en blúmers, sin ajustadores, a su lado... y por corte se puso a sudar como un estibador. Se quitó la camisa y salió a la azotea, llena de tanques de agua, a refrescarse con la brisa del mar.

La fiesta era en una lujosa residencia de La Coronela, una zona de ricos en las afueras de la ciudad. El lugar tenía que ver con la emba-



jada alemana. Ave Fénix tocaba junto a la piscina. Los invitados estaban sentados en bellas sillas de mimbre, rodeando las mesas del buffet o conversando animadamente por el jardín. Había hileras de pequeños postes con antorchas que iluminaban las enormes palmas y árboles podados.

Como a las dos de la mañana, la mayoría de los convidados se marcharon. Quedaron unos pocos señores, guataqueando a los anfitriones; unos alemanes que tenían más pinta de militares que otra cosa.

Estaban recogiendo los instrumentos para irse, cuando una rubia bellísima, que bebía champán, vino hasta Olimpo y le metió un billete de diez pesos en el bolsillo del pañuelo.

—Una más, *please*...

Tenía un vestido color vino satinado y una joyería de París entera en el cuello. Rozó con sus tetas formidables el pecho de Olimpo y bajó la mirada.

—Pero... que sea triste –dijo– ...muy triste.

Olimpo regresó al grupo y dio instrucciones. Sacó su trompeta, le apretó un brazo a Pepe y le señaló a la rubia.

—¡Mira pa eso, chico! –le dijo bajito–. ¡Esa ninfa es una falta de respeto a los hombres!

La rubia, que tenía unas nalgas de competencia, desplazó con suavidad su cuerpo escultural hacia una tumbona. Se tendió con elegancia, se tiró un gris y muerto visón sobre los hombros... y cerró los ojos.

Automáticamente, arrancaron con:

*...la fiebre me devora*
*cuanto pade-e-esco,*
*aúlla un perro manso*
*junto a mi pue-e-erta...*

Tocaron muy lento. Olimpo, anclado al cuerpo de la rubia; Pepe, pensando en el beso del mediodía.

La rubia abrió unos ojazos llenos de lágrimas... pero, poco a poco, se les empezaron a enfocar y achinar... en una expresión rara. Olimpo les siguió la trayectoria con disimulo. Uhh, se me está jamando al Pepe –pensó.

La rubia se levantó de pronto, caminó hacia la casa y desapareció. Más tarde, un mayordomo le pagó a Olimpo y los acompañó hasta la puerta. Subieron al pisicorre y tomaron hacia Miramar.



Casi llegando a Quinta Avenida, encontraron un carro negro -tan grande como un camión- detenido en medio de la calle, que encendió un buscachivo y los iluminó, dándoles el alto.

Aparecieron de la nada dos tipos mal encarados. Uno de ellos, mordiendo un palillo de dientes, metió la cabeza por la ventanilla y los estudió. Le dijo a Pepe:

—¡Bájate!

—¡Pero, oiga...! -protestó Olimpo.

El del palillo abrió la puerta y sacó a Pepe. El otro, con la cara picada de viruelas (o acné mal cuidado) le metió unos manotazos rápidos al capó del pisicorre.

—¡Dale, dale, mandinga! -dijo con voz ronca.

Olimpo, indignado, puso primera y se fue.

El tipo del palillo llevó a Pepe por el brazo hacia el carro, abrió una puerta trasera y lo empujó hacia adentro. Pepe cayó sobre unos asientos muy mullidos. Lo envolvió un suave perfume. Las ventanillas tenían cortinas y no veía nada. Hubo un chic-chísc... y una fosforera alumbró a la rubia de la fiesta, que daba chupadas a un largo cigarrillo. Pepe se arrimó a la puerta. Clac, la fosforera se apagó. Pepe veía perfectamente en la oscuridad los labios de la mujer haciendo una muequita maliciosa.

—No temas -dijo y suspiró.

En la oscuridad, la rubia le puso una manito sobre el muslo. Pepe se movió hacia la puerta.

—Te digo que no temas.

Era una manito caliente, que parecía que le iba a quemar el pantalón. La mujer volvió a suspirar.

—Señora...

—Fláuer. Me llamo Fláuer.

Unas chispitas rojas le indicaron a Pepe que apagaba el cigarrillo.

—Encantado.

—¿Y tú...?

—Jos... José.

La rubia soltó otro suspiro. Ya iban tres.

—Me gustan tus ojos, José -dijo la rubia en un susurro que se oía ardiente cantidad.

La manito se movió hacia su estómago.

—Cuando te advertí, cuando sentí tu fuerza...

Un dedo se introdujo en su camisa.



—...cuando sentí tu esencia varonil... supe que serías...

Una uñita dibujó un 0 alrededor de su ombligo.

—...el viento aguardado, esperado y fresco...

El aliento de la rubia le subió por el cuello.

—...que necesitaban las mustias y viejas velas inertes...

El aliento era un soplete en la barbilla de Pepe.

—...de esa triste nave sin rumbo en la tormenta que es mi agonizante... mi triste y moribundo...

Pepe la besó antes de que pudiera decir corazón.

El carrazo entró en un garaje y se detuvo. Pepe se sobresaltó. La rubia le puso un dedo en la boca.

—Shh, tranquilo... –dijo.

El malencarado del palillo les abrió la puerta del carro y desapareció con el otro matón. Fláuer y Pepe se bajaron. Ambos tenían aspecto de haber participado en una pelea de lucha libre. Pepe examinó el garage. A no ser por la altura del techo se podría haber celebrado allí un juego del Habana con el Almendares.

Fláuer empujó a Pepe hacia un pasillo. Entraron en una especie de salón alfombrado. Se encontraban en un lugar al que habían tirado buenos billetones en decoración.

—¿Dónde estamos? –dijo bajito Pepe. Podían haber llegado hasta Santiago de Cuba y no se habría dado cuenta de nada.

—Shh, *baby* –dijo Fláuer.

Caminaron en la oscuridad hasta una puerta que tenía un vidrio que reflejaba luz amarilla. Pasaron por ella hacia otra sala gigantesca, repleta de muebles y cortinas, alumbrada por una sola lamparita; siguieron hacia una escalera enorme que se torcía por gusto en un amplio círculo, y subieron.

Era un palacete inmenso, lleno de habitaciones y corredores de mármol. Llegaron al final de uno de los corredores y Fláuer abrió una puerta. Entraron a una habitación, que estaba a media luz.

Al fondo, una puerta abierta de cristal nevado, decorada con una jungla, dejaba ver parte de lo que parecía ser un gran baño en negro. El baño también estaba decorado con pinturas de la jungla y animales desparramados por todas las paredes y el techo. En las lozas del piso, una serpiente se dirigía hasta el inodoro.

En la habitación había cuadros enormes y cortinas rojas que tapaban las ventanas. En el techo se abría un enorme tragaluz de dos aguas por donde se veían las estrellas. De película.



Fláuer, apoyada en la puerta, pasó el seguro y encendió una lamparita sobre la mesa de noche. Fue hasta el baño, pasó otra llave. Regresó suavemente y tiró su visón sobre un butacón rojo. Se acercó a Pepe sonriendo, con la punta de la lengua entre los dientes.

—Debes lucir bien en mi bañadera negra –dijo Fláuer–. Mi niño rosado.

Y lo llevó hacia la jungla por el brazo.

Al amanecer, Fláuer tenía la cabeza de Pepe sobre un muslo y le pasaba los dedos por el cabello.

—Me tengo que ir caminando –dijo Pepe.

—Quédate un ratiquito más –dijo Fláuer– y desayunamos aquí en la camita.

—*Okey*... pero un ratico...

Pepe se levantó y se fue al baño. Fláuer tomó un teléfono blanco y lo descolgó.

—Anota, niña. Café con leche, *hot cakes*, tostadas...

Pepe descargó el inodoro y se miró en el espejo. Tenía en el cuello y los hombros un camuflaje de besos marcados y chupados.

—¿Quieres mermelada? –le dijo Fláuer desde la cama.

Pepe giró y le dijo que no con la mano. Abrió las llaves y puso tibia el agua. Se mojó la cara y se secó con una toalla que tenía bordado en una esquina...

## EL

Se quedó inmóvil. Con la puntica de los dedos abrió muy despacito el gabinete y vio –con frío en el estómago– una enorme brocha de afeitar, una jarra llena de jabón, un par de navajas alemanas que cortaban hasta el aire, un afilador de cuero y un pomo de ALCOHELITE al 90 por ciento que el animal debía usar para después de afeitarse. Caminó en puntillas hacia el otro extremo del baño, donde había una puerta de espejo, igual a la que daba para el cuarto de Fláuer. Tenía puesto el seguro; se lo quitó... y la abrió lentamente. Comunicaba con otro dormitorio.

Había una cama y un largo closet abierto, donde vio colgado un enorme y sedoso pijama verde de hombre. Sobre la cama, descansando sobre unos pernos, una escopeta Winchester de mazorca del .16, una Baby Thompson sin culata, una pistola Colt Navy .45 niquelada, un revólver Smith & Wesson .38 modelo ruso, una pistola de señales y un negro bichobuey, ancho como un muslo de Fláuer.

Sobre la mesa de noche, dos granadas de fragmentación MK1, otra de humo y cajas con munición. A un costado de la cama, como para echarle mano en una emergencia, colgaba una pesada mocha Collins, un machete paraguayo tamaño Super King Size y un afilado *bolo* filipino, de hoja laaaarga y gorda.

Pepe cerró la puerta lentamente y le pasó el seguro, doble.

—Me tengo que ir –le dijo a Fláuer–, no puedo quedarme, es que tengo que irme, lo siento pero tengo una..., es que debo..., que tengo que irme.

Pepe se fajó con los pantalones, que se negaban a dejarle meter las piernas. Fláuer se levantó y lo abrazó divertida.

—Ya sé –dijo Fláuer–, viste el cuarto de mi esposo.

Empujó a Pepe sobre el butacón y se sentó en sus piernas.

—Está en Washington, bobo.

Besó apasionadamente a Pepe. Se levantó y le tomó una mano.

—¿No te gustó mi ducha caliente-caliente?

Pepe se puso de pie y se alejó de ella. Se abrochó el pantalón. Agarró la camisa.

—Te agradezco pero, de verdad, se me olvidaba que tengo un ensayo.

—No viene hasta pasado mañana por la tarde –protestó Fláuer y se agarró los pechos–. Enjabóname otra vez...

Pepe se paró sobre los zapatos y se los puso, sin aflojar los cordones.

—Lo siento.

—¡Coño, pero que pendejón me has salido, oye! –dijo Fláuer.

De pronto sonó el teléfono blanco. Pepe se quedó congelado, con el brazo en alto, la chaqueta a medio poner.

—Seguro que es la monga esa. A ver qué pasa ahora con el desayuno.

Fláuer descolgó furiosa. Sacudió la cabeza y se echó el cabello a un lado. Con voz dulce y calmada dijo:

—¿Sí?

Se estremeció y tomó el auricular con las dos manos.

—¿Cómo?... ¿Seguro?...

Colgó y empujó a Pepe hacia la puerta.

—¡Está aquí!

Fláuer abrió la puerta y lo sacó de un empellón.

—Métete en el cuarto ese, yo te aviso... ¡Dale!



Pepe se dirigió al cuarto de enfrente. Por el corredor vio la sombra proyectada de una persona que venía subiendo la escalera. Empujó la cerradura, pero no se movió. Le metió caña con las dos manos pero la puerta no se abría. Miró hacia el final del corredor... y casi vomita de horror.

Lola se acercaba, con el desayuno. Venía despacio, mirando fijamente la bandeja, concentrada en no derramar nada.

De un salto, Pepe entró en la habitación de Fláuer. Flaúer se estaba poniendo una batica blanca y se encogió al ver entrar a Pepe, pálido y descompuesto.

—¡Perocojone! –exclamó Fláuer–. ¿Serás mongo?

—¡Nosabrelapuetamiedaesa! –dijo Pepe.

—¡Métete en el close! ¡No! ¡Mejor ven conmigo al...!

Lola tocó en la puerta y Pepe dio unas zancadas hacia el baño. Fláuer le hizo unas señas exageradas con el brazo para que se metiera debajo de la cama. Pepe hizo un giro y se deslizó debajo, limpiamente, como al robarse segunda.

Fláuer abrió. Lola entró muy seria y puso la bandeja –con dos juegos de cubiertos– sobre una mesita. Flaúer agarró uno de los juegos y se los puso a Lola en el pecho.

—Deja un juego de cubiertos nada más. Llévate el otro, aprisa.

—Pero usted pidió...

Fláuer tiró de nuevo los cubiertos en la bandeja, furiosa.

—¡Aíchss! –dijo Fláuer–. ¡Llévate todo, monga, rápido!

Lola agarró la bandeja y salió. Toques en la puerta del baño del otro lado tun tun tun...

—♫ ♫ Palomiiiitaaaaa... ♫ ♫

TUN TUN TU-TUN TUN.. TUN-TÚN. Flaúer se volvió lentamente hacia el baño. Hubo un silencio de siete segundos exactos. Y de pronto, la puerta del espejo empezó a vibrar bajo unos golpetazos PUNGA PUNGA CRANNN PUNGAMN.

—¡Abre aquí de una ve, chica, cagüen mi estampa carajo! –gritó la voz chirriosa del capitán Vives.

Fláuer corrió, dio unos brinquitos y se detuvo ante la puerta. Se apretó la cinta de la bata.

—¡Vaaa! –dijo y soltó un bostezo agudo. Abrió.

Debajo de la cama, Pepe tenía una visión limitada, panorámica, a ras del suelo.

—¡Siempre la puñetera manía de ponel seguro!

Aparecieron las piernas de la rubia caminando hacia él; detrás venían las patonas de Vives, que usaba polainas encima de sus zapatones de charol. Vives le dio una nalgada a Fláuer que sonó como un escopetazo.

—¡Ay, coño! ¡Bruto! –protestó ella.

Vives se metió la mano en un bolsillo y sacó un paquetico.

—Te traje una cosiiitaa.

En la nariz de Vives sonaba un moquito fuisss fuisss. Crujidos de papeles. Pop, una cajita.

—¡Ay, qué linda, *darling!* –dijo mimosa Fláuer y sonó un besito.

Las patonas de Vives se pegaron a las de la rubia.

—Un besito mojaíto, ven.

—Ay, chico, que estoy acabada de levantar...

—Asísmás rico, mmm.

Se separaron bruscamente. Fláuer se movía como un boxeador que no quiere que lo peguen contra las cuerdas.

—¿Y qué tal el curso?

—Una comemieldería de lo jamericano, tú sabe. Fuiss, fuiss. Ello todo lo quieren hacel con mucho metodismo y esa guanajería. Que hay que enfrental los interrogatorio según la clase social de los detenido, que patatín que patatán, sapinguería pura. ¡Interrogatorio los de nosotro, con bichobuey y eso…!

De pronto, Vives dio un paso y la agarró fuera de base.

—Lo que vengo loco fuiss fuiss pol jamoneadte toda, beibisita.

—Quita, que me duele la cabeza, chico.

—Fuiss fuiss fuisss.

Las caderas de Fláuer hicieron un intento de huída pero las tenazas de Vives la tenían clavada en el lugar.

—¡No me diga, chica! –dijo Vives–. ¡Chica, a ti siempre te duele la cabeza! ¿Tiene jun tumooool o qué?

—Por la noche, suéltame.

—¿Me lo promete?

—Sí, vaya.

Vives salió trotando furioso. Se le oyó cerrar la puerta de espejo. Fláuer se sentó en la cama. Se agachó un momento y le hizo señas de que se mantuviera en silencio y con un manotazo, le tiró a la cara su calzoncillo matapasión amarillo. Después, Pepe oyó un cling, y a Fláuer hablar por el teléfono.

—Sube.

La rubia abrió la ducha y se sentó desnuda en la taza del inodoro. Le hizo señas a Pepe de que podía verlo desde allí y él se arrastró hacia atrás, hasta pegarse a la pared.

Tocaron a la puerta. Fláuer hizo que Lola pasara. Pepe vio las lindas piernas de Lola retroceder al ver a la rubia.

—¡Ay, señora!

—¡No seas pajuata, chica, entra!

Fláuer le hizo una seña de arrímate, con impaciencia. Lola se acercó más.

—Dile al mexicano –dijo Fláuer en voz baja, mientras vigilaba la puerta del espejo– que tengo alfombra, que yo le aviso.

—¿Alfombra?

—¡Ay, sí, chica! Alfombra.

—¿Le digo así, señora?

—Sí, chica, él sabe... ¡Qué pasmá eres! ¡Dale!

Lola se fue y Fláuer se metió en la ducha. Media hora después, se arrodilló y le dio una tarjetica a Pepe.

—Tú, déjate llevar, no tengas miedo –le dijo Fláuer y le tiró un beso silencioso, haciendo 888 con la lengua. Se puso de pie y salió con un portazo.

Una hora más tarde entró Vives con el pijama verde. Se puso a registrar todas las gavetas de la habitación hasta el fondo. Fue al baño, se quitó el pijama y abrió la ducha. Tenía un cuerpo extraño y un pito muy feo. Se duchó y salió sin secarse. Un tiempo después, Pepe oyó el portazo de Vives que se marchaba. Luego silencio y el tic tac de un reloj.

Horas después, entraron los malencarados. Usaban zapatos de dos tonos. El del palillo se agachó y miró hacia debajo de la cama; y le hizo un ademán a Pepe, chasqueando los dedos. Pepe salió de su escondite adolorido y entumido.

—Uta, chingue me lo ha dejado, ¿Eh, Bache? –dijo el mexicano del palillo y lo miró divertido.



El matón, a quien llamaban Bache, le sonrió a Pepe con una mueca y tiró una alfombra en el piso.

—¡Dale, mandinga!

Se detuvieron en un solar yermo de Miramar. El maletero del cupé se abrió, sacaron la alfombra y la desenrollaron, haciendo rodar a Pepe. Los tipos la estaban pasando de lo más bien.

Pepe se puso de pie. Había sudado dentro de la alfombra y ahora la suave brisa le enfrió el cuerpo. Maquinalmente, se pasó el matapasión por la frente.

Los malencarados se miraron sonrientes y sin decir palabra recogieron la alfombra, se montaron en el cupé y se largaron. Estaba anocheciendo. Pepe echó a caminar hacia el puente.

Negro oía la narración de Pepe con una sonrisa socarrona.

—Pepee... esa gallina e una loca quimbá, ñooo –dijo. ¡Esa no me la sabía! ¿Tú dicee...?

Negro hizo una evolución con las manos.

—Así mismo. Ella le dice un pupi.

Negro se rió con la boca abierta.

—¡Algo se aprende to los día!

Se callaron. Llegaron Prats y Tetilla, este último con un nuevo peinado. Se sentaron a una mesita. Pepe había informado de su contacto con la esposa del capitán y de la posibilidad de llegar a los papeles mediante su engaño. En la tarjetica que le dio la rubia había un número de teléfono. Resultó ser el de una peluquería selecta en el Vedado. Fláuer, que en realidad se llamaba Efigenia Engracia Mariflor, le había pedido que se encontrara con el mexicano del palillo, rayando la medianoche, cerca del garaje de la mansión.

Pepe, valientemente, había aceptado. Ahora esperaban las instrucciones de Prats.

—Esto es muy peligroso, así que... poco a poco, trata de que consienta contactar contigo fuera de la casa. A ver si, a la larga, ella misma te saca los papeles.

—Lo que le va e a sacal la vida al Pepe –observó Negro–. Esa tipa e un lince y ta loca. La cosa es que Lola nos deje entral.

—No podemos desaprovechar este golpe de suerte –dijo Prats. Por lo menos, Pepe podrá tratar de conocer mejor la ubicación de la casa.

—Tigre, que Lola haga un dibujito, un mapita, y ya. ¡Ah, cará! –dijo Negro, que temía por la vida de Pepe.



—Caballero, yo vi el cuarto del tipo, y tiene yerros por todos lados –dijo Pepe.

—Hablaré con Lola para que ponga un neuroléptico en el tilo que se toma el capitán por la noche –propuso Prats

—¿Quéjeso, tigre, un ciempié en el tilo? –dijo Negro, a quien irritaba el tonito académico que a veces adoptaba Prats.

—Es un sedante que lo hará dormir profundamente. Luego Pepe, que es quien tendrá una visión objetiva de la situación, dará o no, la señal de entrar. Aunque no entremos esa noche, será un paso de avance hacia la meta final.

—Hay que averigual –dijo Tetilla– el tipo de caja fuette, pa ir practicando y eso.

—Nada, hay que hablar con Lola –dijo Prats y se puso de pie.

—Vamo a su casa –dijo Tetilla.

Pepe sabía que no estaría en la casa. Negro y él se encontrarían con Lola y Fénix en el parque de Albear.

Esa noche, Lola estaba preciosa. Las dos parejas caminaron hasta Malecón tomadas de las manos y dieron un paseo lento hasta Galiano. Se compraron unos helados chinos en Zanja y volvieron al parque. Pepe besó a Lola, y la despidió a una cuadra de su casa. Los padres de Lola no querían saber nada de novios. Luego caminó con Negro y Fénix hasta Monte. Sus amigos tomaron un tranvía y Negro le hizo una señita a Pepe que indicaba que iba a probar eso del pupi con Fénix.

Werner preparó un pequeño botellón con la última variante de la fórmula antisolar –revisada, corregida y aumentada– para uso exclusivo de Joseph. Contenía un buen por ciento de ron. Llenó una probeta y la colocó junto a veintidós muestras de la evolución del invento. Cerró con llave el gabinete y limpió la mesa de trabajo.

Estaba seguro de que la bebida antisolar se había instalado en Joseph de tal forma que resistiría el Sol para siempre. El efecto secundario, la desagradable apetencia por alimentos sólidos, repulsiva para los vampiros, debía anunciarse en la etiqueta, advirtiendo que el uso continuado del producto podría ocasionarla. Estaba seguro, que, a pesar de esto, la fórmula sería consumida ampliamente. Sería una felicidad para todos.

Había creado un nuevo tipo de vampiro en Joseph… quizás, el sueño de su hermano el Conde. El joven era fuerte, alegre y tenía una vida divertida. De todas formas, insistió en que el joven debía tomar su «vitamina» una vez por semana.

Werner se sentía pleno, realizado, con la nueva y última versión de la fórmula, ahora con el nombre de *vampir emulsus solis*. Se imaginaba las caras de los miembros del Grupo Europeo –que tanto lo maltrató y humilló– al mostrarles su invento. Werner sentía que todavía no era el momento para revelar la nueva fórmula. Si existiera una publicación seria, algo así como una revista especializada científica vampira, se atrevería a publicarla. Pero había mucha confusión en el mundo.

El grupito de líderes europeos se había dedicado a borrar todo lo que floreció bajo el gobierno de su hermano el Conde von Drácula. Ahora el viejo castillo de la familia, en Baviera, era propiedad del llamado Grupo Vampiro Europeo y Getringen, su Gran Líder, se declaraba admirador de los nazis.

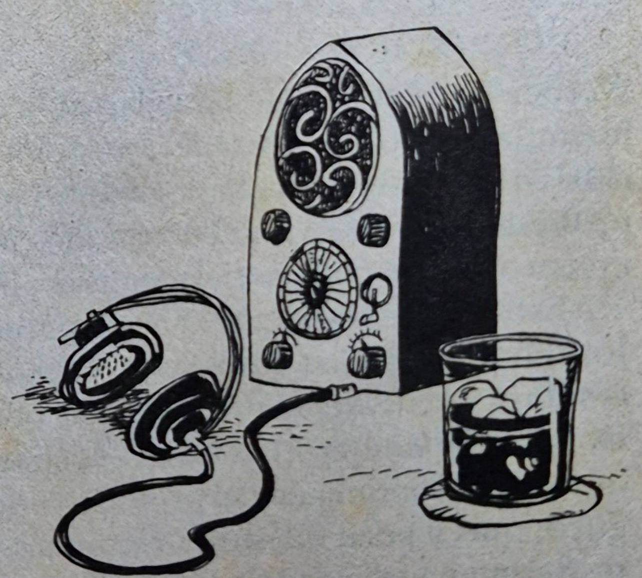
Por otro lado, la Capa Nostra seguía creciendo y se hacía cada vez más influyente en el mundo de los vampiros, con sus turbios negocios que ya se enfrentaban a los intereses europeos.

De todo esto se enteraba en las noches de calma, que era cuando en su aparato se podía oír –sin interferencias– la emisión en alemán del noticiero de Radio Vampiro Internacional.

Un atardecer, cuando Bruno cenaba murciélagos fritos, Werner encendió la radio más temprano y la dejó calentar unos minutos. Se acomodó –rodeado de sus *pasmati*– en un viejo butacón, con un vaso de añejo entre sus rojos guantes de caucho.

Por la pequeña bocina del aparato empezó a oírse el final de una composición de Chaikóvski y a continuación:

(Estática; y el espeluznante chillido en fa menor de un vampiro en celo)



MÚSICA ENTRANDO, SUBE Y RESUELVE.

LOCUTOR
(con eco final):
Este es… el Noticiero Mundial de… ¡Radio Vampiro Internacional-NAL-ál-al!

MÚSICA (01) SUBE Y SE MEZCLA CON EFECTO DE TELÉGRAFO MANIPULADO CON DESESPERACIÓN (PÍIIT-TIP PIT-TÍ RITI… etc.)
SE VA POR FADE LENTAMENTE.
ENTRA POR FADE MÚSICA SUAVE (O2) Y SE VA A TERCER PLANO.

LOCUTOR:
Laaas últimas noticias del acontecerrr vampírico mundiAL -al-al.

LOCUTORA:
Lo que sucede en el planeta, minuto a minuto.

LOCUTOR:
Una emisión más en alemán, en las voces de…

LOCUTORA:
¡Gustav Hendehaupft!

LOCUTOR:
Y la bella ¡Inge Stionneng!

LOCUTORA:
Patrocinada por… ¡American Dream! ¡Espacio… confort!

CANCIÓN JINGLE:
Duerma relajado/ no despierte ajado/ vírese de lado… ¡sin temor!/ ¡Or-oor!/ siempre piense claro/ aire-condicionado/ insonorizado/ American Dream es el mejooor…

LOCUTORA:
Ataúdes American Dream...

LOCUTOR:
Más espacio, más confort.

LOCUTORA:
No pase media muerte apachurrado en su ataúd anticuado.

LOCUTOR:
American Dream es más espacio, más confort.

ENTRA DE NUEVO TELÉGRAFO (2 segundos). SE VA POR FADE. SONIDO DE AVIÓN QUE PASA RASANTE Y ENTRA:

LOCUTOR:
Chicago, Estados Unidos. Johnny Terrori, el carismático director de Vampire Beaches Incorporated, la recién creada empresa norteamericana de playas artificiales, anunció anoche a esta emisora la apertura –en Europa– de las primeras playas subterráneas para vampiros.

GRABACIÓN DE TERRORI:
Yeah, we wanna make Europeans stop digging shit trying to go against our...

TRADUCTOR (voz encima):
Er... pues sí... haremos que los... er... ero... europeos entiendan cuál es el asunto y no... y no arranquen campañas que confundan o... distorsionen el sentido de las playas subterráneas.

LOCUTOR:
Herr Terrori dijo que dentro de pocas semanas comenzarán a negociar con el Grupo Vampiro Europeo para que el viejo castillo de los von Drácula se convierta en la primera playa artificial para vampiros en el Viejo Continente.

TERRORI:
Our beaches gonna be a strong source of amusement and joy for the Vampire community...



TRADUCTOR: (voz encima)

Nuestras playas serán una fuente de entretenimiento... er... y de disfrute para las comunidades vampiras en todo el mundo. No engañamos a nadie, no son playas verdaderas; el Sol es artificial... pero, oh, hermano, es lo que más se le parece.

LOCUTORA:

El Líder del Grupo Vampiro Europeo, Herr Heinrich Getringen, declaró a Radio Vampiro Internacional...

GETRINGEN:

Hemos visto fotos de las llamadas «playas» de Mister Terrori y –personalmente– pienso que, por su decoración decadente, típica de los más aberrantes espectáculos judíos de los yanquis, son un insulto a nuestra hermosa cultura germana, una afrenta a los vampiros de este continente. Como Líder del Grupo –pero amante de la democracia– no deseo pronunciarme antes de que se inicie la negociación... y mis colegas expresen sus consideraciones ante tamaña provocación.

LOCUTORA:

En otro orden de información, se supo que el Alto Mando del Ejército hizo un llamado a los vampiros alemanes a incorporarse a –¡CLIC!–

Werner se quedó mirando al vacío por unos minutos. Se puso de pie, dejó el añejo encima de la radio y comenzó a pasearse por el salón. Se pasó una mano por la cabeza, donde la quemada del Sol había hecho desaparecer su cabello rojizo. Europa se hallaba amenazada por las mofetas morales de Chicago, gente que era capaz de aliarse hasta con los miserables guelóvniks para lograr sus fines. Debía tomar una decisión urgente. Si la Capa Nostra dominaba el mundo vampiro, lo convertiría en una especie de mediocre y simplón Coney Island, un enorme parque de diversiones y estupideces, sin cultura, un casino preparado para exprimirlos. La fórmula antisolar podría pararlos en seco. Pediría como condición que fuera revelada libremente, como patrimonio de la especie. Se dio un palo de ron. Sí, era el momento. Giró raudo y bajó las escaleras hacia el sótano.

En el laboratorio, tomó una probeta nueva y la llenó de fórmula. Taponeó con cuidado la probeta y la selló con cera. Escribió un folio, lo firmó, y con él, la envolvió.

Apareció en el salón con una cajita de madera, la colocó en una mesa y se quedó mirándola. Por fin, suspiró y fue hacia el teléfono. En la guía miró las Páginas Amarillas y marcó un número. Dejó sonar unos timbrazos y colgó indeciso.

Fue al carrito del bar y sirvió medio vaso de añejo, le echó trozos de hielo y se puso a moverlo para que sonara. Se dio un largo trago, dejó el vaso y fue de nuevo hacia el teléfono. Marcó.

—¿Sí? ¿Relámpagon Cubanon? Sí, buénan… para una entregan al extranjéron… non… sí… para Düsseldorf, Alemanian. No, no, non, A-le-ma-nian, el país que están al lado de Francian. España, claron, al lado de Francian… ¡Ah! ¿Y usted es den…? Gallegon, claron… Düsseldorf, Alemanian. No, no, non, sin hachen, sin hachen…

Una hora después, el camión de mensajería, un viejo Mack de transmisión por cadenas, llegó a recoger la cajita. Dos mulatos flacos, fumando cachitos de tabaco, pesaron la caja, cobraron y le dieron un papel azul con la garantía de que el bulto llegaría a Alemania en dos semanas.

Bruno los acompañó hasta la calle y cerró la puerta del jardín. En la ventana, Werner sorbía otro añejo con expresión de haber cumplido con la promesa que se hizo a sí mismo mientras volaba en los remolinos del huracán.

El camión arrancó con un traqueteo. El mulatito al timón se volvió hacia su compañero y señaló a Bruno con un movimiento de ojos.

—¿Vitte el colol dese tipo, mi hermano?

—¿Tú vidte eso?

—Y pol la pette a boca, hace un me que no jiña, po lo meno.





# IV

El castillo negro absorbía la luz solar de la mañana, con el típico cielo despejado de invierno. En la distancia se podía ver la ciudad de Düsseldorf sobre la nieve.

Los delegados estaban sentados alrededor del hogar de la biblioteca del castillo, dando sorbitos a sus copas con 0 positiva y un suave Carmenet.

—¡Una reunione a las nueve de la matina! Un disparate –dijo Ciupafino, irritado.

— Una hora absurda... y peligrosa –dijo Sir Winstein.

—¿Habéis visto el ataúd donde llegó el Gondón ese? –dijo Dolors–. ¡Joder, macho, debe medir como tres metros de largo por tres de ancho!

—Cugtuga ameguicana, queguidos amigos –dijo Alphonse Rebombiaux, el nuevo delegado, pues la Francia se había incorporado también al Grupo Vampiro Europeo.

—¿Y qué me decís del color? ¡No me lo podía creer, troncos! ¡Un ataúd color... mandarina! ¡Alucinante!

Alphonse se levantó a servirse otra copa cuando la puerta se abrió de golpe.

Entraron Getringen y un vampiro yanqui alto y gordo –de bigotico muy finito– que hablaba animadamente, con un habano



Sambo entre sus dedos llenos de anillos. Se calló al ver a los europeos.

—Señores, este es míster Goingdown –dijo el Gran Líder Getringen.

—*Hi, folks*, pueden llamarme Ed.

Ed contrastaba con todos ellos, vestidos de riguroso negro. Lucía –sin aparente turbación ni vergüenza– un traje rojo sangre, de solapas color vino; camisa negra con flores naranjas, y corbata amarillo pollito. Para más INRI, su pantalón tenía una rayita dorada que bajaba hasta unos zapatos… blancos. Los europeos se estremecieron exasperados, pero no abrieron la boca.

—Es muy bonito este viejo caserón, socios. Estaba comentando aquí al cabrón jefe que, en cuanto lo decoremos apropiadamente, se van a mear de gusto, colegas.

—Ed tiene ideas interesantes, amigos. Por ejemplo, todo el corredor central estaría lleno de arena, con plantas tropicales artificiales. ¿No es así, Ed? –dijo Getringen con una sonrisa.

Los delegados se miraron de reojo. La sonrisa podía significar que el Gran Líder hubiera hecho un trato secreto con el desagradable norteamericano.

—*Yeah, folks!* Palmeras y dátiles caribeños, bambú. En este lado de acá, el bar y su billar… (Ed movía los brazos y parecía que estaba viendo el bar y el billar) ¡Allí, una Victrola con luces de colores y, al lado, un aparato de dispensar Vampicola, bien, pero, bien fría! ¡Qué parta los dientes!

Ed miró las caras inexpresivas de los europeos, pero Getringen le seguía sonriendo. Ahora se dirigió solo a él.

—Van a adorar esa bebida de Vampicola, créanme, colegas. Construiremos la playa con una máquina de hacer oleaje y mar picado. Garantizada. Y es un éxito en todas nuestras playas. Romperemos un poco aquí y allá arriba, para instalar el Sol artificial… ¡Muchacho, eso los enloquece! Se pasan horas tostándose. Luego, a vender gafas de sol, cremas, condones y esas chucherías. ¿Mm?

Ed dio un codazo cómplice al francés pero este lo miró con ojos entornados. Ed se alejó y extendió los brazos.

—Y… allí, la excitante ruleta de toda la vida… y muchos viejos ladrones mancos, los tragamonedas de *jackpot*.

Ed dio una palmada que retumbó en la biblioteca, hizo un rápido giro de baile y señaló hacia la habitación de fumar.



—Y allá… la pista del *show*, con chicas jamonas, muy tetonas, con la presión sanguínea a tope.. ¡Una mezcla explosiva, socios! Habrá que cerrar el bar de vez en cuando para permitir que se enfríen los asientos. ¡La primera playa para vampiros en toda la cabrona Europa! ¡Y que me cuelguen un mediodía, *folks…!* ¡Puedo verla… puedo verla!

Ed dio un respingo, como si hubiera tocado 220 voltios, y giró. Ahora parecía un predicador, parado en la punta de los pies, los brazos extendidos, la cabeza pegada al pecho y los ojos cerrados.

—¡Puedo ver laaaa luuuuuz… del más elegante, más rebuscado, más cojonudo y más refinado anuncio de neón que se pueda comprar con dinero, amigos! –chilló Ed con emoción.

Giró la vista hacia un anuncio imaginario que estaba por encima de sus cabezas. Lo dibujó lentamente con una mano abierta, que abría y cerraba para indicar intermitencia.

—Y leeeeo… y leo… en esa belleza…




...y debajo...

Ed Goingdown
*MANAGER*

Los miró muy serio y le dio un chupón a su habano.

Getringen levantó los brazos y su sonrisa se hizo más amplia.

—¡Vaya, vaya, impresionante, Ed! ¡Sentémonos!

Se fueron a la elegante mesa del siglo XVI y se acomodaron en sus grandes sillas de cuero. Getringen señaló una silla en la cabecera para el norteamericano y él se sentó junto a una dorada cuerda que colgaba del techo y que servía para llamar a la servidumbre.

Ed se echó para atrás en su asiento e hizo un movimiento para poner los pies sobre la lujosa superficie de la mesa, pero se contuvo. Se limitó a tirar al descuido un trozo gris de ceniza sobre esta. Los europeos tosieron y se aclararon la garganta, incómodos.



—A decir verdad, Ed –comenzó Getringen–, …no creo que la oferta de Vampire Beaches sea tan ventajosa para nuestro Grupo Europeo. Usted ha hablado de un miserable cero punto tres por ciento de las utilidades.

—¿Cero punto ce…? –Se ahogaba indignado Sir Winstein.

—E un asalto a mano armata –dijo Ciupafino.

—¡Estáis de cachondeo! –apuntó Dolors.

Ed miró fijamente la vitola de su habano y habló sin mirarlos.

—*Aw, come on, folks,* es un pago simbólico por el alquiler de esta cabrona y mohosa mole de piedras viejas. Nosotros tenemos la fuerza y tenemos el cabrón dinero. Les hacemos un favor al invertir capital en su territorio –se enderezó en el asiento y los miró–. No estamos en contra de que ustedes se hagan cargo de la limpieza del local y del mantenimiento. También pueden buscarse un dinerito aparte con las cremas, las gafas… Pueden reclutar a las chicas y a los viciosos para el bar. Mientras más viciosos sean, mejor. Garantizado.

—Este castillo, Ed, fue construido hace siglos. Es un tesoro arquitectónico del más puro estilo carolingio… ¡Dátiles caribeños! ¿Aquí? ¡Palmeras de celuloide! ¡No me haga reír!

—VAMPICOLA, ¿Aquí? –interrumpió Alphonse, gran conocedor de vinos.

El Gran Líder lo hizo callar con una mirada y siguió:

—¿Cree que permitiremos que ustedes conviertan este monumento a la cultura europea en un lupanar de mal gusto… por un piojoso cero–cero punto tres por ciento?

Ed hizo crujir la silla para inclinarse y apoyar los codos sobre la mesa. Se pasó la lengua a todo lo largo del bigotito y sonrió.

—*Oui, Mademoiselle!* –dijo–. Porque los señores aquí presentes no tienen un cabrón dólar para mantenerlo. Están en números rojos. *Kaputt. Bye, bye, Brazil.* No tienen jugo, son historia antigua y medieval. En América hacemos las cosas en grande. Funciona. Ustedes, encartonados y patéticos europeos, no saben ordeñar a los cabrones vampiros de esta parte del mundo. Nosotros sí sabemos y créanme, *folks*… ¡Adoran cómo lo hacemos!

Los delegados quedaron en silencio. El Gran Líder estaba tirando un *bluff*, un farol, pero lo que decía el yanqui era verdad. No podían contra gente que viajaba en ataúdes American Dream con aire acondicionado. Miraron nerviosos a Ed Goingdown que, sonriendo, puso con suavidad los papeles del contrato sobre la mesa,

sacó una pluma enchapada en oro, le quitó el protector y la colocó, lista para firmar frente a Getringen.

—O firman –dijo Ed–. ¡O la Gran Estaca!

Los delegados apretaron las mandíbulas. La Gran Estaca ya era como para volvérselo a pensar. Sin embargo, con una calma impresionante, el Gran Líder se puso de pie y se colocó junto a la cuerda para llamar a los sirvientes.



—Bien Mister Goingdown, esta es nuestra respuesta –dijo el Líder. Agarró la cuerda y le dio un fuerte tirón.

En el techo se abrió una trampa y el Sol cayó sobre Ed Goingdown, cuyo torso hizo pfuám y ardió de inmediato.

Los delegados saltaron horrorizados hacia atrás y se pegaron a la pared. La luz los cegaba; sin embargo, distinguían con total claridad la silueta del Gran Líder, increíblemente sonriente bajo los rayos del Sol, mientras disfrutaba la desintegración del yanqui.

Ed Goingdown no gritó demasiado. Un minuto después, cuando ya era un montón de ceniza verde haciendo psit tips, el Líder soltó la cuerda y la trampa se cerró.

Los delegados se acercaron a la mesa. Getringen seguía sonriendo y súbitamente hizo una parodia de Ed.

—¡Puedo verla, puedo verla, folks, eeesa luz, esa luuuuuz!

Soltaron una larga carcajada.

—¿Está bien, querido Líder? –dijo Dolors.

—¿Quieren saber si se me quemó algo, eh? –dijo Getringen divertido–. ¡Pues estoy intacto!

—No puede seg. Jugaguía que lo vi a usted debajo de la luz solag también, ¡Oh, Lídeg! –dijo Alphonse.

—Increíble… –dijo Sir Winstein.

—Colega Dolors, por favor, O positiva para todos –dijo el Gran Líder.

Se sirvieron unas copas. El Gran Líder saboreaba la bebida con gusto. Todos se daban cuenta de que disfrutaba haciéndolos esperar por sus comentarios. Por fin, Getringen dejó la copa y tomó aire por la nariz.

—Señores, la explicación de por qué el Sol no me hizo ningún efecto está aquí.

Sacó una probeta con líquido azul y la mostró.

—*Vampir emulsus solis*. Es una bebida maravillosa. Funciona. La probé con mi gato Fritz.

Los delegados le preguntaron con la mirada sin disimular la ansiedad.

—Sí. ¡El tarado de Werner! –dijo el Gran Líder– ¡Lo consiguió! ¿Se dan cuenta cabal de lo que esto significa?

—¡Joder! –exclamó Dolors–. ¡Significa que las playas subterráneas de los yanquis…!

—Serán obsoletas, se van a la pugneta –rió Ciupafino.

—¡Que podemos hacerles la competencia! –dijo Sir Winstein.

—Pego… ¿Vegneg nos dagá la fógmula? –preguntó Alphonse.

—El cretino de Werner, colegas, nos envió la fórmula para impedir que la Capa Nostra nos explote. Es más, desea que su invento sea divulgado con entera libertad para que lo obtengan gratis… ¡Han oído bien: ¡gratis!... todos los vampiros del mundo.

Se quedaron en silencio unos segundos y luego soltaron la carcajada.

—¡Gratis, puáj! Nos la puso en la mano. Nosotros controlaremos el invento, por supuesto –dijo el Gran Líder y miró los restos del yanqui.

Mientras, Alphonse, que deseaba dar una buena impresión de los franceses, tomó una paleta de la chimenea y barriendo con un escobillón, se llevó las cenizas verdes hacia el lavabo. Levantó la tapa del inodoro y echó a Ed dentro.

—¿Dónde se encuentra el imbécil? –dijo Sir Winstein.

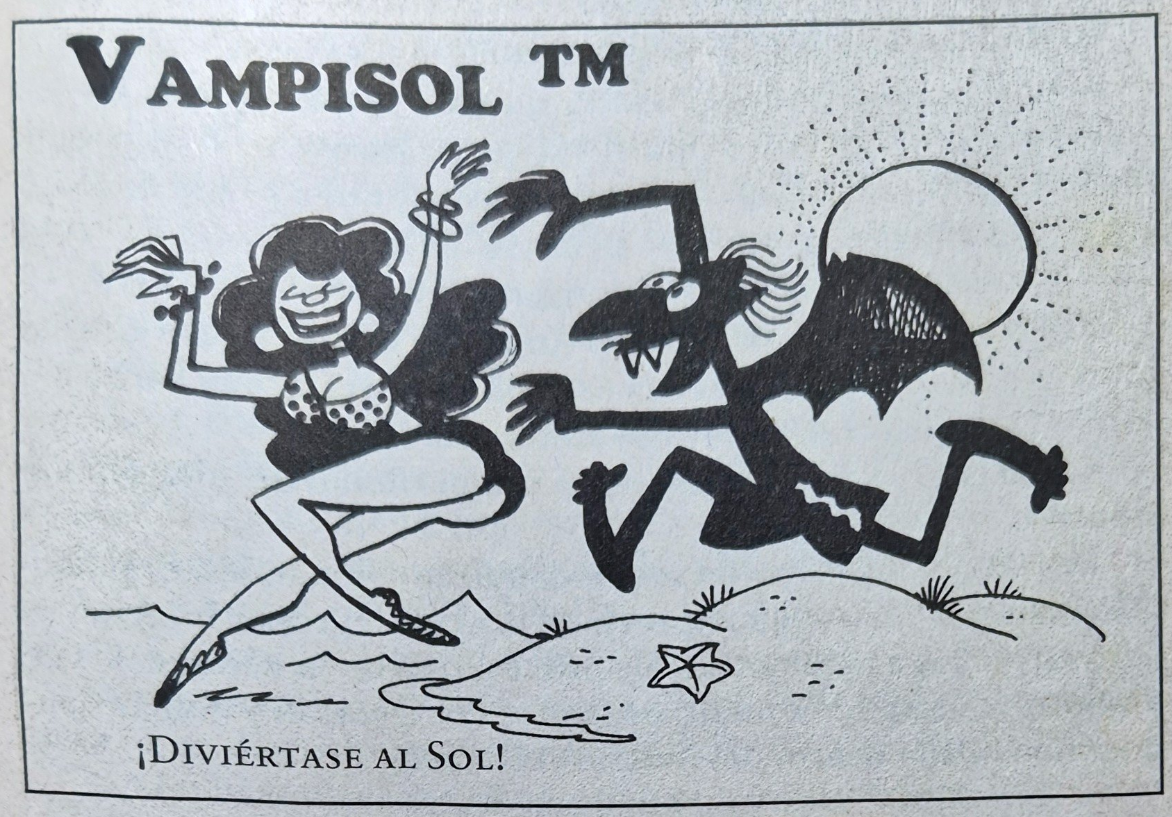
—En *Havanna*, según se lee en los papeles del envío que me hizo –dijo el Líder. Hizo una seña para que lo siguieran.

Alphonse tiró de la cadena y se apresuró a seguir a sus colegas. En el salón de Escudos de Armas estaba el magnífico ataúd amandarinado de Ed. El Gran Líder descorrió unas cortinas y les mostró cuatro toscas cajas de madera que contenían ataúdes. Otra caja, más grande, estaba hecha para meter adentro el American Dream. El Gran Líder iba a viajar muy cómodo.

—Viajaremos a Cuba. Debemos mantener esa fórmula bajo nuestro único y definitivo control –dijo el Gran Líder–. Nos haremos muy poderosos fabricando en exclusiva el brebaje antisolar. Se me

ocurrió un nombre más atractivo y comercial para el producto: VAMPISOL.

Getringen empujó una puerta de corredera y vieron un cartel a todo color




¿Qué les parece? –dijo el Gran Líder Getringen–. También he pensado en un poco de publicidad. En el camino se nos unirá un periodista de Radio Vampiro Internacional.

—*Splendid*!

—*Magnifiquè*!

—*Geniale*!

—¡De puta madre!

Se volvieron a servir 0 positiva en abundancia, chocaron copas. Estaba claro que el zorro de Getringen había trabajado el asunto del Vampisol en secreto. Los estaba utilizando de mera comparsa, el muy prepotente. Los delegados se sentían traicionados, humillados; pero escondieron sus sentimientos y fingieron alegría y euforia.

—Se acabó eso de tener que estar metidos en el puñetero ataúd todas las mañanas, ¿eh? –dijo Dolors.

—¡Pasear por la costa en ropa de *sports!* –dijo Sir Winstein.

—¡Y chupagse una Madame a pleno Sol! –dijo Alphonse con una risita.

—¡Tiene que dejarnos probare la fórmula, caro Líder! –dijo Ciupafino.

—En su momento –dijo el Gran Líder. Sacó un reloj y lo miró.

—Dentro de una hora vienen a buscarnos. El viaje será de unas dos semanas, así que prepárense.

Alphonse detuvo a Getringen cuando iba hacia su ataúd.

—Queguido y estimado lídeg, quisiera decigle que todos nos sentimos muy orgullosos pog el valog que demostró hoy, pagado valientemente bajo el Sol… y quisiera pedigle que a pagtig de ahoga nos deje llamagle Queguido… y Audaz Lídeg.

—Gracias, colegas –dijo Getringen–. ¡Buen viaje!

El Gran Líder abrió la tapa del American Dream y pasó la mano sobre la seda del interior. Se oía una música de jazz muy bajita.

—Hasta tiene radio… –dijo, asombrado.

Cerró la tapa y enseguida se oyó el murmullo del aire acondicionado.

Los delegados se fueron acomodando en sus ataúdes. Eran modelos clásicos y bastante elegantes de la marca europea NOSFERATU, pero estrechos e incómodos. De pronto, oyeron la descarga de un inodoro y luego, los sonidos apagados del Querido y Audaz dándose una ducha dentro del American Dream.

—*Americani!* –dijo Ciupafino con desprecio.

—Pero ahí adentro el Líder está más contento que un bobo con una tiza –dijo Dolors.

Y cerró la tapa de su ataúd.

El lunes a medianoche, Pepe se acercó a la mansión del capitán Vives. Por la acera del jardín, un policía paseaba a un pastor alemán. El policía se detuvo un rato a que el perro oliera y mojara unos postes y luego lo entró a la casa.

En la puerta del garage, apareció el mexicano con las manos en los bolsillos y le indicó a Pepe, con un movimiento de cabeza, que se acercara. Pepe caminó rápido y entraron al garaje.

Adentro estaba parqueado, reluciente, el carro de Vives, bajo unas tenues luces. Subieron las escaleras hasta una puerta que daba al jardín. El mexicano se quitó el palillo de la boca y señaló con él hacia el techo. Pepe vio que podía subir fácilmente hasta la habitación de la



rubia si trepaba por un muro de ladrillos y bordeba la cornisa de la azotea. El mexicano le dio la espalda, salió y cerró la puerta. Unos perros ladraron.

Pepe se quedó mirando hacia arriba. El cielo amenazaba lluvia. Apretó el maletín donde llevaba su trompeta. Por fin, tomó aire por la boca y subió. Pepe, no se podía negar, era un antimachadista consciente.

Encorvado, caminó por la azotea hasta la claraboya tragaluz sobre la habitación de Fláuer. La habitación estaba a oscuras pero con su visión nocturna distinguió abajo a Fláuer, que estaba entretenida en apretar unos botones. De pronto, oyó un zumbido suave de motorcito eléctrico y uno de los vidrios de la claraboya se corrió, invitándolo a entrar.

Abajo, como en un teatro, se fue iluminando poco a poco, con una luz naranja, la cama de Fláuer. Fláuer estaba echada bocarriba, en pose lánguida. Tenía una larga bata de seda, y con una mano bajo la almohada iba controlando la intensidad de la luz sobre el lecho. Le sonrió a Pepe y la habitación quedó bajo un tenue resplandor. El efecto le quedó muy bien.

Pepe se descolgó y se dejó caer sobre uno de los butacones. Fláuer empezó un derroche de poesía en voz baja e insinuante.

—Muchas veces me gusta yacer frágil, desnuda de cuerpo y ansiosa de alma, esperando que cualquier noche las estrellas me cedan su luz. O que la pérfida luna me envuelva en su manto de fría indiferencia –dijo Fláuer, mientras se ponía de pie.

Avanzó lentamente hacia Pepe y, extendiendo un brazo, le tocó la mejilla con la uña del dedo meñique.

—Entonces consigo presentir los más cálidos, los más tenues latidos de mi corazón atribulado.

Flaúer retrocedió hacia la cama dando tres saltitos hacia atrás y se llevó una mano a la frente. Pepe se puso de pie.

—No sabes cuántas noches he yacido desnuda, fría y vacía... añorando la luz luminosa de tus ojos, José. ¡No! ¡Oh, no! ¡No puedes saber! –agregó Flaúer.

Fláuer corrió hacia Pepe y le metió la lengua en una oreja y con un brusco movimiento que casi le parte el cuello, le levantó la barbilla, crac, y lo besó con ansias.

—Chiupss –sonó el beso cuando ella se separó de él. La oreja de Pepe sonaba iiiiiiii.

Fláuer empezó a desnudarlo, respiraba exageradamente... como si se ahogara. Le tumbó unos cuantos botones de la ropa. Luego se quitó la bata con un tirón teatral y retrocedió hasta la puerta. Extendió los brazos y acarició sicalípticamente la madera de la jamba.

—Toca –susurró Fláuer–. Toca para mí.

Pepe sacó la trompeta, le puso una sordina y comenzó a tocar muy bajito; sin dejar de echarle miraditas a la puerta del baño que controlaba Vives.

Fláuer, con los ojos cerrados, se deslizaba, rozando la pared con pasitos rápidos, al compás de la música. Parecía una puerta de corredera que iba y venía.

En la calle, Negro, Prats y Tetilla avanzaron sobre la mansión por detrás de un muro. Comenzaron a enroscar y a empatar pedazos de tubería. Una vez unidos, sería la escala hacia la ventana de la mansión. Una idea de Tetilla. Negro dudaba que aguantara, pero no dijo nada.

Empezó una llovizníta y una hora después, lluvia a lo bestia.

Pepe había logrado abrir la ventana adecuada, según el plan de ataque. Pero ahora la lluvia salpicaba en la ventana y Fláuer quería cerrarla. Pepe la abrazaba con fuerza para inmovilizarla pero ella insistía.

—Ay, cierra, Pipirriqui, tengo frío –chilló la rubia muy alto. Pepe la besó en la boca para callarla. La rubia se disparaba a gritar rápidamente. Pepe se estremeció al imaginar a Vives despertándose y echando mano al machetón filipino. Pero a lo que más temía, lo que lo aterrorizaba de la misión, era que Lola, que dormía en el cuarto de criados, lo sorprendiera fuera de base con la rubia.

Fláuer, en un ataque de éxtasis, agarró a Pepe por las mejillas, sacó una lengua rosadita y gigante y le devolvió el beso. Pepe pensó que Fláuer le iba a sorber los ojos hacia dentro. Entonces le hizo cosquillas en la cintura. Eso siempre funcionaba, y la mujer lo soltó y se revolvió en la cama con una risita de niña boba.

—Pshi chijí chijí chijí jí...

—¡Sió, chica! –susurraba Pepe.

—¡Para y házme pupi, házme pupi! –jadeaba Fláuer.

En la calle, chorreando agua pero en pleno cumplimiento del deber, el comando anti-Machado, vigilaba celosamente la mansión. Esperaban ansiosos una señal de Pepe que anunciara que había

metido en la bañadera a la señora, o que estaba en etapa de *petit morte*, como acostumbraba, según Pepe.

Todas las ventanas continuaban apagadas. Perfecto... y el ruido de la lluvia apagaría cualquier ruido. Se miraron y prepararon las armas.

Entonces, a cincuenta metros de ellos, cayó un rayo despampanante en el mismísimo transformador de la cuadra, que explotó con un bombazo enceguecedor.



—¡Jones! –dijo Negro, con una mano en el pecho.

El comando quedó de momento acinético, como comentaría después Prats. Las luces del barrio se apagaron, los perros ladraron fuera de sí y se oyeron las voces de los policías gritando: ¡Bomba! ¡Su madre! ¡Alerta!

El capitán Vives salió al pasillo con una linterna de pilas y la Colt del 45. La oscuridad del pasillo lo impresionó; así que volvió a entrar y se fue hacia el dormitorio de Fláuer por el baño. El seguro estaba puesto, cosa que lo sacaba de quicio. Empezó a golpear la puerta violentamente.

—¡Palomita! ¿Qué pasa? ¡Abre aquí, coño!

Adentro, la señora dio un salto y se paró en la cama. Pepe se arrastró hacia la ventana y recogió su ropa, que siempre dejaba en una pila bien doblada... para casos de emergencia. Saltó hacia la azotea.

—¡Abre, coño! –gritaba Vives, mientras le entraba a patadas a la puerta. Se oyó el crujido de los espejos.

Pepe se deslizó por el tubo del desagüe, todavía desnudo, y se encogió cuando las luces de las linternas de los policías del patio recorrieron la pared. A lo lejos se oyeron gritos de:

—¡Abajo Machado!

—¡Muera el tirano!

—¡Macháh maárih...! (y una tos).

Enseguida los policías corrieron hacia la calle, gritando: desgraciados, comunistas y otras cosas cosas.

Encima de Pepe, la ventana dio un trastazo y apareció el capitán Vives con su linterna, alumbrando para todos lados.

—¡Desgraciá, mala mujer! –decía furioso.
—¡No seas ridículo, *darling*, aquí no había nadie!
—¡Cállate, ramera!
—¡Bueno, chico…! ¿Y si había, qué? ¡A ver! ¿Qué? ¡A ver!
Pepe se dejó caer, deslizándose por las tejas rojas que daban al garaje.
—¡Que lo mato como un perro, vaya!
El capitán Vives sacó medio cuerpo por la ventana y empezó a sonar tiros hacia la calle. Los crudos estampidos de la .45 estimularon a Pepe, que se lanzó hacia uno de los cipreses del jardín.
Los perros enloquecieron y ladraban como focas, los policías de guardia se lanzaron al suelo disparando sus revólveres sin ton ni son. Sonaron alaridos, rebotes y cristales rotos. A lo lejos, se oyeron pitos de auxilio y Fláuer comenzó a chillar a todo pulmón.
—¡No, *darling*, no! ¡Escúchame, *darling*!
Por la ventana salieron volando una lámpara y el teléfono blanco; se oyeron los sonidos de patadas a muebles, bofetadas y finalmente, la voz llorosa del capitán:
—¡Mala mujel… –gemía y sorbía por la nariz– …maddita, te odio, teodioteodioteodio!
Ya en la calle, Pepe se puso en cuclillas y se desencajó de entre las nalgas algunos trozos de ramas y hojas del ciprés. Logró ponerse la camisa y se disponía a meter el primer pie en el pantalón, cuando vio el bulto desagradable de Bruno saliendo de detrás de un poste.
—¡Ñój, compadre, me vas a matar del corazón!
Bruno gruñó y lo agarró por el cuello.
—Oye, suave, que yo iba para allá ahora –protestó Pepe.
Pepe había quedado –como todos los lunes– en visitar al tío. Bruno lo esperaba con paciencia en 21 y H y lo conducía hasta allí en el viejo Packard.
En realidad, esta noche Pepe no pensaba ir pero –cosa inexplicable para él–, siempre, cuando Bruno lo buscaba, lo encontraba. Se oyeron las sirenas de varias máquinas de la Policía que llegaban al lugar de los hechos. Pepe apuró el paso y sintió alivio al ver el Packard muy cerca de allí.
Bruno casi lo tiró en el asiento de atrás, se puso al timón y arrancó como si manejara un tractor. Las perseguidoras pasaron chirriando gomas. Llevaban policías montados en los estribos, indicación de que últimamente habían reforzando la guardia.



Bruno dobló hacia el puente Almendares y hacia el Crucero de Playa. Pepe se relajó. Ya le harían otra visita al capitán Vives.

En la casona, Fredo, uno de los *pasmati* preferidos de Werner, comenzó a dar chillidos alegres desde la ventana.

—Mm, ya vienen –dijo Werner–. Fredon, prepara la licuadoran.

Fredo saltó ágilmente sobre la mesa y comenzó a batir la fórmula con una sonrisa emocionada. Otros bichos echaron hielo en un vaso y dejaron todo listo para que Werner sirviera las «vitaminas» a Joseph.

—Bueno, chicos… ¡Que Joseph no los vean!

Los *pasmati* se escurrieron desanimados detrás de los muebles. A Werner le alegraba que adoraran a Joseph, pero no quería confundir al joven explicándole de dónde habían salido. Un día lo sabría todo.

Afuera se oyeron portazos del Packard y enseguida entró Bruno arrastrando a Joseph.

—¡Hola, tío, loco por verte! –dijo Pepe.

—¡Hola, Joseph!

Werner sirvió fórmula en un vaso con hielo y fue hacia el joven, que había sido lanzado a un butacón. Pepe miraba sonriente hacia el techo.

—¡Vaya! –dijo–. ¡Felicidades, todas las semanas hay telarañas nuevas!

Werner se sirvió una copa de 0 positiva embarajada con vino tinto y se sentó frente a Pepe. Estaba muy contento. Pepe se inclinó hacia el vaso de fórmula antisolar e hizo una mueca.

—Coño, tío… ¿Más vitaminas? Compadre, llevo años tomando esa cosa y ya me la tiene hasta aquí. Ya estoy muy tarajayúo para estar tomando vitaminitas. ¿Tú no crees?

Pepe se interrumpió. Bruno había dado un paso hacia él y más de una vez, la bestia le había hecho tragar el mejunje a la fuerza.

Pepe suspiró y se tomó el vaso de un tirón. Lo puso de nuevo en la mesa con un golpe.

—¡Vaya! ¿Están contentos?

Le soltó un eructo a Bruno en la cara y volvió a dejarse caer en el sofá, levantando un puf de polvo fino.

Bruno le informó al tío, en zarapunker:

—Vraziegr fokumpftrerg Polizeirgh Getramfgrhk.

Tío Werner asintió y miró a su sobrino Joseph.

—¿Cómo te va, sobrinon? Pareces un pollo mojadon.



—Ahí… ¿Y tú qué? Sigues pálido y flaquito; encerrado en esta casa, siempre oscura y en penumbra. ¡Con el sol sabrosón que hay aquí! ¡Mira todo esto! ¡Da escalofríos! ¡Con la playa aquí mismo, al lado! ¡Qué ambiente, mi tío!

Pepe se levantó. Deseaba encontrarse con el comando y contarles. Si salía pronto, tendría tiempo de agarrar el último tranvía de la confronta en el Crucero y encontrarlos en el bar San Francisco, en la Avenida del Puerto.

—Bueno, gracias por todo, tío, pero tengo que salir otra vez. Un asunto importante, te lo juro.

—La calle está peligrósan, Joseph. La Policía reprímen sin preguntar múchon. Quédaten a pasar la nóchen. Brunon te arreglará tu cuárton.

—No puedo, tío, de verdad; te prometo volver mañana un rato, vaya, para que tú veas.

Joseph abrazó brevemente al tío y giró para salir. A una seña de Werner, Bruno le dio un suave manotazo y Pepe cayó nocao al instante. Bruno lo sostuvo, lo llevó a su antigua habitación y lo dejó bocarriba en la cama. Werner lo cubrió con una sábana.

—Este ambienten es la nostalgia, Joseph… –Werner hablaba en un susurro–. Nostalgia por las frías noches, las ráfagas de viento heladon, la cellisca al anochecer, la niebla espesa, ¡ah…! Son cosas que has olvidadon.

Los *pasmati* salieron de sus escondites y se apiñaron junto a la cama, mirando con devoción a Joseph.

—¡Pero pronton sabrás quién eres: no Pepito, como te llaman aquí... sino Joseph Amadeus von Dráculan, la prueba vivienten de mi experimenton! Que lo mismo andas en las frías nooochenn..., que bajo el ardiente Sol –dijo Werner y soltó una risa breve.

Fue hacia la sala y conectó la radio. Todas las noches esperaba que –en cualquier momento– la noticia de su descubrimiento fuera anunciada por la engolada voz del famoso locutor Gustav Hendehaupft.

Ed Goingdown comenzó a reanimarse dentro de la cañería del castillo. Una hora después de haber sido arrastrado desde el inodoro hacia la fosa (bastante séptica) del castillo, Ed era una masa amarilla que dejaba una leve estela blanca en el agua. Una especie de chorro de leche condensada sin revolver. Esta masa tocó fondo y



comenzó a absorber lentamente las excrecencias centenarias del fondo de la fosa... ESLURP... GLUB... ESLURP...

Es un hecho científico que, si uno sumerge en agua potable las cenizas de un vampiro recién destruido por efecto del Sol, este recibe una inyección de oxígeno e hidrógeno. El hidrógeno se «quema» lentamente –por decirlo de alguna manera– en las células deshechas del vampiro. El caso es que se precipita, en el bolo que forman las excrecencias postvampiro, un proceso químico que vuelve a revitalizar distintos cromosomas, y reanima (en general) todos los elementos prótidos que se encuentran en él. Se dispara su inherente protervia, se incrementa la absorción de sales inorgánicas y la masa –en estado de suspensión– comienza a producir agrupaciones de elementos cargados de una rara radiestesia.

Dos días después, Ed Goingdown era una criatura parecida a un estómago ondulante, con ojos gelatinosos y una costra por boca. Ya no sería más un vampiro... se estaba convirtiendo en una criatura de nuevo tipo, que los vampiros ingleses llaman *sloppy joe* y los italianos *plastone*.

La fosa, tupida desde 1501 –cuando fue sitiada por hordas de bávaros–, tenía heces licuadas de antiguos banquetes de una época gloriosa, mierda sin rastro de fertilizantes, patatas, maíz o tomates –aún no habían llegado desde América–. Ed aumentó en consistencia y peso. Se desplazó a 2 kmp/h sorbiendo y saboreando...



Veintitrés horas después, la cosa verdosa (para los biólogos: color verde tipo Pantone Coated 349 cvc) que era Ed ahora, se movió a paso de babosa por la nieve hasta el centro de Düsseldorf, dejando un rastro negro sobre la nieve.

Ya pesaba dos kilogramos, tenía 40 cm de diámetro y una temperatura corporal de cinco grados Celcius. Se metió aliviado en la apestosa red de cloacas de la ciudad y –con el nuevo estado que le daba su mejorada radiestesia– subió ondulante y decidido hacia el Hotel Plaskenstrein, en el centro de la urbe.

Se escurrió por una sifa y asomó fuera del agua. Aunque estaba oscuro, se percató de que estaba dentro de una taza de inodoro, ocupada por una señora bastante gruesa.

Empujó hacia arriba con energía y decisión, y la señora, una sueca, saltó y se pegó –en posición fetal– a la pared del baño sin dejar de chillar, histérica.

-Øøõœiii!!!

Su esposo, que se estaba afeitando, la miró alarmado. Ella señaló temblorosa al inodoro, de donde se escurría Ed hacia el dormitorio.

El hombre se puso frente a la mujer y la regañó, furioso, en sueco:

—¡Ahora mucha gritería, eh! ¡Pero el médico te lo tiene bien dicho!

Ed subió a una mesa, respirando pesadamente, y descolgó el teléfono. Desde el baño seguía el regaño del hombre y el llanto de la mujer.

—¡Si no cambia de alimentación, señora, se llevará un susto, señora! ¡Ah, pero tú no, qué va! ¿Qué fue lo último que comiste, a ver? ¡Responde!

—*Sí, Operadora, dígame...* –dijo el teléfono.

—Póngame Pennsilva... er... perdón... Chicago... *six... five... ow... ow... ow* –blabeó Ed.

Los tipos de Al Tapone entraron en la ambulancia cargados de frascos de plasma y sangre y los colocaron en el suelo del vehículo. Voltearon para ir a buscar más, cuando empezó a sonar una estúpida alarma en el Banco de Sangre. Apareció el diminuto Smiley –el segundo de Johnny Terrori–, los detuvo y les indicó que montaran



en la ambulancia. Smiley amartilló su ametralladora Thompson, que era casi tan grande como él, y se colocó detrás de una columna.

Apareció un policía mirando como un idiota hacia el Banco de Sangre. Smiley le echó un par de ráfagas cortas y el policía se escondió detrás de un carro. Smiley montó en la ambulancia de un saltico.

—*Okey, go, go, go* –dijo.

La ambulancia salió a toda velocidad por la avenida. Un carro patrulla encendió su luz azul intermitente, hizo sonar la sirena y comenzó a seguirlos.

Por lo general, la gente de Terrori no robaba a lo bestia los Bancos de Sangre. Al Tapone les suministraba clandestinamente toda la «hemo» necesaria. Pero eran las fiestas de fin de año y el *speakeasy* –como le llamaban al bar de Chicago Beach– estaba desbordado de vampiros de los cabrones cuarenta y ocho Estados. No daban abasto.

La patrulla se les acercó y por la ventanilla un policía empezó a dispararles. Smiley enseñó sus dientecitos amarillos y les soltó medio cargador en automático.

Al carro patrulla le estalló el parabrisas, se le voló el capó y, soltando un chorro de vapor, giró hasta volcarse en una esquina. Smiley se rascó el bigotico de mal humor. Había gastado demasiadas balas de plata, carísimas.

La ambulancia entró por la puerta trasera del McKinley Memorial Hospital y se detuvo en el patio, junto al edificio de calderas. Descargaron los frascos en una estera. Smiley se metió en el edificio y bajó por una rampa secreta, y de allí, hasta un túnel lleno de tuberías, con escasa iluminación. Empujó una puerta de acero que daba acceso a la pista de baile. El ruido era infernal. La banda del club tocaba con furia y decenas de parejas de vampiros bailaban desenfrenados. Camareros agotados llevaban bandejas con víctimas humanas



desnudas para todos lados. En unas mesas, vampiros ricachones de Texas habían ordenado *Light Latins,* y los camareros traían a unas hondureñitas bastante buenas, colgadas cabeza abajo en unos portasueros.

Smiley subió unas escaleras y llegó a su espacio preferido... la playa. Bajo un eterno cielo azul technicolor –que era proyectado sobre una enorme pantalla– numerosos vampiros y vampiresas se bañaban alegres, subiendo y bajando entre las olas que producía una máquina diésel. Uno de ellos imitaba a un vaporcito, sentado en un salvavidas amarillo con forma de pato. Otros, tirados en la arena, se tostaban bajo el sol artificial, que costaba un huevo en electricidad. Desde un trampolín, una vampiresa hizo un bonito clavado y le dedicaron silbidos y aplausos.

Luego, bajó una rampita y entró en el *speakeasy.* Era un bar de lujo con una larga barra de madera pulida.Tenía aire acondicionado y estaba lleno de clientes humanos y maléficos a media nota.

Cubriendo el área de la barra –haciendo de techo– había un palco lleno de borrachines y drogadictos tambaleantes o tirados, al borde del coma etílico. Los borrachines tenían carteles en el cuello que indicaban su contenido de droga: mariguana, cocaína, opio...; o de qué licor estaban ciegos: whisky, brandy, vodka, ron...

Unas mangueras de transfusión bajaban desde las venas de los borrachines hasta los clientes. Los vampiros señalaban lo que deseaban beber y el camarero, con la manguera correspondiente, les servía la sangre en bellas copas.

Si alguien lo deseaba, también había mangueras –terminadas en tetes de goma– que bajaban del hospital y de las cuales se podía chupar sangre de cualquier enfermedad.

En una esquina, había un piano de cola para amenizar las sesiones. Al costado brillaba una victrola multicolor de a *nickel* y algunas mesas negras. En una de ellas había tres hombres de Al Tapone, clara indicación de que el *boss* estaba en la oficina de Johnny.

Smiley llegó a la oficina y saludó a más hombres de Al Tapone. Uno de ellos le indicó que los jefes estaban en el cuarto de reuniones.

Sonó el teléfono. Smiley tomó la caja e hizo saltar el auricular, que agarró al vuelo con elegancia. Lo había visto hacer en una película de gánsters.

—*Yeah?* –dijo. Y oyó una voz purulenta.



En el cuarto de reuniones, Johnny Terrori, líder de la Capa Nostra, estaba ante unos planos fijados a la pared, describiéndole a Tapone la nueva playa de Düsseldorf.

—Arena legítima, Al –decía Johnny–. Por aquí se bombea agua desde el mar, con peces y todo.

Al Tapone, todavía enfundado en un abrigo de pieles, el sombrero encasquetado hasta las cejas, escuchaba atento al vampiro.

Pensó en cuánto habían cambiado las cosas desde que conoció a Terrori, un patético vampiro vestido de negro buitre. Recordó la época en que aún no vestía esos trajes de color chillón, no tenía la manía de usar gafas ahumadas y no le llamaban Johnny, sino Gianni.

Por mucho tiempo nadie supo que había vampiros instalados en Estados Unidos. Los vampiros habían imaginado allí un mundo virgen para desarrollarse. Los norteamericanos prácticamente no advertían su presencia, ni eran capaces de cazarlos como en Europa.

Pero los vampiros –con sus sirvientes *pasmati*– debían recogerse durante el día en habitáculos protegidos del Sol, apartados de los curiosos. Un vampiro no resuelve con un apartamento. Al principio, tuvieron que ocupar almacenes ruinosos o edificios abandonados, túneles ciegos del metro, y hasta alcantarillas. No era una existencia digna ni segura, tampoco les permitía asentarse y lograr un espacio, como en Europa. Necesitaban dinero.

Se unieron en Chicago, en una sociedad llamada Capa Nostra. Su líder, el rumano Mihail Aimedascu los dirigió con gran habilidad. Primero, implantó el terror entre los comerciantes más vulnerables de los barrios periféricos de la ciudad. Luego arremetió contra los mafiosos de poca influencia, para arrebatarles sus negocios clandestinos. Torturando o asesinando de la forma más espantosa, a golpe de puro terror, los vampiros se hicieron dueños de un buen número de jugosas instalaciones nocturnas.

En unos años, eran propietarios de inmuebles apropiados para ellos, y se movían con soltura en la intrincada red del hampa. Pero –como era inevitable–, una noche chocaron con la mafia.

Al Tapone era solo un joven *tenente*, subordinado al implacable Chuck Conzano, cuya banda controlaba tres barrios de la ciudad. Hasta Conzano llegó el rumor de que Greek Papastalasoia, un griego que manejaba el Lunatic, un club nocturno muy rentable cerca del río, había desaparecido, dejando papeles a favor de un tal Aimedascu.



El club le debía varios billetes de los grandes a Conzano, así que se fue a saludar al rumano. Le exigió el pago de la deuda y una parte de las acciones a cambio de protección. Como el rumano se negó, Conzano le hizo una emboscada.

Una madrugada, lo esperó con tres de sus hombres en el parqueo del club. Aimedascu se dirigía a su auto bajo una fina llovizna, acompañado de Pincho Pínchev –su segundo– y su joven guardaespaldas, Gianni Terrori, cuando Conzano y sus hombres dispararon al unísono contra ellos, con pistolas y escopetas llamadas *lupare*. Los vampiros se retorcieron, empujados contra el auto por la fuerza de los disparos. Cuando se disipó el humo de las *lupare,* Conzano se heló de pavor. Los tipos se enderezaron –con la ropa hecha un desastre– y les sonrieron. Los matones volvieron a cargar sus armas gritando como señoritas. Conzano corrió hasta su auto. Del maletero sacó una Thompson y disparó sobre Aimedascu el cargador completo. Los vampiros se rieron de buena gana, y para divertirse, caminaron de lado, por la pared de los muros, desafiando las leyes de gravedad.

Acorralaron a Conzano y sus matones contra una cerca Peerless. Los perros ladraban en la distancia y algunos curiosos se asomaron a las ventanas. Los vampiros sacaron unos elegantes picahielos plateados y convirtieron a Conzano y a sus matones en masa cárnica enriquecida. Los curiosos se escandalizaron.

La noticia hizo reaccionar a la mafia. Al Tapone, al que ahora habían puesto al mando de la gente de Conzano, reunió a la crema de los matones de la zona y fue tras Aimedascu.

Al siguiente atardecer, Al Tapone destrozó el Lunatic a tiros, y mató todo el servicio de cocina, los camareros, los *barmen* y a trece clientes. Luego fue contra dos bancos de apuntaciones, una tienda de antigüedades y un almacén de tejidos, que se rumoreaba eran controlados por el rumano.

Ese mismo día, por la noche, después de las masacres e incendios, Al Tapone decidió darse un trago, comer algún bocadillo y reforzar las municiones.

Los autos de la banda entraron sigilosamente en una antigua estación de bomberos que habían acondicionado como centro de operaciones en la calle Central. El chofer del primer carro, impresionado, frenó en seco en la rampa que conducía al sótano. Había una extraña niebla de humo gris flotando hacia el techo. Cargaron





sus armas y se bajaron. Caminaron, pegados a los muros, hacia el parqueo subterráneo.

En el parqueo, Al Tapone se encontró con un amasijo de autos quemados. Todo el local estaba lleno de tizne, agujeros de disparos, sangre, heces, y el suelo lleno de vainas, charcos de aceite 20W50 y trozos de gente.

Hizo seña a sus hombres y avanzaron hacia el fondo. Olía a matadero. Atrás, treinta y seis hombres de los que cuidaban el recinto, colgaban en filas de a seis, cabeza abajo. Habían sido clavados a la pared por el pecho con grandes clavos de los usados en las líneas de ferrocarril. Al Tapone miró hacia el techo y dejó escapar una especie de silbido.

No se sabe cómo, un matón había sido empalado (por los dos extremos del cuerpo) en el tubo que usaban los bomberos. El matón se deslizaba hacia abajo, arañando el tubo con los dientes, su fondillo hacía un ruidito de besitos al bajar por el metal.

Más atrás, junto a un bebedero, todavía mordiendo un habano, Leo Rinastte, un fiel amigo de Al Tapone, estaba tirado bocabajo sobre una silla, con los pantalones quitados. Su ayudante, un joven cuatro-ojos milanés, parecía estar escondido detrás de él. Uno de sus brazos descansaba sobre la espalda de Leo y sostenía sus espejuelos. Tapone se acercó más, arrastrando los pies para no patinar.

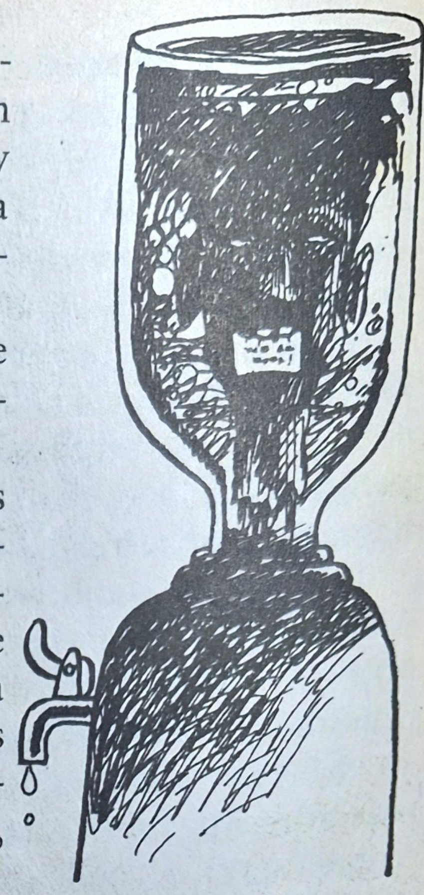
Al Tapone no pudo evitar una exclamación. Parecía que el chico tenía metida la cabeza entera entre las nalgas de Leo, como haciéndole una inspección al intestino. Se acercó más, le dio una patada y el chico cayó hacia atrás, lo habían decapitado. Al Tapone buscó con la vista la cabeza del chico. Habían logrado introducirla –tampoco sabe cómo– dentro del botellón del bebedero. El chico mordía un papel donde estaba escrito:

WE ARE EVEN
(Estamos chao)

Al Tapone comunicó enseguida la situación a su *boss* Jimmy Tape Sparadrappo, un flaco dientefrío al que le gustaban las corbatas decoradas con mujeres desnudas, pintadas al óleo.

Jimmy le dijo que no perdiera la cabeza y le aseguró que todos los soplones en nómina buscaban afanosamente un rastro del jodido Aimedascu.





En la madrugada, un soplón dio el chivatazo de que el rumano se encontraba en una casa funeraria de las afueras. Tapone y el *boss* Jimmy se dirigieron hacia allí a toda velocidad y ordenaron a sus hombres rodear el edificio. Había neblina.

Previendo una emboscada, ellos dos se quedaron aparte, dentro del auto en marcha de Jimmy.

Minutos después, uno de los matones salió de la funeraria e hizo señitas para indicar que no había nadie allí. Entonces explotó la bomba. El matón de las señitas se incrustó en una pared como una calcomonía, los otros saltaron en pedazos por el techo... y cayeron con diferentes sonidos sobre el pavimento prac, tump, cronc, blof.

Al Tapone y Jimmy miraban hacia la funeraria, envuelta en una pompa de fuego, cuando se abrieron de golpe las puertas del carro; arrancadas de cuajo por Pínchev y Terrori. Aimedascu apareció flotando delante del carro y les sonrió.

—*Shit* –dijo Jimmy Sparadrappo.

—... –dijo Al Tapone.

Los tres vampiros vestían de negro, con capas y sombreros de copa. Pínchev hizo un movimiento muy rápido hacia Jimmy y le arrancó la cabeza con una mano.

La cabeza de Jimmy –todavía con el sombrero puesto– chorreaba sangre sobre su corbata. Pínchev puso su boquita en U y sorbió ruidosamente un chorrito.

—Ahhh –se saboreó el búlgaro Pínchev.

Los ojos de Al Tapone parecían reflectores. Aimedascu lo agarró por la solapa y Al Tapone dio un respingo gelatinoso.

—Hay ke negociárg –dijo el rumano, con un fuerte acento en su inglés–. Zi los di arriba tuyoz ze welven razonablez, eztaré akí mizmo la medianoshie del fiernes.

Pínchev fue hacia la careta del auto y clavó la cabeza de Jimmy en el cisne plateado del capó. Se acercó a Aimedascu y ambos se alejaron, en la neblina.

Gianni Terrori se quedó unos segundos más, fingiendo que arreglaba el sombrero a Jimmy. Le sonrió a Al Tapone y susurró en italiano:

—*Auguri, paisá. Dobbiammo parlare in segreto.*

Al Tapone lo miró con ojos vidriosos y titubeantes.

—¿Eh? –dijo sin aliento. No entendía ni papa de italiano. Su familia era siciliana, pero él se había criado huérfano en Helsinki, Finlandia.

—¡Que debemos entendernos, paisano! –dijo Gianni Terrori y desapareció.

La mafia acuarteló a todos sus efectivos. Desaparecidos Conzano y Sparadrappo, Al Tapone subió en el escalafón hasta recibir órdenes directas de los jerarcas. Era llamado constantemente para opinar sobre el plan de defensa. Lo rodeaba la leyenda de ser el único que había tenido contacto con el poderoso enemigo.

Ahora, los mafiosos ocupaban una serie de edificios de doce plantas, custodiados con ametralladoras en las ventanas. Una noche, Al Tapone subió en el elevador hasta el último piso. Entró en su habitación y puso a llenar la bañadera. Ya en ropa interior, se sirvió un largo trago de *bourbon*. Se empinó el trago y, al mover la cabeza hacia atrás, vio una sombra enorme pegada al techo. Tosió y escupió el *bourbon*. Saltó hacia su pistola, pero ya Gianni Terrori había bajado flameante hacia él.

Después de sujetar al mafioso para que no se lanzara por la ventana, Gianni lo dejó caer sobre la alfombra, se sentó y se sirvió un trago. Miró la alfombra, sospechosamente húmeda... pero no era Al Tapone, era la bañadera, que se había desbordado.

—Paisano –dijo Gianni–. No pueden contra nosotros. Somos vampiros.

—Siempre –dijo Al Tapone– hemos podido con todos, se vistan de policía, de esmoquin o de enterradores, como tus colegas.

—Escucha, paisano –dijo Gianni–. En mis tiempos, me enfrenté a otros vampiros europeos. Tenían ideas distintas a las que veneramos en la Capa Nostra. Perdimos... y tuvimos que huir a este país.

Al Tapone se levantó y se puso los pantalones. Le parecía humillante hablar en calzoncillos con un vampiro. Se sirvió otro trago y mostró bastante sangre fría.

—Viviendo aquí me he espabilado un poco –dijo Gianni– y se me han ocurrido grandes ideas. Muchas de esas ideas yo mismo las combatí en Europa, pues encuentran gran resistencia en mis superiores; no las entienden... y las rechazan.

Gianni Terrori le contó su propuesta de un gran negocio de playas artificiales, supermercados y la construcción de edificios especialmente diseñados para rentar a los vampiros, y de como sus superiores, indignados, repudiaron el proyecto con ataques de histeria. Sobre todo, lo de las playas. No podían concebir vampiros en trajes de baño o en sandalias. Los ancianos líderes tenían una estricta etiqueta, inflexible y obsoleta. A Gianni, que había asimilado con pasión las costumbres norteamericanas, le enfurecía tanta ceguera y rigidez.

—No puedo esperar a que mis líderes vayan desapareciendo, Al. Son inmortales.

—Son buenas ideas –dijo Al Tapone–, y creo que entiendo cómo piensas que yo pueda ayudarte. Me pondré a afilar estacas de madera.

Gianni sonrió.

—Un vampiro permanece fuera de combate con una estaca clavada en el corazón –dijo Gianni–, pero basta con sacársela para que se ponga en marcha de nuevo, en pocos minutos, no importa el tiempo que haya transcurrido.

Al Tapone se acomodó y calculó con rapidez sus posibilidades de ganar. Gianni le explicó otros detalles.

El mito del ajo era cierto, y afectaba más a los vampiros que no eran del Mediterráneo. Admitió que los crucifijos podían quemarles la piel si no andaban con cuidado, pues eran usados para encender cigarrillos. Le aseguró que los vampiros no podían hacer puf y convertirse en murciélagos, que eso, eran paquetes de las películas. Luego desvió el tema y habló del ascenso de Al Tapone en la Familia.

—Te vino muy bien que te despejáramos el camino.

—Ha sido el destino –respondió Al Tapone.

—Podemos ayudarnos mutuamente, Al –dijo Gianni y puso sobre la mesa, junto a los tragos, una caja de balas del .45–. Prueba con estas, paisano. A veces podemos controlar un poco el destino.

Luego, le recomendó usar fuego para terminar el trabajo que le caería pronto.

—Te anotarás un buen triunfo, Al –dijo Gianni–. Y me interesa mucho que así sea. Te llamaré muy pronto.

Gianni Terrori terminó su trago, fue hacia la ventana y salió.

Al Tapone se sirvió un vaso de bourbon y se lo bebió de un sorbo. Sacó una de las balas que había en la caja. Parecía una bala normal. Tomó una navaja y raspó el proyectil. Debajo de una ligera capa de plomo vio la plata.

Al Tapone y Gianni Terrori se ayudaron mutuamente. Un amanecer, Al Tapone se apoderó de la mansión secreta de Aimedascu, debajo de una funeraria, al lograr matar a los vampiros guardianes con las balas de plata. En el sótano encontraron la catacumba donde descansaba el líder de la Capa Nostra. Al Tapone vertió gasolina sobre el ataúd del rumano y dio unos toquecitos con los nudillos sobre la tapa.

—Buenos días –cantó Al–. ¡Llegó el verano!

Al Tapone prendió una plateada fosforera Palmita y la tiró sobre el ataúd. Los alaridos de Aimedascu se oyeron a varias cuadras a la redonda.

La noticia se supo enseguida, y la Capa Nostra dio la alarma. Gianni Terrori cambió de escondite y juró solemnemente devolver el golpe a los mafiosos; pidió una fuerza a su mando para atacarlos. Pínchev abandonó a toda prisa su catacumba y se escondió, rodeado de guardaespaldas.

Al Tapone le devolvió el favor a Gianni. Los jerarcas de la mafia, reunidos en su guarida supersecreta, recibieron la muerte por desmembramiento y violación, a manos de un comando dirigido por Gianni Terrori. No dejaron títere con cabeza.



Dos noches más tarde, el vampiro Pínchev se reunió con Gianni, en una pista de hielo desierta de clientes. Pínchev había decidido negociar la paz con Al Tapone que –por sustitución reglamentaria– era ahora el *capo dei capi*, el jefe de jefes.

Gianni le había asegurado que el mafioso estaría encantado de mantener las cosas tal cual habían quedado. Les había demostrado que podían acabar con la mafia entera, y que juntos, si se subordinaban a la Capa Nostra, serían capaces de levantar un imperio. Pínchev se ilusionó con la idea de tener a los humanos mafiosos bajo su control.

—Luego caeremos sobre Europa –dijo Pínchev.

—Seguro –dijo Gianni–. Los amiguitos de los Von Drácula serán los próximos.

Al Tapone llegó al exterior del edificio y levantó las manos en gesto de paz hacia los vampiros de la escolta de Gianni y Pínchev. Los escoltas de Gianni se fueron pitando, ante la mirada de sorpresa de los de Pínchev. Sin darles tiempo a reaccionar, los hombres de Al Tapone vaciaron sus armas con silenciadores sobre ellos. Luego entraron sonriendo en la pista de patinaje y saludaron a Gianni y a Pínchev.

Pínchev se alarmó al no ver a ninguno de sus escoltas con Al Tapone, miró hacia un agujero en el techo, por donde podría salir pitando.

Pero cuando Pínchev se puso de pie, Gianni se lanzó contra él y lo inmovilizó con una llave Nelson. Los hombres de Al Tapone sujetaron firmemente a Pínchev, con una ristra de ajos y un cable, y lo tendieron en la pista de hielo.

Al Tapone y Gianni se colocaron unos patines con cuchillas de plata muy afiladas. Después, tarareando una *tarantella*, lo cuadricularon; patinaron y saltaron sobre él.

Parecía el comienzo de una larga amistad.

Terrori construyó el primero de una cadena de supermercados para vampiros y se convirtió en el mayor proveedor de sangre embotellada de los Estados Unidos. Creó las primeras catacumbas de propiedad horizontal, con las raras chimeneas para los criados *pasmati* y metió a la fuerza en el mercado la VAMPICOLA®.



Ahora, años después, trataba de mantener rentables sus playas subterráneas.

—Será enorme, Al, más grande que New York Beach, San Francisco Beach o Chicago Beach. Europa es donde se encuentra la mayor densidad de vampiros del mundo, Al. Comparado con el de Europa, el negocio aquí es… puras migajas, *peanuts*… –dijo Johnny–. ¿Qué dices, Al?

—¿Estás seguro de que venden? –susurró Al, que había tomado la costumbre de hablar en susurros.

—Seguro, Al. En estos momentos deben estar firmando el contrato. Pero piden mucho jugo, Al. Necesito que me ayudes.

—*Okey*... cuenta con ello –dijo Al Tapone–. Quiero que me devuelvas la pasta y el interés en seis meses.

Terrori dio un paso adelante.

—¿Seis meses? –dijo, conteniéndose–. ¿Seis meses?

—*Yeah*. Escucha, me la estoy jugando con tus jodidas playas. Todavía no dan negocio... New York y San Francisco son unos chinchales de poca monta... y vas por más. Asegúrate de que yo vea ese contrato de Düsseldorf pronto. Ya me estoy cansando de bombearte pasta, Johnny.

La puerta se abrió de golpe y los escoltas de Al Tapone se llevaron las manos a las armas. Smiley se asomó y le hizo una seña a Terrori, enseñándole el teléfono.

Terrori le hizo un brusco ademán a Smiley y este cerró la puerta.

—El interés es muy alto, Al –dijo Johnny, conteniendo su ira.

Al Tapone se encogió de hombros y chasqueó los dedos para indicar a sus hombres que ya se iban.

—Está bien –dijo Johnny–. Está bien, Al.

Uno de los escoltas le dio un recibo a firmar y dejó caer un portafolio con dinero junto a Terrori.

—Gracias, Al –dijo Johnny–. Tú sabes que somos fáciles de contentar.

Al Tapone se dirigió al elevador.

—Y fáciles de matar... Johnny.

Johnny soltó una risita como si con él no fuera.

Al Tapone había aprendido con rapidez. Cuando una facción de la Capa Nostra se resistió a trabajar bajo Johnny para la mafia, hizo prisioneros a varios de ellos y les pidió que delataran los escondites de los cabecillas. Los vampiros se negaron y Al Tapone ideó el Proceso.

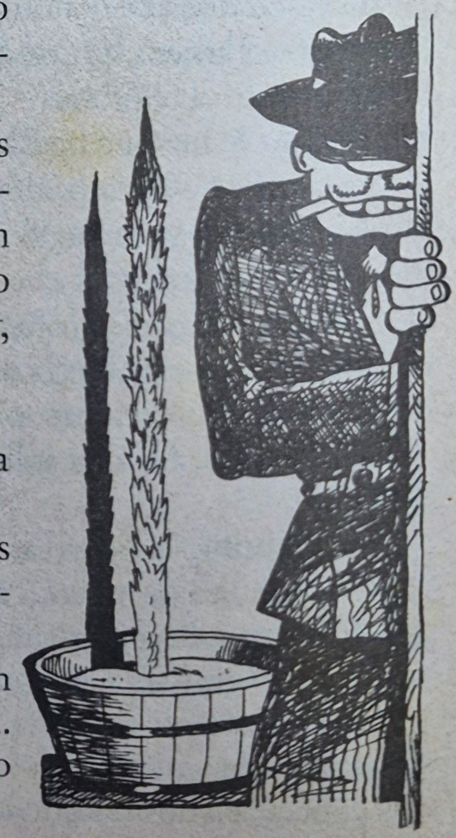


El Proceso consistía en una serie de torturas administradas con instrumentos de plata untados con pasta de ajo o alioli. Los cortes que les daban en la piel a las víctimas se cubrían con crucifijos. Luego venía el tiquitiqui: una llave telegráfica desviaba un finísimo rayo de sol –mediante un espejito–, cada vez que la tecleaban, hacia la coronilla o la punta de la nariz de la víctima. Johnny había visto chillar de dolor a muchos de los vampiros más tenaces de la Capa Nostra, (que ya algunos cabroncitos por ahí llamaban «la Caída»).

Cuando delataban alguno de los escondites, los hombres de Al Tapone iban, bien entrada la mañana, y hacían una divertida vampihoguera.

El Proceso siempre terminaba con la Gran Estaca, hablaran o no. Consistía en una batea que se llenaba de cemento fresco, alevosamente mezclado con agua bendita. Luego colocaban una enorme estaca de cedro en el centro, cortada con tosquedad para que tuviera bordes astillados. Allí empalaban bien despacio a los vampiros, hasta que la estaca les salía por la boca. Metían los pies de la víctima dentro del cemento y, cuando este se endurecía, Al Tapone los enviaba a congelar a uno de sus mataderos. Tenía una colección numerada.

Sus hombres, ahora, andaban siempre armados con munición de plata y pájaros carpinteros o *woodpeckers*, las terribles pistolas y escopetas- lanzaestacas.



La Gran Estaca amedrentaba a los vampiros y Johnny tuvo que bajar la cabeza y besarle la mano a Al Tapone. Sin embargo, se arriesgaba a tumbarle todo el dinero que podía. Lo admitiera o no, Al Tapone le debía su posición.

—Adiós, Al.

—Adiós, Johnny. No me obligues a hacerte el Proceso.

El elevador zumbó y Al Tapone y sus hombres se fueron. Johnny tomó el portafolio y pasó a la oficina.

Smiley estaba bebiéndose una AB con bourbon. Johnny, furioso, le fue encima.

—¿Qué pasa contigo, Smiley? ¿No veías que estaba con Al?

Tiró el portafolio sobre una silla. Estaba incómodo por el resultado del negocio.

—¡Era urgente, Johnny! ¡Ed nos llamaba! ¡Los europeos le dieron Sol! –dijo Smiley–. ¡Astro Rey, Al!

—Repite. ¡Repite eso!

—¡Los europeos no firmaron! Dice que lo hicieron *cold cream*, *boss*.

—*What*? Nunca nadie había osado eso antes.

Johnny se ajustó las gafas ahumadas y miró por la ventanilla de cristal hacia el bar.

—Ed luchaba con alguien para trasmitirnos el mensaje, *boss*. Se oía la pelea por el teléfono... y gritería. No se entendía bien. Pero bueno, la cosa es que parece que los tipos de Düsseldorf tienen una bebida antisolar muy poderosa. La bebida se encuentra en... en Blablá-blargh, *boss*.

Johnny se volvió hacia Smiley.

—¿Dónde?

—Blablá-blargh, *boss*. Eso fue lo que dijo. En ese momento alguien tiró a Ed al retrete.

Johnny volvió a mirar hacia el bar. Tenía las manos a la espalda y movía los dedos mientras pensaba.

—¡Von Drácula! ¡Los vampiros más viejos siempre se burlaban de ese curandero! –dijo Johnny–. Pero yo siempre vi en ese tipo una amenaza a mis planes.

—¿Quién, *boss*?

—Werner von Drácula, un chiflado que probó en perros y en su hermano, una mierda antisolar para vampiros. Fracasó y desapareció. Mandé a unos leñadores a buscarlo, pero nada.

Smiley se estremeció pensando que Johnny traicionaba, engañaba o se aliaba con cualquier escoria. ¡Guelóvniks!, ¡qué tipo el Johnny!

De pronto, Johnny se volvió hacia él, con las cejas hacia arriba.

—¡Claro! ¡El tipo logró hacer bingo y le dio la cosa a los europeos! *Shit!* –dijo Johnny y dio un puñetazo en la pared–. Si esa cosa funciona, Smiley, estamos perdidos. ¿Te das cuenta? Los vampiros se irían a las playas verdaderas, a Miami, Acapulco, Varadero, La Habana. *Shit!*

Johnny salió al bar, seguido por Smiley y se sentaron junto a la barra.

—Esto puede ser desastroso, Smiley. Al ha puesto mucha pasta... ¡Imagina que ese antisolar funcione, *holy bloody shit!*



—¡Me imagino, *boss!* –dijo Smiley–. *Shit!*

—¡Habría que ir allí, destruir el maldito antisolar... y clavarles una estaca de plata en la pechuga a todos ellos! –dijo Johnny.

—Pero... ¿Adónde, *boss?* ¿A Düsseldorf?

Johnny haló una de las mangueras terminadas en tete que venían del hospital. Dio una chupadita y se dirigió excitado hacia Smiley.

—*Havana!* ¡El viejo Von Drácula está en Habana!

—O en Copacabana, *boss.*

—No –dijo Johnny–. Ed te dijo: «Blabla-blargh» y no «Bla-blá-bla-bla-blargh».

Johnny sonrió complacido.

—¡Usted siempre entendió mejor que yo a esa mierda babosa, *boss!*

—¡No hay tiempo que perder, Smiley! ¡Busca a la gente de siempre y que estén aquí rayando el atardecer!

Smiley se tiró de la banqueta y salió a toda velocidad.

Johnny se sintió lleno de energía. ¡No era fácil oponerse a él, a Johnny Terrori, el Rey de Chicago! –pensó. Dio una poderosa chupada al tete y la manguera se hinchó.

Veintidós pisos más arriba, en el hospital, un paciente terminal despertó aterrorizado y se sentó de un salto en la cama.

—¡Eéh! –dijo, con la boca abierta.

Una turbina le llevaba el alma por la manguerita encajada en su vena. El paciente tomó aire y su grito salió por la ventana hacia la noche.

—¡E-Eeenfermeraaaaaaah!

Ave Fénix estaba sonando un pegajoso son, con Pepe luciéndose en la trompeta. Fénix graznaba una canción sobre un burrito que se había colado en el Palacio Presidencial... y que todos en el público asociaban con el tirano Machado.

Había pocas parejas bailando. La cosa se ponía mala y la gente no salía mucho. Si lo hacían, se iban temprano; así que ahora empezaban las actuaciones a las siete de la noche.

Mientras tocaba la trompeta, Pepe vio llegar a Negro y luego a Tetilla. Se sentaron junto a Prats, que había citado a una reunión



para otro intento de entrar en casa del capitán Vives. Prats era muy obstinado.

Se oyeron unos disparos a los lejos. Las parejas siguieron bailando pero se notó la tensión. Más disparos, y más cerca.

En la entrada apareció Lola. Caminó, sin dejar de mirar a Pepe, hasta la barra. Pepe le guiñó un ojo.

De pronto, un negrito muy flaquito, entró corriendo y movió la cabeza buscando donde meterse. Pepe le hizo seña de que fuera hacia los músicos y el negrito se escondió allí.

Enseguida, en la entrada del Pérez'Bar, frenó aparatosamente un carro de la Policía y se bajaron dos agentes de civil. Caminaron hacia los bailadores, buscaban a alguien con la vista. Llegó también un carrazo negro y se bajó el capitán Vives, seguido de otros tipos de civil.

Lola, al ver al capitán Vives decidió ocultarse. Se metió por la barra y siguió hasta el fondo de la pequeña cocinita.

Negro cruzó el pie y se tocó el revolvito bulldog. Prats bajó la cabeza y sorbió su trago. Tetilla se puso las manos en la cara y apoyó los codos en la mesita, fingiendo mucho interés en la música.

—Por tu madre, deja eso –le dijo bajito a Negro.

Negro quitó la mano del revólver, lo cubrió con el bajo del pantalón y le dio golpecitos al ritmo de la música. Si los fianas intentaban registrarlo, se iba a fumar al capitán Vives.

El conjunto Ave Fénix seguía tocando lo del burrito. Los policías y los tipos de civil recorrieron las mesas, en silencio. Tropezaban con la gente, intentando provocar. En la oscuridad, Pepe vio otros policías mirando la parte de atrás, donde había un placer lleno de hierba.

El capitán Vives, que ya se veía algo borracho y con los ojos inyectados, fue a la barra y agarró una botella de ron, de las más caras. Se paró a mirar a los músicos con detenimiento, siempre con una mano en la cintura del pantalón. Los policías registraron detrás de los músicos.

Las parejitas que bailaban empezaron a correrse hacia las esquinas, con disimulo. Otras, dejaron de bailar y se sentaron en las mesas. El capitán Vives se dio un trago largo a pico de botella y se bamboleó al empinársela.

El conjunto terminó. No hubo aplausos, había un silencio total. Se oía clarito el bud glob del capitán Vives mientras tragaba. Dejó caer la botella, se limpió con la manga del saco y se dio unas

palmaditas en la barriga. Miraba irritado a la gente, con la boca puesta como para besar. Estaba chulito.

—Mu bonito, mu bonito –dijo con su voz chirriosa–, pero no me van a tocal má esa piececita, ¿qué te parece? ¡Dime algo, vaya! Dio unos pasos hacia Pepe, se llevó la mano a la barbilla y lo señaló estirando un dedo.

—¿Tú sabe pol qué? Polque no me gusta a mí, vaya. Y yo soy un representante del gobielno constitucional del general Machado, vaya. ¡Y de ahí pa llá... no hay más tu tía, pa que lo sepa clarito, vaya!

Vives esperó algún comentario, pero la gente no dijo nada. Se acercó más a Pepe.

—¿Yo no te conozco a ti, rubio?

Pepe sintió el olor a ron bueno en el aliento del capitán.

Negro desenfundó con disimulo el bulldog y Tetilla le agarró la mano. La mano de Prats también trataba de taparlo y hacer que lo guardara.

Pepe hizo un gesto de inocencia. El capitán Vives lo examinó unos segundos y luego miró a los policías. Los policías abrieron los brazos para indicar que no habían encontrado nada.

—¡Bueno, caballero, a diveltirse! –gritó a los clientes y sonó dos fuertes palmadas–. ¡A bailal, partía e tarrú!

Ave Fénix arrancó con un suave danzón. Algunas parejas pensaron que era mejor hacer el paripé y salieron a la pista a bailar, sin llevar mucho el compás.

Pérez, el dueño, se acercó solícito al capitán Vives, que estaba en la barra. El capitán lo empujó y lo agarró por el cuello de la camisa.

—Se no jescapó un revoltoso por aquí. ¡Legila bien, chico! ¡Procura que tú no estés metido en esto! ¡Tarrú!

Vives soltó a Pérez y se fue con los policías. Los autos se alejaron a toda velocidad, sonando las sirenas.

Unos minutos después, los músicos levantaron una tumbadora y el negrito salió. Le dio la mano a Pepe y saludó a los músicos, agradecido. Luego, se perdió por el placer.

Cuando el Pérez'Bar cerró, el comando se reunió junto al fotingo de Tetilla.

—Mañana volveremos a intentar la Operación Trompeta –dijo Prats–. ¡Sea como sea! ¡Llevamos más de un mes en este tira y afloja! ¡El lunes pasado fue un rotundo fracaso!



—Bueno, lo de la centella no fue cubpa nuestra, tigre –dijo Negro–. Y tampoco el güelemel...

Negro se calló. Pepe le había dado un codazo.

—¿El lunes pasado? –dijo Lola–. Pero... ¡Eso fue porque el capitán agarró a la señora con un hombre!

Pepe sintió una alarma en el estómago. Miró a Prats y a Tetilla, enviando clarísimas, fuertes e intensas señales telepáticas donde les pedía que se callaran... pero el simpático Carejeva Tetilla se inclinó sonriente hacia él y le dio un manotazo en el hombro.

—¡Era el Pepe! –le dijo a Lola, orgulloso.

Pepe iba a matar a Tetilla, estaba decidido.

Lola dio un paso atrás, enrojecida, y miró con furia a Pepe.

—¿Operación Trompeta es que Pepe se revuelque con esa pelúa?

Tetilla deseó que se lo tragara la tierra. Ñoooo, Pepe y Lola...

Prats, que también se caía de la mata, reaccionó enseguida, tomó a Lola por los hombros y la llevó aparte.

—Lola, tu misión será avisarnos cuando el esbirro duerma. ¡Es muy importante!

Lola asintió y le sonó otra mirada tumbacocos a Pepe.

—¿Y la caja? –dijo Tetilla, para tener una excusa y poder apartarse de la feroz expresión que le dirigía Pepe.

¡Mi madre, y yo sateando con Lola! –pensó Tetilla–. Soy hombre muerto.

—Es una Brenton simple –dijo Lola, mirando al suelo.

—Un jamón, caballero –dijo Tetilla, sin dejar de caminar hacia el fotingo–. Las Brenton son mi especialidá.

Tetilla se montó en el fotingo e hizo una revisión a conciencia de los importantes controles de la pizarra; dos empañados relojitos que todos sabían que no funcionaron nunca.

—¡Nos vemos mañana a las veintitrés horas! –dijo Prats y se montó también.

—¿A las cuántas? –preguntó Negro.

—A las once, compadre –dijo Tetilla–. Mi socio, dame cranque.

Tetilla no quería tener que bajarse del fotingo y quedar cerca de Pepe.

Negro le hizo un gesto negativo con la mano. Se fijó que Lola había rechazado a Pepe y había arrancado a caminar sola hacia el Malecón. Negro dio unas zancadas y la alcanzó.

—China, ese e mi helmano, tú sabe. Te juro que a Pepe ni le gutta la misión, ni la señora... ¡Lo hace por la Revolución! –dijo



Negro, muy serio, haciéndole señas disimuladas a Pepe para que se acercara. Pepe corrió y agarró la mano de Lola.

—¡Lolita, óyeme!

—¡Operación Trompeta! –espetó Lola, como si fuera una mala palabra y se zafó de Pepe.

Negro se quedó parado y los dejó ir. Lola iba a toda máquina y Pepe hablando sin parar. Caminaron así unos kilómetros por Malecón desde el Vedado. Cuando Pepe logró ablandar el corazón de Lola ya estaban llegando a La Punta. Por fin, ella aguantó el paso y Pepe la tomó suavemente del brazo y la detuvo.

—Lolita, chica, tú sabes que solo te quiero a ti, bobita.

—¡Júrame que no la vas a tocar! ¡A ver! –dijo furiosa Lola.

—Si es entretenerla na más, chica. Esa tipa está loca, muchacha.

Lola empezó a llorar. Pepe la abrazó y se recostaron al muro del Malecón. Era muy sabroso tenerla entre los brazos. Olía muy rico y su piel suave le despertaba instintos voraces. Hizo esfuerzos por no apretarla demasiado ni mostrar su lujuria.

Había pocas parejas a esa hora. Pasaron unos marineros hacia el puerto y varios carros a toda velocidad. Lola le había mojado buena parte del hombro de la guayabera con sus lágrimas.

—Es que me pongo celosa, Pepe –dijo bajito Lola.

—No seas boba, mi negra... ¿Te vas a fajar conmigo antes de la boda?

—¡Descarado!

Lola se zafó del abrazo y giró para seguir caminando. Pepe la tomó del brazo otra vez, pero Lola ya no tiró con fuerza.

—¡Me caso contigo, china! ¡Estoy loco por ti, Lola!

Lola se dejó detener. Hizo un puchero.

—¡Ay, Pepe...!

Pepe intentó besarla, pero Lola movió la cabeza y falló, su nariz resbaló por el cuello aterciopelado de Lola.

—¡Júrame que no la vas a tocar!

—¡Te lo juro por nuestro amor!

—¡Por tu madre!

—¡Mejor por los catorce hijos que vamos a tener, Lola!

Pepe la abrazó.

—¡Pepe, mira que tú me haces sufrir, puñetero!

—¡Te quiero, Lola!

—¡Pepe! –exclamó ella enternecida.



Lola lo miró con los ojos aguados. La luz de la farola del Morro los iluminó un momento. Aparecieron unos brillitos como diamantes en los ojos negros de Lola... y en sus labios... Pepe la besó suavecito, se enardeció y luego intentó tragársela entera.

—¡Suéltala, desgraciaaao! –gritó una voz chota y aguda desde un cacharrito que sonó su ridículo claxon.

—¡Tu abuela, sapo! –le respondió Pepe a grito pelado.

La interrupción les hizo recordar que estaban en el Malecón; donde siempre había, entre otras aberraciones freudianas, graciocitos acechando. Caminaron hacia el parque de Albear. Hablaban de cuánto se extrañaban durante el día, de la Luna de Miel, de cómo iban a decorar su casita, y otros temas de enamorados que se hacen la boca agua haciendo planes para el futuro, pleno de felicidad, y una vida que flotaría en nubes ardorosas de puro amor y comprensión entre ellos dos, seres únicos que se tenían el uno al otro, para siempre jamás.

Se despidieron con más besos y Lola subió a su casa. Pepe se trepó, sin hacer ruido, a una escalera exterior que daba a unos apartamentos diminutos y esperó a ver luz en la ventana de su amada.

Lola abrió la ventana con una bata de casa cerrada hasta el cuello y lo miró, llena de pasión.

Pepe puso la sordina a su trompeta y le tocó una larga melodía compuesta especialmente para ella, Nuestra Melodía. Esa noche se lució.

Pero al atacar el final de la pieza, en un largo agudo, la sordina se le cayó y la trompeta se oyó en todo el barrio. Para no destruir la magia del momento, siguió... y terminó la pieza con toda dignidad.

—¡Oye, tú, el de la cornetica! –gritó un vecino, casi atragantado de furia–. ¿Tú no trabajas por la mañana, mi jito?

—¡Ay, Paco, chico, deja eso! –gritó una voz de mujer.

—¡Coño, chica es que todos los días es lo mismo, chica, con la puñetera cornetica esa!

Lola le tiró un beso y cerró la ventana. Pepe encontró la sordina y bajó las escaleras de tres en tres, antes de que la cosa se pusiera mala.

—¡Son las cinco y media, comemiedda! –gritó el hombre–. ¡La cinco y meeediaaa!

Un tiborcito salió de una ventana, pegó al lado de Pepe... y fue campaneando escaleras abajo. Pepe saltó a la calle y caminó apurado hasta Tejadillo.

Amaneció de forma muy esplendorosa y Pepe, feliz, en un ataque romántico, decidió ir a su casa caminando por el Malecón.

Entre La Punta y el Morro, recortado por el Sol, hacía su entrada el ferry procedente de Cayo Hueso, el *City of Havana*. El ferry traía varios vagones de ferrocarril, camiones y automóviles. Muchos turistas –carne fresca para los casinos y vividores de la ciudad– sacaban fotos desde las ventanillas y las barandas.

A la altura de Infanta, Pepe se cansó de caminar y saltó a un tranvía. Se bajó en Línea. Subió por la calle adoquinada de H, hasta la casa de huéspedes. Desde la acera vio, en las ventanas de su cuartico, al mexicano del palillo y al otro colega. Se detuvo y retrocedió hasta la esquina de 17. El carro de los tipos estaba parqueado pasando la calle. ¡Uh, maraña!

Bajó de nuevo a Línea y tomó otro tranvía hacia la playa, a refugiarse en la vieja casona del tío Werner.

Después de varias lentas maniobras, el *City of Havana* atracó, haciendo coincidir sus líneas férreas con la del puerto. Los autos de los turistas, y luego los camiones, salieron a mezclarse con el ruidoso y loco tráfico de las calles de La Habana.

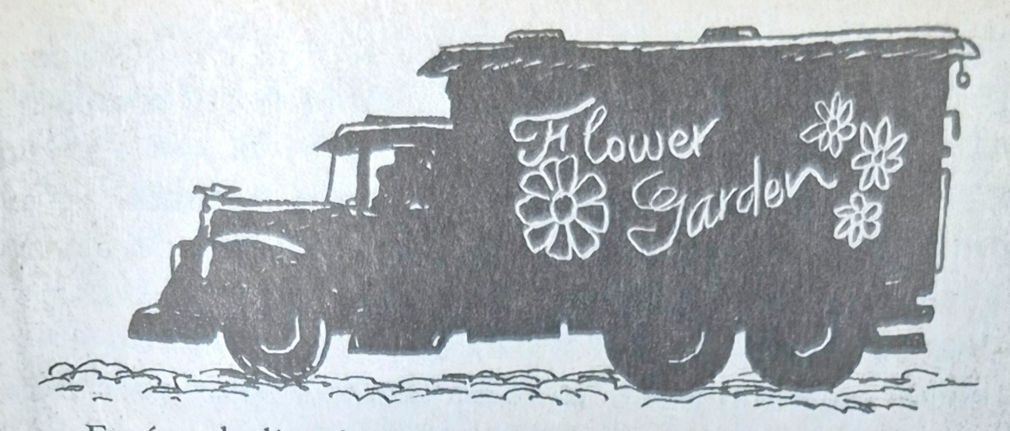
Johnny Terrori y sus hombres venían en uno de los camiones. Era un rojo Pontiac, refrigerado y sellado a la luz, conducido por dos matones humanos. El camión era igual a los que usaba Al Tapone en su negocio de carne. Le habían adaptado mirillas de cristal ahumado y un pequeño periscopio con fuertes filtros solares. Por dentro, estaba acolchado de negro; por fuera, hábilmente decorado con mariposítas, pistilos, pétalos y flores. En los costados decía *Flower Garden*.

El camión fue por Malecón, rodeó el monumento al acorazado *Maine* y subió hacia las canchas de tenis del Hotel Nacional de Cuba, que se destacaba en una colina. Parqueó dentro de una de las áreas de servicio y uno de los conductores se bajó. Al atardecer, volvió con unas notas para Johnny.

Dentro del camión, Johnny estaba chupando una manguerita. Smiley tomó las notas y se las pasó. Era una lista de los muelles y almacenes que recibirían carga proveniente de Alemania.

—*Okey* –dijo Johnny–. Saldremos a recorrer estos lugares. Johnny se volvió hacia Smiley.






—¿Está todo listo?

—*Yeah* –dijo Smiley.

Habían traído un arsenal de armas lanzaestacas y munición de plata. Contaban con Lupus, el gran rastreador; con Sharpie, el francotirador más famosos de La Capa Nostra y –por si todo esto fuera poco– con Fade Out Johnson. En una esquina del camión, dormitaba un desconocido vampiro, casi un enano, de largas barbas y que nunca Johnny presentó, pero a quien llamó Doc.

—¡Vamos! –dijo Johnny y golpeó la pared de la cabina del camión–. *Go, go go!*

El camión se puso en marcha en dirección al puerto.

—¡Quiero que revisen todas las cajas que vengan de Düsseldorf! –dijo Johnny.

En un almacén cerca del puerto, los empleados de la firma Relámpago Cubano S.A. habían apilado, al trozo, unos paquetes para su próxima distribución y entrega. Era un viejo local de madera con techo de zinc. Tenía una rampa, y un pequeño espigón de concreto, a la altura de la cama del camión, un destartalado Mack de transmisión por cadenas.

Del almacén salían ruidos como de martillazos y ladridos enloquecedores, provenientes de una jaula con dos lebreles afganos. Los estibadores, Monchi, Pichi y el Chucho, tres mulatos muy flaquitos, estaban jugando cubilete en medio de gritos, risotadas y manotazos.

Sacudían el cubilete de cuero y lo estampaban BUMGA, contra la caja de uno de los representantes del Grupo Europeo, el francés Rebombiaux.

—¡Cuatro cundango al tiro! –rugió Pichi.

—¡Voy pa ti! –gritó Monchi y recogió los dados.



BUMGA. PUMGA. TRACS... dados rodando.
—¡Juáaa! –dijo Chucho, pataleando burlón sobre la caja–. ¡Tre galleguíbiri, juáaaa!
—AÚUUUUUUUU IJ IJ IJ IJ–chillaron los perros afganos.
Monchi pegó un manotazo furioso sobre la caja donde venía embalado Ciupafino. TRAMnn.
BUMga. PUMga. Tracs... los dados.
—¡Juáaa! –se burló ahora Monchi, viendo el pobre tiro de Chucho. Chucho se paró y pateó tres veces, bravísimo, la caja de Sir Winstein. Ahora debía tres cervezas.
—¡Pongo tiro! –dijo Pichi.
— WAV WAV WAV WAV –la perra afgana.
El dueño de la empresa, el gallego Manolo Ribeiro, encendió la luz de la oficina, cerró una puerta con mirilla de cristal y revisó una tablilla. El cristalito de la puerta retumbaba con el escándalo de los estibadores.
BUMGA. PUMGA. TRACS...
Ribeiro marcó los cuatro números de Don Werner... y un complicado apellido en que sé yo. Ribeiro estaba llamando desde la mañana y no salía nadie al teléfono.
RIIIIN... CLIC.
—*¿Sínn?* –dijo una voz.
—¡Boinas tardes! –dijo Ribeiro.
—¡Buenan!
—Yo quiría hablar con el señor... espérese, qui miro aquí, eh... señor Alce... mierda delante...
—Alzheimerlander.
—Mier... dandi.
—WAV WAV WAV WAV. AÚUUUUU.
—Alzheimerlander.
—¡Alcemier... pues, exatamente, sí, señor mío!
BUMGA. PUMGA. TRACS...
—Pues tenemos para osté unas caixas procidentes de Dulce... el...
—Düsseldorf.
—¡Exactamente! Dulceldorfe.
—¿Habla desde el servicio de entregas a domicilion?
—¡Le hablo de Ralámpago Cubano, eh, que tenemos esas caixas para osté!



—¡Ahhn! ¡Tráigalas enseguidan! ¡Al mometon!

BUMga. PUMga. Tracs...

—Wav wav wav wav.

—¿Cómo dice osté?

BUMga. PUMga. Tracs...

—¡Qué las traiga yann!

—Pues mire osté, tenemos muchus pididos.

—¿Las podría traer esta nochen mismon?

BUMga. PUMga. Tracs...

—¿Cómo? Mire, espere un segundo, eh.

Ribeiro se volvió, enojado y abrió la puerta.

—Eah, vosotros... ¡haced un poco de silencio, caraio!

—Aúuuuu. Wav wav wav wav.

—¡Arre, demonio, me váis a trastornar a los pobres animalitos!

Cerró de un portazo. El cristalito se desprendió y cayó hecho añicos.

—¿Me decía osté?

—Que necesiton las cajas esta nochen.

—Ya le he dicho, señor mío, que tenemos muchos pididos.

—¿Cuándo las podré tener aquín?

BUMga. PUMga. Tracs...

—¿Cuándo qué? ¡Ah, sí! Pues en cuantu pueda, eh.

—Pues los espero con impacienciancian.

—¡No se me procupe osté, que Relámpago Cubano es rigor, rapidez y efeciencia! Ribeiro colgó enojado.

—¡Sois unos malcriados, caraio!

Hubo un silencio de dos segundos.

—¡Vaya, gallego, hablando por teléeeefono y tooo! –dijo Pichi, muy serio–. ¡Oe, en Egpaña no hay teléeefono ni na de eso!

—¡Mire, se va a la mismísima porra, señor mío! –saltó Ribeiro.

Los mulatos se partieron de la risa, dieron palmadas y saltaron sobre las cajas, taconeando un paso doble. El gallego siempre mordía con los chistes sobre el atraso de España.






—Aúuuuuu. Wav wav wav arg arg arg.

Ribeiro, colorado, se fue a la oficina, fingiendo que estaba ocupado. Para rematar, los estibadores marcaron los pasos de Ribeiro sonando una rumba de cajón sobre las cajas con dos enormes palos.

—Wav wav wav wav. Aúuuuuu...

Monchi cogió el cubo con agua de trapear y se lo tiró a los lebreles.

—¡Sióoo, recoño!

Agarró un palo y empezó a golpear con toda su fuerza las rejitas de la caja de los afganos. PAMNnn, KRANNmm, KIINNNmm.

—¡Sió, cállense, me van a volvel loco, ratas pelúas!

Los afganos se callaron. Monchi tiró el palo sobre la caja de Getringen, que resonó.

Dentro de sus cajas, los vampiros se taparon las caras, desesperados. Llevaban horas de suplicio, bajo la estupidez de los nativos.

El gallego regresó. Chucho sacó una botella de aguardiente.

—¡Mira, gallego, por tu santo!

Siempre lo ablandaban estos mulatos malcriados con gestos así. Los pobres, habían confundido, otra vez, el día de San Manuel. Bebieron y tiraron como diez rondas de cubilete antes que Ribeiro impusiera su autoridad y aceptaran empezar a cargar las cajas.

Desde el Pontiac, los hombres de Terrori vigilaban el espigón de Relámpago Cubano, S.A. Fade se había acercado y distinguió el contenedor de la caja American Dream del pobre Ed Goingdown. La caja tenía las rejillas de escape del aire acondicionado trabajando a tope. Había otras cajas amontonadas como quiera, con inscripciones de Düsseldorf.

—Son ellos, Boss –dijo Fade, con voz aterciopelada–. Cuatro cajas con ataúdes Nosferatu, el American Dream de Ed y otra que no he podido identificar. Fade era bastante amanerado y se rió con un guante sobre la boca.

—Jí...Tienen las cajas tiradas como quiera. Ji, ji jí... los europeos deben haberse dado unos buenos golpes allí adentro.

—¿Les metemos, Johnny? –dijo Smiley–. Podríamos freírlos ahora que están indefensos como cachorritos... y luego sacarle la dirección del viejo von Drácula... a esos tipitos.

Lupus enseñó sus grandes dientes con una sonrisa. Le gustaban esas cosas sangrientas.

—Los seguiremos. El camión nos llevará a casa de Werner –dijo Johnny.



—Se demorarán. Están jugando con dados y beben –dijo Fade.

Johnny se levantó y miró por el periscopio hacia el espigón. Un estibador bailaba sobre una de las cajas con sus enormes botas. Johnny soltó un júm, divertido del suplicio de los europeos.

—Esperaremos –dijo Johnny–. Los quiero a todos juntos.

Pepe se había acomodado en su vieja habitación de la casona. Ahora quería salir a toda velocidad e informar al comando acerca de los dos tipos husmeando en su cuartico de la Casa de Huéspedes. Tomó su trompeta, unas monedas para el tranvía y bajó corriendo.

—¡Joseph!

Pepe se detuvo, asustado por el inesperado grito. El Tío Werner subía del laboratorio haciendo chillar sus guantes de goma al frotarse las manos, algo que hacía solo cuando estaba muy contento.

—¡Tengo una sorprésan para tin, sobrinon!

—Eh, ah, sí, tío, pero voy a salir.

—¡No puedes irte ahora, Joseph! –dijo el tío, preocupado.

—Vuelvo más tarde, tío.

—¿Seguron?

—Sí, mira, vengo a dormir aquí.

—¡Te necesiton aquín esta nochen! ¡Mandarén a Brunon a buscarten!

Bruno asomó detrás de una fea cortina verde.

—No, no, no. ¡No hace falta! –dijo Pepe y dio unos pasos hasta la puerta–. ¡Te prometo que volveré temprano!

Pepe salió.

—¡Esta serán una gran nóchen! –dijo Werner.

Bruno se acercó al científico y los *pasmati* salieron de sus escondites y lo rodearon, excitados.

—Buenon –dijo Werner–, vamos a preparar las condicionen para recibir a nuestros invitadon!

Pepe se encontró con el comando. Durante el recorrido hacia la mansión del capitán Vives, discutieron el nuevo curso que ahora tomaba la operación. Decidieron enfrentarse al mexicano y a su colega.

Parquearon el Ford T a una cuadra del palacete del capitán.

—Esperemo hasta las treinticero cero cero esa –dijo Negro, muy serio, pero Prats no mordió el bonche.

Casi no había tráfico. Vieron salir al policía con el pastor alemán. Seguía la rutina de todas las noches.

El capitán Vives y Timbí hablaban en la sala. Vives estaba vestido con un feo pijama a rayas blancas y azules que parecía un envase de caramelos. Fláuer le buscaba la ropa más horrible del mercado, pero él no se daba cuenta. Era una broma entre Fláuer y sus amigas.

Esta noche, Vives se había puesto el pijama nuevo pensando que el detalle le ayudaría a conseguir el perdón de Fláuer. Habían tenido una bronquita sobre el supuesto amante de Fláuer y el capitán, furioso, había terminado por admitir que no tenía pruebas.

Timbí, convertido ahora en una especie de jefe de chivatones, le informaba de los progresos que hacía para encontrar a Prats y su grupito. Pero Vives estaba ansioso por ver a Fláuer y no lo atendía.

Timbí se calló cuando entró Lola con una taza de tilo para el capitán Vives.

—La habitación del caballero está lista –dijo Lola.

Vives empezó a sorber el tilo y Lola se retiró. Timbí la siguió con la vista.

—¡Tá buena! ¿Eh, capitán?

—Bueno, dale, Timbí, vete, que quiero dolmil.

—Suérteme una tierrita, jefe, que estoy...

Vives le dio un peso.

—¡Dale!

—Nos vemos, capitán.

Timbí se puso el sombrero y salió. En la entrada, el policía del perro le abrió la reja. Afuera, Timbí se detuvo un momento y encendió el cabo de su tabaco. Desde el auto, Negro le apuntó con un dedo.

—¡Páwata! ¡Páwata! –dijo Negro.

—¡Sió, chico! –dijo Prats.

El capitán Vives entró en su despacho y tocó un botón. Poco después, entró el mexicano, dándole vueltas al palillo en la boca y al sombrero entre las manos.

—¿Algo nuevo?

—Psst, lo de siempre, jefe. No se me hace por qué me dio esta misión, jefe, si la señora se comporta impecablemente.



—El ojo del amo... –dijo el capitán Vives–. Y ella e un poquito salidita del plato. No te me haga el bobo.

—Ut, no diga eso, patrón. Bache y un servidor, ps, estamos con ella el purititito día, jefe, y como le repito, ps, se comporta como la dama que es, la señora, ps. Hoy mismo, ps, estuvo en la iglesia, como una santa, patrón y luego fue a ver a los niños de la Beneficiencia. Debería darle un hijito a la señora, jefe... ella se ve, ps, loquita con...

—Oká, oká, chao –dijo Vives, y el mexicano se fue.

El capitán se bebió todo el tilo, se apretó el cintico del pijama y tomó el teléfono.

—Dime, mandinga –dijo la voz de Bache, el gorila colega del mexicano.

—Mandinga tu madre, tarrú –dijo Vives.

—¡Perdone, mi capitán! ¡Diga! –se disculpó Bache.

—Reporta.

Bache confirmó el informe del mexicano sobre Fláuer.

El capitán Vives había contratado al mexicano como experto guardaespaldas de Fláuer y a Bache para vigilar al azteca.

Fláuer los había seducido a los dos, y les pagaba mucho más dinero que el capitán. A cambio, los gorilas se hacían de la vista gorda e incluso, le conseguían tipos buenotes para sus ejercicios sicalípticos.

El mexicano y Bache no entendían qué había visto la loca en Pepe. Lo habían seguido y revisado su cuartico, pensando que podía ser una jugada del capitán. De ser así, habrían huido del país.

Pero todo seguía normal y el mexicano fue a esperar a Pepe junto al garaje. Bache apareció junto a él y se intercambiaron sonrisas cómplices, vacilando el informe que le habían inventado al capitán. Esa mañana, Flaúer se había ligado a un boxeador.

En el puerto, Relámpago Cubano no se ponía en marcha. Seguían los cubiletes y ya se habían bebido tres botellas. Los lebreles afganos enronquecieron tanto que no podían ladrar. Los vampiros del Grupo Europeo soportaron la tortura con los puños apretados y arañando las cajas.

En el camión, Terrori y sus hombres se aburrían y hacían turnos para mirar por el periscopio. De pronto, la refrigeración empezó a sonar feo, tup, tup, chup, y se oyó el ruido de las paletas de un ventilador rozando con algo, ñijip, ÑIjip, ñijip, ÑIjip... Se

miraron. Si se apagaba la refrigeración... Lupus tiró unas cartas y empezaron a jugar.

El capitán Vives apagó la sala y subió. Fue a su habitación, se perfumó y se metió una pastilla de menta en la boca. Se revisó el pijama y se alisó el cabello. Caminó en puntillas por el baño, que todavía estaba envuelto en vapor y olía a jabón que mareaba. Fláuer estaba acabadita de bañar. Dio unos toquecitos en la puerta de Fláuer. Se asomó a la habitación.



Fláuer, con un bobito devastador, hojeaba un colorido libro japonés. En la mesita de noche tenía una copa de licor, señal para Vives de que estaba triste.

Vives se aclaró la garganta y le dijo con voz suave y apenada:

—¿Mi joyita linda no estará bravita todavía... eh, mi palomita?

Fláuer se mojó un dedo en la lengua, pasó una página, levantó lentamente un muslo y se rascó una nalga, para hacerlo sufrir. Vives tragó en seco. Insistió:

—¿Mi amol no quiere un cariñito suavecito esta noche?

Fláuer no le contestó. Giró y se puso bocabajo. Se ajustó sin necesidad el bloomer. El capitán tragó en seco, la miró durante medio minuto y, al fin, dio un portazo cargado de irritación y se fue a su dormitorio.

Vives se tiró como una piedra en la cama, revisó que todas sus armas estuvieran al alcance de la mano y apagó la luz. Se le revolvió el hígado al oir el sonido de Fláuer al pasar el seguro a la puerta del baño.

Lola, que había puesto doble cantidad de somnífero al tilo de Vives, se asomó a una ventana y encendió y apagó tres veces una linterna. Desde la calle, el comando vio las lucecitas y se puso en marcha.

Bache y el mexicano estaban junto al garaje. Pepe salió de las sombras y caminó hacia ellos. Los gorilas lo dejaron pasar. Enton-

cos, Negro y Tetilla saltaron y los golpearon en la cabeza. Llegó, jadeante, Prats. Habían decidido subir todos.

Fláuer dobló la esquina de una página del libro. Era una obra muy ilustrada, acerca de las diferentes posiciones del amor. Había seleccionado un par de ellas para despedirse de Pepe. Bebió un sorbito de ginebra con unas gotas de éter. Estaba lista.

Pepe tenía una mirada que la estremecía de pasión; hacía muy bien los pupis y además, emitía una agradable vibración ahí. Pero, con todo y eso, Fláuer ahora tenía planes para el boxeador. Miró el reloj y apagó la luz.

Unos instantes después, Fláuer oyó el suave sonido de la trompeta, y apretó el botoncito que abría la claraboya. Pepe bajó tocando con la sordina puesta. Fláuer arrancó a bailar con suavidad mientras se quitaba el bobito y lo demás. Le dio la copa a Pepe, que se la tomó de un sorbo. Pepe movió los labios y siguió tocando. Fláuer hizo unos giros artísticos sobre la punta de un pie y tumbó a Pepe en la cama. Un rato después se habían cubierto con la sábana y Pepe la tenía inmovilizada haciéndole un pupi.

Prat, Tetilla y Negro, con los zapatos quitados, bajaron por la claraboya admirados. Flaúer gemía muy bajito, como si la estuvieran torturando en el fondo de un pozo, y Pepe, el caballo, no había dejado de tocar la trompeta en todo ese tiempo.

Tetilla abrió la puerta, sin hacer el menor ruido, y Prats salió. Tetilla giró para ver qué hacía Negro que no imitaba a Prats.

Negro miraba hacia la cama, hipnotizado, con una sonrisa de respeto. Tetilla lo tomó del brazo y casi lo arrastró al corredor. Afuera, rieron bajito. Se callaron cuando vieron la cara atrancada de Lola.



Lola los condujo hacia el despacho del capitán. En una pared, había una gran caja fuerte gris con la inscripción *Brenton & Simpler.*

Se colocaron de manera que cubrieran con sus armas las ventanas y la puerta. Tetilla se acercó a la caja y puso unas pequeñas herramientas en el piso; perdió su sonrisa confiada y prendió un cigarro. Miró a Lola.

—Mi amor, esto no es una Brenton simple, e una *Brenton and Simpler,* el Simpler ese es el marañero de las cerraduras.

Tetilla sacó un papel de esmeril y lo frotó contra sus dedos. Negro le preguntó, engurruñando la nariz, para qué era.

—Pa sensibilizarme las pezuña.

De los altos les llegó una desenfrenada risita ahogada. Afuera, el pastor alemán empezó a ladrar. Lola se tapó la cara con el delantal e hizo un esfuerzo para no llorar de celos. Prats se puso incómodo. El capitán, o los guardias, tenían que haber oído eso. Le hizo una seña de alerta a Negro. Luego, silencio total. Prats fue al buró de Vives, tomó todos los papeles que encontró y los echó en un saquito.

Tetilla, con la oreja pegada a la puerta de la caja, seguía moviendo la combinación: RIC- KAKAKÁ-RIC... RIC RIC, KÁ-KAK... Una hora después, empapado de sudor, dejó caer una ganzúa al piso. Resopló.

—¡Quee vá, mi hermano, está durísima, de apaga y vámono, vaya!

—No. Y eso que son tu especialidad.

—Yo dije las Brenton, esta es una *and* Simp...

—¡Sió! –Negro hizo un gesto de alarma.

De arriba llegaron ruidos rarísimos, como si una tubería estuviera haciendo gárgaras y ese sonido mezclado con el de una trompeta... llena de espuma.

Prats y Tetilla le hicieron señas a Lola de que se pegara a la pared.

Subieron lentamente hacia la habitación de Fláuer. La cama estaba vacía. De nuevo les llegó el ruido, procedente del baño. La puerta, decorada con una jungla, estaba iluminada por la luz bailadora de una vela. Se pegaron a la puerta y prepararon sus armas. De pronto, a Prats se le ocurrió que quizás el capitán se había despertado y estaba ahogando a la pareja en la bañadera.

Abajo, en el despacho, Lola miró con horror a Negro, que había sacado unos tubos de explosivos y les colocaba una mecha bastante corta. Negro le guiñó el ojo a Lola.



—Yo sí no creo en Brenton ni Brenton.

Lola retrocedió asustada, vaciló y por fin salió del despacho; subió a toda prisa para avisarle a Prats de lo que Negro estaba a punto de hacer. Entró corriendo a la habitación. Se detuvo al ver que Prats tomaba la cerradura de la puerta del baño, con el arma lista. El sonido subió de tono y también una risita de Fláuer. Prats abrió el baño de golpe.

Pepe y Fláuer estaban juntos dentro de la bañadera. La bañadera y el piso estaban desbordados de espuma. Fláuer estaba recostada, toda lánguida, con una pierna levantada contra la pared y la otra en el hombro de Pepe. Pepe tenía puesto el sombrero y soplaba la trompeta, provocando surtidores de espuma, que acariciaban a Fláuer. Los traguitos con éter los habían enviado a otra dimensión. Pepe, con los ojos entornados miró hacia la puerta y vio el arma de Prats... y detrás... a Lola...

Pepe se congeló. Fláuer, que estaba como en puro trance, dijo, perdida de placer:

—Ay, pero no pares... siiigue, mi pipirriqui.

—Así que pipirriqui, ¿no? –gritó Lola.

Fláuer dio un salto en la bañadera, haciendo una gran ola de espuma perfumada, y comenzó a dar gritos.

Y enseguida, KABOUMMMM.

Toda la casa se estremeció con el estampido de la explosión. Las ventanas soltaron los cristales y la planta baja se llenó de humo azuloso.

Negro, sordo y con un pitido en los oídos por la explosión, fue hasta la caja fuerte que quedó caída de costado y con un boquete en la puerta. La explosión había hecho un hueco en la pared del despacho y en el piso. Un buen trozo de la puerta de la caja había saltado con la explosión y estaba encajado en el techo. Metió la mano dentro de la caja y sacó diferentes tipos de joyas, fajos de dinero... y carpetas con papeles. Lo tomó todo y subió corriendo las escaleras.

—¡Los papele, tigreee! –gritó victorioso.

Llegó a la habitación de la claraboya y resbaló con la espuma. Había bronca, silueteada por una vela del baño. Negro veía las bocas abrirse y cerrarse, pero no oía. Prats y Pepe trataban de sujetar a Lola.

Tetilla, que jamoneaba a lo descarado a la rubia, trataba de separar a Flaúer de las garras de Lola. Lola, escupiendo como un



gato, daba lo mejor de sí intentando dejar calva a Flaúer, que se defendía a gritos y arañazos.

—¡Pelúa, descará! –le gritaba Lola.

De pronto, el capitán Vives apareció por el corredor con la Baby Thompson y se asomó por la puerta de la habitación de Fláuer.

—¡Altoodisparo! –gritó Vives, luchando para amartillar el arma.

Tetilla le apuntó su revólver a Vives pero Fláuer le dio un empellón, en su lucha con Lola. Tetilla retrocedió y se agarró de las resbalosas nalgas de la rubia.

Negro apuntó al capitán, pero Fláuer, que se había logrado zafar de Lola y de Tetilla, pasó por delante de su arma y Negro levantó el brazo. El capitán les iba a disparar, pero se le vino encima Fláuer, que dejaba un rastro de cabellos y chillidos:

—¡IIIiiiiiihh, *daaarliiinng!*

Saltó sobre el capitán y casi lo tumba. El brusco movimiento hizo que Vives soltara una ráfaga hacia el techo. Algo así como una tonelada de yeso cayó encima del comando, que se retiró hacia la claraboya. Tetilla saltó y los muelles de la cama lo impulsaron hacia arriba. Le dio la mano a Lola. Negro, cubriéndose detrás de la puerta, hizo varios disparos para cubrirlos. Vives se había tirado al suelo y retrocedía cobardemente. Llegaron el mexicano y Bache a reforzar.

—¡Órale, jefecito, ps, recule no más! –gritaba el mexicano, que se aguantaba un pañuelo ensangrentado en la cabeza.

¡Los tipos se habían soltado! Prats los había amarrado con unos nudos expertísimos, de cuando era boy scout, pensó irritado Negro. Nada, el Prats era un cantamañanas.

Bache se llevó al capitán y el mexicano tiró varias veces sobre Negro, poniendo la pistola de lado.

—¡Qué pafití y alaldoso! –dijo Negro.

Negro pensó que era interesante disparar sin oir los estampidos, por su sordera. Le soltó medio cargador al mexicano. El mexicano le gritó algo y se fue dando brinquitos.

Afuera, en el jardín de la mansión, los perros ladraban sin cesar y los guardias alumbraban hacia arriba. Cuando el comando apareció en la azotea, los policías enseñaban los dientes y, cerrando los ojos, le dispararon al bulto con escopetas.

El comando corrió hacia el techo del garaje. Allí saltaron hacia la calle, tiroteándose con los guardias. Pepe, que solo había podido rescatar la trompeta y la camisa, corrió desnudo, saltó de último y

una especie de jarrón que decoraba el techo, estalló hecho añicos entre sus pies.

Pepe se vio en la calle. Prats doblaba la esquina, hacia el fotingo y corrió tras él. Lola ya estaba en el fotingo, Tetilla al timón, y Negro le daba cranque al motor.

—¡Te tocaba a ti el cranque! ¿Oítte? –decía Negro, furioso.

—¡Dale, chico! –dijo Tetilla.

—¡No discutan ahora, coño! –dijo Prats, y se montó de un salto.

Pepe trataba de hacerse un taparrabos con la camisa. Se oyó a los guardias venir corriendo por la acera y los adoquines de la calle. El motor arrancó y Pepe saltó al fotingo. Negro dejó la palanca y giró, sin dejar de mirar hacia la esquina.

Apareció un policía muy flaco, que frenó en la acera y apuntó, con bastante estilo, un revolvón hacia Negro. El policía, de ojos saltones, guiñaba el ojo equivocado.

Negro le soltó un tiro desde la cadera y el policía brincó dos metros hacia atrás y cayó de espaldas, tumbando unos latones de basura. Había dejado una bota paradita en la acera.

—¿Tú vitte eso? –dijo alegre Negro–. Na de cuento ni na, lo partí completo.

Prats lo haló y Negro se quedó, con un pie en el aire, parado en el estribo. El fotingo salió de marcha atrás a toda velocidad. Un tiro pegó en el capó, sacando chispas. Prats y Negro dispararon sobre los policías que llegaban y que se desparramaron con profesionalidad sobre los adoquines.

El fotingo chocó con un carro parqueado, y salió a toda velocidad por Paseo hacia Línea. Giró y dobló en varias calles, hasta seguir por 13, en dirección al puente Almendares. Se oían sirenas de perseguidoras por todas partes.

Flaúer se miraba un ojo morado en el espejo. Le faltaban unos mechones de cabello cerca de la frente y decidió que tendría que cambiarse el peinado. Vives, como siempre, le había metido un numerito de celos, frenético y luego se había puesto a lloriquear.

—Lo vi, lo vi, lo vi, no me haces cuento, traidora –gemía Vives, arrodillado junto a Fláuer–, ...y estaba encuero, encuerito en pelota, coño, no me hagas cuento, ramera.



Tocaron fuerte a la puerta. Vives se apretó la nariz con la palma de la mano y se sorbió los mocos.

—Te odio, te odio, teodio teodioteodio –le dijo.

Le temblaba el labio inferior. Se puso de pie y se secó las lagrimonas con la manga del pijama.

Vives abrió la puerta, todo compuesto y en pose gallarda. En el corredor estaban Bache, el mexicano y un cabo de la Policía. Para demostrarles quién era, se volvió hacia Fláuer y le gritó:

—¡Mañana, bobita! ¡Llora to lo que quieras hoy! ¡Mañana, mañana! ¡Entonce es que vamo hablar tú y yo de verdad... mi jita!

Tiró la puerta con toda su fuerza, escupió y se plantó frente al policía. Hizo como si se calmara un poco, soltando aire por la nariz.

—¡Dime, cabo!

—Los peppetradores dejaron una bolsita con herramienta, tres pare y medio de zapato, que pasó que uno un pastol se lo jamó antes de que lo atajaramo. Un papel de lija, un pantalón con tres peso, un calzoncillo Taca y un pañuelo. Ningún documento, jefe. Pero en el patio, algo pa comenzal a seguirle la pista a los subversivo, tenga.

El cabo, que mordía un tabaco, le enseñó, triunfante, una especie de tapa de plástico.

—Encontramo eto, capitán.

El capitán la tomó, la sopesó y la miró de lado y por detrás. La manoseaba, como un pitcher esperando la seña.

—¿Pa qué me enseña este meruco?

El cabo, que lo vio perdido en el llano, le aclaró:

—E juna soldina de trompeta. Tá escrita.

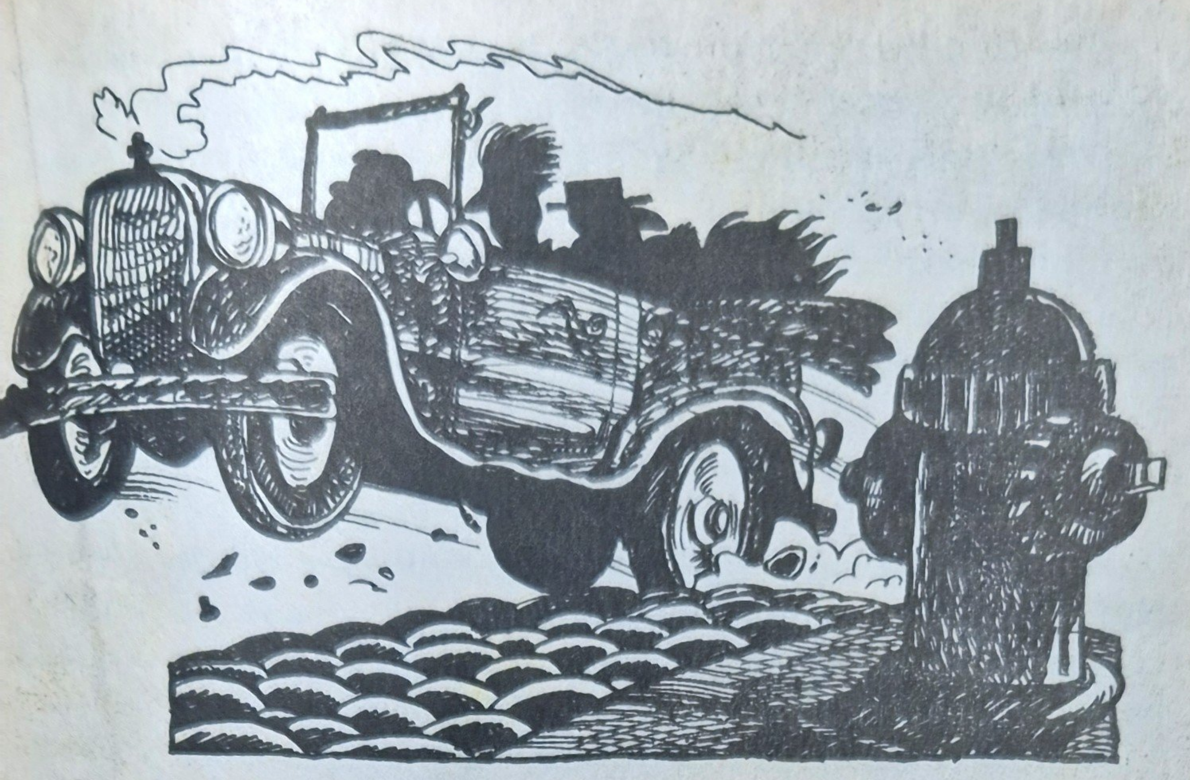
La sordina decía:

PÉREZ'BAR
CALZADA Y F, VEDADO.
LA HABANA

—Claro, una soldina... claro... Pérez'Bar –dijo Vives, echándole una mirada sospechosa al cabo–. Trompeta... ¡Júm! ¡Llámame ahí a Timbí!

El fotingo redujo la velocidad cerca del Crucero de Playa, a esa hora lleno de tranvías vacíos esperando para dar la vuelta hacia el Vedado. Doblaron en una cuadra poco iluminada y siguieron a poca velocidad, como si pasearan.





De pronto, oyeron perseguidoras en una calle paralela. Tetilla pisó a fondo y el fotingo salió como una flecha. Pepe, que había logrado hacerse el taparrabos, se volvió hacia Lola, que no lo miraba, o no abría los ojos, desde hacía como ocho kilómetros. Lola estaba bembona y enfurruñada.

—Lola... –empezó a decir Pepe.

—¡Para mí te moriste... pipirriqui! –le soltó Lola.

Pepe, indignado y herido por su incomprensión, abrió una puerta y se lanzó del fotingo. Tetilla frenó de golpe y Negro casi sale por el capó.

—¡Pepe! ¡Estás loco? –gritó Prats.

Pepe se había revolcado, hecho un asterisco, sobre la calle y dos viejitas, paradas en una esquina, lo miraban con interés mientras él se levantaba y volvía a tratar de ponerse el taparrabos. El fotingo retrocedió y frenó junto a Pepe.

—¡Monta! –dijo Prats, ansioso–. ¡Tenemos que escondernos!

Las sirenas se acercaban.

—¡No! ¡Váyanse, váyanse! ¡Sigan ustedes! –dijo Pepe.

—¡Nos encontraremos en el escondite número dos! –dijo Prats. Era así como llamaban a la casa de Fénix.

El fotingo dobló por la esquina y se fue. Lola no lo había mirado ni una vez. Enseguida, la calle se alumbró con los faroles de las perseguidoras.

Pepe saltó y se puso en cuclillas detrás de las viejitas. Pasaron tres perseguidoras a gran velocidad.



Pepe se asomó detrás del hombro de la vieja más bajita para comprobar que podía seguir camino. Sintió un pellizquito.

Las viejitas lo miraban con descaro, a la cara y al taparrabos, lamiéndose los labios.

—Somos anti Machado, agraciado varón.

—¡Ven, muchachón… y escóndete con nosotras!

Pepe retrocedió rápidamente y se perdió en la oscuridad.

Werner vio a los *pasmati* salir dando griticos y esconderse. ¡Joseph había llegado! Los pasos de Pepe corriendo escaleras arriba retumbaron en la casa.

Werner se había tomado varios vasos de tinto con 0 positiva, celebrando anticipadamente el encuentro con el Grupo Europeo. Los de Relámpago Cubano seguro no llegarían hasta la mañana y él y Bruno habían revisado, tapado o pintado todas las ventanas. Sería una reunión incómoda, con el Sol afuera, quemando la casona. A lo mejor, hasta tenía su parte simbólica –pensó Werner. Subió al cuarto de Joseph.

Pepe se había puesto un viejo pantalón y una camiseta sin mangas. Estaba revolviendo el escaparate. Empezó a revisar unos percheros en busca de una camisa.

—¡Qué bueno, vinisten a pesar de todon! –dijo el tío.

Pepe pegó un salto, asustado.

—¡Viejo! –dijo Pepe, y descolgó una camisa–. ¡Qué susto me has dado! Oye, préstame dinero, que tengo que perderme.

—¡Cómo! ¿Piensas salir ahoran? ¡No puedes irte, Joseph!

—Tengo que salir pitando, tío –dijo Pepe. Tiró la camisa sobre la cama y se sentó a ponerse unos viejos zapatos.

Werner retrocedió hasta la puerta, abriendo los brazos, impidiéndole el paso.

—¡No te irás! ¡Viene el Grupon!

—¿Quién?



—El Grúpon. Viejos e importantes conocidon.

—¿Y a mí, qué? ¡También puede venir la Policía!

Pepe se paró, dando unas breves patadas para acomodarse los zapatos.

—¡El Grupon es más importanten!

—¿Ah, sí? ¿Tú quieres que me den un tiro?

Pepe agarró la camisa y caminó hacia la puerta. El tío Werner se le plantó delante, con los ojos brillantes.

—¡Las balas no matan... a los vampiron!

Pepe resopló, impaciente.

—Buenon, a no ser que sean balas de platan –dijo el tío.

Pepe hizo una finta para flanquear al tío. El tío se movió con él. Pepe frió un huevo y dio un paso atrás.

—Tío... ¿Qué vampiro ni qué ocho cuartos?

Werner sonrió.

—Soy un vampiron, Joseph... ¡Igual que túnnn!

Pepe iba a reírse pero algo en la expresión del tío le dijo que ni se lo planteara. Pobre tío, al final, su rara dieta y el enclaustramiento, lo había trastornado –se dijo Pepe y sonrió comprensivo.

—¿Tú te sientes bien, tío?

—¡Como nuncann!

—Yo creo que deberías descansar.

Pepe le puso una mano en el hombro. El tío puso los ojitos como dos rayas.

—Mm... ¿No me crees...? –dijo Werner.

El tío Werner dio unos pasos de lado y levantó las manos, como si fuera a bailar flamenco, y comenzó a mover con rapidez todos los dedos. De pronto, soltó una especie de siseo muy agudo y se estremeció. Palideciendo hasta el color de una sábana sucia, enseñó unos dientes blanquísimos y sus caninos parecieron agrandarse; los ojos se le tiñeron de amarillo y se le marcaron unas feas ojeras grises.

—¡IIIIJJJJNNNN! –chilló.

De un salto espectacular, el tío cayó parado sobre una ventana que casi tocaba el techo.

—¡CHAFLÍNN! –volvió a chillar el tío.

En su espalda aparecieron unas grotescas alas de murciélago. Abrió la boca en una terrible sonrisa y sacó una lengua azul. Babeó un par de litros y, como una mosca gigante, caminó por las paredes,

moviéndose encorvado por toda la habitación, se detenía para asumir poses grotescas.

—¡CHÍNN, ÍNNN, CHAFLÁINN! –iba diciendo el tío con cada pose. Hizo una pirueta y anduvo de cabeza por el techo, dándole vueltas al bombillo.

—CHIPINNN, CHÍPIN.

A Pepe se le aflojaron las rodillas, soltó la camisa y se cayó sentado, con la boca abierta, sin dejar de mirar con horror al tío.

Las alas de vampiro se encogieron, flups y Werner bajó flotando con suavidad hacia Pepe. Finalmente, se paró en el suelo. Luego, se arregló las gafas con la punta de un dedo y se rascó la espalda con fuerza. Hacía tiempo que no usaba las alas.

—¡Co! ¡Coño, tío! –dijo Pepe, con un hilito de voz.

Bajaron al sótano. A Pepe le pareció más oscuro, más siniestro y más húmedo que nunca. El tío Werner abrió la puerta del laboratorio y –por primera vez en la vida– le hizo un ademán para que lo siguiera hacia el interior.

El laboratorio olía a mantequilla rancia y a medicinas. En un gran desorden, había cajas, libros y toda la parafernalia de vidrio, tubitos de metal y cristal, propio de un laboratorio de química. Por el suelo, mezclados con aserrín, había saquitos con polvos de colores raros y bidones que goteaban líquidos apestosos y repugnantes. En una pequeña tina, llena de una pasta gelatinosa, flotaban lagartijas, ratas y toda una serie de bichos y batracios.

El local estaba iluminado por un solitario bombillo de sesenta, proyectando sus sombras en todas direcciones.

Al fondo, junto a una mesa de trabajo, había un ataúd de caoba y estantes con libros. En la mesa, probetas selladas y numeradas, con líquidos que iban desde el azul oscuro hasta el celeste. Al lado, un botellón de agua La Cotorra, lleno de un líquido azul brillante.

En una esquina, delante de un viejo y empañado espejo, reposaba un baúl alto y estrecho, forrado de terciopelo negro. El tío Werner se acercó al baúl y tiró de unos unos cierres. Con la punta de los dedos abrió la tapa.

Adentro, descansando en una especie de galán de noche, había una bella capa negra, con forro escarlata. El cuello era rígido, de

puntas hacia arriba, almidonado a conciencia y blanco como el coco. El broche, que unía las alas de la capa, era una cadena de oro, adornada con un gran rubí.

—La capa de tu padren, el Gran Líder, Conde Rudolf Viktor von Dráculan –dijo el tío Werner y suspiró–. Fue también, de tu pérfidon y lascivon abueliton Otton.

Pepe retrocedió confundido.

—Ahora, te pertenecen –dijo el Werner.

Pepe se estremeció. Unos tentáculos le rodearon un pie y una cosa fría y húmeda le tocó la espalda. Pepe metió un respingo eléctrico y vio a los monstricos *pasmati*.

Los *pasmati* lo estaban saludando. Lo miraban con ojitos amarillos llenos de adoración. Fredo no pudo aguantarse y mordió cariñosamente a Pepe en un dedo.

Pepe saltó sobre la mesa de trabajo, tumbando frascos. Quería alejar a los bichos empujándolos con el pie, pero ellos lo seguían toqueteando entre chillidos y cloqueos. Fredo se prendió a su zapato y lo chupó con fuerza.

—¡Basta, chicos! –dijo el tío–. ¡Joseph no los conocen... todavían!

Los *pasmati* se replegaron, pero no se escondieron.

—No, no, no, no –dijo Pepe–, esto no está pasando, estoy soñando.

Se tiró de la mesa. El tío Werner abrió una gaveta y se puso a buscar entre los papeles.

—¡No puedo ser un vampiro, tío! –dijo Joseph–. ¡Soy una persona normal! ¡Camino al Sol, me reflejo en los espejos! Yo no... –tragó– ...no chupo sangre!

El tío le puso una foto vieja y sepia en la nariz.

—¡Eres túnn... cuando llegamos aquín!

Pepe alejó la foto. Vio a un vampirito vestido de marinero, sonriendo a la cámara, frente a un pequeño maletín. Detrás, también sonriendo, se veía un garabato de pelos y ojos, el perro Adolf.

Pepe iba a decir algo pero se calló y volvió a mirar la foto.

—Eres un nuevon tipon de vampiron... ¡Gracias a mi fórmulan! –dijo Werner.

De una zancada el sabio llegó junto al botellón y lo abrazó; comenzó a lamerlo con los ojos cerrados. Luego se echó hacia atrás, lo miró con orgullo, y le dio unos besitos a la etiqueta. Pepe se acercó un paso. El líquido se parecía a aquellas vitaminas que...



Werner caminó hacia Pepe y lo sacudió por los hombros.

—¡Concéntraten, Joseph!

Clavó la vista en los ojos de Joseph, que se movían dando salticos de azogue.

—¡Siéntelonnn, Joseph! ¡Está dentron de tinnnn!

Pepe empezó a sudar. Le venían aquellos escalofríos…

—¡Sácalon, Joseph! ¡Sácaloonnn! –dijo el tío y levantó los brazos con ímpetu. Pepe sintió la llegada de una tanda de escalofríos magníficos, se engrifó y comenzó a jadear. Dio un paso atrás y también levantó los brazos. Chilló y se volvió a engrifar. Entonces siseó y se paró en la punta de los pies. Dos tensas alas de murciélago brotaron de su espalda, produciéndole un espasmo ardiente de dolor. Caminó chillando hacia el tío.



Werner lo miraba emocionado; se le aguaron los ojos y aplaudió despacio con sus manos enguantadas plaf... plaf... plof.

—¡Como tu abuelon! –exclamó–. ¡Impresionantennn!

Pepe, en medio de su paroxismo y euforia vampírica, giró y vio, en el sucio espejo, un sombrero y una camiseta sin mangas... flotando ridículamente en el aire. Tardó un segundo en darse cuenta de que era él mismo en el espejo.

Impresionado, perdió la concentración, las alas se le replegaron, flups, y caminó de espaldas hasta que chocó con la pared. Señalaba como un tonto hacia el espejo, con horror.

Pero el tío Werner no estaba impresionado. Estaba descorchando una botella de tempranillo con una sonrisa y la lengua entre los dientes.

Pepe pensó en sus planes de amor con Lola, la casita… los niños…

—¡Lola… Lola! –dijo, desesperado. Se tapó la cara con las manos. Se imaginó, en un flachazo, a Lola aterrorizada, negándole sus besos… y muchos ataúdes en forma de cunitas negras. Biberones y baberos ensangrentados. A sus hijitos, con afilados colmillitos, con ojos amarillos y caritas blancas como el yogurt. Se echó a llorar.



—¿Mujeres, eh? –dijo el tío.

Werner sirvió 0 positiva en dos largas copas y las completó hasta el borde con tempranillo.

—¡Que no te preocupen! ¡Habrá muchas más... no se nos resistenn!

Le ofreció una copa a Pepe, que la tomó maquinalmente. Werner sorbió su copa.

—Tu abuelon tiene tovavían el récord de seducción.

El tío Werner se rió, recordando.

—¡Incluson, sin colmillon, las seguían chupando igual!

Pepe olió la copa. Se volvió hacia su tío.

—Es 0 positivan... –dijo Werner.

Pepe miró de nuevo su copa con asco.

—Cosechan de mil novecientos trenn... –le aclaró el tío–. ¡La mejor!

Pepe apartó la copa y la puso sobre un estante. Se veía aplastado. Werner suspiró, comprensivo. Apuró su copa y chasqueó los labios con placer.

Hubo un silencio sospechoso en el espigón de Relámpago Cubano S.A. y Terrori mandó a Fade a darles otra vuelta. Fade vio que Ribeiro y los estibadores dormían sobre las cajas. Fade soltó un siseo de disgusto y volvió hacia el camión.

Cuando regresó, la refrigeración del camión empezó a chillar con un ruido insoportable, dio un bateo y se apagó. Se caldeó el ambiente y tuvieron que abrir las puertas. Media hora más tarde, las cerraron, pues ya amanecía. Terrori estaba irritado; ahora era muy tarde para atacar a los europeos.

A las siete hubo movimiento y miraron por el periscopio. Monchi salió caminando del almacén, luego volvió con un pomo de café. Uno a uno, los estibadores salieron a meter la cabeza bajo una llave de agua en el espigón de carga y volvieron a entrar. El Sol ya era un reverbero sobre los edificios. Cerca de las nueve, empezaron a cargar el camión: las cajas con los lebreles primero y después los europeos. Se oían los gritos de Ribeiro.

—¡Seréis animales! Ahí dice mu claramente Use-No-Ho-óks.

—Veldá... ¿Y qué sé yo lo que quiere decil eso, gaito? –dijo Pichi.



—¡No usar garfios! Y casi atraviesas la caja, bestia.

Pichi sacó el garfio, que dejó un claro agujero en la caja.

Un rayito de Sol entró a la caja por el agujero... y le empezó a quemar un hombro al vampiro español. Aguantando un grito de dolor, Dolors agarró una punta de su corbata y taponeó el agujero.

Ribeiro dio un manotazo sobre la lujosa American Dream.

—¡Mira esta! Ahí dice, mira... ¡mira aquí!... pone: This-Si-De-Up. ¡Y la has puesto al revés, so bestia!

—¡Vaya, gallego! ¡Luego te queeejas, pero aquí en Cuba has aprendío una pila de otro sidioma, vaya! –le gritó Monchi.

Dentro de la American Dream, el Querido y Audaz Líder Getringen, bocabajo, se estaba asando. Los golpes habían obstruído el escape del aire acondicionado, y lo que le entraba a la caja era aire caliente. Por fin le dieron vuelta de un tirón y el aire volvió a enfriar.

Amarraron una maraña de sogas contra la carga. Encima de la American Dream, que había quedado salida de la carga, ataron un palo con una banderita roja. Un lebrel aulló y Chucho le entró a palos a la caja.

—¡Dejad en paz a los pobres animalitos! –dijo Ribeiro.

Cerraron el almacén y, por fin, se subieron al camión y arrancaron. El Mack de Relámpago Cubano S.A. traqueteó, sonó las cadenas y salió.

Eran las diez en punto. Bañado en sudor, Terrori los enfocó a través del periscopio y dio orden de seguirlos.

Desde las nueve, la Policía estaba rondando el Pérez'Bar. Había carros, listos para entrar en acción, a tres cuadras de distancia. Cuando llegó Pérez a preparar la rutina del bar, el capitán Vives hizo una señal y los policías irrumpieron en el negocio. Destrozaron todo lo que encontraron a su paso. Echaron las puertas abajo, tiraron las mesas, rompieron botellas y esposaron a Pérez a una silla. A lo descarado, empezaron a coger botellas de souvenir.

Aparecieron más carros de la Policía por Calzada y parquearon de manera que se interrumpiera el tráfico en tres calles.

El Mack de Relámpago Cubano S.A. llegó traqueteando y se paró en medio del tranque que se había formado. El camión de Terrori, se detuvo también. Ya la temperatura adentro era espantosa y habían tenido que quitarse las chaquetas. Comenzó un concierto de claxons en la calle.

En el bar, el capitán Vives se dio banquete pegándole a Pérez.

—¡Habla, tarrú! ¿Dónde vive el rubio de la trompeta?

—No sé ca-capitán, se lo juro –dijo Pérez.

Vives, que no quería estropearse la mano, hizo una seña a un policía que mascaba hielo para que continuara su labor, y se sentó en una silla con un largo trago de whisky.

El policía que mascaba hielo siguió dándole a Pérez hasta que el pobre hombre dijo que creía haber oído decir que Pepe vivía en una casa de huéspedes por 19. Unas patrullas, con Timbí, salieron disparadas hacia allí.

Como el tranque seguía, Ribeiro, Monchi, Pichi y Chucho, dejaron el camión y subieron hasta Línea y se tomaron un café. Desde el Pontiac de Terrori, el periscopio giraba con discreción buscándolos.

Pasó media hora y regresó Timbí.

—¡Lo tenemos, capitán! –dijo, mascando su cabo de tabaco–. El tipo tiene otra dirección por la playa.

—¡Entonces, vamos! –dijo Vives–. ¡Candela con esto!

Se le encimó a Pérez y le dio unos golpecitos con el dedo índice.

—¡Tas embarcaítoo, por tarrú! –dijo, y se dirigió a los otros–. ¡Llévenselo!

Vives se montó en su carrazo y los policías empezaron a dar órdenes para que pudiera salir. Los choferes en la calle, irritados, daban manotazos en las puertas de los carros, sonaban las bocinas y le gritaban a los policías.

—¡Dale, papito, tan comiendo lo que pica el pollo, chico!

—Policía, partía e comemiedda!

—Oigan, respeto a la autoridá o no se mueve nadie, ¿va?

—Prrrrt –una trompetilla.

—¡Tócame otra ve el pitico, vaya!

—¡A vel, ciudadano, cilculando aquí!

Los lebreles empezaron a aullar con más intensidad que los pitos de la policía. Cuando el carro del capitán salió por fin, montándose en la acera, algunos vehículos comenzaron a salir tras él. Pero



el Mack de Relámpago Cubano S.A. abandonado, mantenía el tranque desde la punta de la calle.

Ribeiro y su personal regresaron bajo una lluvia de insultos. Chucho golpeó salvajemente la caja de los afganos. Ribeiro arrancó el Mack. El Pontiac de Terrori, que había apagado el motor para bajar la temperatura, arrancó también.

Dos policías arrastraron a Pérez hacia una perseguidora. Ribeiro avanzó unos pocos metros y tocó, craaaj, de refilón la defensa de la perseguidora. Los policías empezaron a gritarle, indignados, y el gallego se bajó y habló con ellos. Los choferes que seguían al Mack, abrieron las puertas de sus autos y amenazaron con matarlos a todos.

Ribeiro regresó a su camión. Alguien le gritó:

—¡Gallego, no acabas de civilizarte aquí, mi hermano!

Ribeiro enrojeció. Apagó el motor y se plantó frente a su Mack, retando –con un machete– a quien fuera.

—¡No me toquéis las narices, que soy español pero siento como cualquier otro animal, eh!

Dio un machetazo contra el suelo, sacando chispas naranjas de la calle.

—Mire, gilipollas el que habló... ¡civilice usted a su padre...!

Los policías que llevaban a Pérez se detuvieron a mirar la bronca, calibrando si era necesaria su intervención.

—¡Que si no fuera por nosotros los españoles, andaríais con plumas en la cabeza... –Ribeiro enseñó los fondillos y se dio unas nalgadas– ...y aquí en el culo y os llamaríais Anacaona, Guabay, taínos, guanatabeyes!

—Prrrt –una trompetilla.

—¡Os váis todos a la porra, eh!

—¡Tá güeno ya, carajo!

A la calle se bajaron los estibadores y otros choferes. Aprovechando la distracción, Pérez, medio ciego de los puñetazos que le habían propinado, se soltó de los policías y se metió en el molote. Los policías sonaron los pitos y corrieron tras él, pero no pudieron avanzar mucho.

—¡Oye, párate ahí! –gritó uno. El otro, metió un disparo al aire y paralizó la bronca. Se formó una nueva, ahora contra los policías que disparaban a sus compatriotas. La confusión resultó apropiada. Pérez, se esfumó.

Casi una hora después, el tráfico volvió a la normalidad. El Pontiac seguía al viejo Mack, que con rapidez y eficiencia, entregó seis paquetes para un negocio de la calle 12, un baúl en la calle 14; volvió a L para dejar un paquetico. Pararon el tráfico en 10 y 17 para decirle a una bella cuarentona:

—Assesssina.

—Mima.

—Abusadora.

—Eres una jamoneta majísima, galana.

—¡Ah, deja eso, gallego, que tocco ere, shic!

Y luego, en 18 y 13, pararon a entregar los famosos lebreles afganos. Monchi y Pichi bajaron la caja con mucho cuidado. De una residencia salieron unas jovencitas, contentísimas, dando griticos de felicidad y abrieron la reja de la entrada.

A una cuadra de distancia, por el periscopio, Terrori pudo ver como salía más gente de la casa hacia el jardín para ver a los perros. Le firmaron la tablilla a Ribeiro, que dejó las jaulas, salió a la calle con los estibadores y cerró la reja. Un mayordomo abrió las cajas bajo las miradas de las jovencitas y soltó a los elegantes perros. Se oyeron rugidos y gritos de espanto y horror.

Los estibadores de Relámpago Cubano S.A., quedaron petrificados. Chucho se paró encima de una caja y empezó a gritar algo a los otros. Tomó el palo con el que pegaba a los perros y abrió valientemente la reja del jardín. Casi lo tumba el despavorido mayordomo, que corrió por la calle con los pantalones rasgados y el lebrel macho prendido a la espalda.

Ribeiro, Pichi y Monchi siguieron a Chucho hacia el jardín. Las jóvenes corrieron y se subieron a un muro, seguidas de la hembra, que rugía con espuma en la boca. La perra dejó a las jóvenes y se volvió hacia los estibadores. Estos, dando extraños brincos, salieron a la calle y tiraron la reja de un manotazo.

La hembra, hecha una fiera, se impactó contra los barrotes y luego comenzó a dar saltos enormes para llegar a las jóvenes. El otro lebrel, que atacaba al mayordomo, regresó enseñando todos los dientes. Chucho le tiró el palo y Relámpago Cubano S.A. en pleno, se encaramó en el camión y huyó.

Dentro del camión, Terrori, semidesnudo y chorreando sudor, se cansó y pasó el periscopio a Smiley. La temperatura se estaba poniendo mortal.



Pero tampoco los europeos se sentían muy bien. Dentro de sus cajas, se asaban y oían con envidia el zumbidito del aire acondicionado del Querido y Audaz.

Al mediodía, la tripulación del Mack se detuvo para comer algo y descansar, haciendo una siesta a la sombra. Sobre las dos de la tarde, ya rodaban despacio por Quinta Avenida.

A esa hora, Pérez, desde un escondite, logró llamar a una vecina que conocía a una prima de Fénix y le dio la noticia de que Vives iba en busca de Pepe.

Por fin, el Mack llegó a casa de Werner. Bruno salió a la puerta y les indicó que pusieran las cajas dentro del garaje. Metieron el Mack de fondillo en el garage y los estibadores tiraron las cajas unas encima de las otras.

Bruno firmó la tablilla, pagó y cerró la puerta. Cuando el Mack se perdió de vista, el camión de Terrori se acercó a la casa y se situó cerca del garage. Terrori se dirigió a Fade.

—Ve –dijo.

Fade Out Johnson, era un *pasmati,* un mestizo de vampiresa hindú con hombre lobo del Nepal. Su nombre verdadero era Phumnyeter Platahanith Johnson. Tenía la rara habilidad de transformarse en una esferita de energía y atravesar cualquier materia, salvo el plomo. Un don llamado *hatchisbuhil* en su tierra.

Fade se puso de pie y adoptó la pose estándar de concentración: parado en la punta de un pie, recto como una I ...se ladeó, y entonces, arqueó la espalda y se puso como un ) ...luego levantó una rodilla hasta casi tocarse la quijada, estiró un brazo hacia un lado y colocó una mano en el puente de su nariz, apretándose la frente con dos dedos. Cerró los ojos y comenzó a jorobarse en forma de &.

Smiley, que no dejaba de admirar su flexibilidad dijo:

—Oye, muchacho... ¡Estás en tremenda forma!

Eso bastó para desconcentrar a Fade y dio una patada, furioso.

—¡Silencio! –dijo–. ¡Necesito concentración!

Volvió a repetir los movimientos y, a la vista de los otros, su imagen se nubló y luego se volvió... transparente.

Adonde había estado el pecho de Fade, surgió una esfera de luz, que aumentó su brillo y flotó en el aire. Fascinados, todos en el equipo de Terrori lo siguieron con la vista.

La esferita se movió, atravesó la pared del camión como si nada, y desapareció.



Fade, convertido en esfera de luz, se pegó a la pared del garaje. Tenía una visión distorsionada, semejante a un lente ojo de buey. Quedó alerta, calculando su grosor y, con suavidad, la atravesó. Esos eran los momentos más peligrosos. Cualquier desconcentración, un golpe, un ruido... en el momento en que traspasara la pared e instantáneamente volvería a materializarse, apachurrado entre los ladrillos.

Fade entró en el garaje. Las cajas estaban abiertas. Los ataúdes debían estar dentro de la casa.

Se materializó lentamente y sacó una pistola lanza-estacas de tres tiros. Era una suerte que hubiera desarrollado su habilidad, a tales límites, que podía trasladarse con ropa y armas.

Sus antepasados solo podían hacer *hatchisbuhil* desnudos y, por lo tanto, tenían que usar unas cortas y finas cerbatanas con dardos de plata, que se metían en el cuerpo para poderlas transportar. Se rió bajito imaginándose a sí mismo en cuclillas, sacándose la gruesa pistola. Fue a la puerta del garage y le quitó el seguro al picaporte.

Fade se materializó de nuevo dentro del camión. Fingió ser indiferente a las miradas de admiración de los otros, se revolvió el cabello moviendo la cabeza y dijo:

—*Okey, boss.*

El camión se movió hacia la puerta del garaje.

En el escondite número dos, Lola lloraba sin consuelo sobre la cama de Fénix. Había roto en tres pedazos una foto de Pepe, y además, en el proceso se había lastimado una uña.

Tetilla y Prats trataban de convencerla de que había sido injusta con Pepe, que él solo cumplía órdenes de la jefatura del comando y que la quería a ella.

—¡No! –dijo Lola–. ¡No lo pe-erdo-o-no oh oh! –se le quebró la voz y volvió a llorar.



Sonaron unos golpetazos en la puerta. Negro, desde afuera gritó:
—¡Vendo enanitos verdes!
Era la contraseña del comando y Tetilla quitó el pasador de la puerta.
Entró Negro, sofocado.
—¡Caballero! ¡Hay que salvar a Pepe!

Mientras el camión de Terrori entraba en el garaje de la casona del tío Werner y sus matones sellaban las puertas, para evitar los rayos solares, el carrazo del capitán Vives llegaba al camino y frenaba, formando una nube de polvo.

—¡Minstinto me dice… presiento y güelo que debe ser por aquí, capitán! –dijo Timbí.

—¡Ah, no te me haga el cheche, tarrú! ¡Si no hay más casa por aquí! –dijo Vives.

El capitán Vives miró hacia la casona y luego inspeccionó con la vista el camino. Otros tres carros llenos de policías se aproximaron. A una orden de Vives llevaron los carros patrulleros a una ceja de monte cercana y los escondieron. Luego prepararon sus armas para un asalto en regla.

A la sombra, en la sala de la casona, los delegados del Grupo Vampiro Europeo se estaban recuperando del traslado. Bebían 0 positiva con ron cartaplata y mucho hielo, salvo el Querido y Audaz Líder Getringen. El aire acondicionado de la American Dream se había disparado a enfriar y Getringen tenía todavía escarcha en la nariz. Getringen, con un jarrito humeante de té, le dio una patada al ataúd.

El tío Werner contemplaba con una sonrisa cómo su admirado Gustav Hendehaupft, el locutor estelar de Radio Vampiro Internacional, desempacaba la emisora que utilizaría para anunciar que se había inventado el antisolar. Gustav no era como se lo había imaginado. Era un vampiro pequeñito y calvo, de ojos saltones y casi sin nariz. Cuando se colocó los grandes auriculares, parecía un topo entre paréntesis. Gustav comenzó a levantar interruptores y a mover un control.

—Aquí Gustav, dime, Inge… –repetía.



Los aparatos gemían y hacían krrrrrrr, purrr, ziúuuuuu-chuuufíiiiiiip. Los *pasmati*, salieron de una trampa de madera que había en el piso donde dormían y rodearon el trasmisor, encantados con los soniditos. Gustav los alejó con brusquedad del enorme micrófono que había instalado.

Pepe se sentía ridículo con la capa de su padre, que el tío le había obligado a ponerse. Miraba con aprehensión a los vampiros recién llegados.

El español se veía despiadado, así como el italiano. El francés, por algún motivo, le guataqueaba al jefe, el tal Getringen. Todos seguían los clichés, vestidos de luto. El inglés, Sir Winstein, era el más pintoresco, con un traje de explorador de película: *shorts* y casco de corcho; una especie de boy scout sin garbo. Sir Winstein estaba limpiando su monóculo cuando reparó en Pepe, se lo puso y estudió al vampirito con aire altanero.

Negro, Prats y Tetilla iban en el fotingo a toda velocidad cuando el motor empezó a sonar como si tuviera adentro diez negros tocando rumba con martillos. Explotó el radiador. El motor se apagó y se trancó una de las ruedas traseras, que patinó dejando una marca negra en la calle. Recorrieron unos metros desconectados y se detuvieron.

Prats se puso a dar cranque, pero no arrancaba. Negro saltó del fotingo, en busca de otro carro para secuestrarlo, robarlo... y vio unos mulos.

Corrió hacia una casa con *car porche*. Pero no había ningún carro a la vista. Era un barrio de pobres de mierda, sin carro. Nada.

Volvió a mirar a los mulos y se fijó que tiraban de un carromato con el logotipo de la cerveza TROPICAL. No había nadie en el salpicadero. El carromato estaba parqueado, solito, de jamón. Eso significaba que no tenía cervezas. Rastrilló la pistola y salió corriendo.

—¡Sí, Inge! –dijo de pronto Gustav, pegado al micrófono–. ¡Te oigo alto y claro! ¡Sí! –engoló la voz y siguió–. Prueba... uno, dos... logopedia y foniatría, logopedia y fo... ¿Ya? ¡Perfecto!

Se volvió hacia el Gran Líder Getringen.



—Salimos al aire en cinco minutos.

Werner le hizo señas a Pepe de que se acercara. Le puso un brazo en el hombro.

—Joseph es la prueba vivienten de mi inventon –dijo–. Tostaditon, ¿verdad?

Los vampiros europeos no respondieron, miraron a su Querido y Audaz Líder.

—Pues sí... –dijo Getringen–. Profesor, hemos pensado en un nombre para el elíxir: VAMPISOL

—¿Vampisol? –dijo Werner, pensativo–. ¡Me gustann!

Pepe vio al tío sacar un pergamino muy rígido y amarillo. Estaba enrollado y apretado con una cinta roja.

—Estoy liston para leer la fórmulan del VAMPISOL, gratin, para todos los vampiros del mundonn.

El Grupo Europeo se mantuvo en silencio. Pepe vio que se palpaban las ropas, como cerciorándose de que sus armas estuvieran donde debían estar. Algo no iba bien.

De pronto Getringen soltó una ronca carcajada y los demás europeos lo imitaron. Fueron risotadas llenas de maldad. Getringen se calló de golpe y dio unos pasos hacia Werner.

—¡Gratin!... ¡Gratin! –dijo, imitando a Werner, y luego escupió con desprecio.

Los europeos sacaron unas pistolas lanza-estacas y el italiano, una *lupara*. El tío Werner entendió y se puso serio. Getringen se acercó más.

—¡Viejo cretino! ¿Gratis, eh? ¡Haremos un imperio vendiendo el VAMPISOL! –dijo, furioso–. ¡Entrégueme el pergamino con la fórmula!

Werner retrocedió, aguantando con las dos manos el pergamino.

—¡Trampa! –dijo Werner–. ¡La hice para que fuera patrimonionn de todos los colegas!

Werner saltó hacia la mesa de trabajo y tomó un sopletico conectado al gas por una manguera. Puso el pergamino con la fórmula cerca de la llama.

—¡Si no es asínn... prefieron destruir la fórmulann! –gritó.

—¡A él, Bruno! –gritó Getringen.

Con un puro reflejo de estúpido, Bruno agarró al tío Werner por el cuello y lo detuvo. Le quitó el pergamino y miró a Getringen, esperando más órdenes.



Pepe sintió una furia inmensa, se engrifó y saltó sobre el traidor de Bruno. Chillando con toda su alma, le pegó unos feroces puñetazos en la cara y Bruno, sorprendido, se tambaleó y soltó al tío.

Dando traspiés, con Pepe encima, Bruno se paró sobre la tapa de la trampita de madera de los *pasmati* y la rompió con su peso. Cayó adentro, como un saco de arena y Pepe quedó de cuclillas en el borde, siseándole a los europeos... y con el pergamino de la fórmula en la mano.

Chupafino le apuntó la *lupara*. Pepe se apartó de un brinco y el italiano disparó los dos cañones. Las estacas le pasaron muy cerca y se encajaron en un estante. Los otros europeos, apuntaban siguiendo los brincos y saltos que daba Pepe, pero no se decidían a disparar.

—¡Quémalann, Joseph! –gritó Werner sosteniendo el sopletico por la manguera.

Pepe dio un salto hacia su tío pero Getringen se le plantó enfrente, se engrifó y se convirtió en un bulto amenazador con sus alas de murciélago y las manos crispadas. Pepe se agachó y le propinó una patada entre las piernas que sonó crunfk. Getringen puso cara de ahorcado y cayó de rodillas, presionándose los brazos con los muslos.

Pepe saltó sobre el Líder y siguió hacia su tío. Rebombieaux le puso una zancadilla y Pepe trastabilló, cayó y rodó hasta la pared junto a la puerta. El francés sonrió con sorna y se dirigió hacia Pepe.

Pero la puerta junto a Pepe se abrió de una patada y apareció Smiley con su subametralladora. Rebombieaux retrocedió rápidamente. Smiley disparó una larga ráfaga en abanico sobre las cabezas de los europeos. Los europeos, soltando sus armas, se lanzaron al suelo, mientras el aire se llenaba de humo; saltaban libros, trozos de madera y pedazos de instrumentos. Gustav, agarrando el transmisor, se metió en la trampa de los *pasmati*.

Las balas rompieron una fina tubería en la pared y un chorro de agua cayó , haciendo un charco.

Pepe se sentó en el suelo, apoyado en la pared, con el pergamino agarrado contra el pecho. Smiley le sonrió.

Detrás de Smiley, estaban Johnny Terrori y sus matones.

—*Okey* –dijo Johnny–, el que se mueva recibe una de plata en la cabeza.

Se volvió hacia Pepe y le quitó el pergamino. Chasqueó los dedos.

—¡Doctor! –dijo.

Entró el vampiro bajito de barbas tapándose los oídos con los dedos. Tomó el pergamino, lo abrió y comenzó a leer, moviendo los labios. Terrori daba largos pasos; estudiaba el laboratorio. Los europeos estaban contra una pared. Solo se oía el chorrito de agua cayendo al piso. El tío Werner se puso de pie despacio y se paró delante del botellón con la fórmula, tratando de ocultarlo con su flaco cuerpo. Terrori lo vio y sonrió con una mueca.

Parados encima de Bruno, Gustav y los *pasmati* se asomaban, muy asustados, por el borde de la trampa. El doctor terminó de leer y se ajustó los lentes. Terrori se volvió hacia él.

—¿Es la fórmula que buscamos, Doc?

—¡Genial, sencillamente genial! –dijo el doctor.

Terrori hizo una seña a Fade.

—Es increíble la síntesis de excipientes y el uso de los azúcares y el aghrftk... –terminó de decir el doctor. Fade le había clavado una estaca en la nuca, que le salió por la barba. El doctor quiso aclararse la garganta, pero no pudo. Quería decir que la fórmula tenía un gran inconveniente.

—*Glorgblergss* –dijo el doctor, rígido.

Johnny le quitó el pergamino de la manito.

—Gracias, Doc, muy amable.

El doctor se desplomó sobre los pies de Pepe.

—Esto es lo que pasa cuando chicos listos como ustedes retan al gran Johnny Terrori –dijo Johnny, enrollando el pergamino. Caminó hacia Werner, que se aferraba al botellón. Lo separó de él fácilmente, y lo empujó hacia el Grupo Europeo. Terrori chasqueó los dedos y Smiley le disparó una corta ráfaga al botellón, que estalló en una llovizna azul.

En ese momento oyeron escopetazos y golpes, vidrios rompiéndose. La policía asaltaba la casona.

El capitán Vives, con una bocina metálica, se parapetó tras una puerta. Abajo, en el laboratorio, se oyó su voz chirriosa, amplificada:

—¡EsTÁN ROdeado por las FUElza del Orden PÚblico! ¡RínDANse, revoltoso, comunitas! ¡Partía e TARRÚSSS!

Todos se quedaron mirando hacia el techo. ¡Ahora esto! ¡Y era de día!

—¡Joseph! –gritó el tío Werner y, de un manotazo, le arrebató el pergamino a Johnny y se lo lanzó a Pepe.



Pepe lo agarró y corrió saltando sobre la mesa y los estantes. Los matones que le cerraban el paso, lo rodearon. Retrocedió y se pegó a un estante. Era inútil tratar de escapar.

—¡Joseph! ¡Por aquínn! –gritó el tío.

Todos giraron a mirarlo. Los rostros de los vampiros se desencajaron. Werner había levantado una banqueta y se impulsaba para lanzarla contra una ventana pintada de negro. Todos, en masa, se volvieron y corrieron hacia la trampa. Gustav gimió, asustado.

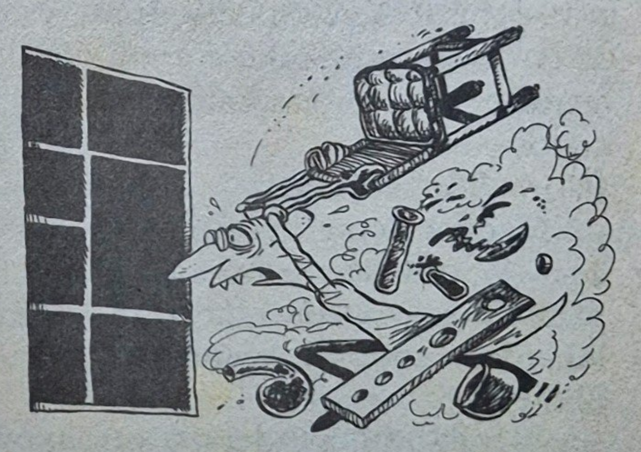
El tío Werner rompió la ventana y entró, deslumbrante, el Sol. El golpe de luz, lo empujó hacia atrás. Pareció explotar en un incendio de gases y llamas azules. En medio de la gritería de los vampiros que se colaban por la trampa, Werner se envolvió en humo; Se estiró –como si quisiera tocar el techo– deformándose como un chicle, y cayó en pedazos negros y grises, siseando y chasqueando, chasc tuf.

Pepe, horrorizado, vio como el viento que entraba por la ventana, movía las cenizas del tío. Sus gafas y sus rojos guantes de goma, estaban tirados en cruz sobre el piso.

Pepe oyó disparos y ruido en las escaleras. Se subió a la ventana. Por la puerta del laboratorio asomó un policía con una Thompson y luego Vives.

—¡Tírale! –gritó Vives.

El policía le soltó una ráfaga, pero Pepe había salido y corría por el patio. Rodeando la casa, vio policías que abrieron los ojos, sorprendidos, antes de apuntarle. Saltó sobre dos hombres de Terrori, agujereados y tirados en la tierra.



Pepe se desprendió a toda carrera hasta donde le daban sus fuerzas dejando estelas de humo, bajo los disparos de los esbirros. Salió al camino a toda velocidad. Oyó cascabeles y con el rabo del ojo vio la sombra pesada y retumbante de un carromato que se le venía encima.

Prats agarraba las riendas y Tetilla pegaba unos fustazos exagerados a los mulos. Pepe se apartó de un salto. Si no se quita, lo aplasta.

Las ruedas sonaban como si fueran a rajarse. Pepe se agarró a una soga para subirse, pero la perdió. Negro asomó por la lona trasera y le extendió la mano. Pepe agarró la mano de su amigo, que estaba helada, y de dos saltos subió al carromato y cayó sobre unos pesados bloques de hielo. El carromato se encontró con la ceja de monte y comenzó a girar para volver a la calle.

Los policías se montaron en sus carros y los persiguieron. Los autos se acercaron al carromato y unos policías, que iban en los estribos del carro delantero, empezaron a dispararle.

Las balas se encajaban en los bloques de hielo. Negro y Pepe tumbaron la portezuela trasera del carromato y empujaron varios bloques de hielo hacia el camino.

Los policías que venían parados sobre los estribos, se agarraron a la carrocería como garrapatas. La patrulla delantera frenó, eludió uno de los bloques, y se incrustó con violencia contra los otros, desparramando policías.

La otra patrulla se le pegó por detrás, hasta invertir su dirección. Uno de los agentes salió despedido hacia la cuneta con los pies por delante.

—...ñoooooOOOOOOOOOOOoooooo –pasó volando.

El carro del capitán Vives frenó junto al choque.

—¡Ustede no cojen a nadie, tarrús! –les gritó. Se bajó y escupió, muy bravo. Se alzó los pantalones por la cintura.

—¡Arriba! ¡Despejen esto!

El carromato siguió a máxima velocidad. Pepe se recostó a un bloque de hielo, sosteniendo el pergamino. Negro le agarró la capa y palpó la tela.

—¿De dónde tú sale, tigre? –dijo–. ¿De una graduación?

Dentro del refugio, los contendientes se habían apiñado hacia las esquinas, como boxeadores en un ring antes de la pelea. El soplete del laboratorio había incendiado unas cortinas y por la apertura de la trampa caían trozos de madera en llamas y se formaba una pelota espesa de humo gris.

El techo crujía con el fuego. Cumpliendo instrucciones de Getringen, Bruno, ya recuperado había salido a tapar la ventana, pero el incendio se había propagado y era imposible acercarse a esa pared.

Bruno tomó las probetas con VAMPISOL de la mesa de Werner y bajó, con una pierna en llamas. Getringen le dio órdenes de abrir un agujero hacia el patio.



Podrían escapar si bebían la fórmula. Terrori era capaz de liquidarlos antes... pero no se había movido.

—Terrori –dijo Getringen–, aquí tengo muestras del VAMPISOL. Te daré unas probetas... si nos dejas ir.

Terrori se rascó la nariz. La Thompson de Smiley no tenía balas, la pistola de Fade, solo dos estacas. El rifle de Sharpie era muy largo y de cerrojo, inútil en una pelea a corta distancia... No podría matarlos rápidamente. Sería necesaria una lucha... y el fuego avanzaba.

—¡Es la única manera de salvarnos todos! –agregó Getringen.

Johnny dio un paso hacia los europeos y apuntó su dedote hacia Getringen.

—*Okey*, Getringen, pero te advierto, y digo las cosas una sola vez... que si los vuelvo a ver, los liquido. Regresen enseguida a Düsseldorf.

—Trato hecho –dijo aliviado el Gran Líder.

Gustav, junto a su transmisor, rodeado de los asustados *pasmati*, vio como se repartían las probetas y bebían el VAMPISOL. A él ni lo miraron. Bruno salió en cuatro patas hacia el patio y tras él, el resto de los vampiros. Gustav se quedó solo con cara de velorio. Con lágrimas en los ojos, ajustó el dial y tomó el micrófono. Se aclaró la garganta y metió su rebuscado y mundialmente famoso chillido.

—¡Esta es Radio Vampiro Internacional!

Una joven pareja de vampiros de Valencia, que se acariciaba en su ataúd doble, oyeron interrumpirse la música en la radio. Se oyó una estática fuerte y brotó del aparato la voz emocionada del locutor:

—*La situación se tornó candente en el encuentro sostenido, hoy aquí, en Havanna, por los representantes de los dos núcleos financieros más poderosos...*

Un vampiro holandés, detuvo una mordida a la linda trigueña que tenía sentada en las rodillas y dio vueltas al dial de su radio, interesado en la noticia.

—*...de la comunidad de vampiros: el Grupo Europeo y la Capa Nostra. Haciendo gala de la mayor intolerancia y rigidez características de nuestra condición...*





En Bergen, una reunión de maléficos se aglomeró de golpe junto al receptor.

*—...y una violencia extrema, no se han puesto de acuerdo sobre la revelación de esta a la opinión pública... ni sobre la posible fabricación de la novedosa fórmula, llamada Vampisol...*

En Shimizu, un vampiro japonés oía inmóvil toda la transmisión.

*—(estática krrrrr) ...de mala madre, así que me despido de todos los oyentes, quizás para siempre.* (moqueo) *¡Ha sido, con mucho* (moqueo) *amor para ustedes, amigos, Gustav Hendehaupft!* (gemido) *...pero que hijos de (krrrsss! estática).*

Un japonés bebió un sorbito de AB con sake, se acomodó en el asiento y decidió no despegarse del aparato de radio. Las noticias prometían ser bien interesantes.

Terrori, Smiley, Lupus, Sharpie y Fade, caminaban bajo el Sol. Intentaban llegar al Hotel Nacional. Allí verían a sus contactos y se rearmarían. El objetivo principal: encontrar al tal Joseph. Lupus dijo que tenía su olfato bien claro y presente.

—Tengo su olor aquí. Totalmente subliminar, *boss* –dijo Lupus, tocándose la frente–. No se preocupe, ajas, ajas.

Smiley iba delante y parecía muy contento.

—*¡Gee, boss,* es magnífico –dijo–, quiero decir, usar VAMPISOL, es agradable! ¿No?

Sin decir palabra, Johnny le espantó una patada por el trasero que lo elevó a dos metros de altura y lo tiró a metro y medio de distancia. Smiley cayó, rodó y se paró con un mismo movimiento. Retrocedió justo ante un poste.

La carota de Johnny se le encimó.

—¡VAMPISOL es una desgracia! ¡VAMPISOL es el final de todos nuestros negocios! ¿Entiendes? –dijo Johnny.

Smiley asintió asustado.



Los europeos iban por una ruta paralela. Se alejarían, y en la noche, volverían a la casona.

Delante, guiándolos, iba Bruno.

—¡Joder! Esos americanos se la gastan en técnica –dijo Dolors–. Nos cogieron por sorpresa.

—Nos han dejado con las manos vacías –dijo Sir Winstein–. Nos bebimos todas las probetas.

—Ellos tampoco tienen la fórmula –dijo Getringen.

—Pego se llevagon pgrobetas de más –dijo Rebombieaux–, solo tienen que copiaglas.

—Ellos quieren destruirla –dijo Getringen– y todavía existe el pergamino.

—A ver *comme* encontramos a Joseph –dijo Ciupafino–. Pensaba que *L'Abana* era una *cittá* más *piccola*.

—¡Tenemos a Bruno! –dijo Getringen–. Él encontrará a Joseph para nosotros.

Pepe estaba sin camisa, en el escondite número tres, un cuartico contiguo al de Olimpo, en un viejo edificio de la Calzada del Cerro, esquina a Patria. Había colgado la capa en una silla y clavado el pergamino junto al catre. Tocaba suavemente un viejo cornetín medio aplastado en la boca. Sintió pasos en el pasillo y el toque secreto del comando en la puerta.

—Vendo enanitos verdes –dijo la voz de Negro.

Se levantó y le abrió.

—¿Qué volá? ¿Qué era eso que tocabas, tigre?

—Nada –dijo Pepe. Se veía muy deprimido.

—Oye, este... parece que la casa de tu tío, medio que se quemó –dijo Tetilla.

Pepe se encogió de hombros y se sentó en el catre.

—Vamos a hacer contacto con un socio que tiene un yate de pesca para ver si te podemos sacar del país, Pepe –dijo Prats.

—El papa Hemingway –dijo Negro. Apuntó a Pepe con un dedo–. No te me mueva del cuatto, no sea que te maten, tigre.

—No voy a ningún lado, caballero –dijo Pepe–. Piérdanse ustedes.

—Ah, no joda, Pepe –dijo Tetilla y prendió un cigarro.

Pepe se levantó y los miró muy serio.



—Oye –dijo Prats–, ya vimos la lista de los chivatos, hasta tiene los sueldos que les pagan. La vamos a divulgar para que la gente conozca a esas ratas que colaboran con el tirano.

—Tengo un asuntico personal, olvídense de mí.

—Oye, Pepe... –empezó a decir Negro.

—¡Váyanse, caballero! –dijo Pepe.

Sus amigos se fueron hacia la puerta.

—Si ven a Lola –dijo Pepe– díganle... díganle que la quise mucho.

—¡Dícelo tú mismo, está en casa de Fén... en el escondite número dos! –dijo Tetilla.

—¡Y no te muevas hasta que te avisemos! –dijo Prats–. Vamos a estar en el escondite número cuatro.

Pepe fue a cerrar la puerta. Negro se volvió, preocupado.

—Oye, no te ponga a bobeal... ¡Te van a partir, tigre!

Pepe le dio una palmada en el hombro y cerró.

¡Las balas no matan a los vampiros! –dijo para sí. Pepe se puso la capa. Abrió las manos y la capa se extendió como un par de alas negras. Ahora actuaba por su cuenta. Pensó: ...pobre tío Werner. Pobrecito, más bueno que el pan... ¿por qué rayos tenía que ser un vampiro?... y entonces: punto uno, si soy también un asqueroso vampiro, que yo pienso que no, pero parece que sí –una confusión del cará–; punto dos, si no podré amar a Lola nunca, nunca, nunca más...; tres, porque ni soy humano, ni nadie sabe, ni yo mismo sé ni la cabeza un guanajo, qué coño soy, ni podré besar más a Lola...; cinco –digo, cuatro–, si no me pueden matar las balas, ja...; cinco, pues... haré algo grande contra el régimen del mariqueta de Machado: me enfrentaré a lo macho con el capitán Vives y me lo fumaré, después... iré al Palacio Presidencial y...

Tocaron por la ventana. Era el negrito flaquito que una vez escondieron dentro de la tumbadora. El negrito palpó la tela de la capa de Pepe mientras hablaba.

—El capitán, al segurete, va a ir a ver la pelea. La jeva del gallo está pal cartón de un boxeadol socito mío. Cuídate, mi helmano.

Miró a Pepe un momento y se fue. Bien –pensó Pepe–, sería esta misma noche.

El comando estaba junto a Lola, que no paraba de llorar y morder, retorcer, apretujar y deshilachar una almohada de guata que había comprado Fénix y que era la preferida de Negro.

—¡Nooj, díganle que no me abandoneee! –lloraba Lola.

—¡Lola, chica, pon de tu palte! ¡Habla tú con él! –dijo Tetilla.

—¡Déjenla tranquila! –dijo Fénix. ¡Pobrecita, como ha sufrido!

—¡Esto parece una novelita de radio! –dijo Negro, le quitó la almohaday la tiró lejos, sobre una silla.

—Pepe está en el escondite número tres –dijo Prats–. Seguro va y te llama... bueno, tenemos que ir a lo del yate.

Salieron. Lola se echó a llorar de nuevo. Fénix le acarició el cabello.

—Niña, si es tu hombre –dijo Fénix–. Ve a buscarlo.





# V

Cuando cayó el Sol, Pepe bajó al amplio patio central de la casa. En época de España el lugar debió haber sido magnífico, pero ahora era la entrada al solar y estaba lleno de tendederas de ropa y cables para robar electricidad a la Compañía.

Una perrita le gruñía a un perro naranja que la trataba de montar. La dueña de la perrita le dio un escobazo al macho.

—¡Ay, sale Lindo, vete, dale, dale! –gritó la señora.

El perro se apartó, mirándola con una expresión libidinosa, jadeando sin cesar. Volvió a la carga y recibió otro escobazo.

—¡Lindo! ¡Ay, que este perro degraciao siempre está tratando, oyee! –le dijo la señora a Pepe, como si lo conociera. La señora levantó la escoba de nuevo y Lindo se fue. Pepe se paró en la puerta y miró a la calle.

—¡Reydelmundo! –le dijo Rey Paulino, el borrachín del solar, un flaco desgarbado, siempre sin afeitar y con una gorra de color indefinido. Caminaba con mucho cuidado, como si el piso estuviera enjabonado.

—¡Psst, reydelmundo, regálame un cigarrito ahí, socio!

Pepe lo ignoró y salió. Miró al cielo, despejado y azul oscuro. Luna llena.



—Noche de vampiros –se dijo Pepe.

Rey Paulino le hizo una mofa a la capa de Pepe y salió tras él. Rey Paulino era auxiliar del proyeccionista en el cine Valentino, en la famosa Esquina de Tejas. En cuanto pisó la calle se levantó los bajos del pantalón, casi hasta las rodillas. Sin soltar los bajos, con la punta de los pies, salvaba charcos invisibles, encorvado como una tarántula.

—Ño, tremendo aguacero –le dijo a un tipo que pasaba.

Detrás del edificio, estaba parqueado un convertible azul, de cristales ahumados, con Sharpie, Fade, Smiley y Johnny. Si los europeos contaban con Bruno, ellos tenían a Lupus y la buena fortuna de la luna llena, que era cuando el hombre-lobo se ponía a tope.

Lupus había olfateado durante horas... hasta que señaló la calle. Se había transformado en un lobo enorme, con un gran hocico. Su pelo, negrísimo, tenía la consistencia del alambre. Su cuerpo esbelto despedía un fuerte hedor debido a las fortísimas glándulas de Martin que le permitían la transformación de hombre a lobo y viceversa, y a que nunca se lavaba.

Lupus pertenecía a una familia sueca de terratenientes, de finas mujeres y hombres-lobo, afincados en Inneratràsk. Se cansó, muy joven, de las sosas orgías de matar ovejas y gallinas, de sus tontos y velludos primitos y primitas ricos, siempre en celo y jadeando ajas, ajas, ajas.

—Ajas, ajas ¿Te apetece ajas, ajas, perseguir ajas, ajas, y morderle el belfo ajas, ajas, a un reno ajas, ajas, ji jíg?

—Ajas, ajas, ajas, ajas, te ajas, ajas, ¡qué gozada!, ajas, ajas, Lupus, ajas, ajas, ajas...

Lupus admiraba a los vampiros y envidiaba su vida muelle, siempre viajando y probando sangres distintas y exóticas. A los quince años decidió salirse de la rutina de su familia y se marchó de los helados bosques. Entonces, su vida dio un vuelco. Solo para ver qué pasaba, mató a un humilde y noble guardabosque a dentelladas. Le impresionó cómo disfrutó la escena. El buen hombre gritó con tanta angustia y terror y tan desesperadamente, que Lupus decidió que lo suyo era el crimen y la masacre.

Emigró a Chicago, donde casi no había hombres-lobo y campeaba sin rivales. La ciudad era un paraíso para cometer felonías. Pero con los años, tuvo que reconocer, con tristeza, que asesinar inocentes en los callejones de Chicago era lo mismo que morderle el culo a los renos allá en casa.



Decidió darle sentido a su carrera. Enseguida hizo contacto con vampiros de La Capa Nostra que, aprovechando su talento al máximo, le ofrecieron empleo como *hitter*, un tipo de matón especializado en búsquedas, capturas y sangrientas escabechinas. Corrieron los mejores años de su vida. Y ahora este trabajito en el Caribe que, además, le pagaban doble.

Jadeando con suavidad, Lupus se bajó del auto y arrastró su hocico por la acera. Olfateó palmo a palmo la calle con metódico rigor. Dentro de la mezcla de esencias del carnaval, aromas y pestes que había en el edificio y en la acera... sintió el olor inconfundible a capa de vampiro... ¡Sí...! Era Pepe...

El olor variaba con la brisa, pero estaba seguro de que venía de una ventana abierta en el último piso. Trató de mirar, subiendo las patas delanteras sobre una cerca de madera. De pronto, Lupus se irritó. Un perro naranja le hacía el amor a toda velocidad, mirándolo con los ojos más pornográficos que jamás viera. Levantó una de sus enormes patas y de un fuerte golpe lo tiró lejos. El perro no se inmutó y empezó a moverse, como un luchador, en busca de algún descuido de Lupus. Su fuerte tufo era siempre un problema con los perros. Le gruñó, enseñándole una dentadura espectacular. El perro se acoquinó y se replegó.

Lupus regresó al convertible y se metió adentro. Jadeó y babeó, para volverse una criatura con forma humana. Johnny lo apuró con una bofetada. Lupus les indicó la ventana.

Fade esperó que pasara un escandaloso tranvía por la avenida y se concentró. Se volvió una bolita lumínica de energía y flotó hacia la casa. Se materializó en el cuarto de Pepe y lo estudió. En una de las habitaciones del solar se estaba armando una bronca entre una pareja y su suegra acerca de unos boniatos quemados. Fade decidió regresar enseguida.

—No ha empacado nada. Regresará. El edificio es muy peligroso para mí, *boss*. Mucho ruido –reportó a Johnny

—*Okey*. Sharpie, cázalo desde la azotea –dijo Johnny, y le extendió una probeta con cien gramos de Vampisol al francotirador–. Toma esto, por si te agarra el amanecer. No sabemos cuanto dura el efecto.

Todos miraron al legendario francotirador tomar, con movimientos expertos, su bolsa con el rifle.



Sharpie tiró su cigarrillo y escupió decidido. Caminó despacio hacia la cerca de madera que había señalado Lupus y desde allí levitó hacia los techos, pegado a las paredes, escondido en las sombras. Se colocó en una azotea, de manera que pudiera disparar sobre Joseph cuando lo viera. Enfrente, le quedaba otra azotea, un poco más baja, con una caseta que tenía un tanque de agua encima. Decidió quedarse allí, donde estaría al nivel de la ventana y, si se movía hacia la derecha, la caseta no le obstaculizaría la visión del blanco. Sharpie era corto de vista.

Sharpie, había empezado bien su carrera, acompañado de un ayudante, su primo Rudy, pero pronto se percató de que comenzaba a tener problemas: ninguna mira telescópica le daba buen foco y confundía macetas y bustos de patriotas con las cabezas de sus blancos. Su primo Rudy, aunque siempre permanecía callado, le tiraba miraditas.

Una vez disparó a una fotografía en un marco al confundirla con la persona y otra, contra el reflejo de una de sus víctimas en un espejo. Tuvo que matar al pobre Rudy para evitar su ojo acusador.

Un invierno, como colofón de un trabajo de espionaje de la Capa Nostra, le encargaron eliminar a un *capo* mafioso de la zona del río, un tipo calvo y narizón. El individuo debía caer muerto sobre la mesa mientras presidía una reunión contra la Capa Nostra.

Sharpie disparó sobre él y sobre todos los calvos o narizones de la reunión. Le entró tal angustia por no fallar, que saltó hacia la habitación y eliminó a todos los presentes, incluso al espía de la Capa Nostra. Nueve personas. Desde entonces no corría riesgos: se colocaba tan cerca del blanco, que podía tocarlo con el cañón del rifle.

Simplemente... era vampiro y escapaba con rapidez, volando, después de los disparos.

Abrió el maletín y sacó un potente Máuser del 7.62, con cerrojo español y silenciador. Lo había escogido porque le gustaba el color melocotón de la culata, no porque conociera algo especial sobre armas. Le colocó una mira telescópica, abrió una caja con cartuchos de plata Lone Ranger, de cabeza hueca, cargó el rifle y se puso a esperar a Pepe.

Pepe llegó caminando a un viejo teatrico en la calle 10 de Octubre, que tenía una bella cúpula en el techo. Había sido acondicionado desde hacía poco para ofrecer peleas de lucha libre y boxeo.

Estaba hasta el tope de gente con sombreros de pajilla y humo azul de tabaco. Había policías por todos lados. La gente lo miró

con su bella capa flotando detrás de él, pero pensaron que era uno de los luchadores de la noche.

El espectáculo ofrecía tres peleas de boxeo y cuatro de lucha libre. Mientras, en el ring había un conjuntico amenizando al respetable público por encima del vocerío.

*Con medio peso*
*compro una chiva,*
*y esa chiva,*
*me da un chivito,*
*¡Ya tengo chiva,*
*tengo chivito,*
*y todo eso,*
*con medio peso...!*

Pepe miró hacia las lunetas, buscando al capitán Vives. Vio a Bache sorbiendo un granizado, y ubicó a Vives y a Fláuer en un palquito cerca del ring. Fláuer tenía un nuevo peinado y lucía más sexy. El capitán se fumaba un tabaco y miraba de reojo constantemente. El mexicano estaba parado detrás de Fláuer, abanicándose con el sombrero.

Sonó una campana en el ring y subió un flaco de guayabera y pajarita. Sacó una bocina blanca de latón y se dirigió al público.

—¡Muyyy buenas noches, reeeespetable público!

Ovación y silbidos.

Pepe se movió, buscando un lugar apropiado para saltar sobre el capitán. Quería hacerlo de manera espectacular. Ajusticiaría a Vives delante de todos. De paso, convertiría la cosa en un acto contra la tiranía. Vio, al fondo del ring, unos palcos medio destruídos y llenos de cajas vacías.

Del techo colgaban cables para las lámparas. Si saltaba desde allí, podría enredarse. Vio que a un costado, y encima del ring, había una cabina de madera, sin techo, con un reflector que seguía al presentador con luz cobardita.

Decidió hacer el numerito desde allí.

El público comenzó a aplaudir, frenético. Vives estaba con cara de tranca, pero Fláuer se partía las manos aplaudiendo.

—...esquinaaa, de Coliseo, Matanzas... Evangelito Valmaña... ¡Kiiiid Keentucky!

Kid Kentucky, un mulato alto y de largas piernas, saltó las cuerdas y saludó, dando brinquitos, al público. Flaúer se lo comía con la vista. El mulato le dedicó una sonrisa.

—¡Y como retador, en esta esquiiinaaa... de la Esquina de Tejas, cuna de gloriosos deportistas... Jorgito Marín... Kiiid Samoa!

Ovación y silbidos.

El retador, Kid Samoa, era un negro gigante, de brazos como postes de teléfono, parecía que arrancaría las sogas de un tirón para pasar al ring. Sin embargo, se metió entre las cuerdas y saludó.

El público rechifló y gritó. Empezó la pelea.

Kentucky se movía con gran agilidad y estilo, soltó unos rápidos *jabs* a Samoa, que parecía en babia, moviéndose en cámara lenta. TUB, TUB, TUB, más *jabs* a la carota de Samoa.

Rechiflas y ÚUUUUU del público.

Kentucky tiró de nuevo dos *jabs* y un derechazo que sonó CHOMP en la nariz de Samoa.

El público, ahhhhh.

Samoa, con la guardia cerrada, le tiró un gancho y falló; recibió más *jabs,* tiró una izquierda y encajó a Kentucky por el hombro CHOMP. El golpe fue tan duro que dio la impresión de que Kentucky había sido halado por un cable invisible hacia atrás.

—Aaahhhhh.

Kentucky cambió el paso y metió dos izquierdas rápidas y un feroz uán-tú a la cara de Samoa.

—Uaaaaahhhh.

Samoa se cubrió de una pila de rápidos *jabs* con los brazos... y, cuando Kentucky estaba retrocediendo, le soltó un aletazo que agarró, otra vez, CUM, por el hombro a Kentucky.

—Ahhhhhh.

Kentucky se alejó a su esquina dando brinquitos. Samoa dio unos pasos y le metió otro derechazo CHAM, esta vez, por el pecho.

—Uuuuaahhhhhhhh.

Kentucky bajó la guardia y retrocedió por la derecha, como diciendo, psé, no es nada. Pero el protector se le salía y la boca estaba como un fuelle.

—Buuuuuuuhhhh.

Samoa, se hacía el lento hasta que dio unos rápidos saltos y, en la corta distancia, lo castigó por el estómago, contra las cuerdas, CUM-CUM-CHOMP-PUT.





—¡Brej! –gritó el réferi, y empujó con toda su alma a Samoa hacia atrás–. ¡Box!

Kentucky le marcó distancia con la izquierda pero Samoa se adelantó y con un amplio suín por el hombro, CHUMK, lo lanzó, dando traspiés y luciendo muy mal, hasta la otra esquina. Samoa se le fue encima, amagando la derecha y Kentucky, huyó, con gran estilo de piernas. Kentucky sentía los golpes de Samoa como si fueran cabillazos de punta. Si Samoa repetía, sería el primer nocao por el hombro de la historia del boxeo.

Kentucky levantó la guardia y Samoa le embarajaba los guantes, moviéndose como un oso. De pronto, sonó un chasquido metálico y el local quedó oscuro como boca de loba.

AAAAAAAAAAAAHHHHH, chiflidos y ruido de sillas rodando. Gente prendiendo fósforos y más gritos.

Se encendió la luz de la cabina y el reflector alumbró el palco de Vives. Una silueta se movió junto al reflector y se dejó ver. Pepe, con la capa abierta, señaló hacia Vives.

Se formó una ensordecedora explosión de gritería y rechifla FIIIIIIIIIIJJJJ FUUUEEERRAAAAAAAA.

Pepe empezó a gritar, su voz se mezclada con el escándalo:

AAAAahíiiSIOOOHHHFUEEERAAAAestáaaCOMEMIEDAFF lUUUUUUUUcapitánAAAAAAAAAAAAAHHVivesFUEERAAAA HHsicarioSAQUENNNESEETIPODEAHIARRIBAAAAAAtortura dooorsinUUUUUUUHHescrúuupulosssCABAIEROOSUUUUHHy asesiiinooSAQUENLOOOOaaaQUEEEEEEasueldooooodelCOÑOP EROQUESEEESTOCHICOtiraaanoFIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIJJJGerardoo Machadoo. UUU**uuuuhhhh...** (???)

—¿Qué dijo?

—¡SIIILEEEEENCIOOOOO!

El clamor disminuyó de pronto. Algunos pensaron que lo de la luz y el loco gritando eran parte del espectáculo. Vives ya estaba rodeado de policías, y el mexicano y Bache, pegaditos a Fláuer. Pepe, sobre la cabina, tomó aire, levantó los brazos y volvió a pedir silencio.

—¡Repito! –gritó Pepe–. ¡Allíii estáaa el capitán Viveees, sicaaario, torturadooor y aaasesino a sueldo del tirano Geraaardo Machado!

El público hizo un abanico con las sillas de tijera caídas, dándole espacio a Vives y a los policías, que habían desenfundado sus armas. Otra parte del público, salió a la calle.

—¡Hoy, aquí... y ahora, se acabaron tus crímenes, esbirro, asesino... tarrúuu! –continuó Pepe.

Más público retrocedió. Pepe soltó un chillido agudo y largo, que electrizó a todos.

OOOOHHHH.

Pepe, transformado en vampiro, lívido, con ojos inyectados y unos colmillos impresionantes, soltó un alarido y se elevó despacio hasta el techo. El público hizo exclamaciones y aplaudió. Entonces, Pepe se arqueó... y bajó chillando, como un dardo negro, directamente hacia Vives. La gritería iba creciendo. Dos policías huyeron.

Por reflejo, Vives se cubrió la cara con un brazo y disparó hacia Pepe sin apuntar. Era una .45 que paró a Pepe en seco.

—¡Ño! –exclamó Pepe, sorprendido por el intenso dolor que sintió de golpe. Se agarró el brazo herido. Retrocedió unos metros, volando de espaldas, y se posó junto a unas sillas junto al ring. Vio que los otros policías le apuntaban, pero sin decisión. Había público tirado en el piso y gritones por todos lados. Distinguió a los Kids entre ellos.

Pepe dio un salto enorme y volvió a la cabina. Los policías le dispararon. Pepe haló el catao, volvió a tumbar la electricidad y se escapó por una puerta que daba a la azotea. Corrió, saltó a otro edificio y se deslizó por un desagüe. Ya en la calle, volvió hacia la Calzada del Cerro, con paso apurado.

Al doblar una esquina, chocó con un poste de metal que no había visto. El golpe lo hizo vibrar. Pero no era un poste. Era Bruno. Bruno lo tomó con una manota por el cuello y Pepe pensó que lo iba a decapitar. Getringen apareció y se aproximó sonriente a Pepe, que tenía los ojos desorbitados y toda la lengua afuera, pataleando en el aire.

—¡Hola Joseph!

Fénix convenció a Lola para que esperara una llamada de Pepe en la casa de su prima. Fénix permanecería allí, en el escondite número dos, por si Pepe aparecía sin llamar. Lola se sentó junto al teléfono.

Pasaron dos horas y Lola estaba tan ansiosa que volvió adonde Fénix, le pidió un peso prestado y salió a buscar un carro de alquiler.

Por entonces, engurruñando los ojos, Sharpie distinguió una silueta en la ventana del cuarto de Pepe. Enseguida apuntó y movió la mira sobre el bulto. Apretó suavemente el gatillo. Tub, el disparo con silenciador.

La silueta hizo una pirueta y cayó. Sharpie pensó que le había separado la cabeza a la víctima. Se asomó y se percató de que era un gato, que caía los seis pisos hasta la calle.

El gato se quedó inmóvil entre los adoquines. Enseguida aparecieron unos perros, entre ellos el Lindo, a oler y gruñirle.

—*Shit!* –dijo Sharpie. Cada vez su vista estaba peor. Abrió el cerrojo y colocó otro cartucho con proyectil de plata.

A la entrada del edificio, Lola se bajó de un botero, y después de titubear unos segundos, subió al escondite número tres. Dio el toque secreto con los nudillos en la puerta.

—Vendo enanitos verdes –dijo.

La puerta estaba abierta y la empujó. Encendió la luz, un bombillito que apenas iluminó el cuartico, y fue hacia la ventana. Sharpie dio un saltico y la encuadró en la mira. Movió las líneas en forma de cruz de la mirilla para que el proyectil pegara en el centro de la silueta. De pronto la cruz empezó a bailar y la mira encuadró el cielo, la pared, la ventana, la silueta... Tup, se zafó el tiro. El movimiento seguía. Era Rey, moviéndole el hombro para llamar su atención.

—Pss, reydelmundo, ¿tú no tendrá un cigarrito ahí, shh? –dijo Rey.

—*Shit!* –dijo Sharpie.

Sharpie lo lanzó lejos, de una patada en el pecho. Rápido cargó y apuntó a través de la mira. La silueta seguía en la ventana. Sharpie le disparó en el momento en que Lola se sentaba en el catre. El proyectil le pasó a menos de un centímetro de la cabeza y se incrustó en la pared.

—*Shit!*

Sharpie cargó de nuevo. Apuntó. La silueta había desaparecido. De pronto, una voz chillona y penetrante lo estremeció, como si un dedo frío le hubiera tocado el sistema nervioso y lo hiciera vibrar como a una cuerda de contrabajo.



—¡Monchiiiiiii! ¡Si te vaja bañar, no gatte toda el agua, oíte!

Era una señora negra, muy pequeñita, que le gritaba a su hijo, un tipo larguísimo. Monchi se fumaba un cigarro junto a la caseta del tanque de agua, en la azotea vecina, y tiraba al aire, como si fuera una moneda, un jabón de olor. Sharpie mordió la mira telescópica. Echó un vistazo a Rey, que yacía tirado en la azotea, inmóvil. Se concentró de nuevo en la ventana. Monchi por fin tiró el cigarro y entró en la caseta.

Pepe estaba arrinconado contra un muro. Los europeos lo rodeaban con caras retorcidas por la furia. Bruno lo miraba fijamente, moviendo las manotas, esperando para meterle mano. Tronco de traidor el Bruno.

—¡Dános la fórmula, muchacho! –dijo Getringen–. ¡Te haremos millonario!

—Sí, colega –dijo Rebombieaux–, nos guepagtiguíamos eg dinego, seguías un socio más, como todos nosotgros.

Los otros vampiros miraron con aprobación al francés. En realidad, el bocadillo lo había dicho para que Getringen supiera cual era la opinión del Grupo sobre el control del VAMPISOL.

Pepe dio un paso de lado, hacia a un poste de la luz. Getringen soltó aire por la boca, irritado.

—Muy bien –dijo–. ¡Regístralo, Bruno!

Bruno se adelantó con los brazos hacia delante. Pepe se movió hacia el poste, se quitó la capa, dio un salto y cubrió a Bruno con ella. Bruno siguió avanzando, enredado con la tela y se impactó contra el poste, que se rajó y empezó a hacer chispas. Bruno brincó hacia atrás, dando manotazos; los europeos se apartaron de sus brazos en molinete. El poste crujió y se partió, solo quedó sujeto por los cables eléctricos, hasta que soltó más chispas, explotó y se desprendió, en medio de serpientes eléctricas y destellos.

Un cable se disparó al tocar el piso y empezó a saltar en todas direcciones lanzando descargas verdes. Bruno siguió enredado con la capa y los europeos bailaban la suiza sobre el cable. Así que Pepe se engrifó y corrió, se subió al muro y saltó. En la calle, vio venir un tranvía.

Los europeos se apartaron de las chispas y corrieron hacia el muro. De un salto, se pararon en él. Buscaron con la vista a Pepe. No había nadie en la calle pero el tranvía pasaba junto al muro. Saltaron al techo.



Pepe, que se había escondido entre unas matas, se asomó y los vio caminar por el techo del tranvía y por los costados. Corrió hacia el escondite número tres.

El tranvía venía lleno. Un tipo tocaba «El manisero» con una armónica, pasando el cepillo. De pronto, los europeos entraron al pasillo del tranvía, por las ventanillas o apareciendo de cabeza por la parte interior del techo, con caras desencajadas y miradas penetrantes. El tipo de la armónica metió un grito de terror.

El primero que se tiró a la calle con el tranvía en marcha fue el conductor. Luego, el tranvía fue dejando una estela de gentes revolcadas por la calle. Los europeos revisaron debajo de todos los asientos de pajilla. Saltaron, y el coche siguió, vacío, como un tranvía fantasma.

Regresaron a buscar a Bruno, que hacía añicos la capa a mordidas.

—¡No puede andar lejos! –dijo Getringen. Le dio unas palmadas a Bruno en la cabeza–. Ya, Bruno... ya.

Pepe giró en la esquina y se detuvo frente al edificio. No vio moros en la costa, tomó impulso y entró. Llegó al cuartico y vio que la luz estaba encendida. Se deslizó suavemente hacia la pared. Miró por una ranura de la puerta y vio las bellas piernas de Lola sobre su catre. Abrió la puerta.

—¡Lola!

—¡Pepe!

Se abrazaron y se besaron. Se recostaron a la ventana y, sin separarse, Pepe cargó a Lola y la llevó con él al catre. La bala de plata pasó a un milímetro de la oreja de Pepe y se incrustó en la pared del fondo con un crac que los amantes no oyeron.

—¡Monchiiiiii! ¡Mijito, lleva má de una hora con el agua, chico!

Rey se tomó el fondo de una botellita con mofuco y eructó. Miró al gringo trajeado y egoísta. El tipo se sonaba unos golpes en la cabeza, irritado. Rey vio que en un bolsillo trasero del pantalón tenía una canequita. Jum.

—¡Monchiiii, cómo se acabe el agua, vaja ver!

Sharpie chasqueó su lengua azulosa. Los gritos de la señora ya lo estaban enervando. Volvió a cargar el Máuser. Le quedaba un solo cartucho. Suspiró y decidió hacer su viejo truco de llegarse a la ventana y tirarle desde cerquita al tipo. Oyó un gallo cantar y recordó que pronto amanecería.

Sharpie se buscó la probeta con VAMPISOL en el bolsillo del pantalón. Se palpó los bolsillos de la chaqueta. Se puso de pie y miró



junto a la caja vacía de cartuchos. La probeta, *shit!*, la probeta; se volvió a palpar los bolsillos.

Oyó un glubargh y entonces vio a Rey empinándose el VAMPISOL, el líquido azul hacía espuma con cada trago. El Sol brilló en el cristal de la probeta.

Sharpie empezó a soltar humo; primero, una especie de neblina, luego, sintió el calor y brotó un humo más oscuro. Su pánico era tal que no pudo gritar. Quiso meterse en una sombra, pero sus piernas se desintegraron por las rodillas. Cayó de lado y se incendió. Su piel se fue ennegreciendo y llenándose de ampollas que estallaban en gases amarillos.

Rey miró cuando Sharpie metió un chillido de miedo. Sharpie se trató de levantar; se irguió unos centímetros y cayó de nuevo, crepitando y hecho una sopa asquerosa. Se disolvió en pelitos y harapos con olor a tungsteno molido.

Rey dejó caer la probeta, la miró con miedo y la alejó de sí con unas pataditas. ¿Qué rayos tomaba este tipo?

Pepe y Lola se detuvieron un momento para tomar aire. Lola le apretó el brazo.

—¡Ay! –se quejó Pepe.

—¿Qué pasa?

—Un tiro.

—A ver.

Lola le quitó media camisa y le miró la herida. Era un arañazo a sedal.

—¡No es nada, Pepito!

—Me duele, Lola.

—¡Ay!, pobrecito.

Se besaron de nuevo. Pepe le metió una mano a Lola por la espalda del vestido y, hábilmente, le sacó los ajustadores.

En el convertible, Johnny y Smiley bebieron más VAMPISOL.

—Sharpie no tira –dijo Johnny–. Mira a ver, Fade.

Fade se bebió su VAMPISOL y se concentró.

Monchi, salió de la caseta del agua con la piel tan limpia que rechinaba. La señora bajita y gritona lo esperaba enfurruñada con una toalla, un cepillo para la espalda y un jabón.

—¡Desconsiderao, malcriao! –le dijo.

Pero Monchi siguió su camino como si fuera sordo. La señora se metió en la caseta. Se oyó el ruido de la ducha.



La esferita de energía se detuvo cerca del rifle de Sharpie y se materializó. Fade prendió un cigarro y estudió las cenizas. Sacó la conclusión de que Sharpie no había tomado la fórmula. Idiota. Fade miró hacia la casa y vio aparecer las cabecitas de Pepe y Lola en la ventana, besándose.

—Sí, Lola, soy un vampiro –dijo Pepe.

—¡No me importa! ¡Te quiero! –dijo Lola.

Se besaron de nuevo y se echaron sobre el catre. Fade se concentró y se volvió una esferita de luz. Les daría una sorpresa al aparecer de pronto junto a la parejita. Avanzó hacia el cuartico de Pepe, pasando por la caseta. En ese instante, la caseta se abrió y la señora gritó:

—¡Monchiii, desgraciao, acabatte con el aguaaa!

Desconcentrado, Fade se materializó dentro de la caseta. Vio con horror a la señora desnuda cerrar la puerta.

Un segundo después, la caseta se estremeció con unos golpes huecos. Se le disparó el arma a Fade y una estaca asomó por el techo.

—¡Aaayyy, jamoneeeroo! ¡Atajaaaaaa!

Fade salió de la caseta, perseguido por la señora, que le pegaba con el cepillo. Un golpe le había aplastado el cigarro sobre la boca. Aparecieron vecinos por las ventanas.

—¡Asesinooo, rascabucheador, atajaaaaaa!

Fade corrió por la azotea hasta que logró escapar por una escalera. Mientras bajaba los escalones, vecinos enfurecidos le pegaron con sartenes y escobas. Alguien le asestó un fustazo con un cable eléctrico de alta tensión. Le tiraron un banquito por la cabeza. Una vieja le derramó agua hirviendo con borra de café en los pies. Lo siguieron hasta que se lanzó en el carro, sin dejar de tirarle cuanta cosa tenían a mano.

Johnny soltó un gruñido y se fueron en dos acelerones, casi atropellan al chivato Timbí, que venía por Patria. Johnny dobló, para volver cerca del lugar pero se trocó en unas calles de sentido único y se alejó varias cuadras. Estaba furioso.

Pepe y Lola se asomaron a la ventana a ver el escándalo que seguía en la acera.

Desde la calle, Timbí los vio y corrió hacia un teléfono público que había en la farmacia de la esquina.

Pepe reconoció el ruido del motor y, efectivamente, enseguida apareció Negro en el fotingo de Tetilla, sonando el claxon.

—¡Pepe! ¡Bajen, dale!



Un minuto después, salían hacia el escondite número uno por la calzada.

—Hablamo con el Papa. Se va pal norte esta noche y los lleva en su yate. Te salvatte. El Papa tiene una Thompson pa matar tiburone, es un... –les contaba Negro.

Oyeron sirenas. Dos perseguidoras, y el carrazo de Vives, venían a toda velocidad por la calzada.

—¡Písalo, Negro! –dijo Pepe.

Negro pisó el acelerador y el fotingo saltó hacia delante, falleteó y se apagó. Negro desconectó y dobló una esquina.

Pepe y Lola se bajaron y Negro sacó la pistola.

—¡Váyanse, huyan! –gritó Negro.

Negro se paró en el asiento, mientras Pepe corría con Lola hacia la otra esquina, y con un rápido movimiento de manos montó el arma y apuntó hacia los policías.

La primera patrulla frenó con alarde y quedó atravesada en la calle. Negro disparó y le rompió un cristal. Reventó una goma. Hizo nubecitas de yeso en una fachada de la acera del fondo y, por fin, le pegó a un policía que salía del auto. El policía, con expresión de ¿eh? se fue deslizando por el estribo del carro, hasta quedar acostado en la calle.

Los otros policías dispararon, haciendo saltar enormes agujeros al fotingo. Negro se tiró para la acera y se parapetó detrás de una columna. Cambió el cargador y disparó al voleo. Salió corriendo bajo los tiros. Cerca de allí, Bruno oyó los disparos.

A tres cuadras de Bruno, Vives se movía con un grupo de policías hacia su carrazo.

—Oye, esos papele tienen que aparecel, tarruíto, ¿sabe? –le decía a Timbí–. Así que sigue buscando. Vamo a rodeal etto que no pueden andar lejo.

Pepe y Lola volvieron a la calzada. Sin pensarlo, entraron al cine Valentino, que exhibía una matiné. Adentro, el acomodador les alumbró un par de asientos. Unos enormes ventiladores arrasaban la sala y movían el humo de los cigarros. El público era, en su mayoría, de fiñes gritones que fumaban como gángsters, o comían rositas de maíz, algodón de azúcar y hacían rodar botellas vacías de refresco por las rampas entre los asientos. Un vendedor recorría las filas sin lograr desconcentrar al público con su letanía de:

—Vaya peter, caramelo, galletica, bombone, dime, dime.

Guareciéndose de la luz solar, el Grupo Vampiro Europeo estaba sentado en una fila de atrás. Esperaban a Bruno, que recorría el barrio en busca de Pepe. Ya se habían disparado dos noticieros, cuatro dibujos animados, un episodio de Flash Gordon, una película de Tarzán y ahora veían un estúpido drama de vampiros que, por lo menos, tenía callados a los fiñes.

—Vaya, peter, caramelo, galletica, bombone, dime, dime.

Pepe y Lola se sentaron a un costado. En la pantalla, un vampiro flaco y de bigotico, abría una ventana y caminaba hasta una rubia que yacía en una bella cama.

—*Hola, bella Nicky* –dijo el vampiro, en inglés subtitulado.

—Ay, Pepe, como tú y yo –dijo Lola, bajito. A Pepe no le gustaba nada el tema.

—*¡Alto, en el nombre de Dios!* –dijo un sacerdote en la pantalla, avanzando hacia el vampiro con un crucifijo.

Los del Grupo Europeo estallaron en risitas y los fiñes los mandaron a callar.

—Vaya, peter, caramelo, galletica, bombone, dime, dime.

Timbí caminó hacia la calzada. La verdad era que no ponía una con el capitán. Llegó al cine y enseñó un carné de la Policía. Se quedó en el *hall*, donde se estaba fresquito, mirando los carteles de las películas. Hizo nota mental de venir a ver la próxima semana la de King Kong.

En la pantalla, el vampiro había engañado al sacerdote y lo estaba estrangulando. Pepe oyó unas risotadas lascivas. Giró la cabeza, asustado, y los vio. Detrás de una parejita en pleno mate, estaban los vampiros europeos. Agarró a Lola y se puso de pie. Tiró de Lola y chocó con el vendedor.

—Vaya, peter, ¡oye, cuidao, compadre!

Pepe miró hacia el grupo de vampiros y vio que Sir Winstein tenía la vista clavada en él. Sir Winstein tocó a Getringen.

Pepe y Lola salieron al *hall*. Timbí estaba de espaldas ante un cartel de unos episodios de Rin Tin Tin. Al reconocerlo, retrocedieron rápidamente hasta la puerta de los baños, donde había un bebedero de botellón. Getringen tocó el hombro de Pepe.

—Hola, muchacho –dijo, casi susurrando.



Pepe empujó el bebedero sobre Getringen que por reflejo agarró el botellón. Rebombieaux saltó sobre Pepe y recibió un puñetazo, se desplomó sobre Getringen, y lo hizo soltar el botellón que al caer, sonó como una bomba.



El ruido sorprendió a Timbí. Se dio vuelta y vio a Pepe y a Lola... ¡la criada del capitán! Timbí salió disparado a la calle.

Dolors sacó una pistola lanza-estacas. Pepe, de un empujón, metió a Lola en el baño de las mujeres y saltó hacia la puerta del otro baño. Dolors disparó y la estaca se clavó en la puerta, cuando Pepe la cerraba.

Timbí corrió a la calle, buscando a los policías, pero no había ni uno. Decidió volver al cine y llamar a la Estación.

Una señora gorda pasó entre los vampiros que discutían en voz baja.

—Permiso, permiso –dijo. Entró en el baño de las señoras. Lola estaba en un rincón, pálida. La señora abrió un cubículo y se metió adentro, sin dejar de hablar.

—¡Ay, qué película! ¿Verdad? –dijo la señora–. Dicen que hasta tiene un desnudo de pechos. ¡Ay, no aguanto!

Bruno salió al *hall*. Fue directo hacia el baño de los hombres, pero Getringen lo detuvo con un gesto, abrió la puerta y entró.

El acomodador llegó corriendo desde la sala y se paró, disgustado, ante los europeos. Miró el botellón destrozado y se puso los brazos a la cintura.

—Bueno, caballero, a ver quién paga estos daños.

Entró Timbí y le puso el carné en la cara. El acomodador se echó para atrás.

—¡Policía! –dijo Timbí–. Teléfono.

El acomodador señaló una cabina en la parte de atrás de la taquilla.

Dentro del baño para caballeros, Getringen caminó tambaleándose hacia los urinarios. El baño tenía un ventilador de paletas en el techo. Justo debajo, estaba Rey, picándole un cigarrito a un

tipo de traje, que se arreglaba la corbata. Cuando salieron, Getringen miró por debajo de las puertas de los cubículos y vio unos zapatos. Se acercó con sigilo al cubículo y se engrifó hasta que le brotaron las alas de murciélago. De un tirón, abrió la puerta y exhaló un agudo chillido paralizador en la cara de su víctima que... no era Pepe.

El hombre, con jipijapa y guayabera que estaba sentado en la taza, abrió la boca, dejó caer su tabaquito y se desmayó. Quedó paralizado, con un periódico entre las manos. Por el rabo del ojo, Getringen divisó a Pepe que estaba subido sobre la división entre los dos baños.

Getringen cerró el cubículo y se paró encima del hombre desmayado para poder acercarse a Pepe. Cuando estuvo próximo a él, le sonrió con sarcasmo.

En ese momento se abrió la puerta del baño y entró un joven de espejuelos y se dirigió a los urinarios. Como era tímido, le pareció una suerte que el baño estuviera vacío. Se abrió la portañuela y mientras orinaba leyó el clásico graffiti: «si tienes el bate corto, arrímate bien al home».

—¡Muchaaacho! –se oyó la suave voz de Getringen, escondido en el cubículo.

El joven aguantó el chorro, buscando nervioso de dónde salía la voz, pero no logró divisar a nadie.

—¡No intentes eeescapaaaar!

El joven sintió que se le erizaba el cabello.

—¡Dámelaaah! –gritó la voz.

El joven se encogió y se fue trastabillando.

En el *hall*, seguía la discusión de los europeos con el acomodador.

—No, no, no. No se me hagan lo sueco –decía el acomodador– Etto lo tiene que pagal alguien y no güa ser yo.

—Acomodadoooor, en el baño hay un psicópata... hay un agresivo sodomita... –se oyó el grito indignado del joven de los espejuelos.

—¡Pérese un segundo, amigo, déjeme telminal con lo señore!

Bruno se acercó silenciosamente a Timbí. El chivato terminaba de marcar un número en el disco del teléfono.

—¡Oye! –dijo Timbí por el tubo–. ¿Quinta Estación? ¡Pónme con el capitán, urgente ahí, chico!

Bruno entró a la cabina del teléfono y cerró la cortina.



—Capitán, oiga, el Pepe ese tá aquí en... ¡Aaguarksss!

Bruno apretó más y Timbí sacó una lengua muy larga y soltó el teléfono. Sus ojos temblaron de izquierda a derecha y se le salieron de las órbitas bop, pob.

—¡No se la daré a nadie! –dijo Pepe en el baño.

Getringen se enfureció y se lanzó engrifado sobre Pepe. Pepe, que tenía un cubo galvanizado escondido tras la pared, se lo encajó en la cara. Sonó como un campanazo y Getringen cayó hacia atrás.

Pepe saltó al baño de las mujeres y agarró a Lola. Getringen se descolgó del techo justo detrás de ellos. De un empellón, la señora gorda abrió la puerta del cubículo, que le pegó en la cara a Getringen. La señora le iba a pedir perdón pero Getringen arrancó de cuajo la puerta y le metió un largo chillido de furia.

En el *hall*, Pepe forcejeaba con Dolors cuando la señora salió gritando de terror... y se llevó por delante a Dolors, que cayó ridículamente despatarrado. Pepe y Lola corrieron hacia la sala, que estaba envuelta en un extraño silencio.

El vampiro de la pantalla se chupaba un dedo con la sangre del sacerdote y se dirigía hacia la rubia. Le abrió la bata, y descubrió unos enormes pechos. Las siluetas de Pepe y Lola pasaron justo por delante de los elegantes pechos de la rubia, proyectando una confusa maraña de sombras sobre ellos. El público encolerizado empezó a gritar y a tirarles cartuchos de papel, botellas y lo que tenía a mano.

La pareja se salió del pasillo, saltó sobre unas butacas y se metió tras la pantalla. Detrás de Lola y Pepe venían los vampiros europeos con una algarabía mayor. El público les gritó y logró detener a Rebombieaux y a Sir Winstein, con sendos botellazos.

En el *hall*, el acomodador corrió a calmar a la señora histérica, que irrumpió patinando en la cabina de teléfono, detrás de la taquilla. Entró tras ella y entonces se oyeron más gritos de terror. La señora y el acomodador tenían la vista clavada en Bruno, que terminaba con el útimo aliento del chivato haciéndole girar el cuello como un sacacorchos. El acomodador y la señora salieron corriendo hacia la entrada descompuestos. Bruno salió de la cabina con el cadáver de Timbí todavía con el cabo de tabaco pegado a la lengua.

A esas alturas, los asustados cinéfilos salían despavoridos.

En la calle, pegados a la taquilla había unos niños esperando la venta de entradas para la función corrida. Rompiendo la puerta de cristal, salieron el acomodador, la señora y –sin pantalón, gateando y gimiendo en cuatro patas– el señor del cubículo del baño.

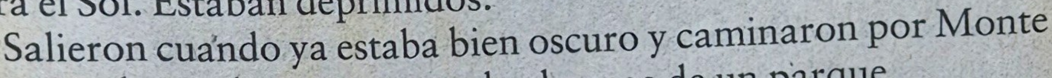
Uno de los fiñes de la cola dio un salto, entusiasmado. Se viró hacia su compañero y exclamó:

—¿Viste eso, compadre? ¡Esa película tiene que estar encendía!



Pepe y Lola se metieron en un tranvía C22. Fueron hasta La Habana Vieja haciendo un recorrido completo. Se bajaron, pagaron de nuevo y regresaron. Se iban calmando, tomados de la mano.

Los europeos, finalmente, se largaron, metiéndose por detrás de la pantalla del cine, se acurrucaron debajo de los ventiladores, y esperaron a que se fuera el Sol. Estaban deprimidos.



Salieron cuando ya estaba bien oscuro y caminaron por Monte hasta Prado. Se dejaron caer en los bancos de un parque.

—Me siento algo débil –dijo Getringen–. Propongo que chupemos algo ahora.

—Cubanos –dijo Dolors–. ¿Será verdad que las tías son dulces?

—¡Oh!, nativos no –dijo Sir Winstein–. Er... muchos son negros.

—Tuguistas –dijo Rebombieaux–. Siempgue están adeguezados con buen whisky.

Se fueron hacia la Plaza de la Catedral, guiados por Bruno.

Johnny y sus hombres regresaron y revisaron el cuartico. Ahora Lupus tenía también el olor de Lola, según él, era más sabroso que el de Pepe ajas, ajas. Bajaron, tomaron el carro y en un garajito se detuvie-

ron a echar gasolina. El pistero, con un tabaco encendido en la boca, abrió la tapa del depósito y empezó a llenarles el tanque. Entonces pasaron unas perseguidoras sonando sirenas hacia el Valentino.

Lupus se inquietó y bajó del carro. Daba brinquitos, como si cazara moscas. Estaba oliendo a Lola. Era... en un tranvía. Se lo dijo a Johnny. Smiley saltó al timón y arrancó a toda velocidad, dejando al pistero con el chorro de gasolina derramado en el suelo.

El tranvía iba despacio, subiendo una lomita. Pepe le puso el brazo sobre el hombro a Lola y vio por la ventanilla el convertible de Johnny a toda velocidad, que intentaba pegarse al tranvía, y a Lupus con la nariz hacia ellos. El tranvía aminoró la velocidad justo a unos metros del cine Valentino.

La policía rodeaba el cadáver de Timbí, tirado en una acera. Vives y otros policías hablaban moviendo las cabezas con pesar.

—La cosa cada vez está más mala, capitán –dijo un sargento.

Pepe saltó hacia el conductor del tranvía y lo sacó de su puesto con un empujón. Dio varias vueltas a la manija de control y el tranvía aceleró a tope. La calle estaba llena de perseguidoras parqueadas y de curiosos, que corrieron en todas direcciones al ver el tranvía embalado, soltando chispas por los cables.

La gente empezó a gritarle. El tranvía rozó a un carro patrulla y, de un golpe, le jorobó la defensa. Los policías reaccionaron dando gritos.

De pronto, llegó el carro de Johnny y se clavó en el maletero de otra perseguidora. Los policías sacaron los revólveres y le dieron el alto. Smiley dio marcha atrás. Los policías le dispararon y el carro patinó y salió tras el tranvía. Desde el asiento trasero, Fade disparó una *lupara*.

Las dos estacas se clavaron en la frente del sargento, que miró a Vives con una sonrisa estúpida. Las estacas le daban un aire de macho cabrío. Vives soltó un grito.

El tranvía bajó una loma a toda velocidad y agarró a un taxi con la defensa. Lo arrastró varias cuadras, los ocupantes trataban de abrir las puertas, hasta que por fin se detuvo al chocar contra otro tranvía.

La gente corrió hacia el accidente y los del tranvía saltaron afuera. Pepe agarró a Lola y salieron del molote. Dobló dos esquinas y empujó a Lola hacia un edificio con el rótulo Dos Corazones ♥♥.

La carpeta parecía una herida recién desinfectada con mercurocromo. Estaba iluminada con luz magenta y había dos tipos vestidos de manga corta y corbatas fumando. Lola se zafó de la mano de Pepe ruborizada, retrocedió con rapidez y salió a la calle. Pepe la siguió.

—¡Ay, Pepe, esto es... una posada!

—¡Coño, Lola...! ¿Qué importa ahora que…?

Pero antes de que Pepe dijera una palabra más, pasaron dos perseguidoras por delante de la posada con policías armados hasta los dientes. Lola agarró la mano de Pepe, entró casi corriendo y se apoyó en la carpeta.

—¡Una habitación, rápido, por favor! –dijo.

Los posaderos se miraron un momento. Nunca habían visto a una señora tan liberada, tan ansiosa y tan buena.

—Suba, suba –dijo el posadero dándole una llave.

Pepe siguió corriendo tras Lola, que ya subía la escalera. Los posaderos se rieron bajito.

El carro de Johnny se detuvo a una cuadra de allí. Lupus señaló hacia la posada.

—Entren tú y Smiley –dijo Johnny–. Muerde a la mujer hasta que el tipo acepte darnos la fórmula, Lupus.

—Oh, sí... –respondió Lupus–. ¡Oh, sííi, ajas, ajas!

Smiley se bajó y se arregló la corbata. Le hizo una seña a Lupus y entraron con caminado de guapos de Chicago a la posada. Llegaron a la carpeta y Smiley se apoyó en el mostrador.

—Buenas noches –dijo sonriendo Smiley.

—Buenas noches –dijo un posadero.

Lupus se relamió con lascivia, pensando donde iba a morder a la mujer. El posadero lo miró con una muequita sospechosa. Smiley se metió la mano en el bolsillo del traje, sacó un fajo de billetes y lo tiró pesadamente sobre la carpeta para que los posaderos notaran lo grueso que era. Le hizo un guiño a un posadero para que no hicieran más preguntas. El posadero estaba serio. El otro, se movía inquieto. Smiley le repitió también el guiño de complicidad.

—Mi amigo y yo –dijo lenta y claramente– necesitamos una habitación.

Los posaderos se miraron. El que se movía inquieto tiró al suelo el fajo de dinero de un manotazo.

—¡Miren, salgan de aquí, caradura, descaraos!



—¡Esto es pa parejas normales y no pa freudianos como ustedes, degeneraos que son!

Johnny vio como empujaban y pateaban a Lupus y a Smiley fuera de la posada. Un policía apareció y se acercó para enterarse de lo ocurrido. Lupus y Smiley decidieron ir al carro y salir de allí. Arrancaron y dieron una vuelta bien amplia de varias manzanas. Pero cuando pasaron de nuevo frente a esta, el policía y los posaderos estaban todavía hablando. Dieron otra vuelta y parquearon en otra esquina. Fade se concentró.

Pepe revisó el cuarto buscando una salida alternativa. Decidió quitar unas rejas de cabilla que cubrían la ventana. Había arrancado unas maderas y halaba las cabillas con toda su alma, usando solo una parte de su potencia, pues no quería que le salieran las alas de murciélago. Se detuvo a descansar un momento y a mirar las piernas de Lola, que estaba sentada en el baño.

—¡Qué va, ni se mueve... Ayúdame, Lola!

Lola se puso de pie y fue a la ventana.

—¡Así... así... ahj! –dijo Pepe, y sacó la cabilla, jadeando. Pepe le dio la cabilla a Lola.

—Coge la cabilla por aquí.

—Cuidado te des un golpe –dijo Lola

—Cógela así... No, más pabajo... y ponla ahí. ¡Así!

Lola gruñó y se puso a halar.

—¿Así? –dijo Lola–. Empuja tú, más duro.

—Así...así... vamos los dos juntos –dijo Pepe.

Lola se apretó contra Pepe y, gruñendo y jadeando, lo ayudó a halar. Se partió una persiana y Lola dio un gritico y se chupó un dedo.

—¡Ay, pobrecita! –dijo Pepe–. ¿Te duele mucho?

—No fue nada, seguimos –dijo Lola.

—Aguanta duro, que ahora es la cosa –dijo Pepe.

En la habitación contigua, una pareja enardecida, estaba pegada a la pared. No se perdía ni una palabra ni un ruidito, intrigada y haciendo conjeturas. La pareja no vio la esferita de luz pasar por detrás de ellos.

La esferita lumínica, que era Fade, se movió por las habitaciones suavemente. No había peligro, eran habitaciones de paredes finísimas, de cartón y yeso. Fade se pegó al piso.

Era muy interesante lo que iba mirando. Parejas debajo de las camas; otras formando letras y números. Un tipo vestido de mujer



y ella con la ropa de él. Una pareja que tenía una silla de ruedas, aunque ninguno de los dos la necesitaba. Otra, estudiaba fotos abstractas. Había parejas pegándose con toallas mojadas. En general, gente creativa y apasionada.

Se detuvo en una habitación donde había una mulata. La mulata no era Lola, pero se quedó unos segundos más para ver qué hacía con unas ligas para medias. ¡Ah, no se le habría ocurrido nunca!

Siguió a otra habitación que hacía esquina. Allí estaba una rubia impresionante, que era nada menos que Fláuer, fumándose un cigarro y mirando al techo, mientras el Kid Kentucky modelaba. El Kid se retorcía los brazos como en los anuncios de Charles Atlas, haciendo que sus músculos se le botaran.

—¿Víste que bíceps, mamacita? ¡Mira ahora los tríceps! ¡Pero mira, mima! Toca, toca, pa que tú sienta lo que es un hombre, hombre.

Por fin, Lola y Pepe habían sacado la reja. Cansados, miraban por la ventana. Enfrente, muy cerca, estaba el techo de una fábrica lleno de extractores de aire. Planeaban huir por allí cuando Lola vio la bolita luminosa convertirse en Fade y apuntarles con una rara pistola.

—¡Pepe!

Fade disparó una estaca que pasó por encima de Pepe y salió a la calle. Pepe alzó la reja y se la tiró a Fade. Este cayó aplastado contra la pared del cuarto de Fláuer y el Kid y la atravesó. Flaúer se hallaba sentada en una mano del Kid, que la alzaba, temblequeando por el esfuerzo, hacia el techo.



—¡Alabao Jesú! –gritó el Kid, asustado al ver entrar a Fade.

Dejó caer a Fláuer, que se clavó en los barrotes de la cama.

—¡Ay, cojone, comemiedda! –le gritó Fláuer al Kid.

Fade se empezaba a incorporar, cuando el Kid se puso de pie como un muelle y lo levantó un metro del suelo con un gancho. Fade cayó y el Kid lo agarró por el cuello y lo envió, de un soberbio upercú, de vuelta al cuarto de Lola y Pepe.

Lola y Pepe, saltaron al techo de la fábrica y se escondieron tras uno de los grandes extractores de enormes hélices rojas.

En la calle, llegaban perseguidoras al mando de Vives. El policía que habló con los posaderos había sospechado de Pepe y Lola, no de los freudianos.

Fade vio a Pepe asomarse detrás del extractor. Salió por la ventana y flotó haciendo una ondulación, atontado por los golpes.

El Kid y Fláuer pasaron al cuarto que ocupaban Pepe y Lola a través del hueco que había hecho Fade al romperla. Se asomaron a la ventana sin rejas y se quedaron helados al ver a Vives en la calle con la bocina.

Fade se posó en el techo de la fábrica y distinguió con precisión las figuras de Pepe y Lola; se concentró con el zumbido suave de los extractores... y se volvió esferita. Suavemente, pasó entre las hélices del primer extractor, hacia sus presas.

Vives abrió las piernas y se paró en medio de la calle; se llevó la bocina a la cara.

—¡OIgan biEN! –gritó por la bocina, con su voz chirriosa–. ¡EssTÁAAAN rodeAAAADOS!

Desconcentrado por el volumen de la voz –en medio de un extractor–, Fade Out Johnson le hizo una pequeña e inútil resistencia a las hélices.

—JIIIIIIHH –gritó Fade.

Chan-clan-CHIAN-plan-CLANC, sonaron las hélices... y siguieron a toda potencia. Pedazos de Fade empezaron a saltar a la calle. Vives y los policías se volvieron a mirar hacia el techo de la fábrica. Del extractor cayeron una oreja, dos dedos y un pie de Fade. Entonces, vieron a Pepe y a Lola, acurrucados en el techo. Vives dirigió la bocina hacia ellos.

—¡JÁAAH, los agaRRÉ! ¡No tienen escapaTORIA! ¡BAJA, desgraciAOO... o los MAto. A ELLA... y a TIII!

En la puerta de la posada apareció Flaúer. Estaba tapada con una toalla. Detrás, poniéndose el pantalón y tratando de ponerle a Fláuer su vestido, estaba el Kid Kentucky, totalmente amarillado. Flaúer rechazó el vestido con un ademán teatral, dio un paso hacia Vives, cayó de rodillas, y levantó los brazos hacia él.

—¡Piedad, *darling!*

Vives, rugiendo, se lanzó contra el Kid, que salió huyendo. Vives le disparó su pistola y le dio a un policía en el pie, rompió un



farol de la calle y abrió dos agujeros en una puerta. Los policías se lanzaron sobre el capitán, que todavía pudo hacer otro tiro al aire. Por la puerta de la posada Dos Corazones ♥ ♥ salieron parejas a toda velocidad, en distintas etapas de ponerse las ropas.

Los europeos habían sorprendido a algunos turistas que iban bastante borrachos. Sir Winstein estaba muy irritado pues no alcanzó ninguno. Caminó hacia la plaza, mascullando sobre el egoísmo de los otros.

—¡Mm, pero si es Búfalo Bill! –dijo una voz profunda.

Sir Winstein vio a una enorme negra recostada a una columna de piedra, en las sombras. Le estaba vacilando su ropa de explorador caqui. Los labios y el vestido de la mujer eran rojo vino. Se puso una boquilla de nácar en la boca y le dio una larga chupada a un cigarro. El cigarro se iluminó y se volvió cenizas hasta la mitad. La negra soltó una larga bocanada de humo, se pasó la lengua por los labios y le sonrió. Le tendió la mano al inglés y se lo llevó hacia un viejo edificio.

Lupus segregó ampliamente por las glándulas Martin aumentando desagradablemente su hedor, se perdió tras unas cajas metálicas y luego apareció, sobre el techo de la fábrica, como un gran lobo babeante y con espuma por la boca.

Siguió el rastro de Pepe y Lola por el techo, sobre una caseta de zinc, por un patio de gravilla y luego, en la calle. En una esquina, se habían detenido; olió, además, un taxi. El taxi, olió, era un Chevrolet del año veintisiete, tenía un salidero de gasolina y una de las gomas tenía un zapato y una costura. Ajas, ajas.

Se volvió y vio el carro con Johnny y Smiley. Saltó sobre el capó, se tendió sobre un guardafango y bajó la cabeza a la calle. Con una pata, le indicó a Smiley que siguiera recto. El rastro era claro y fuerte.

El taxi dejó a Pepe y a Lola en el escondite número uno. Pepe tocó con los nudillos en la puerta.

—Vendo enanitos verdes.



Nadie abrió. Lola pasó la mano por el marco de la puerta y sacó una llave. Entraron y Pepe encendió la luz. Ni rastro de Negro ni de Fénix. Pepe fue a la cocina y se comió unos boniatos fríos.

—¿No estarán en lo del yate, Pepe? –dijo Lola.

—Era esta noche, pero no sé nada.

Pepe miró la hora. Quizás todavía tenían chance de irse con el Papa Hemingway.

—Mira, a lo mejor están en el bar de la Avenida. Yo me voy a llegar hasta allí. Toma el teléfono, por si vienen antes que yo regrese. Si vienen, me llamas.

Pepe anotó el número en un papelito. De pronto tocaron a la puerta. Se pusieron tensos.

—¿Quién es? –dijo Lola.

—Vendo enanitos verdes –dijo una voz.

Respiraron aliviados. Pepe abrió. Rey Paulino estaba en la puerta mostrando una cajita de cartón con enanitos de yeso, pintados de verde brillante.

—Son a dos por medio, reydelmundo –dijo Rey.

En una azotea cercana, Sir Winstein acariciaba uno de los muslotes de la negra, que decía llamarse Marlenne.

—Huy, mi torete, yo pensaba que ustede lo vampiro chupaban... en el cuello –dijo Marlenne.

—En las películas, *my love* –dijo Sir Winstein, disfrutando del cielo estrellado, la luna...

Sir Winstein se fijó en una ventana iluminada. Había una mujer... y el tipo que la besaba y le daba un papelito era, nada más y nada menos, que Joseph. El inglés dio un salto y se puso el short.

—¿Qué pasa, machote? –dijo Marlenne.

Pero Sir Winstein rápidamente se subió a un tanque de agua, saltó



a una cornisa y entró por la ventana de la casa de Fénix. Lola giró al notar el bulto a sus espaldas.

Sir Winstein le sonrió y le aplicó el viejo método visual checoslovaco Jakubek. Este consistía en lograr una rápida hipnosis de la víctima gracias a un constante y vertiginoso cambio de color en sus retinas. El inglés levantaba las manos y movía los dedos junto a sus cejas.

—Ñumi ñumiñumi –dijo Sir Winstein, apoyando con la voz el hipnotismo de Lola.

Lola abrió la boca y retrocedió, solo veía un calidoscopio. No tenía fuerzas para gritar.

Pepe llegó al bar San Francisco. Estaba casi vacío. Fue a la barra y esperó a que el barman, un tipo a quien todos llamaban Guajiro, se acercara. Guajiro tenía un pañito sucio sobre un hombro y hablaba con el tabaco en la boca.

—¿Has visto a mi gente, Guajiro?

—Se fueron tempranito –respondió el barman.

Automáticamente, le sirvió una línea de ron.

—A lo mejor vuelven.

Pepe se apoyó en la barra sin saber qué hacer. Decidió esperar media hora.

Los europeos estaban dando paseítos por la plaza cuando vieron aparecer a Sir Winstein con Lola en sus brazos. Lola estaba rígida por el efecto hipnótico. Sir Winstein la puso de pie y Lola se quedó como un soldado en atención.

—*E la donna* del *cinema* –dijo Chupafino.

—¡Tenemos a la mulata de Joseph! –dijo Dolors.

—Bruno –dijo Getringen–, búscanos un transporte.

Bruno salió por una callejuela y los europeos se metieron en un portal con Lola.

A pocos metros de allí, Lindo, el perro lascivo, olió y siguió el sabroso y excitante tufo de Lupus. Al verlo, Lindo tuvo convulsio-

nes de placer. El lobo, con el hocico sobre los adoquines iba tras el rastro de Lola y Pepe. Entró en el edificio y siguió escaleras arriba. La puerta estaba abierta y se lanzó listo a matar con sus colmillos.

Lupus cayó en medio de la sala, gruñendo. Saltó al dormitorio y aulló. Nadie a quien morder. Para calmarse, le arrancó un brazo a un butacón.

Lindo saltó sobre él moviéndose desenfrenadamente. Lupus se retorció hasta que lo tumbó. Antes de que pudiera matarlo de una mordida, Lindo escapó.

—Jodergh –gruñó Lupus.

Lupus jadeó furioso y olió a vampiro junto a la ventana. Se acercó de un salto y vio un mensaje escrito en papel de libreta escolar, clavado a la pared con un viejo cuchillo de cocina. Arrancó el papel, bajó a la calle y olió a Lola.

En un portal, los europeos trataban de sujetar a una negra grandísima que golpeaba a Sir Winstein con su cartera y luego con un tacón de su zapato.

—¡Así que yo era la única! ¿No? *My Fair Lady!* ¿No? ¡Toma! –gritaba Marlenne–. ¡Rata e cloacaaaaa!

Lupus vio a Lola recostada a la pared. Bingo. Dio un salto, pasó al portal a toda velocidad y la cargó. Corrió en dirección al carro de Johnny, que esperaba no lejos de allí. Lola pesaba lo suyo y Lupus puso a parir la destilación de sus glándulas Martin. De pronto, Lupus frenó ante un gran peligro.

Lindo, y lo que parecía ser la mitad de los perros callejeros de La Habana, lo miraban como locos, aullando y jadeando, excitados por el aroma de su hedor. Salivaban, dando brinquitos sin parar.



Un perro chiquitico se montó, mirando insinuante a Lupus, sobre una boca de agua para bomberos. Lupus decidió que se mandaría a fabricar un cinturón de castidad, de acero.

La jauría avanzó hacia él. Lupus se estremeció, dejó a Lola contra una pared y huyó. Los perros lo siguieron, soltando aullidos aterradores. Lupus recordó la ocasión en que unos perros de Filadelfia lo habían asaltado por sorpresa y lo violaron sobre la

nieve. Tardó una semana en poder andar de nuevo. Corrió más de prisa, cruzándose con los vampiros europeos. Al salir a una avenida, los perros lo alcanzaron y lo derribaron. Lupus se defendió como pudo con sus letales colmillos.

Los europeos rodearon a Lola.

—Pepito –dijo Lola.

Getringen vio que Lola tenía un papelito agarrado en una mano y se lo quitó. Leyó el número del bar. Llegó Bruno, conduciendo un panelito medio destartalado. Buscaron un teléfono.

Pepe se tomó el ron y salió a la calle lleno de preocupaciones. Se detuvo en la puerta. Afuera, dos policías con cara de mucha mala leche, estaban recostados a sus potentes motos Harley-Davidson. Uno de ellos puso una bota con espuela sobre el pedal de su moto y recorrió la calle con la vista. El otro se haló las muñecas de los guantes y se llevó la mano a una enorme pistola. Eran los muy profesionales y agresivos *caballitos*, llamados así porque antes patrullaban montados en enormes caballos americanos de seis cuartas.

Pepe, que ya había probado una bala del .45, dio un paso atrás y entró de nuevo en el bar. El Guajiro le puso el teléfono sobre la barra.

—Pa ti, Pepe.

Pepe se llevó el tubo al oído.

—*Pepe... Pepito...* –dijo la voz de Lola.

—¡Lola! ¿Qué pasa?

—*Escucha, Joseph* –dijo la voz de Getringen–. *Tenemos a tu mujer. Si quieres verla en una sola pieza, jek, te esperamos en casa de tu tío... ¡Con la fórmula!*

—Oye, pero...

—*Y no te demores, Joseph, no sé si aguantaremos mucho. Ella es muy, jek, jek... booniiiitaahh.*

Pepe colgó el teléfono. Salió dando zancadas hacia la calle. De un salto le plantó cara a los caballitos. Estaba engrifado y con los labios violetas.

—¡Bájense de ahí, esbirros!



Los caballitos dieron un salto atrás y levantaron las manos.

—¡No tire, no tire! –chilló uno.

—¡Abajo el tirano! –gritó el otro.

Salieron corriendo calle abajo tintineando las espuelas.

—¡Viva la revolucióooonnn! –gritaron los caballitos y se perdieron de vista.

Pepe se subió a una de las motos, la arrancó y aceleró BRUUmmm-Pa... Bruma-pa. Yíiiiijjjj, salió a toda velocidad.

Lupus, ensangrentado por las mordidas y el amor, saltó sobre unos latones de basura y llegó junto al carro de Johnny. Agitado, le dio a Johnny el papel con el mensaje que había encontrado en la casa de Fénix.

Los perros sobrevivientes al primer asalto aparecieron en una esquina y aullaron de nuevo. Lindo, que había perdido una oreja, ladró unas órdenes y la jauría se lanzó, una vez más, insaciable, sobre Lupus.

Lupus no podía aguantar más la humillación, huyó cojeando, casi sin fuerzas. Los perros que lo perseguían, le pasaron por encima al carro de Johnny dejándole la pintura llena de huellas de paticas.

Lupus tumbó a una señora con moño y a Rey Paulino, en el momento en que le vendía enanitos. Vio venir un tranvía y pensó que lograría escapar pasando entre las ruedas. Rugió y se lanzó de cabeza debajo del tranvía.

Los perros frenaron al oír los crujidos metálicos y el terrible y corto aullido del hombre lobo.

El tranvía se detuvo. El conductor se apeó, molesto.

—¡Asesiiinoo! –gritó fuera de sí la señora del moño, ya recuperada del golpe–. ¡Asesiiiino!

—¿Asesino de qué? –dijo irritado el conductor–. Es un perro namá.

—¡Sí, cómo no! –dijo Rey Paulino–. ¡Un perro con media y zapato!

El conductor miró bajo el tranvía. Se quitó la gorra y la tiró al suelo, se persignó y cayó de rodillas.

—Jons, virgencita, ay, diomío –empezó a gemir.



En la línea, el cuerpo humano de Lupus estaba cortado en tres pedazos desiguales entre las ruedas del tranvía.

Johnny pegó un puñetazo en la puerta del carro. Estaba furioso por perder así a Lupus.

—¡A casa del viejo Werner, Smiley! –gritó–. *Go, go!*

El carro con Johnny y Smiley aceleró por la avenida. A Johnny le pareció que iban hacia la parte ancha de la bahía.

—¿Estás seguro de que vamos bien, Smiley? –dijo Johnny.

—Sí, *boss*. Reconozco el camino.

En la Lonja del Comercio, se cruzaron con Pepe, que pasó con aspecto de estar bastante alterado con la velocidad de la Harley-Davidson.

—¡Vira, *asshole!* –gritó Johnny.

Johnny le dio una bofetada a Smiley, que perdió momentáneamente el control del timón. Smiley frenó de golpe e hizo resbalar el carro para girar en U.

Johnny se elevó sobre el parabrisas y disparó varias veces sobre Pepe, que iba sin luces. Uno de los disparos dio en algún lugar del cárter y puso a trabajar la sirena de la Harley.

Pepe siguió por Malecón, culebreando entre los autos que iban hacia el Vedado. El carro de los vampiros se le acercó de nuevo.

Pepe dio un corte, llevándose una roja, como si fuera a tomar la calle 23 hacia el Jalisco Park, pero lo que hizo fue girar de nuevo hacia Malecón, por un costado del hotel Nacional, y meterse por Línea. Miró hacia atrás y vio el carro de los vampiros golpeando el costado de un cacharrito para apartarlo del camino. El carro de Johnny y Smiley brincó, giró sobre una acera y enfiló tras él.

Pepe puso distancia entre la moto y los vampiros; aceleró más hasta alcanzar la altura de Paseo. Entonces, algunos autos delante de él encendieron luces rojas y frenaron o doblaron. Oyó disparos.

Había gente por la calle que corría y se escondía tras los árboles. Las perseguidoras abandonadas, con las puertas abiertas, estaban a un costado de la calle. Aminoró la velocidad.

Unos policías, con la gorra al revés, tendidos en un césped, lo miraron, sorprendidos por la sirena de la moto.

En la acera de enfrente, otro grupo de policías estaba parapetado detrás de una camioneta. Un gordo de la Secreta, con una Thompson, tiraba y se agachaba, escondido detrás del motor.

Disparaban contra una imprenta donde –debido a una delación– conocían que se reunían los revolucionarios.

De la imprenta respondían al fuego por las ventanas. En la puerta tenían una gran bobina de papel gaceta llena de impactos, colocada como parapeto. Pepe reconoció a Negro, que se asomó por encima de la bobina y, con su pintoresco estilo personal, tiró todo un cargador.

Uno de los policías, herido, gritó. Seis policías, ansiosos de dejar el césped, lo cargaron y se lo llevaron.

Pepe dio la vuelta, aceleró y casi choca de frente con el carro de Johnny y Smiley. Frenó, giró de nuevo y fue hacia la acera donde estaba la camioneta. Aceleró a tope, la sirena a millón.

Una línea plateada le pasó cerca de una oreja, zip, y el farol de la moto estalló.

El carro de los vampiros había frenado junto a una perseguidora y Johnny le disparaba, pac, pac, tac. Pepe hizo un brusco banqueo a la izquierda, eludió los disparos de Johnny y enfiló hacia los policías que tiraban hacia la imprenta.

El primer policía lo estaba mirando y puso las manos por delante, como para parar el choque.

—¡Oe! –gritó.



La moto lo impactó, chunc. Luego le pegó al siguiente, y al otro... chomp, cranc, grun, tranc... cepillando toda la fila. Como en una coreografía, los policías saltaron, uno tras otro, por encima del techo de la camioneta.

La Harley le entró por un costado al gordo de la Thompson, que soltó todo el aire por la boca.

—Ainsss... –exclamó, y quedó acostado sobre el tanque de la moto.

Pepe vio lucecitas naranjas y verdes. La Thompson le había pegado un mamellazo en la cara.

Pensó que el peso del gordo le iba a parar la máquina. Con gran esfuerzo, lo hizo caer a la calle. Perdió el equilibrio y se subió a una acera, golpeándose una pierna contra un muro.

El farol de la moto se desprendió y la goma delantera rozaba con el guardafangos. En la confusión, los vampiros y los policías se habían enredado a tiros.

Pepe apretó el acelerador. Miró hacia atrás. No vio el carro de los vampiros. Por si acaso, dobló unas calles bajando en zigzag hacia el puente de 11.

La casona del tío Werner estaba en penumbras. Un amplio sector se había quemado y la mitad del piso superior estaba derrumbado sobre la planta baja.

En el garaje, estaban los restos cenicientos del camión de La Capa Nostra y en el patio, el Packard carbonizado.

La combustión de algunos productos químicos del laboratorio de Werner había producido llamas extrañas, por eso, por el día, la mitad de la casona parecía pintada de verde.

Gustav Hendehaupft, el famoso locutor, permanecía en el sótano. Por las noches salía a chupar alguna alimaña y luego transmitía su angustia a los radioyentes de todo el mundo, cosa que le encantaba. Sabía que si algún vampiro –de cualquier bando– quería regresar a su país, tendría que pasar antes por la casona y tomar tierra del patio para llevar en su ataúd.

En realidad, él mismo podría haberse empacado una noche para enviarse de vuelta por barco a Berlín. Simplemente esperaba una nueva noticia y, además, la incógnita del VAMPISOL tenía enganchados a los oyentes de todo el mundo y había aumentado el raitin de su programa.

Gustav describía cómo había visto a los vampiros europeos y a los de Chicago andar bajo el Sol. Cuando esto empezó a aburrir un poco, Gustav armó un coro con los *pasmati*. Sorprendió a la radioaudiencia con un bello tango, compuesto por él y cantado por Fredo.

Esa noche, ensayaba una pequeña comedia con los *pasmati*. Oyó ruidos arriba e interrumpió a las criaturas. Era el Grupo Europeo. Gustav se puso a contactar a su colega Inge, en la redacción alemana.



El Querido y Audaz Líder Getringen se colocó en una ventana, y miró hacia la entrada. Dolors rellenaba unas copas con vino tinto. Habían traído bolsas con 0 positiva y estaban eufóricos.

Lola estaba sentada en una esquina. Rebombieaux le hablaba maliciosamente al oído y Lola se iba poniendo roja. Ciupafino le tocó un muslo y Lola intentó darle una bofetada. Los vampiros rieron.

Sir Winstein levantó su copa, y los otros lo imitaron.

—¡Por...! –dijo Sir Winstein.

—¡Señores, por la victoria! –se le adelantó Getringen.

Bebieron y Ciupafino levantó un puño y dijo:

—¡Eu-ro-pa!

—¡Eu-ro-pa! ¡Eu-ro-pa! ¡Eu-ro-pa! –gritaron a coro.

Casi una hora después, Bruno, que estaba cerca de la puerta, dio unas pataditas rápidas y levantó los brazos hacia el jardín.

—Uurghh, urgghh –dijo.

—¡Ya viene! –dijo Getringen.

Lola se levantó. Dolors sacó una sevillana plateada y le enseñó la hoja. Lola se volvió a sentar. Getringen y los otros se pararon en la puerta para recibir a Pepe con poses desafiantes.

Se oyó venir la sirena de la moto; después, apareció su silueta envuelta en una nube de polvo. La moto no disminuyó la velocidad y, para disgusto de los vampiros, subió al portal, como a 90 km/h.

Los vampiros, esquivándola, saltaron en todas direcciones. La moto corcoveó, tumbó de lado a Bruno y siguió hacia el fondo, que se iluminó con una explosión. El ruido de la sirena empezó a morir. Gustav ya estaba saliendo al aire y hablaba aprisa por el micrófono.

—¡Noticias de última hora! –empezó Gustav.

Los europeos caminaron entre nubes de polvo y humo hacia unas llamitas que iluminaban la pared. La moto se había incrustado entre los escombros del techo. El tanque de combustible se quemaba como una chismosa. Pepe, tambaleante, apareció apagando a patadas uno de sus zapatos. Getringen chasqueó los dedos y Pepe lo miró.

—¡El pergamino, Joseph! –dijo Getringen.

Dolors dio unos pasos, con el filo de la sevillana apoyado en el cuello de Lola.

Pepe se buscó en el pantalón y sacó el pergamino amarillo con la fórmula, que había doblado en cuatro. Los europeos rieron y Ciupafino aplaudió.



—Bravo –dijo.

Pepe primero extendió el pergamino y luego se puso a enrollarlo. Getringen hizo un gesto de impaciencia.

Mirando fijamente a Getringen, Pepe levantó el pergamino y dio dos pasos hacia las llamitas que salían de la moto. Colocó el pergamino cerca del fuego.

—¡Hijos de perra! –dijo Pepe–. ¡Suelten a Lola... o no hay na pa nadie!

Los vampiros dieron un paso hacia él pero Getringen los detuvo. Miró a Dolors, este separó la sevillana de la piel de Lola.

—¡Está bien! –dijo calmado Getringen–. ¡Que se vaya!

Dolors se apartó de Lola pero la retuvo por un brazo.

—Pepe... –dijo Lola.

—¡Vete, Lola! –le gritó Pepe–. ¡Huye lejos de aquí!

Getringen le hizo una seña de ojos a Bruno para que matara a Lola cuando saliera.

—Bruno, encárgate que salga y se vaya... ¿Mmm?

Bruno abrió la boca para hablar, pero en ese momento tosió, sacó la lengua tinta en sangre... y cayó hacia delante. En la espalda tenía clavado un puñal enorme. Detrás de Bruno estaba Johnny Terrori, sonriente.

Smiley le puso el cañón de su Thompson entre las nalgas a Dolors. El español abrió los ojos y la boca, soltó la sevillana y a Lola.

—¡Sigue, rubio! –dijo Johnny–. ¡Quema la maldita cosa!

Pepe pegó el pergamino a las llamas y este se empezó a quemar por una punta. Sin aviso, Ciupafino se lanzó sobre el pergamino y se lo arrebató. Corrió con él hacia una esquina.

Smiley apuntó al italiano y disparó pero falló porque, en el momento de tirar, Sir Winstein se lanzó sobre él y lo derribó.

Terrori se inclinó y agarró a Lola. Le puso la pistola en la cara. Pepe entendió el mensaje y saltó sobre Ciupafino. Forcejeó con él y le quitó el pergamino, mientras, Rebombieaux le apuntaba con un arma lanza-estacas.

Pepe retrocedió y le lanzó el pergamino a Johnny. Entonces, Rebombieaux disparó la estaca, le dio al pergamino en el aire y lo clavó en un tocón de madera.

El francés saltó hacia el pergamino, pero Johnny apartó a Lola y le espantó un trompazo en la cara a Rebombieaux con la pistola.

Johnny giró y arrancó el pergamino de la estaca. Sir Winstein dejó tirado a Smiley y tumbó con un tacle de rugby a Lola, agarrándola por las piernas.

Pepe titubeó, alzó una banquetica y se la rompió en la cabeza a Johnny. Tomó el pergamino y retrocedió, miró a todos lados, sin saber qué hacer.

Lola le arrebató el micrófono a Gustav y le pegó al inglés en la cabeza. Los golpes se oyeron alrededor del mundo como una rara estática, inflando las bocinas de muchas radios.

Entonces Ciupafino se arrodilló junto a Lola y la inmovilizó con la sevillana de Dolors. Johnny sacudió la cabeza y escupió.

Getringen le quitó el pergamino a Pepe y se movió hacia la puerta. Smiley, haciendo un esfuerzo, le puso la Thompson en la oreja al italiano, Ciupafino soltó a Lola.

Pepe se lanzó sobre Getringen, lo golpeó contra la pared y le arrancó de las manos el pergamino. Caminó hacia Johnny y le entregó la fórmula. En agradecimiento, Johnny le dio un pistoletazo en la cara que lo zumbó contra una mesa.

Smiley se paró encima de una mesa y disparó en abanico, cosa que le encantaba, y los europeos se tiraron al suelo. Se quedaron muy tranquilos. Smiley prendió un cigarrillo.

Lola corrió hacia Pepe y se arrodilló junto a él. Puso la cabeza de Pepe en su regazo.

—¡Abusador! –le gritó Lola a Johnny–. ¡Un hombre que está herido de bala!

Johnny tomó el pergamino y lo rasgó, muy lentamente, en cuatro pedazos mientras le sonreía a los europeos. Se ajustó las gafas oscuras y miró a Pepe. Smiley movió su arma, inquieto.

—¿Me lo cargo, *boss*? –dijo.

Johnny echó los trozos del pergamino en una pequeña palangana vacía. Fue hacia Pepe, lo levantó por el cuello y lo aplastó violentamente contra la pared de la ventana. Smiley encañonó a Pepe. Johnny le



hizo una seña a Smiley para que se relajara y agarró una copa de la mesita. La llenó de 0 positiva hasta el borde y se la dio a Pepe.

—*Good bye*, rubio... ¡Bebe tu última copa! –dijo Johnny.

Los europeos se habían levantado y se agrupaban detrás del cuerpo de Bruno. Lola empezó a llorar.

Smiley le hizo un gesto a Pepe con la Thompson. Lo iba a esperar. La copa temblaba en la mano de Pepe.



Johnny encendió una fosforera. La acercó a los papeles y miró a Getringen, sin dejar de tararear una melodía. Johnny estaba disfrutando el momento.

Smiley esperó a que Pepe se bebiera la copa, pero vio que se estremecía y botaba, asqueado, la sangre al suelo. Pepe escupió prprfprrsspr... e hizo una arqueada.

Smiley miró a los europeos. Los europeos, incrédulos, no le quitaban la vista a Pepe. Terrori se dio vuelta, se levantó las gafas ahumadas y miró la sangre vertida en el piso.

—¡No puedo creerlo! –dijo Johnny, sinceramente asombrado–. ¡Derramaste... 0 positiva!

—¡Claro! –gritó Lola–. ¡Debe saber a rayos!

Terrori dio unos pasos hacia ella. Señaló a Pepe con un dedo.

—Escucha, hermana... ¿Dijiste que lo habían herido... de bala?

—¡La policía del tirano! –respondió orgullosa Lola.

—¿Con balas de... plomo?

—No, bobo, con cagarrutas de chivo –dijo Lola–. ¿Con qué demonios iba a ser?

Johnny se volvió sonriente hacia Smiley y se tocó el nudo de la corbata. Smiley le devolvió otra sonrisa cómplice y movió el arma, inseguro. Terrori dio unos pasos sobre la punta de los pies, giró hacia los europeos y dio una palmada.

—Huy, huy, huy –dijo, alegre–. ¡Muy buen chiste!

Johnny agarró, furioso, la palangana y se la encajó en el pecho a Getringen.



—¡Tomen su maldita fórmula! –gritó. Giró hacia Pepe y lo levantó por la camisa.

—¡Este tipo no es un vampiro! –se pegó a la cara de Pepe y gritó con desprecio–. ¡He perdido a mis mejores hombres por culpa de esta basura! ¡Humano!

Johnny se impulsó y lanzó a Pepe hacia el fondo de la sala. Cayó sobre los escombros, rebotó y quedó despatarrado como un muñeco de trapo.

—¡Mariquita, abusador! –gritó Lola y fue hacia Pepe.

—*Boss* –dijo Smiley, sonriente–. No capto la cosa.

Los europeos retrocedieron. Getringen tenía la palangana, pero no se atrevía a tocar los pedacitos de pergamino. Johnny se les aproximó con una sonrisa sarcástica.

—El Vampisol provoca que los vampiros, a la larga, terminen odiando chupar gente –dijo Johnny, sin mirar a Smiley–. ¡Hace que ODIEN la sangre!

Johnny se echó hacia atrás y empezó a reír a carcajadas.

—¿Cómo la anunciarán? –le dijo a Getringen–. ¿Eh?

Dio unos pasitos de baile y cantó, imitando el conocido jingle de las cajas American Dream:

—¡Ohhh, deje de ser vampiro, tome Vampisol! ¡Pisol, pisol! Jark, jark, ark...

Johnny se partía de la risa hasta llorar, pero los europeos estaban serios.

—Despáchalos, Smiley –dijo Johnny, secándose las lágrimas con la manga–. Te espero en el auto.

Johnny pronunció esas palabras definitivas, tan naturalmente, que todos quedaron en silencio. Estaban pendientes ahora de los movimientos de hombros de Smiley, y del cigarrillo en su boca.

Lola abrazó a Pepe, que estaba inconsciente. Pobrecito, por lo menos no se dará cuenta de nada –pensó Lola.

Smiley se quitó el cigarrillo de la boca y lo tiró lejos. Instintivamente, los europeos se pegaron a la pared. Smiley achinó los ojos y puso presión en el gatillo.

—¡Al! –dijo asombrado Johnny. Smiley quitó el dedo del gatillo. Pudo sentir el miedo en el temblor de la voz de Johnny.

Smiley se volvió y vio al temible Al Tapone, rodeado por sus matones. Estaban vestidos para el trópico con trajes de dril.

Johnny sudaba, pero hizo un esfuerzo y le sonrió a Al Tapone.



—¡Hola, Al! –dijo Johnny–. Este... ¡Ya íbamos a liquidar el asunto, *boss!*

Al Tapone se movió un paso adelante y contempló la escena. Sus ojos se movieron fría y lentamente sobre ellos. Smiley también empezó a sudar.

—Parece que el antisolar ese... ¿Cómo se llama, Johnny?

—Vam... VAMPISOL, Al.

—VAMPISOL... mm, exactamente. Pues parece que el VAMPISOL mandará al carajo... ¡qué digo!... más lejos aún, a nuestras playas subterráneas... ¿eh, Johnny? –susurró Al.

—Mira, Al... –dijo Johnny pero no continuó. Al Tapone le había hecho un gesto de silencio.

Al Tapone unió los dedos de las manos y los hizo crujir.

—De pronto, nuestra inversión... todo mi dinero... se va al infierno... ¡y no te importa, Johnny!

—¿Cómo sabes, Al... de...? –dijo Johnny.

—Radio Vampiro Internacional solo habla de eso, Johnny –susurró Al Tapone y frió un huevo–. Te fuiste para no pagar, Johnny.

—¡Un momento, Al! –dijo Johnny.

—¡Has hecho turismo con mi dinero, Johnny! –volvió a susurrar Al Tapone–. No compraste Düsseldorf. No destruiste la fórmula del VAMPISOL.

Al Tapone fue hacia Getringen y tocó los pedazos del pergamino. Frió otro huevo.

—Eras mi socio, Johnny.

Smiley lo veía y no lo creía... pero Johnny estaba temblando como una señorita. Al Tapone se le arrimó y Smiley también empezó a temblar.

—El Proceso, ¿eh, Smiley? –dijo Al Tapone en el mismo tono–. Es lo que se merece un cabrón traidor.

—Yeah, Al –dijo Smiley. Fue lo único que se le ocurrió decir.

—¡Espera, Al! –dijo Johnny–. ¡Puedo explicarlo todo, Al! ¡Un momento, Al! ¡Escúchame, Al! ¡Esa fórmula, Al...!

Al Tapone chasqueó dos dedos y tres matones agarraron a Johnny. Un tercer matón le metió el cañón de la pistola en la boca. Lo sacaron afuera.

En el jardín, un camión cerrado, pintado de negro mate, estaba esperando con el motor en marcha. Sus puertas traseras se abrieron. Había una gran estaca en la cama del camión.

—¡El Proceso no, Al! –gritó Johnny. El matón le empujó la pistola todavía más dentro de la boca–. ¡Ed Projejo dooo, Ad!

Johnny forcejeó desesperadamente con los matones, pero sabía que era inútil. Lo metieron adentro. Logró sacar la cabeza por las puertas una última vez.

—¡En el pecho, Al! –gritó–. ¡Por lo menos en el pecho!

Unas manos entraron a Johnny y las puertas se cerraron de golpe. Se oyó una lucha y bastante pataleo durante medio minuto, luego un laaargo y escalofriante grito desgarrador.

Al Tapone miró a los europeos, que parecían muñecones de cera, sin mostrar ninguna emoción. Miró a Smiley, que tenía los ojos cerrados.

—Déjaselas tener, Smiley –susurró.

—¿Eh? ¡Ah, sí, Al! –dijo Smiley.

Smiley apuntó de nuevo la Thompson hacia el Grupo Europeo. Al Tapone iba a retirarse, cuando Getringen tuvo un momento de inspiración.

—¡Nosotros lo veíamos así, *mister* Tapón...! –gritó.

Al Tapone se detuvo e hizo una leve mueca con la nariz. Ciupafino se inclinó sobre el hombro de Getringen.

—Ta-po-ne –le aclaró a Getringen.

—*Mister* Tapone, jek, jek –dijo Getringen.

Getringen dio unos pasos hacia Al Tapone y comenzó a dar unos pasos de baile y a cantar un jingle, parodiando el de las cajas American Dream.

—En ...verano, mi playa sub k& –cantó–. En invierno, mi ♫ ♫ VAMPISOL... ♫ ♫ ¡Vaam-pi-soool!... Tan-tán.

Getringen terminó con una especie de final de pasodoble y pose de alegría. Al Tapone se rascó la nariz lentamente.

—Tenemos la fórmula, señor Tapone –dijo Dolors–, podríamos compartirla...

Sir Winstein dio un empujón al español.

—¡VAMPISOL! ¡Fabricada por Tapone y Asociados! –dijo Sir Winstein–. ¡En exclusiva... y en envase moderno!

Al Tapone se pasó la lengua por los labios y tomó aire.

—Mejog seguía –dijo Rebombieaux–. ¡Tuéstate, mi amóg, al Sol... con tu Elíxig Antisolag Taponesol!

—¡SOLTAPONE! –dijo Getringen–. ¡Genial, genial!

—SOLTAPONE®™ –gritó Dolors.



Hubo unos segundos de silencio total. Al Tapone levantó una esquina del labio superior, lo dejó caer y dijo:

—Mmm.

—Iríamos mitad-mitad... –dijo Ciupafino. Miró la cara de Al Tapone... y se dio una fuerte cachetada en la frente. Enseguida agregó–: *Má che sto dicendo! Sono un cretino...* ¡Nosotros, un treinta por ciento... ja, ja... ejem!

—El Grupo Europeo –dijo Getringen, entusiasmado– correría con todos los gastos de fabricación, envase, y comercialización, claro, por supuesto. Usted solo nos permite el honor de dejarnos usar su nombre.

—¡Su venta a precio exclusivo, y totalmente prohibitivo! –dijo Dolors–. ¿Qué dice, Al?

Al Tapone ladeó la cabeza y le hizo una seña a Smiley de que bajara el arma.

—Interesante –susurró–. ¡Hablaremos en el ferry de vuelta a casa!

Smiley señaló a Lola y a Pepe. Al Tapone giró hacia la puerta.

—¡Déjalos! ¡Hemos avisado a la Policía y vendrá por ellos! –susurró Al Tapone.

Los europeos se fueron tras Al Tapone, haciéndose señas y pegándose codazos. Cuando se alejaron, Gustav se asomó por la trampa y vio el camión saliendo al camino. Tomó el micrófono y se aclaró la garganta.

—*Y bueno, amigos, no es una grata noticia... la fórmula antisolar está ahora en manos de Al Tapone. El Grupo Europeo se ha plegado a La Capa Nostra, mendigando una franquicia para su fabricación. Es de esperar que el precio al público del producto tenga una cifra pornográfica, amigos.*

Gustav se volvió hacia Lola y Pepe. Pepe estaba moviendo la cabeza y hacía un esfuerzo por levantarse.

—*Según se ha podido conocer, el uso continuado del elíxir provoca cierto rechazo a la sangre; aunque en el caso de Joseph Emmanuel, parece que ha ingerido variantes del producto durante muchos años. Trataremos de entrevistarlo en unos momentos.*

Lola ayudó a Pepe a ponerse de pie. Le limpió sangre de la barbilla.

—¡Lola! –dijo Pepe.

—¡Pepito! –suspiró Lola.



Gustav gateó hacia ellos, pero se detuvo y miró el cielo a través de un hueco en el techo. Estaba amaneciendo. Decidió recular hacia la trampa del sótano. Tocó con un pie el cuerpo de Bruno y se desintegró en una especie de talco negro. El puñal que tenía en la espalda cayó al suelo, tintineando. Gustav miró a Pepe. Se oían sirenas de perseguidoras. Pepe vio la expresión de lástima que le dirigió Gustav. El locutor le hizo una breve seña de adiós, y se ocultó en las sombras.

Pepe buscó un arma, revisando el piso con la vista. Tomó el puñal de plata. Se acercó a la ventana.

Dos perseguidoras venían a toda velocidad. La delantera frenó aparatosamente, abrió las puertas y Negro, Tetilla, Fénix y Prats se bajaron. Llegó la segunda, con gente desconocida.

—¡Se cayó Machado! –gritó Tetilla.

El Mack de Relámpago Cubano S.A. traía más gente. Pepe reconoció a Olimpo y a otros músicos y salió alegre al jardín. Tenía sangre, la que se le había derramado, sobre la camisa. Negro lo vio y se detuvo en seco.

—¡Pepe! –dijo asustado–. ¿Dónde te dieron, tigre?

Pepe se abrió la camisa, mostrando que estaba intacto. Negro lo abrazó. Pepe miró hacia la casona en ruinas.

—¡Caballero, ayúdenme! –dijo–. ¡Préstenme una trompeta!

En el sótano, Gustav estaba despidiendo la emisión cuando apareció Pepe.

—¡Escucha, mi socio! –le dijo Pepe–. ¡Me sé la fórmula de memoria!

Al Tapone y el Grupo Europeo estaban en un oscuro camarote, junto a una bodega del ferry que hacía el viaje La Habana-Cayo Hueso. Sobre una mesa, habían puesto botellas de bourbon, sangre 0 positiva y copas.

Getringen había negociado, sin ninguna ventaja, con Al Tapone. Acordaron que el Grupo Europeo fabricaría, embotellaría, haría toda la publicidad y distribuiría la fórmula antisolar, ahora llamada SOLTAPONE.

Al Tapone se quedaría con un ochenta por ciento de las ganacias. Para aprovechar las playas subterráneas, el antisolar se vendería limitadamente y en determinados meses del año.



Un matón hizo una copia del pergamino para Al Tapone. Este se guardó la fórmula en un bolsillo y le dio la mano a Getringen. Todos aplaudieron. Ciupafino encendió la radio del camarote y sintonizó la agradable música de Radio Vampiro Internacional.

Sir Winstein sirvió el bourbon sobre la sangre. Getringen dobló el pergamino con la fórmula, que habían pegado cuidadosamente. Se acomodaron, con los tragos, en un sofá. Getringen bebió, chasqueó los labios y cerró los ojos. Por lo menos no estaban remuertos. Smiley se bebió su trago y se sirvió otro. Iba a ser el *boss* de Chicago, ahora que Johnny estaba fuera de juego.

De pronto la radio interrumpió la música, se oyó una estática breve y se oyó a la famosa locutora Inge Stioneng.

LOCUTORA:

*—Y de nuevo, nuestros micrófonos se van a Havanna. ¿Gustav? ¿Me escuchas? ¡Estás en el aire, Gustav!*

GUSTAV:

*—¡Hola, Inge! ¡Estoy en la gloria! ¡Saludos, amigos radioyentes! ¡Preparen papel y lápiz... y no pierdan palabra! Adelante, Joseph.*

JOSEPH:

*—¡Hola, amigos, soy Pepe von Drácula! Mi tío, Werner, inventó una bebida antisolar. Su deseo era que todos, absolutamente todos los vampiros del mundo, la pudieran usar... ¡gratis! La letra de la canción que les voy a interpretar, es la fórmula para fabricarla. Un, dos, un dos tres...*

CONJUNTICO ARRANCA GUARACHA.
PEPE CANTA:

*En noches de luna llena,*
*mezclar con gran precisión,*
*dos onzas de yerbabuena,*
*y un huevo de camaleón...*

Smiley escupió su trago, manchando de rojo a Sir Winstein. Rebombieaux escupió el suyo sobre Smiley. Tumbaron copas. Se formó un patiñero de sangre y licor en el piso del camarote.



Getringen se había puesto de pie, agarrándose el pecho. Sacó el pergamino y se puso a leerlo. Le temblaba la mano. Al sacó su copia y la leyó. El texto de la fórmula coincidía, letra a letra, con la canción.

*...debe agregar sin demora,*
*extracto de tiburón,*
*lo pasa por batidora,*
*con medio litro de ron...*

Al Tapone estrujó su copia de la fórmula y se la metió en la boca a Getringen. Salió del camarote, seguido de Smiley y los matones. Sir Winstein se desplomó en una silla. Dolors se tapó la cara con las manos, sollozando. Ciupafino cayó de rodillas.

—*Figlio di mignotta!* –dijo, gimiendo.

—¡Qué cagástgrofe, pog favog! –dijo Rebombieaux.

*Todo se debe colar,*
*en un colador de tul,*
*luego se pone a enfriar...*
*¡Hasta que se ponga azul!*

CORO:

*¡A gozá, vampiro,*
*ser del sol amigo!*
*¡Ahora sí que hay alegría,*
*chupa, que chupa,*
*de noche y de día!*
*Una buena mordidita,*
*bajo el sol...*
*¡Es má riquita!*

¡Suena, Pepe!

Pepe tocó como nunca. Se sumergió en la alegría de sus amigos. No más tirano Machado. El corazón le latió más fuerte, al ver la felicidad de Lola, su hermosa Lola. Subió de tono, mirando a Negro, con la cajetilla afuera, riendo con sus enormes y blancos dientes.

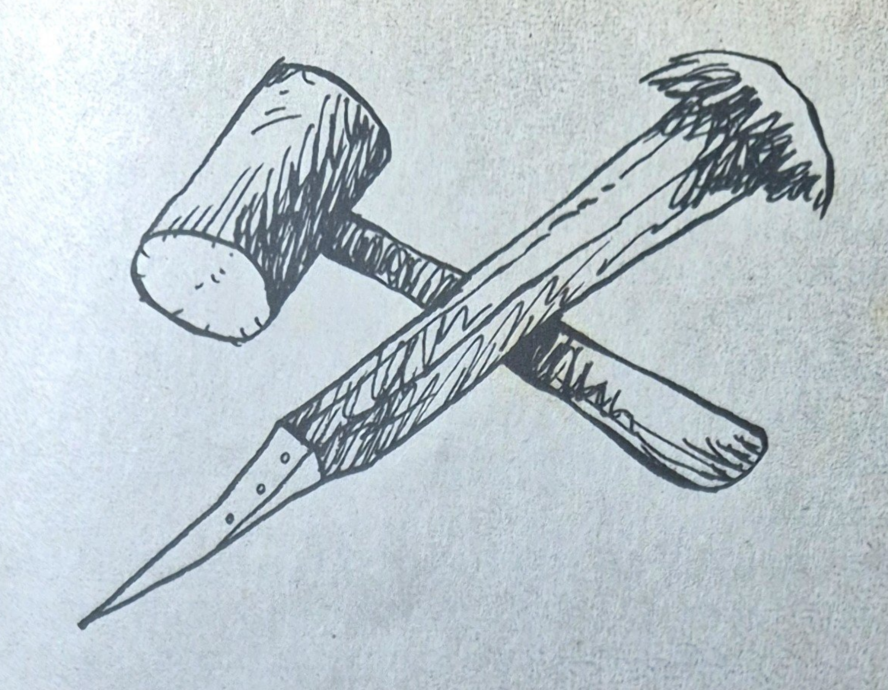
Pensó en su tío Werner. No lo recordaba con los ojos retorcidos que puso cuando le demostró que era vampiro; lo recordaba sonriente, mientras le enseñaba a escribir; riendo al leer aquel libro, o dando carcajadas en el cine.

La gente bailaba encima del camión y de las perseguidoras.

Tocó hacia el cielo, feliz.

La punta de su trompeta brillaba al Sol.





# Epílogo

Decenas de vampiros copiaron la fórmula de la bebida antisolar en Europa, Estados Unidos y Japón.

Dos días después, se conocía en toda Asia, África y Oceanía. Al tercer día, se fabricaba en Australia y en los lugares más remotos del planeta. La fórmula se conoció como

VAMPI-SOLE®,

VAMPISOLEIL®,

DRACULIMONADE, GMBF

VAMPISUN™

...y muchos otros nombres.

Empezó una nueva era para los vampiros. Aparecieron, a pleno día, por las calles y las playas de todo el mundo.

El nombre de Werner Emmanuel von Drácula fue reverenciado. Radio Vampiro internacional distribuyó miles de retratos del científico e hizo seis programas dramatizados dedicados a su vida. La canción de Pepe fue, once veces, el número uno de su *hit parade*. El famoso locutor Gustav Hendehaupft regresó a Alemania, llevando consigo a los *pasmati* de Werner, que eran muy famosos por sus comedias radiales de doble sentido.

El Grupo Europeo se disolvió en 1934, en la ruina total.



Sir Winstein se fue a Bechuanalandia, buscando una nueva Marlenne, pero un tin más alta.

Rebombieaux cumplió su sueño de vivir en la Riviera francesa y compró allí un estanquillo para vender caramelos.

El delegado español, Dolors, se colocó de maniquí, exhibiendo trajes de etiqueta en la Gran Vía de Madrid.

Chupafino terminó de guía turístico en Trieste. Por las madrugadas, limpiaba los pisos de un hermoso castillo.

Getringen terminó siendo vigilante nocturno de un centro turístico en Alemania.

Al Tapone siguió sus negocios en el hampa, desatendiendo las playas subterráneas que, una a una, fueron cerrando. Después de unos meses, solo quedaba abierta la playa de Chicago, administrada por Smiley.

Johnny Terrori, empalado en un congelador de los mataderos, tenía el número ciento treinta y dos en la colección de Al Tapone.

Ed Goingdown encontró, accidentalmente en las aguas del Rhin, a la *plastone* catalana Inma Juliechs y juntos contaminaron el río durante muchos años.

El capitán Vives murió tiroteado al tratar de huir de un comando antimachadista, junto al guardaespaldas llamado Bache.

Fláuer se fue a Mérida, Yucatán, con su compinche mexicano, quien luego la vendió a un tratante de blancas. Reapareció en un burdel de Bagdag, en 1946.

Relámpago Cubano S.A. quebró y salió adelante dos veces. Ribeiro y sus estibadores abrieron sucursales en Cárdenas, Artemisa y Bolondrón.

Negro se hizo asistente de un caricaturista, y tres años después, publicaba tiras y cartones para la prensa nacional. Fénix se hizo profesora de música en el conservatorio de Guanabacoa.

Rigoberto nunca encontró a su pobre tía-abuela ciega.

Prats y Tetilla se marcharon a España a trabajar para la República.

Pepe y Lola se instalaron en la casona y tuvieron un niño al que llamaron Pepín.

Pepe remodeló y restauró, poco a poco, la casona del tío Werner e inauguró un club nocturno: el Pepito's.

Muchos artistas se reunían allí para gozar con la banda de Pepe, organizada con muchos de los músicos del desaparecido conjunto Ave Fénix. Pepe se convirtió en un afamado trompetista. Por las mañanas, el local se llenaba de turistas locos a la playa. Muchos de ellos eran vampiros.

Admiradores del genial científico en todo el planeta, donaron anónimamente los fondos para la construcción de una fuente de mármol con la estatua del tío Werner para el patio del club.

Pepe rescató los espejuelos, los guantes de goma y las cenizas del tío Werner y las conservó en un gran pomo de cristal.

La barra del club contaba con el experto barman Guajiro, que creó el famoso trago Saoco-pupi®, estandarte del Pepito's.

Rey Paulino fue contratado para administrar los almacenes, y organizó una destilería en el viejo laboratorio del sótano.

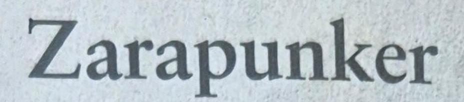
Por iniciativa de Lola, en el laboratorio también se preparaba el

PEPITO'S VAMPISOL®

Se exportaba a todo el mundo. Era reconocido en todas partes como el antisolar de mayor excelencia. En gran medida, por la calidad de sus productos tropicales y la fama del Pepito's. La cuna del VAMPISOL.



# Zarapunker



*«Olvidados, escondidos en oscuras guaridas y catacumbas, yacen aguardando al hombre los tesoros literarios de los maléficos. Tesoros escritos con sangre, con turbia tinta, de puño y letra –también mecanografiados– en el bello, delicioso y preciso zarapunker. Cuando sean traducidos, la historia de la Literatura Universal será otra».*

CONDE VON DRÁCULA

La historia del dialecto zarapunker está ligada a la figura del vampiro romano Plubio Maccio Tertuliano también llamado *El Improsulto* (circa 800?–1453). Los romanos eran bastante amiguetes de los vampiros ya que su espíritu sanguinario y su gusto por las orgías congeniaban a la perfección con el de los maléficos. Consta que durante un tiempo Plubio, que llegó a senador, apoyó secretamente a los cristianos. Les dio permiso –y los estimuló– para que cavaran varios kilómetros de túneles y refugios debajo de sus propiedades. Poco después los denunció y convirtió las catacumbas en circos y alegres burdeles subterráneos para vampiros.

Las autoridades romanas, que tenían la desagradable costumbre de inmiscuirse –mediante chivatos y espías a sueldo– en toda actividad económica (con el fin de cobrar abusivos impuestos), descubrieron que también Publio Maccio era el cabecilla de la mayor red de contrabando y falsificación a que se enfrentara Roma desde que Rómulo y Remo la fundaran. El vampiro había amasado y manoseado una enorme fortuna

introduciendo ilegalmente en Roma productos del Lejano Oriente, tales como plomo, petróleo, asfalto, ámbar, drogas y betún.

Plubio Maccio decidió huir de Roma y establecerse en Constantinopla (actual Estambul) donde siguió sus actividades estafando egipcios, tracios, búlgaros del Danubio y sobre todo a los otomanos, que por alguna razón detestaba. Para desinformar, eludir o engañar a los soplones, Plubio Maccio encargó a un matrimonio vampiro de origen fenicio, Pikito Niupáquet y Körta Maszkablex, la confección de una escritura secreta para su grupo de contrabandistas. Pero más allá de crear unas rayitas, garabatos y numeritos misteriosos; o un simple alfabeto distinto al latino (como el armenio o el cirílico), Niupáquet y Maszkablex se volcaron con una intensidad fuera de lo común a la tarea. Concibieron toda una gramática, inventaron verbos, sustantivos, adjetivos y se enredaron ideando falsas etimologías para todo tipo de palabras homófonas, parónimas, sinónimas y hasta isónimas.

El proceso de creación duró unos cinco años y costó setecientos mil talentos (una fortuna para la época). Finalmente, sorprendieron a Publio Maccio con dos centenares de bellos pergaminos iluminados con la titulada:

*Zaramratika Meleifik*

PUNIQUERIUM, MANUAL DE GRAMÁTICA

Esta fue la semilla del zarapunker.

Por desgracia, Publio esperaba unas simples y eficientes claves (y a un costo muchísimo más potable) con las cuales poder dirigir en secreto sus naves y caravanas. Para demostrar su desilusión hizo incinerar en sendas parrillas a los progenitores de tan hermosa obra.

Los valiosos pergaminos estuvieron tirados a la bartola hasta que Constantinopla cayó en poder de los otomanos (1453), los cuales martirizaron a Publio con alambritos al rojo vivo, pali-

tos puntiagudos y sacabocados. Luego persiguieron a la colonia de vampiros establecida en la ciudad y los arrollaron desde Adrianópolis hacia Serbia, por toda Moldavia, Transilvania y hasta Podolia, donde casi los exterminaron (circa 1520).

Los pergaminos de Niupáquet y Maszkablex, redescubiertos por los vampiros fugitivos, fueron vitales para crear una red secreta de mensajes y avisos que les permitió sobrevivir. Estudiar, dominar y perfeccionar el dialecto se consideró un deber –y el más alto orgullo– de todo vampiro y vampiresa. La *Zaramratika Meleifik Puniquerium*, la gramática Zarapúniquer, fue leída o recitada de memoria –durante siglos– en frías y solitarias guaridas... hasta que devino en una fuente de literatura.

En 1699, aparece en Portugal la hilarante comedia *Umbres finepasiones* (Negros y de paticas) de João Brimca Da Novo, el primer libro en zarapunker de que se tenga noticia. Un año después, da la vuelta al mundo de los vampiros el espeluznante romance gótico *Drein mek frasadæ tem paketos* (Te envuelvo en mi manto), del Conde Dolorfino Della Pendicce; y el popularísimo *Malefiskein Jit Peréid 1700* (Anónimo), un cancionero.

Muchos filólogos consideran que la raíz del zarapunker está copiada de una primitiva lengua indoeuropea. Para demostrar que no, tomemos dos palabras en español:

noche ocho

...y veamos sus equivalentes en

| | | |
|---|---|---|
| francés: | *Nuit* | *huit* |
| italiano: | *Notte* | *otto* |
| inglés: | *Night* | *eight* |
| alemán: | *Nacht* | *acht* |
| szchuga: | *Letszshuga* | *pishuga* |

La szchuga es una lengua indoeuropea de la Transcaucasia meridional poco conocida. Pishuga es la bola negra (¿la noche?)

del billar –en szchuga: es llamada pishugariets–, lleva el número ocho. Si esto se relaciona con algún mito de las tribus indoeuropeas y si estas jugaban billar, todavía es tema de investigación.

Sonidos semejantes, la misma raíz. Sin embargo, en zarapunker esto no se cumple:

*Numbra bockz*

Pues, como el esperanto, el zarapunker es una creación artística, una invención; es una lengua plástica y artificial. Aunque la hablan por igual todos los vampiros (con su acentico por aquí y otro por allá), su escritura difiere en cada país pues cada maléfico lo escribirá con la fonética de su lengua natal. Como sucede con el alfabeto cirílico, se escribe tal cual se pronuncia.

En cirílico, el nombre George Welles se escribirá ÄÆÎ ĐÄÆ ÓÝËÑ o Dyórdch Uéls; y lo mismo sucede con Uíliam Chéikspier, Gueri Cúper, Morís Chevalié, Jámfri Bóugar, Ektor Sumbado, Yuarnotmaileidy García, etc.

Así, la palabra güitituense se escribiría ÓÈÒÈÒÓÝÍÑÝ por un maléfico serbio. Un inglés escribiría weeteetooendsew y un francés, casi que no podría.

Un problemita del zarapunker consiste en la existencia de sonidos inesperados, como las vocales explosivas, algunos carraspeos y escupidas en las consonantes. Para estos casos se usan decenas de letras especiales, algunas de las cuales son:

Æ Se pronuncia como éah semejante a la pronunciación española de marea, diarrea, etc.
Ej: Kushichzæ (rumores)

Ø E muda. Uno hace que la va a pronunciar y luego no lo hace.
Ej: ChesapeakØ (cortaquesos)



• Otra E pero muy corta, aspirada y con sonido casi de ¡ej!
Ej: • ropentium (engreído), • urokit (calderilla).

Đ Es una D pero con una rayita, hoy prácticamente en des uso.

Ì G gaga que, generalmente, indica repetir esa sílaba otra vez.
Ej: Ì atriyop (sendero)

Ø Es una O que se pronuncia con tristeza y nunca va segui da ni de b ni de p.
Ej: Øyzporkeshemet (imprudente)

Š Como LL argentina. Eso de sho, cabasho, poshito amarisho.
Ej: Mhenkaprišo (anhelo)

§ Sonido semejante a como los chilenos pronuncia la tr en las palabras tres, trabajadores, etc. (kzrés, kzrabajadores, ekzrétera).
Ej: §eskavitos (cenicero)

– Sonido brusco, semejante al llamado «freír huevos» que hacen con la voz las personas para demostrar increduli dad o disgusto.
Ejemplo: –jaisrricoss (beso)

La pronunciación de las palabras usadas en esta edición se ajustaron según el zarapunker llamado neutro, creado recientemente para estimular su desarrollo editorial y reducir la interminable tipografía.

Quiero agradecer a dos grandes de la enseñanza del zarapunker, la doctora Miriam Võliam Ajaparißoš y al profe-

sor Pøl Šolito Shmezhælem, por su entusiasmo y dedicación en la tarea de guiarme a través de la lengua de los maléficos.

BIBLIOGRAFÍA:

Batmann & Robinson, *Em Novil Zarapunker-Onglishz, English-Zarapunker Zarampeeom*. Primtela Patagion, Praha, 1905.

Larrasgalarrastraylarrea, Iñaki. *Vizkainar i Zarapunker: populise tragaldavielul Euskera*. Primtela Meleifikatext, Bucuresti, 1829.

Niupáquet, Pikito y Maszkablex, Körta: *Zaramratika Meleifik Puniquerium*. (Fottokopires) Gavenk Solotrez, 1706.

Tito, Erni y Draganutrias, Yoni: *Derk Vampisol: Kapruin Impakt indek MeleifikUniverse*. Primtela Capezzuoli, Milano, 1947.



# Índice

I / 9
II / 33
III / 103
IV / 153
V / 231
Epílogo / 279
Zarapunker / 283




Imprenta
Federico
Engels

La Habana de los años treintas es el escenario donde los vampiros del mundo se enfrentan tras la fórmula de un antisolar que les permitiría vivir a la luz del día: el VAMPISOL. El conocido filme de dibujos animados se recrea ahora en una novela cargada de humor en la que las leyendas sobre vampiros se entrelazan con la lucha de los cubanos contra Machado.

Juan Padrón (1947, Carlos Rojas, Matanzas). Desde 1963 publica caricaturas e historietas para la revista *Mella* y los suplementos humorísticos del periódico *Juventud Rebelde*: *El Sable*, *La Chicharra* y *Dedeté*, con series tales como Vampiros, Verdugos, Piojos, Zoo-Ilógico, Cerbatanas y muchas otras. En 1970 crea el personaje Elpidio Valdés para el semanario *Pionero* y la revista *Zunzún*. Guionista de dibujos animados para el ICRT y el ICAIC, donde trabaja como realizador desde 1975. Su filmografía la componen más de 60 cortos entre los que se destacan las series *Elpidio Valdés, Filminutos* y *Quinoscopios*; cinco largometrajes de animación: *Elpidio Valdés, Elpidio Valdés contra dólar y cañón,Contra el águila y el león, Vampiros en La Habana* y *Más vampiros en La Habana*; las series para TV *Más se perdió en Cuba, Mafalda y sus amigos* y 250 cortos para el Canal Plus España Cine-Clips Juan Padrón. Es graduado en Historia del Arte en la Universidad de La Habana y profesor titular (adjunto) del Instituto Superior de Arte. Ha recibido numerosos premios nacionales e internacionales, tales como: El diablo Cojuelo, Premio Nacional de Humor 2004, y las medallas Por la Cultura Nacional, Alejo Carpentier y la Distinción Félix Varela de primer grado.

ISBN 959-210-445-X

